



Apuntes para el estudio del género cuento en Zacatecas,
el caso de tres revistas: *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El
Renacimiento* (1904-1905) y *Revista Literaria* de Zacatecas
(1910)

T E S I S

Que para obtener el grado de
Doctor en Literatura Hispánica

Presenta
Cristian Ramírez Bermúdez



Apuntes para el estudio del género cuento en Zacatecas,
el caso de tres revistas: *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El
Renacimiento* (1904-1905) y *Revista Literaria* de Zacatecas
(1910)

T E S I S

Que para obtener el grado de
Doctor en Literatura Hispánica

Presenta

Cristian Ramírez Bermúdez

Director de tesis

Marco Antonio Chavarín González

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN..... pág. 5

CAPÍTULO I

PANORAMA Y PERSPECTIVAS..... pág. 13

1.1 El estudio del género cuento

1.1.1 Elementos de poética del cuento..... pág. 19

1.1.2 La significación del acontecimiento

1.1.3 El tiempo y el espacio

1.1.3.1 La tensión

1.1.4 El héroe y la voz en el cuento

1.2 El universo textual en Zacatecas: otras publicaciones periódicas en Zacatecas 1899-1910..... pág. 34

1.3 Los programas de *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El Renacimiento* (1904-1905) y *Revista Literaria* de Zacatecas (1910)..... pág.43

CAPÍTULO II

EL CUENTO EN *REVISTA ZACATECANA* (1899-1900)..... pág. 53

2.1 “Cenizas” de Ignacio Flores Maciel..... pág. 53

2.2 “Hiel. Jaqueca literaria” de Fabricio Núñez..... pág. 58

2.3 “Historias que parecen cuentos” de Antonio Chávez Ramírez..... pág. 62

2.4 “¿En primavera... o en invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)” de Jean Martel.. pág. 66

2.5 “La espada de honor” de Carlos Toro pág. 68

2.6 “Diabólica” de Carlos Talancón..... pág. 69

2.7 “Capricho” de Carlos Toro..... pág. 71

2.8 “Vuelta de un soldado” de José Vázquez..... pág. 75

CAPÍTULO III

EL CUENTO EN *EL RENACIMIENTO* (1904-1905)..... pág.78

3.1 “La Florera. Tipo florentino” de Aurelio Elías..... pág. 78

3.2 “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales” de Carlos Talancón pág. 88

3.3 “Recuerdo de St. Louis Missouri” de Luis G. Ledesma..... pág. 91

EL CUENTO EN *REVISTA LITERARIA DE ZACATECAS* (1910)..... pág. 94

4.1 “Serenata” de Enrique Tenorio..... pág. 94

A GUIA DE CONCLUSIÓN.....	pág. 99
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.....	pág. 101
ANEXOS	
TRANSCRIPCIÓN DE LOS CUENTOS DE <i>REVISTA ZACATECANA</i> (1899-1900), <i>EL RENACIMIENTO</i> (1904-1905) Y <i>REVISTA LITERARIA DE ZACATECAS</i> (1910).....	pág. 108
NOTAS BIOGRÁFICAS.....	pág. 309
ÍNDICES DE LAS TRES REVISTAS.....	pág. 324
TRANSCRIPCIÓN DE LOS PROGRAMAS DE LAS TRES REVISTAS.....	pág. 338
FRAGMENTOS DE LAS REVISTAS DE <i>EL RENACIMIENTO</i> (1904-1905).....	pág. 345

AGRADECIMIENTOS

A los doctores Marco Antonio Chavarín González y Marco Antonio Flores Zavala por la generosa ayuda en el transcurso de los años y su invaluable enseñanza para con este trabajo.

A mis padres, Martha Alicia y Uriel; a mis hermanas, Valeria, Vanessa y Vania; a mis hermanos, Uriel, Aarón y Gregorio.

A mis más queridos amigos; a Karmina, por el apoyo incondicional; a Luis Jorge, por la hermandad y a Roberto, por la atención cariñosa.

A mis lectores, los doctores Antonio Cajero Vázquez y Fernando Adolfo Morales Orozco por las observaciones brindadas.

Para A.

INTRODUCCIÓN

Cabe resaltar que, si bien este trabajo de investigación centra su atención en el cuento y aunque son notorias y explícitas las diferencias entre éste la poesía y el ensayo, los escritores y los grupos que conformaron las constelaciones de las tres revistas (*Revista Zacatecana* [1899-1900], *El Renacimiento* [1904-1905] y *Revista Literaria* [1910]) no reflexionan en torno de alguno de estos géneros literarios. Se puede intuir que escriben pensando desde la tradición oral del cuento que ya existía en México. Esto quiere decir, que escribieron sus textos pensándolos, de manera muy general, como un relato, algo que se cuenta, sin hacer explícitas las diferencias o características distintivas frente a otro tipo de narraciones como la carta y el diario en beneficio de la construcción de los mismos relatos.

El cuento se escribe pensando solo en los límites espaciales de la revista; por ello, la poesía y el cuento fueron los géneros literarios idóneos que se adaptaban muy bien a las limitaciones de la caja tipográfica y al tiraje, así como a la intención de interesar al público con textos cortos, para ser leídos de un solo tirón. También está la presencia, mucho menor claro, del género dramático, así como de la crónica literaria y el ensayo. No parece tenerse en cuenta a la novela, al menos, no para publicarse en estas plataformas.

Como quizá ya se haya deducido, el otro género con mayor presencia en la prensa periódica de Zacatecas es el poético, más fácilmente compatible con la limitación de espacio; también porque la composición de poemas de ocasión era muy común para conmemorar algún evento histórico, personaje o valor tradicional. Al respecto, Berenice Reyes Herrera menciona que este género era el predilecto para hacerse de un renombre entre la comunidad literaria de Zacatecas. Si bien lo que señala Reyes Herrera, no explica del todo que escritores ya con una carrera amplia o los más jóvenes de estas constelaciones escribieran textos de

ambos géneros, como tampoco aclara por qué poetas de renombre nacional, como Luis G. Ledesma, escribieron cuento para revistas literarias zacatecanas pero no poesía.

La presencia de uno, de otro o de ambos géneros en la prensa periódica puede justificarse a partir de los intereses de los autores, de los editores o, incluso, de los lectores. Además, esta variedad se puede atribuir al deseo de llegar a un público mucho mayor. Hay, por supuesto, escritores que sólo participaron con cierto texto dentro de algún género literario, lo que pudo, muy bien, deberse a un motivo en específico como encargo editorial que pudo haber determinado su participación (yo director/editor solicito a determinado escritor un determinado tipo de género y no otro), aunque también pudo deberse a los propios intereses autorales (yo escritor selecciono un género u otro para expresar algunas ideas o acontecimientos que deseo estetizar a través de la literatura). Cabe mencionar que tanto la parte editorial como la autoral tendrían en mente la posible censura a partir de la lectura que se hiciese de sus composiciones, por lo tanto tendrían en mente ciertos límites que afectarían aun el nivel estético del cuento: el héroe, el tiempo, el espacio, la voz y la tensión estarían, entonces, supeditados a una autocensura (yo escritor no hablaré de esta forma, sino de otra manera para abordar más delicadamente el mismo asunto).

Ahora bien, se sabe gracias a las revistas de las veladas de la Sociedad Científico Artístico y Literaria que la participación de un escritor en cualquier género fue, aparentemente, libre tanto en el género, como en el tema y la extensión. Algunos de los textos literarios que se leyeron aparecieron después en las páginas de la revista de esta asociación, *El Renacimiento* (1904-1905). Estas veladas se realizaron bajo un programa donde se escuchaba música, se leían algunas composiciones científicas o literarias y se entonaba alguna pieza musical. Curiosamente, la mayor parte de las crónicas que reseñan estos

encuentros centra su atención en lo musical y la ejecución de tal pieza más que en lo escritos que se leían.

Durante la elaboración de esta investigación, y ante la falta de datos biográficos de varios autores, surgieron algunas preguntas que no he podido responder, pero sí me he atrevido a formular algunas hipótesis. Por ejemplo, ante la utilización de seudónimos que aparecen como autores de los cuentos, Fabricio Núñez que publica el cuento “Hiel” y Jean Martel que publica el relato “¿En primavera... o en invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)”, en ambos textos se menciona la Alameda como espacio literario, por lo que se puede suponer que se trata, en efecto, de un escritor zacatecano. Aunque es de considerar que muy pocos fuera del círculo cultural de Zacatecas sabrían a ciencia cierta quién era el autor detrás del seudónimo, lo que afectaría, en cierto sentido, la promoción del autor.

Vale la pena mencionar los textos publicados por J. C. T. y Carlos Talancón,¹ donde hay una referencia a la velada del 16 de enero de 1904 realizada por Francisco Aguilar y Urizar que dice lo siguiente:

Vino después un artículo humorístico titulado “Recuerdos de un baile.” Compuesto y leído por el sr. Ernesto Barrios Collantes. Sólo otra vez antes de ésta había tenido yo el gusto de oír una lectura del sr. Barrios Collantes, pero esto era suficiente para formar una primera idea de sus composiciones, y en esta última vez confirmó las esperanzas que los que los conocíamos habíamos concebido, pues durante su lectura puede decirse que tuvo constantemente agitado por la risa a todo el auditorio, la cual es el mayor triunfo a que puede aspirar un autor humorístico, y esta circunstancia fue tanto más notable cuanto que contrastaba profundamente con la seriedad casi estoica del orador. No emito juicio de esta composición, pues se publicará en el periódico órgano de la Sociedad.²

¹ Al respecto Berenice Reyes Herrera menciona que podrían ser el mismo Juan Carlos Talancón.

² Francisco Aguilar y Urizar, “Revista de la velada del 16 de enero de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 2, 1 de enero de 1904, p. 23.

Este comentario al texto leído por Ernesto Barrios Collantes concuerda en varios aspectos con el cuento titulado “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales”,³ aunque este cuento está firmado por Carlos Talancón. Con esto en mente, tal vez los textos que aparecen con el nombre de Carlos Talancón y J. C. T. pertenezcan a Barrios Collantes, quien para entonces debía tener diecisiete años, todavía mucho más joven cuando aparece el texto ““Diabólica”,⁴ en 1900, y todavía más cuando publica “De un álbum de viaje”⁵ y “Asunto Nacional”,⁶ en junio y diciembre de 1899, respectivamente. El tono humorístico lo encontramos tanto en los cuentos de “Un baile de fantasía”, “Asunto Nacional” y “Diabólica” y las reflexiones sobre la defensa de una postura política en “Asunto Nacional” y “De un Álbum de Viaje”, algo que sería muy acorde al ímpetu político de Barrios Collantes, particularidad que destacaría en la vida política del país. A esto hay que agregar que Carlos Talancón o J. C. T. no participan en *Revista Literaria* y que Barrios Collantes se encontraba para ese entonces en San Luis Potosí, donde convivió con otro zacatecano, Ramón López Velarde.⁷

En el año de 1910, Barrios Collantes participó del Juicio que se realizó a Francisco I. Madero.⁸ Ahora bien, existe una revista de la velada donde se hace mención de la

³ Carlos Talancón, “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 4, 15 de mayo 1904, pp. 43-48 y número 5, 15 de julio de 1904, pp. 49-52.

⁴ Carlos Talancón, “Diabólica”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de Marzo de 1900, pp. 7-9.

⁵ J. C. T., “De un álbum de viaje”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 9-13.

⁶ J. C. T., “Asunto Nacional”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 7, 1 de diciembre de 1899, pp. 1-6.

⁷ Ernesto Barrios Collantes formó parte del Club Democrático Potosino en 1909. Véase: José Santos Alonso, “Club Democrático Potosino”, *La saga de los Santos 1750-2000*, Ed. Pentian, España, 2019, <<https://books.google.com.mx/books?id=VhaVDwAAQBAJ&lpg=PT66&dq=Ernesto%20Barrios%20Collantes&pg=PT61#v=twopage&q&f=false>> [Consulta: 30 de noviembre 2023].

⁸ Se puede consultar parte de su testimonio: “...dijo que se llama Ernesto Barrios Collantes, de veintitrés años de edad, soltero, estudiante originario de Sombrerete Estado de Zacatecas y vecino de esta Ciudad con domicilio en la calle de Martínez Castro 13.A...”, cuaderno 2, foja 69, en línea <<http://iisue.unam.mx/ahunam/madero/?regi=114>> [Consulta: 30 de noviembre 2023]. Después, Barrios Collantes se abocará por completo a la carrera jurídica. Está presente en el Congreso Constituyente de 1917, cito: “El XXV Congreso Constitucional del Estado quedó legítimamente instalado el 25 de mayo de 1917 y finalizó el 14 de septiembre de 1919. A esta ceremonia acudieron Ernesto Barrios Collantes y el licenciado

participación de Carlos Talancón, hecho que contradice nuestra propuesta sobre el seudónimo de Collantes:

El sr. Ing. Carlos Talancón leyó un trabajo literario, que sentí no haber oído bien, porque el orador habló en voz baja y yo estaba algo lejos, pero según las apreciaciones que después oí de dicho trabajo, éste no carece de mérito. Y así debía ser, pues el sr. Talancón goza de alguna fama entre los literatos de la Sociedad Científico-Artística. Lo felicitamos.⁹

En esta revisión no se da, sin embargo, noticia sobre el título o género con el cual participó Talancón. Cabe mencionar que la crónica de la velada que se acaba de mencionar, donde se refiere la presencia de Barrios Collantes, fue escrita por Francisco Aguilar y Urizar y esta última, por Aurelio Elías, quién era el director de la revista *El Renacimiento*. Me gustaría suponer que Barrios y Elías estaban de acuerdo en utilizar el seudónimo J. C. T. o Carlos Talancón, acuerdo que, tal vez, ignoraba Aguilar y Urizar. Esto explicaría por qué no existe algún cuento o texto de Carlos Talancón o J. C. T. en *Revista Literaria* (1910). Sólo futuras investigaciones sobre la narrativa en Zacatecas durante el Porfiriato podrían comprobar o descartar esta hipótesis. Es necesario puntualizar que a lo largo de la tesis he decidido mencionar el autor que firma cada uno de los cuentos revisados y no el de Barrios Collantes.

En el capítulo uno, se aborda de manera panorámica algunos acercamientos teóricos que se han hecho en torno al cuento. Resulta evidente que la crítica literaria ha centrado sus análisis y exploraciones en las composiciones y autores del siglo xx. Para México, existen, entre otras, antologías como la de Alfredo Pavón *Historia crítica del cuento mexicano del*

Julio Betancourt como representantes del Supremo Tribunal de Justicia”, en Catherine Andrews, *El constitucionalismo regional y la Constitución de 1917*, <https://books.google.com.mx/books?id=j1K_DwAAQBAJ&lpg=PT594&dq=Ernesto%20Barrios%20Collantes&pg=PT593#v=onepage&q=Ernesto%20Barrios%20Collantes&f=false>

⁹ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 7 de mayo de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 3, 15 de mayo de 1904, p. 42.

siglo XX en dos tomos. Encuentro cierta continuidad en lo que plantea Pavón y lo que dice Luis Leal en su texto *Breve historia del cuento mexicano*, ya que menciona que durante el Porfiriato coexistieron varias tendencias predominantes en el género cuento, como la modernista, la realista, la impresionista, la naturalista o la regionalista, entre otras, que fueron la base para el futuro desarrollo y consolidación del género en el siglo xx.

Después de algunas revisiones sobre la crítica literaria y el cuento se optó por tomar como base los aportes hechos por Martha Elena Munguía Zatarain en *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*, quien centra sus análisis en la tradición de Hispanoamérica. Como se verá, hace una clara síntesis sobre cómo el cuento y la novela tienen orígenes distintos y por ende sus elementos responden de manera diferente. Esto no quiere decir que sea la única vía de interpretación para los cuentos aquí rescatados y transcritos, pero sí una buena manera de tener un primer acercamiento.

Repito: si bien se revisan en el primer capítulo algunos postulados teóricos sobre el cuento de autores como Luis Beltrán Almería en su ensayo “El cuento como género literario” o “*Un modelo para el estudio del cuento*” de Lauro Zavala, se optó en este trabajo por seguir los planteamientos de Munguía Zatarain, porque ella reflexiona desde un corpus del género cuento en Hispanoamérica y revisa la teoría literaria para apostar por una poética del cuento, cuyos elementos situados en el devenir y evolución del género permiten describir algunos de los elementos que le son propios y que tienen raíces profundas en la tradición oral. Así, no es que el cuento sea una transposición de lo oral a lo escrito, sino que el cuento oral se fue diluyendo en la escritura, como la poesía, y esto le otorgó un distanciamiento mayor de la novela.

Como en todo el siglo XIX, el cuento se divulgó de modo fundamental en la prensa periódica, que funcionó como laboratorio creativo, escaparate de obras, tribunal crítico,

formador de público, tertulia virtual e instancia de consagración. Tanto lo literario como lo periodístico, aunque con lógicas y necesidades distintas, se exploraron y explotaron mutuamente, para formar una original tradición estética, virtuosa y vigorosa, que nutrió las páginas de las múltiples décadas del siglo.¹⁰ Berenice Reyes Herrera menciona que *Revista Zacatecana* circuló por dos años, aunque en esta investigación solo fue posible acceder a los primeros diez números y en el transcurso de este estudio no se logró dar con algún otro ejemplar. Además de esto, cabe destacar un cuento en especial que aparece en los números ocho y nueve de la revista,¹¹ titulado “Tlahuicole”.

Al respecto, me gustaría mencionar que una búsqueda en la Hemeroteca Nacional Digital de México arrojó varios textos que retoman a este personaje histórico¹². Esto lleva a pensar que posiblemente sea un texto genuinamente inédito hasta *Revista Zacatecana* (1899-1900). Al no disponer de la conclusión del cuento ni nombre del autor, ya que el cuento pudiera ser una reproducción y no pertenecer a un escritor zacatecano o que estuviese en Zacatecas durante su edición por primera vez en *Revista Zacatecana*, se ha optado por dejarlo

¹⁰ Marco Antonio Campos y Luz América Viveros (Eds.), *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2022, p. 15.

¹¹ Autor desconocido, “Tlahuicole”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 8, 1 de enero de 1900, pp. 12-14, y número 9, 1 de febrero de 1900, p.16.

¹² Dejo algunas referencias que constatan que el sujeto histórico fue utilizado para la elaboración de textos literarios e historiográficos en la prensa periódica de México decimonónico: Juan B. Garza, “Tlahuicole” (poema), en *La Voz de México. Diario Político, Religioso, Científico y Literario*, número 226, Tomo XV, 3 de octubre de 1884, p. 3. Aunque en este diario se hace referencia a este poema que se incluye como parte de la sección de miscelánea donde se informa haber recibido un ejemplar de *La Familia* y detallan el contenido donde aparece el mencionado poema de Garza en concreto aparece en varios números que corresponden de la siguiente manera: Juan B. Garza, “Tlahuicole”, en *La Familia*, número 8, 24 de septiembre de 1884, p. 95; número 9, 1 de octubre de 1884, pp. 10-105; número 10, 8 de octubre de 1884, p. 119 y número 11, 16 de octubre de 1884, 126-127. Otra referencia al sujeto histórico se encuentra en un texto de Lafragua sobre el periodo prehispánico donde participó, véase José María Lafragua, “Ciudad antigua de México”, en *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, número 459, 5 de abril de 1859, pp. 1-2. Otro poema que circuló en la prensa periódica es de R. de Zayas Enríquez, “Poemas Nahoas. Tlahuicole”, en *Revista Azul*, número 15, 5 de agosto de 1894, pp. 212-213. Otra referencia la encontramos en el *Siglo Diez y Nueve*, Época IX, Año XXXIX, número 12,398, 29 de octubre de 1879, p. 2, donde se menciona una biografía de José Peón y Contreras y que tiene un romance con el título “Tlahuicole” que se publicó en su libro *Romances históricos mexicanos* en el año de 1873 por los Impresos de Díaz de León y White pp. 103-123.

fuera de la transcripción de los cuentos que en este trabajo se ofrecen en los anexos (rescate que se considera muy importante para el conocimiento de la literatura zacatecana). Es necesario, mencionar, además, que el trabajo que hice aquí no hubiera podido llevarse a cabo de no haber contando con la posibilidad de consultar los originales de las tres revistas de donde se extrajeron los cuentos, *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El Renacimiento* (1904-1905) y *Revista Literaria de Zacatecas* (1910), que me fueron facilitados por el doctor Marco Antonio Flores Zavala de la Universidad Autónoma de Zacatecas, quien los tiene en su biblioteca privada.

Para concluir esta breve introducción, sólo quisiera mencionar, rápidamente, que en los capítulos dos y tres se hace la revisión de algunos cuentos. Debido a que la heterogeneidad de sus elementos no permitió estructurar una aproximación crítica desde alguna vía temática, se optó por hacer un trabajo más descriptivo que diera cuenta tanto de la importancia de los temas tratados como del valor estético de cada uno de los textos. La exposición se apoya, como dije, en las categorías que brinda Munguía Zatarain y Beltrán Almería. Además, por metodología, he optado por revisar una selección y no todos los cuentos encontrados, los que el lector podrá consultar en el Anexo.

CAPÍTULO I

1.1 EL ESTUDIO DEL GÉNERO CUENTO

Al examinar el canon de la narrativa en Zacatecas el interesado se encontrará con dos antologías como referentes para su estudio: *Zacatecas cielo cruel tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)* de Severino Salazar y *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX* de Veremundo Carrillo Trujillo. Ambos antologadores son creadores, estudiosos y críticos de la literatura.¹³ En la primera antología, se dice lo siguiente acerca de la narrativa: “La narrativa zacatecana inicia, propiamente, en el siglo XX, cuando se producen textos más conscientes de las técnicas literarias, de su filiación al mundo del arte y, a veces, de su servicio a las ideas sociales del momento”.¹⁴ Esta última apreciación resulta de la valoración que se hace en torno a las obras de Mauricio Magdaleno, al relacionarlas con la narrativa de la revolución mexicana. Una visión similar, pero desde el cuento o relato fantástico, incluye como parte de la narrativa zacatecana a la escritora Amparo Dávila. En la segunda antología, se menciona lo siguiente de la narrativa:

El siglo XIX, ocupado en el acomodo político y en la definición nacional, abundante en sacudidas ideológicas y bélicas, no fue muy propicio para la narrativa. Recogemos, no obstante, la prosa poética de Luis de la Rosa Oteiza y a Francisco Sotomayor.

Rafael Ceniceros Villarreal, duranguense de origen, escribe la novela *La siega*, costumbrista, de estilo artificial y correcto, un tanto acartonado; su narrativa edificante, si lo decimos en la terminología de la época, es decir moralizante. Escribió

¹³ Veremundo Carrillo Trujillo nació en Achimec de Arriba (hoy San Pascual), Tepetongo, Zacatecas, en 1933. Estudió filosofía y teología en Montezuma, Nuevo México, Estados Unidos. Hizo la licenciatura y cursó el doctorado en letras clásica en Salamanca, España. Es fundador y primer director de la Escuela de Humanidades de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha sido director de las revistas *Crestón*, *Dynamis* y *Rodeo*. Fue redactor de *Montezuma* (Estados Unidos) y de *Rumbo* (México). Ha sido colaborador de *Ábside* (México), *Cuadernos Hispanoamericanos* (España) y *Renovabis* (Perú), así como en los diarios zacatecanos: *Diario de Zacatecas*, *El Heraldo* y *Pulso*. Participó en el III Encuentro Internacional de Poetas del Mundo Latino, en 1988. Por su parte, Severino Salazar nació en Tepetongo, Zacatecas, el 12 de junio de 1947. Realizó estudios de literatura Inglesa en la Universidad Nacional Autónoma de México y en Swansea College del País de Gales. Ganó el Premio Juan Rulfo para primera novela en 1984 por su obra *Donde deben estar las catedrales*. Fue profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco y murió en el D. F., México, en 2005. Notas biográfica extraídas de Severino Salazar, *Zacatecas cielo cruel tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)*, CONACULTA, México, 1994, 406 pp.

¹⁴ Severino Salazar, *op. cit.*, p. 22.

también *El hombre nuevo* y la pieza teatral *El vengador*. También incursionó en la poesía con algún romance patriótico.¹⁵

Si bien a los primeros dos autores decimonónicos se añade la obra de Rafael Ceniceros y Villareal,¹⁶ éste sería uno de los pocos escritores con cuentos publicados contemporáneamente a la época de vida de las tres revistas zacatecanas que comprenden el corpus de cuentos que aquí se analizan (objetivo, junto con el rescate mismo, de esta tesis) para el periodo de 1899 a 1910. Sus cuentos aparecen en el tomo II de sus *Obras* publicadas en la imprenta de Victoriano Agüeros en el año 1909, en Ciudad de México. Por lo tanto, Ceniceros es, desde la compilación de estas dos antologías, uno de los dos cuentistas para la primera década del siglo XX en el canon regional que no fue, sin embargo, incluido como representante del cuento. Lo mismo sucede en el caso de Severo Amador.

Lo que ocurre con Severo Amador es llamativo, pues este escritor zacatecano que sólo es reconocido como poeta en la antología *Zacatecas. Barro que suena a plata*, a pesar de que se menciona su libro de cuentos *Bocetos provincianos* (1907) en la bibliografía consultada. Al igual que el libro de Rafael Ceniceros y Villareal, *Bocetos provincianos* se editó en el centro del país en Castillo y Compañía. En los textos incorporados de Severo Amador en *Revista Literaria de Zacatecas* (1910) aparecen poemas de su libro *Mortajas y*

¹⁵ Veremundo Carrillo Trujillo, *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, CONACULTA, México, 1996, p. 13.

¹⁶ La poesía de Rafael Ceniceros y Villareal es la menos recopilada de sus textos; solo he logrado dar con un poema titulado "Glosa", en Raymundo Ramos (antologador), *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, Lumen, México, pp. 155-157.

Brozas.¹⁷ Asimismo, la *Revista Zacatecana* (1899-1900) incluye el cuento “Vuelta de un soldado”,¹⁸ de José Vázquez, el cual forma parte de su libro *Cuentos infaustos*.¹⁹

Otro aspecto sobre el que es necesario señalar y sobre el que vale la pena reflexionar a partir de estas dos antologías es la existencia de un vacío para el periodo que abarca de 1877 a 1927 para autores y sus respectivas obras dentro de los géneros de novela y cuento, es decir, que desde la impresión de la última novela de Francisco Sotomayor, *Un santuario en el desierto* (1877),²⁰ hasta la publicación de la primera novela de Mauricio Magdaleno, *Mapimí* 37 (1927) no se incluye ningún texto de narrativa. La razón es evidente: la mayoría de los textos literarios de la época se encuentran publicados en la prensa periódica. En este sentido, considero una tarea pendiente para el caso de la literatura zacatecana la ampliación del corpus de textos narrativos, lo que sólo se podrá hacer buscando en colecciones privadas. Por esta razón, en la presente investigación se reproducen los cuentos que aparecieron en *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El Renacimiento* (1903-1904) y *Revista Literaria* (1910), fuentes que no se encuentran en acervos públicos. En posteriores investigaciones puede ampliarse este corpus al integrar los cuentos publicados en otras publicaciones periódicas de Zacatecas y que se encuentran en resguardo de archivos como el de la Hemeroteca de la Biblioteca Mauricio Magdaleno.

¹⁷ En esta revista se incluyen los poemas: “El lago”, “Balada rústica” y “Alborada” de su libro *Brozas* (1907) y “La mortaja” se indica que proviene de su libro *Mortajas*, fechado en México 1910. El poema de “Esclavitud” no se indica si es reproducción de algún poemario o si es exclusivo para la revista. No he logrado dar con un índice a los respectivos libros *Mortajas*, *Escalios*, *Carbunclos*, *Cantos de Syringa* y *Preludios y Brumas. Poesías profusamente ilustradas*. Además, se informa al final de los libros de *Brozas* y *Bocetos provincianos* que se encuentra en preparación una novela titulada *Lucina* y varios libros de cuentos: *Bocetos metropolitanos*, *Cuentos espectrales* y *Matojos*, libros cuyos ejemplares no he logrado consultar hasta el momento.

¹⁸ José Vázquez, “Vuelta de un soldado”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de abril de 1900, pp. 13-16.

¹⁹ Durante esta investigación no se ha logrado encontrar un ejemplar físico o digital del mismo para cotejar el pie de imprenta y su contenido.

²⁰ Veremundo Carrillo Trujillo, *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, CONACULTA, México, 1996, p. 252.

Como ya se mencionó, la propuesta de las dos antologías para la narrativa en Zacatecas durante el siglo XIX se reduce a tres autores: Luis de la Rosa Oteiza, Francisco Sotomayor y Rafael Ceniceros y Villareal. Tanto Severino Salazar como Veremundo Carrillo Trujillo coinciden en colocar el inicio del género cuento para Zacatecas en el siglo XX a partir de Mauricio Magdaleno y Amparo Dávila. Este punto de partida para la cuentística en Zacatecas se debe, principalmente, a dos razones: la fama de estos dos escritores cuya obra se publicó en formato de libro y a que ambos ejercieron el oficio de literatos desde el centro del país y fueron cercanos a los círculos intelectuales de la época, lo que no es cualquier cosa.²¹ Teniendo esto en mente, resulta lógico que los escritores de las tres revistas aquí trabajadas no llamaran tanto la atención.

Cabe señalar que esa ausencia del cuento zacatecano durante el siglo XIX, en las antologías señaladas, se debe a que ambos antologadores —Veremundo Carrillo y Severino Salazar— toman como punto de partida los textos que se publicaron en formato de libro en el centro del país. Este criterio de selección no se explicita en sus introducciones, pero se deduce al consultar su bibliografía. Además de excluir a Ceniceros por su estilo moralizante, mismo adjetivo con que podría calificarse el estilo de Sotomayor, no se menciona a ningún otro autor para el género cuento en el siglo XIX. Incluso, lo mismo pasa con otros géneros, pues parece descuidarse el equilibrio entre autores y obras para el género poético y los otros géneros como narrativa, teatro y ensayo. Esta falta se debe, principalmente, a la imposibilidad de acceder a las fuentes literarias primarias.²²

²¹ Es llamativo que otros autores que alcanzaron un reconocimiento nacional igualmente excluidos en el género cuento y otros fueron aquellos que ejercieron el oficio de escritores fuera del estado de Zacatecas como Severo Amador y Ramón López Velarde (prosa poética), igualmente cercanos a los círculos intelectuales del centro del país.

²² Al igual que los cuentistas, en *Zacatecas cielo cruel tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)* de Severino Salazar se fija al ensayo en Zacatecas en siglo XX con las obras de Enrique Fernández Ledesma. En la categoría de teatro, esta antología solo reúne a Fernando Calderón y Armando García. Por su

En su estudio introductorio a *Impresiones. Poesías* de Anselmo Pérez Maldonado, Juan Ignacio Piña Marquina hace una revisión de diecisiete antologías²³ en las que se registra a algún autor zacatecano para los siglos XIX y XX, y casi todas ellas se dedican al género poético. Es decir, hay una clara preferencia por el estudio de la poesía en, desde y para la región de Zacatecas y sus autores, aunque algunos de ellos hubieran incursionado en otros géneros. Además, la mirada con la que se analizan las producciones literarias del Porfiriato en Zacatecas corresponde a la idea de literatura de mediados y finales del siglo XX y las perspectivas críticas de este periodo. Dicho de otra manera, se escribe el canon a partir de escritores que ejercieron el oficio de literatos desde el centro del país y a partir de la segunda mitad del siglo XX:

En el siglo XX llega a su madurez la narrativa zacatecana, con proyección nacional. El más grande exponente es Mauricio Magdaleno.

El «realismo mágico», invención de América Latina, aunque el término lo acuñó Franz Roh, es la destrucción de la frontera entre la realidad y la fantasía. Es el regreso literario a la magia, según la cual nombrar es adquirir dominio sobre lo nombrado. El movimiento es nuevo en la literatura, pero no en la cultura popular, en este Nuevo Continente «surrealista», al decir de Bretón. Aparecen Amparo Dávila y Tomás Mojarro.²⁴

Estos críticos literarios toman, como punto de referencia para el inicio de la narrativa zacatecana la tercera década del siglo XX y ven desde estas perspectivas a los cuentistas del siglo anterior o de los primeros decenios del siglo pasado. Carrillo Trujillo reconoce la veta del realismo mágico que va desde Magdaleno hasta el propio Salazar; pero no hace mención

parte, Veremundo Carrillo Trujillo, en *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, excluye a Armando García del género ensayo para sólo dejar a Fernando Calderón. Sin embargo, amplía la nómina de autores para el ensayo desde Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche y José de Ribera Bernárdez y José María Coss para el periodo Virreinal; Para el siglo XIX, sólo incluye a Luis de la Rosa Oteiza, y para el siglo XX reúne a Ramón López Velarde, Daniel Kuri Breña, Eugenio del Hoyo y a Guillermo López de Lara.

²³ Juan Ignacio Piña Marquina, “Un ensayo de presentación”, en Anselmo Pérez Maldonado, *Impresiones. Poesías*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2004, pp. XXXV-XLII.

²⁴ Veremundo Carrillo Trujillo, *op. cit.*, pp. 13-14.

de otras corrientes literarias de la época (romanticismo, realismo, naturalismo, etcétera). Ambos antologadores reconocen como antecedentes del género narrativo en el siglo XIX a Luis de la Rosa Oteiza y Francisco Sotomayor, pero solo como novelistas y no se menciona a algún cuentista. En el caso de la obra, Carrillo Trujillo ubica también en este puesto a autores como Rafael Ceniceros Villareal, autor de *La siega y El hombre nuevo* —novelas publicadas en la colección autores mexicanos en la imprenta de Victoriano Agüeros en 1908— y a Joaquín de Bolaños con su obra *La portentosa vida de la muerte* (1792) para la época virreinal.

En resumen, los antologadores conocieron algunos de los cuentos de Severo Amador y Rafael Ceniceros y Villareal; sin embargo, éstos no fueron tomados en cuenta para el apartado del género cuentístico. Así pues, las antologías mencionadas anteriormente construyen un canon regional, como toda antología, a partir de las creaciones literarias más cercanas al centro del país y a los movimientos y corrientes literarias preponderantes para la integración de los textos para cada género literario. Aunado a esto, el papel que realizaron como antologadores no es del todo neutral: “...el antólogo cumple más de una función: contribuye en la formación del canon, aunque no se trate de una búsqueda deliberada. La función canonizadora del antólogo radica en el discernimiento: primero como lector-receptor y luego como autor-productor, ya que en todo antólogo hay también un autor en potencia”.²⁵ Esto resulta en una exclusión de ciertos textos, que desde otros criterios, enfoques, temas, etcétera, pudiesen aparecer como muestras de uno u otro género en otra antología. Cabría por último señalar que las dos antologías, a mi parecer, desde la selección de autores y obras, así

²⁵ Antonio Cajero Vázquez, “De antologías y su alrededores”, en Antonio Cajero Vázquez (editor), *Márgenes del canon: La antología literaria en México e Hispanoamérica*, El Colegio de San Luis, México, 2016, p. 9.

como por el papel que desempeñaron los antólogos quieren mostrar cómo la región de Zacatecas y su canon estuvieron estrechamente ligados al centro del país porque:

A caballo entre el creador y el crítico, el antólogo también asumió el papel doble del continuador de una tradición literaria determinada y el generador de nuevos rumbos estéticos, y aun ideológicos. En el primer caso, puede reforzar el gusto literario de la época y contribuir en su difusión entre los escritores por venir; en el segundo, convertirse en la plataforma de individuos o grupos subalternos que buscan un espacio, a contracorriente de la tradición, en el escenario dominante, con la intención implícita o explícita de afincarse como *la* tradición.²⁶

Es notoria la filiación que hacen estas antologías con el canon de la literatura mexicana, para la cual hay zacatecanos de renombre, fama y calidad literaria. En este sentido, es importante la revisión de la historiografía literaria regional en Zacatecas a partir del estudio de la prensa periódica, con el fin de ampliar la nómina de autores y textos y propiciar, así, sus posteriores reflexiones teóricas y estéticas.

La hipótesis con la cual se realizó el acercamiento a los relatos aquí recuperados es que en Zacatecas la influencia de las corrientes estéticas en boga tuvieron, así como la polémicas del modernismo, resonancias que contribuyeron a la conformación de los elementos constitutivos de los cuentos publicados en *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El Renacimiento* (1904-1905) y *Revista Literaria* (1910).

1.1.1 ELEMENTOS DE POÉTICA DEL CUENTO

Resulta interesante que si bien la crítica literaria ha reconocido al siglo XIX y la influencia de Horacio Quiroga y de Edgar Allan Poe para el género cuento como el punto de partida para su autonomía en el ámbito hispánico (“Horacio Quiroga se erige en el subcontinente como la figura clave para entender los posteriores desarrollos del pensamiento teórico sobre este

²⁶ *Ibid.*, p. 9.

tema”),²⁷ en las tres revistas no hay una mención a estos escritores ni sobre las nociones teóricas que cultivaron sobre el cuento.

Es este sentido, considero que puede ser beneficioso para la comprensión de la cuentística y la prensa periódica en Zacatecas tomar en cuenta algunas reflexiones de Martha Elena Munguía Zatarain en su estudio *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*.²⁸ En esta minuciosa indagación de los elementos del cuento, la autora analiza la intención de la creación autoral que involucra el género y se apoya en algunos escritores como Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Ricardo Piglia, Juan Bosch, entre otros. También, hace reflexiones a partir de críticos literarios como Cedomil Goic, Jean Franco, Luis Íñigo Madrigal, Pedro Enríquez Ureña y Luis Leal en su papel de antologadores y la función determinante que tienen las antologías en la construcción de un canon: “...resulta imprescindible tener en cuenta las antologías pues se han ido convirtiendo en fuente de acceso masivo a los textos literarios; pero sobre todo, porque en gran medida se han constituido en uno de los factores fundamentales para el establecimiento del canon genérico al incorporar reiteradamente ciertos textos y excluir otros”.²⁹ Si se tiene esto en cuenta al revisar las antologías de Severino y Veremundo concluiremos que el canon que proponen excluye gran parte de la tradición zacatecana del cuento. A decir de Munguía Zatarain, este género se encuentra presente como discurso literario en otros géneros desde la invención de la imprenta como la crónica de viajes de los conquistadores o los relatos de las culturas prehispánicas.

²⁷ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*, El Colegio de México, México, 2002, p. 18.

²⁸ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*, El Colegio de México, México, 2002, 187 pp.

²⁹ *Ibid.*, p. 16.

Los comentarios acerca de los textos narrativos que encontramos en el estudio de Munguía Zatarain son de suma importancia para el análisis que se llevará a cabo en este acercamiento, pues ella esclarece mediante un recorrido amplio en la historia, crítica y teoría literarias la manera de posicionar el devenir de los textos cuentísticos y muestra, a partir de su poética, algunas de las categorías propias del cuento como discurso literario. Para ello retoma y problematiza algunos conceptos de la teoría literaria como el cronotopo del umbral de Bajtín, el acontecimiento, el tiempo y espacio, la tensión, el héroe y la voz en los cuentos hispanoamericanos.

Aunque se reconocen otras perspectivas de análisis,³⁰ retomaré principalmente algunos de los planteamientos de Munguía Zatarain que permiten tener otra visión acerca de los veintinueve cuentos que aquí se rescatan y que son el objeto de estudio de este trabajo investigación, esto con el fin de clasificar dichos relatos dentro de este género literario. Además, respecto de los enfoques teóricos, Luis Beltrán Almería puntualiza lo siguiente: “La teoría genérica del cuento está en nuestra época y ha estado generalmente en el pasado dominada por la teoría de la novela, o, mejor dicho, por una de las grandes líneas teórica de la novela: la línea retórica”.³¹ Esto quiere decir que los elementos teóricos de la narratología se han desarrollado, en su mayoría, pensando en el género de la novela,³² que nació a partir de la escritura y no como el cuento que tiene sus raíces en la oralidad: “Eso significa que, pese al carácter proteico de ambos géneros, las leyes del cuento son mucho más limitadas y precisas —son leyes canónicas— que las de la novela, caracterizadas por la hegemonía de la

³⁰ Están algunos realizados por Lauro Zavala o de elementos narratológicos como los de Gerard Genette y Luz Aurora Pimentel.

³¹ Luis Beltrán Almería, “El cuento como género literario”, en Peter Fröhlicher y Georges Güntert (editores.), *Teoría e interpretación del cuento*, Peter Lang, Bern, 1995, p. 18.

³² *Ibid.*, pp. 19-20.

libre imaginación y la presencia de la actualidad viva”.³³ Tanto Beltrán Almería como Munguía Zatarain concuerdan en que la novela y el cuento como género tienen diferentes orígenes, lo que los dota de elementos propios a cada uno. El primero advierte sobre cinco características principales:

1) El cuento tiene un cierto canon expositivo. Consiste en respetar las leyes del relato oral. [Claridad, concisión y verosimilitud] ...2) Esa noción de lo verosimilitud da cabida en el cuento a lo fantástico o, por lo menos, a cierta dimensión de la fantasía. [Fantasía de corte tradicional, limitada no libre] ...3) La puesta a prueba de creencias exige la presencia de la moraleja. [El cuento tiene dos formas como *prueba* y como *ejemplo*], ...4) El cuento es un género de naturaleza mixta: serio-cómica.³⁴ En su seriedad conecta con la tradición y con la retórica, en su comicidad conecta con el folclore. ...5) Otros rasgos que emanan del carácter canónico oral del cuento son el tipismo y el monoestilo.³⁵

Estas características, sin embargo, no concuerdan del todo con elementos que analiza Munguía Zatarain o Lauro Zavala, este último establece, también, un modelo para el estudio del cuento en cinco elementos principales: tiempo, espacio, personajes, instancia narrativa y final.³⁶ Las premisas borgianas a partir de las que este autor desarrolla su modelo de cuento lo llevan a establecer tres periodos en los que ve cómo estos elementos tienen una función diferente en los cuentos: el cuento clásico, que define como una representación convencional de la realidad; el cuento moderno, que clasifica como la tradición antirrealista y, por último, el cuento posmoderno, que cataloga como una presentación de la realidad textual. Si bien su propuesta es válida, para proponer sus modelos parte de las reflexiones de escritores como Borges, Cortázar, Poe, es decir, desde una perspectiva autoral, a diferencia de Munguía Zatarain, quien establece su propuesta teórico-crítica desde una perspectiva donde considera

³³ *Ibid.*, p. 24.

³⁴ Esto deriva de la explicación que hace de los géneros narrativos como géneros menores vistos desde la *Poética*

³⁵ Luis Beltrán Almería, “El cuento como género literario”, en Peter Fröhlicher y Georges Güntert (eds.), *Teoría e interpretación del cuento*, Peter Lang, Bern, 1995, pp. 30-32. Los corchetes son míos.

³⁶ Lauro Zavala, “Un modelo para el estudio del cuento” en *Casa del Tiempo*, Universidad Autónoma de Metropolitana, volumen VII, época III, número 90-91, julio-agosto 2006, p. 26.

un corpus de cuentos de la tradición de Hispanoamérica. Tanto las propuestas analíticas de ella como de Zavala concuerdan en los elementos de tiempo y espacio.

Munguía Zatarain retoma la instancia narrativa y personajes en los componentes del héroe y la voz en el cuento y uno de los primeros elementos que caracterizan la poética del cuento para esta autora es la categoría de acontecimiento: “El acontecimiento, en todo momento, está estrechamente ligado a la cultura, de tal forma que un hecho concebido como acontecimiento, en otro momento, en otro espacio, puede ser una simple circunstancia intrascendente, un hecho sin repercusiones”.³⁷ Según esto, lo que es digno de ser contado tiene una significación por su relación con la realidad en un momento histórico específico, asimismo,

El cuento, al erigir una determinada acción o una serie de acciones en el eje del argumento para fundar una significación, es corresponsable de la valoración ética que tal acción porta y aún la está elevando al rango especial al seleccionar ese acto y no otro como objeto de la representación: se valora como trascendente, significativo, digno de ser contando, un acto que ya lleva desde sus orígenes una valoración, misma que se extrema al hacerlo ingresar en el ámbito de lo estético.³⁸

Además de esto, se señala que el acontecimiento implica un acto ético en sí, puesto que en el acontecimiento se refleja nuestra mirada del mundo, una forma compleja porque se desprende desde y para la vivencia:

Tal vez sea pertinente repensar el término acontecimiento ligado a la noción de acto ético, es decir, como acto participativo del ser viviente responsable que involucra un tono emocional y volitivo: «Todo aquello con lo que tengo que ver se me da mediante un tono emocional y volitivo, puesto que todo se me da como momento del acontecimiento en el cual participo. Puesto que he pensado el objeto, he construido con él una relación de acontecimiento».³⁹

³⁷ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos... op. cit.*, p. 81.

³⁸ *Ibid.*, p. 82.

³⁹ *Ibid.*, p. 84.

Esta aseveración se deduce de la reflexión de Mijaíl Bajtín sobre el acto ético: “Todo lo vivenciable se vive como dación-planteamiento, se entona, posee un tono emocional y volitivo, entabla conmigo una relación activa en la unidad del acontecer (*sobytiinost*) que nos abarca”.⁴⁰ Se determina así que la trama o historias que se hilan en un cuento no son sinónimos del acontecimiento, pues esta categoría corresponde a la imagen que tiene un valor significativo desde algún punto de valor ético y desde el cual entran en juego otras categorías como como espacio, tiempo, héroe y voz.

Es así que el cuento, al ser parte de una experiencia del ser, desde el punto de vista ético de la filosofía del acto ético de Bajtín, vincula la escritura con la lectura del cuento; es decir, hay un puente entre la voz autoral, las intenciones, los valores y el otro horizonte lector con su propio bagaje cultural, puesto que:

La actividad creadora que forja un cuento es acontecimiento estético en la medida en que se establece la estrecha relación entre conciencia artística autoral y conciencia artística lectora, conciencias participativas que se encuentran en la creación de ese hecho estético particular. El puente en el que se cruzan ambas fuerzas creadoras es la propuesta del mundo que constituye el contenido artístico de la obra. Acercándonos más al punto, se puede afirmar que la obra literaria adquiere los contornos del cuento por las formas en que se traza el acontecimiento que constituye su contenido artístico.⁴¹

El acontecimiento establece así un puente valorativo entre el lector y el autor por medio del cuento. Este último punto es importante, puesto que señala que la significación del acontecimiento comienza con la visión volitiva y emocional del autor que cruza y se entrelaza con el mismo horizonte de todos los posibles lectores. Es en este cruce de horizontes y de enlaces a partir del cual se forma una síntesis que le otorga la significación al acontecimiento. En palabras de Munguía Zatarain significa que:

⁴⁰ Mijaíl Bajtín, *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*, editorial Anthropos, Barcelona, 1997, p. 40.

⁴¹ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos... op. cit.*, pp. 84-85.

El acontecimiento fundamental del cuento consiste en la resolución artística de la tensión entre el horizonte valorativo del creador y la fuerza convincente del actuar del héroe, en los marcos de su propio horizonte y esta tensión, por supuesto abarca el ámbito desde el que el lector participa en la configuración del actuar del héroe, en tanto fuerza externa pero comprometida.⁴²

En este punto, entran en juego los elementos volitivos, emocionales y éticos que conforman al héroe, situado en un tiempo y espacio, y la fuerza con que el lector dota también de significado a esos mismos elementos. Para finalizar y esclarecer un poco entre la aparente sinonimia con que la crítica maneja las categorías de suceso, acto y acontecimiento, Munguía Zatarain señala lo siguiente durante su revisión teórico-crítica:

[...] acto podría remitir al obrar humano, de ahí que los actos los realicen los personajes en su hacer, el propio narrador lleva a cabo el acto de contar; sucesos serían, recuperando su sentido etimológico, la sucesión de actos en el despliegue temporal en el que se traman por obra del relato y acontecimiento constituye la representación artística de este obrar humano, lo cual lleva una carga valorativa en términos éticos y estéticos, de ahí que, finalmente, el verdadero acontecimiento estético, se ubique precisamente en el encuentro valorativo entre creación y recepción.⁴³

Es esta construcción y valoración lo que confiere al suceso la categoría de acontecimiento en el género cuento. Aclarada esta cuestión entre los conceptos, la autora señala que se genera una tensión a partir de este acontecimiento éticamente significativo, porque el acontecimiento está situado, temporalmente, entre un pasado fijo, invariable y un futuro incierto. De esta manera, la autora pasa a revisar las categorías de tiempo y espacio en la teoría y en la crítica literaria.

En su revisión del tiempo menciona que se ha visto desde diferentes perspectivas: como categoría que se centra en el tiempo narrado, como el acto de narrar una historia o un discurso o simplemente como un tema para ciertos cuentistas.⁴⁴ Agrega que “es preciso tener

⁴² *Ibid.*, p. 85.

⁴³ *Ibid.*, p. 88.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 91.

en cuenta que toda narración de una vivencia temporal [...] se encuentra trabada, perfectamente armada entre tiempos fundamentales, el tiempo en que se narra, el tiempo narrado, el tiempo de la vida, referencial, a partir del cual se configura el tiempo narrado”.⁴⁵ De esta manera, la autora quiere explicar cómo en una trama se conjugan los tres tiempos, pasado, presente y futuro porque a partir de la aprehensión del tiempo se da la aprehensión del otro que el creador intenta hacer en un cuento. Además, “Cuando el autor asume la tarea de narrar, actualiza un determinado cuerpo de experiencias, se sitúa frente a su materia, la moldea, hace del pasado un presente, un pasado que se encara con el presente del acto narrativo. La plasmación de ese universo —lógicamente perteneciente al pasado, pero forzado a encarnarse en el presente de la narración — encierra un potencial futuro, el futuro de que algo ocurrirá; por ellos se nos narra”.⁴⁶ Ejemplificando a partir de un cuento de García Márquez, “Un día de estos”, la autora muestra cómo en la trama se condensan los tres tiempos dentro del relato de las vivencias de los personajes y concluye que “La temporalidad del cuento está signada, entonces, por la tensión entre el pasado cancelado, fijo, inmutable, donde yacen reclusos los hechos que se relatarán y la fuerte carta del presente que adquieren al encarnarse en acontecimiento artístico. Sin embargo, el presente no es más que el punto en el que confluyen el pasado y la virtualidad del futuro, de ahí que, al fin de cuentas, el cuento esté ubicado en la encrucijada temporal del pasado y el futuro”.⁴⁷ Sin olvidar la categoría de espacio la autora muestra que la relación que hay entre éste y el tiempo se debe tomar en cuenta para la interpretación, pues “La palabra espacial es uno de los instrumentos fundamentales de interpretación y recreación de la realidad. Desde esta perspectiva, el tiempo

⁴⁵ *Ibid.*, p 93.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 94.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 95.

y el espacio no remiten a un sujeto aislado, sino a la relación del sujeto con los demás, con su entorno”.⁴⁸

En resumen, las coordenadas temporales no son un más que una elaboración de lugares o paisajes, incluso objetos que se recrean sin una pretensión necesariamente realista, puesto que éstos sirven para que un personaje se desenvuelva y exista: “Para el género cuento no importa tanto la delimitación explícita de lo exterior, porque tal exterioridad siempre emerge desde la profundidad de la existencia de ese ser que la habita y le da sentido”;⁴⁹ es decir, en este punto de su análisis, Munguía relaciona el acontecimiento con el espacio y el tiempo, lo que lo dota de una significación que posibilita la crisis y que permite el encuentro o desencuentro con el otro:⁵⁰

En estos términos puede resultar de utilidad recuperar la noción bajtiniana del cronotopo del umbral para definir la imagen artística que se forja del hombre. El cuento configura esencialmente el momento de ruptura de la vida, de la crisis, de la decisión vital, por ello, el tiempo no parece tener duración, parece congelarse en el instante que es altamente valorado. El espacio del cuento es un umbral, «donde no es posible estar en calma, echar cimientos, donde sólo se puede traspasar, trasladarse». Para que el cuento sea tal, el ser ha de decidir traspasar la frontera. Generalmente el cuento rehúsa gratificar con la tranquilidad del triunfo de un determinado orden, dado que se alimenta de esta tensión...⁵¹

Para Munguía Zatarain el acontecimiento que se plasma en el género cuento determinará la forma que cobrará el espacio y la manera en que el tiempo fluye, con el fin de generar la tensión en la escritura a partir de los horizontes del escritor y del lector, lo cual es necesario para desarrollar completamente el acontecimiento. En el análisis del héroe y la voz, la autora refiere que no es del todo cierto lo que la crítica ha señalado respecto de que no puede haber profundidad psicológica o ideológica que individualicen al personaje. Según la

⁴⁸ *Ibid.*, p. 97.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 98.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 99.

⁵¹ *Idem.*

investigadora, tal apreciación sólo es válida para el cuento oral, donde su funcionalidad se daba a partir de permitir a un determinado colectivo o grupo reafirmar su identidad,⁵² pues “Para la tradición no era operativo ni funcional detenerse en la recreación detallista de matices psicológicos”.⁵³ Agrega que parte de la crítica y de la teoría ha considerado al personaje como un actante, a partir de su rol o papel dentro del cuento: villanos o héroes, por ejemplo; lo que supondría un problema, pues al considerarlo sólo como una consecuencia de sus actos “se ha vaciado aquel de la particularidad que el texto le imprime para volverse una mera pieza, casi indiferente...”;⁵⁴ esto le permite a Munguía Zatarain hacer una distinción entre los conceptos de héroe y personaje:

Por ello, me parece que no es posible asimilar el héroe a personaje, ya que a veces ocurre que el personaje no es, necesariamente, héroe y sí lo es, en cambio, el narrador. En resumen, héroe, a diferencia del personaje, es toda conciencia en lucha que aparece en la obra, con la cual la conciencia creadora establece una relación de tensión que hace estallar el sentido artístico del mundo representado. En esta medida, para el cuento no es tan importante el personaje como el héroe. Sólo por esta vía es posible salir del laberinto creado por el criterio cuantitativo para definir el género.⁵⁵

Al respecto la autora puntualiza que en el cuento siempre habrá, al menos, dos conciencias pero que en la mayoría de los casos sólo una tendrá el monopolio de la palabra. De allí que se establezca que la función de héroe no necesariamente recaerá en un personaje. Cabría puntualizar que si bien Munguía Zatarain no retoma el concepto de protagonista, para hacer una clara distinción en el corpus de cuento zacatecanas, podemos inferir que el héroe o, en su caso, el narrador siempre serán protagonistas. Y que el “héroe, a diferencia del personaje, es toda conciencia en lucha que aparece en la obra, con la cual la conciencia

⁵² *Ibid.*, p. 112.

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Ibid.*, p. 113.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 115.

creadora establece una relación de tensión que hace estallar el sentido artístico del mundo representado”.⁵⁶ Ahora bien, gracias a estas reflexiones la autora afirma que:

El establecimiento de esta diferencia permite explicar mejor la naturaleza del género, pues desde la perspectiva aquí adoptada, el héroe no precisa poseer rasgos característicamente individualizadores; es más, con frecuencia ocurre que los lectores nunca sabemos quién es el héroe, en tanto personalidad, pues nunca se nos da una imagen total de él, no es sujeto de discurso, su carácter se constituye como un determinado tipo social; en otras, es mucho más difuso; pero lo que siempre encarna, al final, es la lucha, la tensión y para eso es necesario que no sea una imagen estática o cosificada.⁵⁷

Esto es particularmente certero a la luz de los cuentos publicados en las tres revistas zacatecanas, pues no se profundizan los rasgos físicos o psicológicos de los héroes (protagonistas), sino que, la mayoría de las veces, basta una pequeña alusión; por ejemplo, en el cuento “Primer crimen” sabemos que una niña es la protagonista, quien junto con la voz enunciativa, va adquiriendo forma conforme avanza la lectura. Cuando se acentúa un aspecto psicológico (la sensibilidad al arte, la bondad) o algo físico (la niñez, la orfandad, la enfermedad) en la cuentística zacatecana, es para dar cuenta de la tensión que habrá de desarrollarse entre el acontecimiento, el espacio-tiempo y el héroe.

El héroe siempre encuentra algo que lo interpela dentro del mismo relato. Ese otro puede estar configurado como un personaje, como un simple miedo, como una cosa, es otro que pone en tensión todo el horizonte del héroe dentro del cuento:

no hay que olvidar que esta voz no está solitaria en el interior de un mundo creado por ella y para ella a su medida. Esa voz se entona, se matiza en relación tensional con el horizonte valorativo “externo” y en el ineludible enfrentamiento con otro horizonte configurado dentro del propio ámbito en el que se mueve, no importa qué tan claros sean los perfiles de esa otredad a la que se enfrenta: personajes, fantasía, terrores nocturnos, la selva que devora, sistemas sociales... Un héroe es tal en la medida en que pone a prueba sus valoraciones con el horizonte valorativo de otro.⁵⁸

⁵⁶ *Idem.*

⁵⁷ *Idem.*

⁵⁸ *Ibid.*, p. 115.

Munguía Zatarain refiere que su propuesta de la voz y el héroe no funciona en un texto como “A Circe”, de Julio Torri, donde la voz no deviene en héroe, porque no encuentra una respuesta, ya que su entonación está más ligada a una voz lírica:

El héroe del cuento es, al fin de cuentas, el verdadero objeto de la representación artística; es él la medida de las coordenadas espacio-temporales, a él a quien se dirige todo el discurso de la voz creadora y es, a la vez, portador de su propio discurso — puede ser configurado como el desdoblamiento de un yo que, silenciosa pero eficazmente, interpela al poseedor de la palabra—; en esa medida es él un elemento fundamental del tono del cuento, porque se concibe como un objeto pleno con su propia conciencia y su propio horizonte valorativo que entra en tensión con los textos valorativos del autor y del lector.⁵⁹

Así,

Los héroes son los principales elementos organizadores del acontecimiento en la medida en que éste se construye a partir del enfrentamiento tensional con otro universo semántico que revela esa otra posibilidad, una vida distinta de la imaginable, de ahí que el horror ante el quebrantamiento de un orden no sea experimentado por el héroe, ni se rastrean hasta el final las consecuencias de ese orden transgredido: el cuento no se propone como un enigma para ser descifrado, sino que sólo afirma tal quebrantamiento y recupera la imagen del ser a punto de ser expulsado de la paz, de la seguridad y de la integridad.⁶⁰

Se entiende que “El discurso ajeno no es invariable ni impenetrable para el narrador, de ahí que no precise reproducirlo tal cual; sobre la palabra ajena se pueden imprimir matices, transformaciones, sin que necesariamente se traicione su espíritu”.⁶¹ De allí que las focalizaciones que se pueden ver en los cuentos tomen a veces el carácter de diálogo, de carta, a manera de diario. Es decir, hay un matiz a través de la intención de insertar otros discursos, pero sin llegar a la capacidad abarcadora que tiene la novela.

Para terminar su revisión, Martha Elena hace una última reflexión sobre el cuento de corte modernista. Puntualiza que éste tiene una íntima relación con la lírica que lo aleja de la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 116.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 120.

⁶¹ *Ibid.*, p. 122.

trayectoria de los otros cuentos en Hispanoamérica, lo que la hace suponer que dependen de diferentes poéticas. Es decir, su cercanía al género lírico lo dota de elementos presentes dentro de su, igualmente, larga tradición: “Las historias literarias asumen que es en el periodo modernista cuando el cuento alcanza su específica y distinguible configuración genérica, es decir, su independencia, y a partir de ahí se han planteado las características definitorias del género: acronía, economía verbal, volumen anecdótico reducido, el yo enunciator alejado de un contexto histórico social, etc.”.⁶² Creo que un ejemplo de este tipo de configuración lírica o de prosa poética sería el cuento de Manuel Miner “Contemplación. A Ella”, incluido en el anexo de esta tesis.

Otro crítico que analiza de manera panorámica el cuento es Ignacio Díaz Ruiz, quien nos orienta sobre la situación del género durante el siglo XIX; al respecto, puntualiza que podemos ver en el movimiento modernista la asociación del cuento con la poesía. De allí que el cuento modernista sea sumamente identificable:

La gravitación del cuento respecto a la expresión poética le da consecuentemente un carácter y un aspecto de hibridez. Con frecuencia, la fábula o la historia se ve disminuida por la densidad e intención del lenguaje poético; de manera asidua, la secuencia o encadenamiento de las acciones del relato aparece subordinada a los recursos y procedimientos de la poesía.⁶³

Es así que estos recursos y procedimientos se vuelven parte de las características del cuento de carácter modernista; sin embargo, cabría una puntualización: “el cuento modernista se erigió, para teóricos y críticos, inevitablemente, en el modelo del género, de ahí la constante recurrencia a lo lírico para definirlo y de ahí el correlato de afirmar que con los modernistas el cuento alcanzó, por primera vez, nivel artístico.”⁶⁴ Esto nos permite aclarar por

⁶² *Ibid.*, p. 137.

⁶³ Ignacio Díaz Ruiz (antólogo), *op. cit.*, p. XXI.

⁶⁴ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos... op cit.*, p. 138.

qué en la antología de *Zacatecas cielo cruel tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)*, de Severino Salazar, y *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, de Veremundo Carrillo Trujillo, se excluyen autores y obras para el género cuento antes de la década de los 30 del siglo XX. Ambas antologías están construidas con la intención de mostrar la cercanía del canon regional con el del centro del país y como la mayoría de las antologías se centran en el periodo modernista, premisa que dejaría fuera el cuento zacatecano. Esto también se puede confirmar gracias al estudio, ya mencionado, de Reyes Herrera quién afirma, respecto de la poesía, que la renovación, tanto en formas como en temas, no fue muy recurrente en Zacatecas y que perduró más bien la poesía en sus formas y temas más tradicionales (el soneto, por ejemplo y poesía amorosa y de ocasión), canónicas por decirlo de alguna manera.

Ahora bien, tanto Ignacio Díaz Ruiz, Martha Elena Munguía Zatarain y Luis Leal puntualizan que el cuento modernista, aquel más cercano a la poesía, fue sólo una de las posibilidades del género para el periodo. Por ejemplo, Luis Leal marca una periodización para el cuento modernista de 1883 a 1910, tendencia que, sin embargo, fue contemporánea del cuento realista, así como del cuento regionalista, impresionista, naturalista o que hacía énfasis en la tradición nacional, principalmente, de 1887 a 1910. De esta manera, como afirma Díaz Ruiz,

Surge así un tipo de relato donde los elementos de una tendencia y de otra se reelaboran para conformar una nueva expresión narrativa. En varios de esos cuentos por ejemplo, la historia gira en torno a un asunto de corte y procedencia naturalista; sin embargo, la presentación, la secuencia, la elaboración misma de la historia, la simbolización y caracterización del personaje, la cuidadosa escritura, transfiguran y otorgan un aspecto distinto al relato. En otros, la entonación más destacada o enfática tiene sus orígenes en el romanticismo o el costumbrismo, con finales o desenlaces

más característico de la escuela realista e incluso naturalista, tan en boga en aquellos años.⁶⁵

Esto quiere decir que el cuento durante el Porfiriato tomó elementos de una u otra corriente artística y que el cuento modernista fue mucho más fácil de distinguir por sus características cercanas al género poético.

Para finalizar este recorrido teórico y crítico me gustaría señalar que en el estudio introductorio a *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)* Marco Antonio Campos y Luz América Viveros afirman que una de las tradiciones del cuento, la modernista, se puede ligar, incluso, a escritores de la Academia de Letrán, pero que “El cuento que se considera moderno entre nosotros comenzó a publicarse, de manera significativa, hacia las últimas décadas del siglo XIX, momento en el que podemos identificar reiteradamente la brevedad y la unidad de impresión como rasgos estéticos”;⁶⁶ particularidades que para Munguía Zatarain y Zavala se potencian a partir de Edgar Allan Poe, que se pueden rastrear en algunos de los textos que aparecieron primero en publicaciones periódicas y luego en forma de libro, el caso de Manuel Gutiérrez Nájera y sus *Cuentos frágiles*,⁶⁷ pero que también habría que reconocer que “los varios libros de cuentos publicados al filo de 1890 [...] nos hablan de una madurez que se generó en las páginas de *El Liceo Mexicano*, *El Nacional*, *La Familia*, *La Patria Ilustrada* y *Revista de México*, principales bastiones de los autores antes citados;⁶⁸ es decir, al menos, desde la década de los cuarenta del siglo XIX.

Resulta así que la historiografía literaria centra al movimiento modernista en la cumbre de la innovación estética y literaria a finales del siglo XIX y principios del XX. Cabe

⁶⁵ Ignacio Díaz Ruiz (antólogo), *op. cit.*, p. XXVIII.

⁶⁶ Marco Antonio Campos y Luz América Viveros (editores.), *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2022, pp. 10-11.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 16.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 21.

señalar, que los elementos constitutivos que dieron origen a *Revista Moderna* (1898-1911; publicación periódica elemental para entender el modernismo en México, al menos, en su segundo periodo), económicos e intelectuales, resultan evidente cuando los contraponemos a la forma en que se originaron las tres revistas en zacatecas. Nacieron a partir del interés intelectual, sí; sin embargo, también estuvieron ligadas a instituciones de gobierno y construyeron sus valoraciones sobre el cuento a partir del horizonte modernista, por lo cual la narrativa que no era parte de este canon se le consideraba poco innovadora y sin un verdadero valor estético.

El lector zacatecano de la época podría encontrarse, tal vez, tan ajeno al movimiento modernista como también lo estuvieron algunos de los escritores de las tres revistas, aunque, se debe aceptar, las polémicas tuvieron cierto eco en Zacatecas, ecos que logran percibirse en los programas de las tres revistas. Es así que la narrativa escrita en Zacatecas durante este periodo suele verse en la supremacía estética que representaba el movimiento modernista en las historias literarias. Sin embargo, cabe recordar que en ese momento el modernismo mexicano en boga se puede reducir, principalmente, a un grupo de escritores cercanos a *Revista Moderna* y en el centro del país. En este sentido, resulta más productivo revisar la narrativa breve escrita en Zacatecas desde la poética del cuento y no a partir de una estética dominante, según la historia de la literatura.

1.2 EL UNIVERSO TEXTUAL EN ZACATECAS: OTRAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS EN ZACATECAS 1899-1910

En este apartado comentaré algunos elementos de la historia de las publicaciones periódicas y de la literatura para la región de Zacatecas, a fin de ayudar a comprender las dimensiones del universo textual en que se publicaron *Revista Zacatecana*, *El Renacimiento* y *Revista Literaria*, pues la prensa en México durante el siglo XIX y principios del XX fue el lugar

idóneo para la publicación de textos literarios. Gracias al *Catálogo de la hemerografía de Zacatecas* a cargo de Marco Antonio Flores Zavala, podemos tener una vista panorámica de la prensa y su relación con las letras en el estado. Para el periodo que comprende este estudio 1899-1910, sabemos que coexistieron publicaciones que incluyeron en sus páginas textos literarios, principalmente de poesía, aunque no fueron ajenos a otros géneros.

Fueron contemporáneas a las tres revistas aquí examinadas: *La Bandera Católica* (1901-1902), *Boletín Municipal* (1899-1902), *El Bastión* (1909), *Boletín de Instrucción Primaria* (1906-1922), *El Correo de Zacatecas* (1902-1904), *El Defensor de la Constitución* (1877-1899), *El Eco de Zacatecas* (1903-1904), *El Estudiante de Salamanca* (1910), *El Filomático* (1907-1908), *Flor de Loto* (1905)⁶⁹, *El Grano de Arena* (1910-1911), *La idea* (1903), *El Ilustrador Católico* (1908-1913), *La Juventud* (1902), *La Libertad* (1904), *El Mutualista* (1908-1915), *El Observador Zacatecano* (1897-1900), *El Pensamiento Libre* (1908-1909), *Renacimiento* (1904-1905), *Revista de Zacatecas* (1911-1914), *La Rosa del Tepeyac* (1882, 1887-1900), *La Unión* (1909-1910).

También coexistieron otras publicaciones en las que no se publicaron textos de carácter literario, pero en las cuales los literatos zacatecanos desarrollaron su papel de profesionistas, principalmente como abogados y médicos. Es decir, los autores en la prensa periódica de Zacatecas, en la mayoría de los casos, no fueron exclusivos de una u otra publicación. En este otro lado del horizonte, alejado de lo literario, se encuentran publicaciones como: *El Amigo del Pueblo* (1900), *La Academia* (1909), *Boletín Mensual del Observatorio Astronómico-Meteorológico del Estado* (1906-1913), *El Cañonazo* (1904), *El*

⁶⁹ Fue una revista literaria dirigida por José N. Orozco; se tiene conocimiento de ella por el estudio de Salvador Vidal, *Imprenta y periodismo en Zacatecas*, de 1949, aunque aún no se ha dado con algún ejemplar impreso entre los círculos de investigación interesados en prensa y literatura de Zacatecas.

Centinela (1901-1902), *Debate* (1900), *La Democracia* (1900), *El Diablo Travieso* (1907), *El Eco Zacatecano* (1908), *El Hijo del Trabajo* (1901). *El Jococón* (1906-1914), *La Lira Zacatecana* (1901-1902), *El Peregrino de Atocha* (1910-1911), *Periódico Oficial del Estado de Zacatecas* (1900-1950), *La Regeneración* (1904), *La Unión Zacatecana* (1900), *La Voz del Pueblo* (1908).

Como puede verse, los textos literarios tuvieron cabida en varias publicaciones en Zacatecas para el periodo de 1899-1900. En este contexto, resulta sumamente importante la aparición de *Revista Zacateca*, ya que fue un espacio dedicado a la creación literaria, alejado, supuestamente, de cualquier fin político o religioso, donde participaban los mismos autores que escribían para las publicaciones periódicas no literarias. Flores Zavala divide el panorama de las publicaciones periódicas zacatecanas en seis periodos de evolución: la primera de 1824 a 1835, la segunda de 1835 a 1854, la tercera de 1855 a 1877, la cuarta de 1877 a 1904, la quinta de 1904 a 1924 y la sexta y última de 1924 a 1950⁷⁰. Como quizá logre percibirse, las revistas de este trabajo de investigación se encuentran entre la tercera y cuarta etapa, que se caracterizan por lo siguiente: el periodo que comprende de 1877 a 1904 se define por la obtención de la información que se publicaba a través de la red telegráfica y no de otros hebdomadarios, así como fuentes de ingresos provenientes de los anuncios de empresas foráneas y, lo más importante, la especialización de los contenidos. Surgen así impresos dedicados a lo electoral como *El Eco de la Opinión* (1895-1896), lo institucional como *El Municipio* (1899-1901) y finalmente otros dedicados a la literatura como fue la *La Lira* (1879, 1881, 1883).⁷¹ La quinta etapa tiene algunas particularidades como la impresión de imágenes

⁷⁰ Marco Antonio Flores Zavala, *Catálogo de la hemerografía de Zacatecas*, Universidad de Guadalajara, México, 2004, p. 8.

⁷¹ *Idem*.

fotográficas o litográficas, mayor tiraje, la venta de contenidos, asimismo, evitaba los debates políticos.

Por lo que se logra ver, las publicaciones que se enunciaron anteriormente, entre 1899 a 1910 en Zacatecas, tuvieron una vida corta. Además, el nombre de revista no era frecuente en el mundo editorial para la región, por lo que la aparición de *Revista Zacatecana* (1899-1900), supone un cambio en el formato y su contenido pues:

su aparición fue un acontecimiento extraordinario en varios aspectos. Uno fue su designación de «revista», no periódico ni semanario; lo cual habla de la especialización que venía dándose en las publicaciones periódicas. Otro, relacionado con éste, el de sus objetivos específicos: dedicarse a la literatura sin pasar por la política o la religión, incluso la instrucción; cosa que no había logrado la *La Floresta*, su antecesora.⁷²

Y claro, tendría que tomarse también en cuenta, en el centro del país la fama que adquirió, para el periodo, una publicación como *Revista Moderna* que también utilizó este sustantivo y su antecesora *Revista Azul* (1894-1896). Es decir, los impresores en Zacatecas vieron en la palabra «revista» una designación especial para un tipo de publicación que contuviera textos literarios.⁷³ Los integrantes de la *Revista Zacatecana* (1899-1900) quedaron distribuidos de la siguiente manera:

Nombre	Puesto	Ocupación	Núm. de la revista
Alfonso Toro	Director		2-10
Ramón Arana	Gerente		2
Juan Carlos Talancón	Redactor		2-10
Ignacio Flores Maciel	Redactor		2-10
Antonio Chávez Ramírez	Gerente		3-10

⁷² Berenice Reyes Herrera, *De la tradición a la liberación. Poesía Zacatecana 1880-1926*, El Colegio de Michoacán, México, 2014, p. 127.

⁷³ Aquí cabría acotar que *El Renacimiento* no tenía el sustantivo en el título, pero sí en otro de sus elementos del paratexto, justo debajo el subtítulo de “Órgano de la Sociedad Científico-Artístico-Literaria” y entre los cargos de director y administrador.

Hay un cambio en la gerencia de *Revista Zacatecana* a partir del número tres. Ramón Arana es reemplazado por Antonio Chávez Ramírez, empero la revista no menciona el motivo del remplazo al igual que los miembros no aluden al hecho de manera significativa. Al igual que el director, el gerente, los redactores y los nombres, los colaboradores aparecen desde el segundo número de la revista y son los siguientes:

Colaboradores		Ocupación
1	Luis G. Araujo	
2	Luis Acosta	
3	Francisco Aguilar y Urizar	
4	José A. Bonilla	Ingeniero
5	Rafael Ceniceros y Villareal	Abogado
6	José A. Castanedo	Médico
7	José Castanedo	Ingeniero
8	Antonio Chávez Ramírez	abogado
9	Antonio Dovalí	Abogado
10	Higinio Escobedo	Médico
11	Luis Escobedo	Abogado
12	Aurelio Elías	Músico
13	Guillermo Espejo	
14	Enrique Escobedo	Abogado
15	Thomas Lorck	Abogado
16	Pedro López	
17	Martín Norman	Abogado
18	Rafael Noriega	Abogado
19	Aurelio Padilla	Médico
20	Manuel Puente	Abogado
21	Manuel Pastrana	Pintor
22	Raúl G. Pedrosa	Abogado
23	Rafael T. Ruíz	Abogado
24	Ambrosio Romo	Ingeniero
25	Luis G. Sánchez	Abogado
26	Rito Soto	
27	José Vázquez	
28	Fernando Villalpando	
29	Ignacio Villalpando	

Por su parte, Reyes Herrera señala que la aparición de la *Revista Zacatecana* (1899-1900) marca un hito en la historia de la literatura zacatecana, puesto que “El formato de la

Revista Zacatecana no dejaba duda: 20 x 30 centímetros, a una columna, cubiertas de colores con publicidad, 16 páginas por número. Había una explícita intención de una lectura cuidadosa, intensiva, no había publicidad entre los textos, no distraía la atención del lector. Su precio era de diez centavos cada número y tenía una periodicidad mensual. Costaba un poco más del doble que *El Observador*, así que podría considerarse como un lujo”.⁷⁴ La *Revista Zacatecana* se posicionó como un objeto opulento al tener páginas a colores, un formato amplio y un costo superior a uno de los periódicos de divulgación del gobierno de Zacatecas: *El Observador Zacatecano*⁷⁵ o *El Defensor de la Constitución*⁷⁶ que eran de gran formato. Reyes Herrera además refiere que

aunque era un acontecimiento importante, los redactores (todos veinteañeros) se mostraban poco optimistas porque sentían que no serían lo suficientemente reconocidos; sin embargo, querían cultivar el arte literario, dejar de ser *utilitaristas*, alcanzar la *Belleza*. El programa, redactado en colectivo, era claro. Por cierto, este programa era una especie de «manifiesto» como los que después las vanguardias acompañarían sus publicaciones.⁷⁷

Destaca la convivencia de grupos políticos entre los colaboradores, redactores y director. Entre los de posturas conservadoras encontramos Rafael Noriega, Aurelio Elías, Rafael Ceniceros y Villareal y eminentes liberales como Thomas Lorck o Antonio Dovalí.

Desde su programa, sin embargo, se postularon como escritores que dejaron a un lado las cuestiones políticas y religiosas para dedicarse a la búsqueda de la belleza:

En su «programa», este grupo *emergente* en el campo literario dejó claro su interés por dar a conocer escritores zacatecanos. Lo cual puede verse como un intento de renovación del *canon local*. Así como habían hecho dos décadas antes los escritores de la Biblioteca Zacatecana, estos jóvenes estaban *creando sus propias figuras*

⁷⁴ Berenice Reyes Herrera, *De la tradición a la liberación. Poesía Zacatecana 1880-1926*, El Colegio de Michoacán, México, 2014, p. 127.

⁷⁵ Editado a cuatro páginas con cuatro columnas en un tamaño de 60x40 centímetros. Véase Marco Antonio Flores Zavala, *Catálogo de la hemerografía de Zacatecas*, Universidad de Guadalajara, México, 2004, p. 66.

⁷⁶ Editado a cuatro páginas con cuatro columnas en un tamaño de 56x38 centímetros. Véase Marco Antonio Flores Zavala, *Catálogo de la hemerografía de Zacatecas*, Universidad de Guadalajara, México, 2004, p. 34.

⁷⁷ Berenice Reyes Herrera, *De la tradición... op. cit.*, p. 128.

literarias y a sus autores predilectos. En este mismo sentido iba el comentario de que no «existía» la prensa periódica en Zacatecas.⁷⁸

Como se observa, una revista previa fue la *Biblioteca Zacatecana*, donde se publicaron: *Impresiones. Poesía* de Anselmo Pérez Maldonado; *Obras*, de Francisco Macías; *Intentos líricos*, de Juan B. Rousset y *La musa festiva* de Luis G. Ledesma. Todas ellas dentro del género poético. Es decir que en Zacatecas hubo un intento editorial por mostrar la calidad de los textos de algunos escritores zacatecanos, por ende, ya se tenía cierta noción entre los intelectuales de la época de cómo se conformaba el canon. Pero este canon se centró sólo en lo poetas, dejando a un lado todo lo referente a otros géneros literarios.

Si analizamos a los escritores que participaron en *El Renacimiento*, encontramos que por sus filas pasaron algunos escritores de *Revista Zacatecana*. Entre ellos se encuentran Rafael Ceniceros y Villareal, Aurelio Elías, José A. Castanedo, Francisco Aguilar y Urízar, José E. Pedrosa, Ignacio Flores Maciel, Ramiro y Carlos Talancón, José Vázquez, José N. Orozco. Aunque como cuentistas, la presencia de los escritores se reduce a un solo autor: José Vázquez que estuvo presente en *Revista Zacatecana* y *El Renacimiento*. De la misma manera, Aurelio Elías estuvo presente en *El Renacimiento* y *Revista Literaria*. Se tiene noticia de que Aurelio Elías había regresado a Zacatecas para la década de 1890 y que para el año 1904 se presentaba como el director de el *El Renacimiento* (1904-1905);⁷⁹ como artista de mundo, sin embargo, es llamativa su ausencia en *Revista Zacatecana*. Sobre esta revista, Reyes Herrera señala lo siguiente:

albergó tres generaciones distintas de autores. Por un lado, estaban los ya consagrados Luis G. Ledesma y Ceniceros y Villareal, quienes tenían ya más de veinte años en el oficio. Por otro, estaban José Vázquez, Aurelio Elías, Juan Carlos Talancón, Manuel Miner e Ignacio Flores Maciel, cuyos nombres habían comenzado a resonar en las

⁷⁸ *Ibid.*, p. 129.

⁷⁹ José Enciso Contreras, *Diccionario biográfico universitario de Zacatecas (siglos XVIII-XXI)*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2010, pp. 125-126.

tertulias y periódicos hacía diez años, y finalmente estaban Ramiro Talancón, Jenaro Valle y Muñoz y José Nicolás Orozco, jóvenes que rondaban los 22 años y que estudiaban en el Instituto de Ciencias.⁸⁰

Esta periodización de generaciones toma en cuenta sólo a escritores de poesía; sin embargo, esos jóvenes aludidos resultan ser los mismos cuentistas de *Revista Zacatecana* y de *El Renacimiento*; es decir, los más jóvenes fueron los que se interesaron por el cultivo del cuento. Para finalizar este recorrido, quiero mencionar que en las tres revistas se encuentra un total de doce cuentistas y veintinueve cuentos distribuidos de la siguiente manera:

Acosta Luis G.	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “De la vida” • “Primer crimen”
Chávez Ramírez Antonio	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Crimen que honra” • “Historias que parecen cuentos”
Elías Gallegos Aurelio	En <i>El Renacimiento</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “La florera. Tipo florentino” En <i>Revista Literaria</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Noche buena”
Flores Maciel Ignacio	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Cenizas” • “El aguinaldo de Periquín” • “Dorotea”
Ledesma Ledesma Luis G.	En <i>El Renacimiento</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Recuerdo de St. Louis Missouri”
Martel Jean	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “¿En primavera... o en invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)”
Míner Manuel	En <i>El Renacimiento</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Contemplación. A ella”
Núñez Fabricio	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “Hiel. (Jaqueca literaria)”
Talancón Juan Carlos	En <i>Revista Zacatecana</i> : <ul style="list-style-type: none"> • “De un álbum de viaje” • “Asunto nacional”

⁸⁰ Berenice Reyes Herrera, *De la tradición... op. cit.*, p. 167.

	<ul style="list-style-type: none"> • “Diabólica” <p>En <i>El Renacimiento</i>:</p> <ul style="list-style-type: none"> • “Un baile de fantasía”
Tenorio Enrique	<p>En <i>Revista Literaria</i>:</p> <ul style="list-style-type: none"> • “Serenata”
Toro Carlos	<p>En <i>Revista Zacatecana</i>:</p> <ul style="list-style-type: none"> • “Tradición” • “Byron en Venecia” • “Juan” • “Botella de sidra” • “Señor Cañedo” • “La espada de honor” • “El hábito no hace al monje” • “Capricho”
Vázquez José	<p>En <i>Revista Zacatecana</i>:</p> <ul style="list-style-type: none"> • “Vuelta de un soldado” <p>En <i>El Renacimiento</i>:</p> <ul style="list-style-type: none"> • “Ramo de violetas” • “El caballo de pica”

Se puede ver que Carlos Toro fue el escritor de cuentos más prolífico. Posteriormente incursionaría en la narrativa con novelas como *Horrores del presidio. (La Cárcel de Belén). Novela de un perseguido* publicada póstumamente en 1932. Novela que escribió a partir de su encarcelamiento por tres meses.

Si se revisa la lista de textos y autores de las tres revistas,⁸¹ hay algunas cuestiones que sobresalen. La primera de ellas es que *Revista Literaria* puede verse como una publicación para la difusión de los ideales estéticos de los autores que allí escribieron. Este escenario se puede describir como una promoción al modernismo de la época. La mayoría de los textos que se incluyeron son reproducciones de autores famosos como Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón, Rubén Darío dentro del panorama nacional o Leopoldo Lugones, Max

⁸¹ Véase los anexos los índices a de *Revista Zacatecana* (1899-1900), *El Renacimiento* (1904-1905) y la *Revista Literaria* (1910).

Henríquez Ureña, Leopoldo Díaz o José Santos Chocano del ámbito internacional. Aclaro, la mayoría de estos textos pertenecen al género poético. Los cuentos de escritores no zacatecanos que se incluyeron en *Revista Literarias* son “Judas”, de Cayetano Rodríguez Beltrán, y “El hijo de hombre”, Leopoldo Lugones. Es de importancia que se incluyan algunas cartas que son parte de las polémicas del modernismo como el texto publicado de Amado Nervo “El modernismo. Una carta” en el número siete de la revista. Este texto es una carta dirigida a Enrique Gómez Carrillo en París y está fechada en Madrid en 1908. Estos autores representaron parte del canon modernista al cual varios escritores zacatecanos reconocen para vincularse, principalmente, a partir del género poético, y difundirlo. En este tenor, la presencia de José Santos Chocano en el *Renacimiento* resulta llamativa. En el número 10 de esta revista aparece el poema “Desde la cumbre”. Esto nos da pistas sobre las lecturas que estaban haciendo los narradores zacatecanos.

1.3 LOS PROGRAMAS DE *REVISTA ZACATECANA* (1899-1900), *EL RENACIMIENTO* (1904-1905) Y *REVISTA LITERARIA DE ZACATECAS* (1910).

1.3.1 Los programas y las polémicas del modernismo

Al analizar los tres programas no cabe duda de que los redactores tuvieron en mente las diversas polémicas que se desarrollaron entorno al modernismo en México, de las que dan cuenta Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz en su antología *La construcción del Modernismo*. Si bien en el programa de *Revista Zacatecana* (1899) hay una declaratoria en contra del decadentismo, cómo se verá más adelante, realmente estaban en contra de los malos imitadores y, por lo mismo, en sintonía con las causas que dieron vida a *Revista*

Moderna: la falta de un espacio en cual se dedicara a la expresión literaria, la libertad de la imaginación autoral y la búsqueda de la belleza como ideal. Éste último fue uno de los presupuestos establecidos por Nájera. A partir desde este panorama tuvieron en mente un horizonte muy amplio, pues reconocían la tradición desde la cual escribían, literatura regional, y, asimismo, al decadentismo como una postura válida, si bien ésta nunca fue escuela como dice Amado Nervo, sino más bien un grito y punto de partida para la verdadera literatura

Los escritores que formaron el equipo de redacción de *Revista Zacatecana* hicieron un llamado al público para participar de la creación literaria, pues sabían de las pocas oportunidades que había en Zacatecas para el desarrollo de la literatura. Se cuestionan como escritores el porqué de aquella situación tan precaria en la región: “¿por qué, aquellos a quienes tal cosa es posible, no escriben y en vez de trabajar activamente por el arte, en vez de ser los apóstoles de la belleza, que anuncien la buena nueva a las multitudes haciéndoselas sentir, prefieren vivir entregados al ocio muelle y permanecen oscuros?”.⁸² La respuesta que nos ofrecen, tiene dos vertientes: la material que recae en los soportes y espacios dedicados a las letras y otra de índole estético e ideológico. Afirman que la solución a la pregunta es sumamente sencilla:

La respuesta es fácil: no hay estímulo. La prensa periódica, que es en nuestro país la única que refleja el movimiento intelectual, no existe en Zacatecas actualmente. Los pocos periódicos que de algún tiempo a esta parte se han publicado, consagrados casi por completo a cuestiones políticas y religiosas, apenas si han dejado un rincón para que en él se refugien las letras y no las nuestras, las más veces, sino las traducciones o reproducciones de autores extranjeros. Si a esto añadimos que casi todos esos periódicos no han sido solo de propaganda, sino las más veces de combate, nos explicaremos hasta cierto punto el retraimiento de nuestros literatos, temerosos de injustas críticas; ya que el conservador, por ejemplo, encontrará malo y despreciable

⁸² Los Redactores, “Programa”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, p. 1.

cuanto escriban los que no comulgan con sus ideas y estos harán otro tanto con aquel.⁸³

Además de la relación entre el juicio crítico y la tendencia ideológica, cabe comentar que la prensa periódica se ve como el medio idóneo para la publicación de literatura. El panorama desde el cual escriben tiene un fuerte vínculo con aquélla, pues no era frecuente que los escritores de entonces publicaran libros. Muchas de las obras que conocemos hoy en día aparecieron en los periódicos o las revistas. A esto se suma que los espacios que había en Zacatecas, la mayoría de las veces eran dedicados a obras no locales, en el mejor de los casos de autores del centro, aunque también había una tendencia a preferir autores extranjeros. Otro inconveniente era, como se refirió al inicio del párrafo, el punto de vista ideológico, pues los periódicos de Zacatecas dedicaron su contenido, por lo general, a la propaganda política y desde esta postura juzgaron a otros escritores haciendo escarnio de sus obras y sin una opinión que contribuyera a la creación literaria: “De aquí resulta que las críticas, cuando se hacen, no son provechosas ni instructivas, sino que son, tan solo, verdaderas sátiras encarnizadas, hechas con más o menos talento; pero que no aprovechan por cierto al cultivo de las letras”.⁸⁴

Como se mencionó más arriba, tenían una concepción negativa (normal para la época) de lo que era el movimiento modernista, al cual reconocían como una escuela predominante en México, principalmente del centro del país, y sin proporcionar nombres identifican, eso sí, algunas de sus “características”, una de ellas el gongorismo:

Por esto al fundar la *Revista Zacatecana*, nos hemos propuesto que sea un campo neutral, destinado a todos los que se dedican al arte por el arte; por lo que dejando a un lado las cuestiones políticas y religiosas haremos lo posible por formar un núcleo de amantes de la belleza que sirva para despertar el gusto por el estudio de las bellas

⁸³ *Idem.*

⁸⁴ Los Redactores, “Programa”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 1-2.

artes, combatiendo las falsas teorías estéticas que actualmente están de moda y que privan tan solo porque algunos mal aconsejados escritores de la ciudad de México, que giran como satélites en torno de los literatos franceses, sostienen teorías que no son ni nuevas ni buenas y que están produciendo la adulteración del idioma y el extravío de muchos jóvenes de talento capaces de producir obras con que alcanzarían honra y provecho. Combatiremos pues la mal llamada escuela decadentista, escuela ya abandonada y vieja en Francia misma a quien tanto admiran nuestros literatos *modernistas*, valga la palabreja, y que para nosotros no es más que un gongorismo de antaño, traducido al francés.⁸⁵

A partir de esto ven que el afrancesamiento de la literatura en México derivó en lo que ellos comparaban con el gongorismo (en su forma simplificada: el oscurecimiento del mensaje por la complejización arbitraria de la sintaxis) y que los autores escribieran sobre cosas, situaciones, valores ajenos a la realidad mexicana:

Tiempo es ya de que los mexicanos abandonemos la servil imitación de los extraños, para producir algo netamente nacional y con caracteres distintivos. Los grandes hechos de nuestra historia, nuestras variadas costumbres, nuestros magníficos y espléndidos paisajes solo esperan la mano del artista que sepa interpretarlos trasladando ese magnífico conjunto a los lienzos y a los libros. Dejemos a los bardos del Rin cantar las góticas catedrales, dejemos que los habitantes estériles climas boreales nos pinten las crudezas de los inviernos, abandonaremos a los novelistas parisienses la tarea de describirnos una sociedad refinada y exquisita, mientras los rusos nos predicán una nueva reforma social; todo eso está bueno para aquellos que lo han estudiado, que lo han visto, en el natural; pero no caigamos nosotros en el ridículo, hablando de lo que no sabemos y pintando sentimientos que ni conocemos, ni podemos apreciar y menos cuando aún no hemos sabido reproducir lo nuestro, ni tal vez comprenderlo.⁸⁶

Esta tendencia a la polémica que promulgaban los redactores de *Revista Zacatecana* no se ve en *El Renacimiento*, la que se presenta como una publicación neutral, desde el punto de vista político y religioso: “Nuestra publicación no tocará jamás el terreno de lo político ni el religioso, pues no tiene pretensiones, como no las tiene la Sociedad de que es órgano, y sólo presentará en sus columnas aquellos trabajos que sean dignos de ser conocidos por el

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 1-2.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 2.

público, siendo el autor el único responsable de lo que escriban”.⁸⁷ Reconocen que el público en general debiese conocer las mejores composiciones que se comparten y leen dentro de las veladas de la Sociedad Científico Artística Literaria. *El Renacimiento* se reconoce como un escenario para la verdadera literatura, como un faro que muestra aquello que consideran bello, a la vez que procuran sea un estímulo más para la creación.

Se hace también un llamado para que los escritores busquen la calidad sin sujetar sus textos a ciertas tendencias estéticas. Como ya se ha mencionado, el autor de este programa es Aurelio Elías quien había viajado por Italia, Austria, Alemania y Francia entre 1883 y 1888. Después, a su regreso en este último año a México y hasta 1890, radicó en la capital del país. Esto sugiere que su conocimiento de primera mano de las tendencias artísticas europeas y mexicanas lo hace un crítico más cosmopolita y mesurado. Además de esto, la presencia de los poemas “Desde la cumbre” del peruano José Santos Chocano; “Los tres ladrones” del colombiano Enrique Álvarez Henao y “Cómo hago mis dramas” del español José Echegaray son indicios de su preferencia por la literatura escrita en español. No hay que olvidar tampoco el vínculo entre el movimiento modernista y Álvarez Henao⁸⁸ y Santos Chocano.⁸⁹ En 1910 también están presentes escritores extranjeros en las páginas de *Revista Literaria*, reconocidos por su cercanía al movimiento modernista latinoamericano. En esta revista, se publican los poemas “La mueca de Pierrot” del argentino Leopoldo Díaz; “El mejor canto”, del colombiano Ismael Enrique Arciniegas⁹⁰; “Lágrimas”, del colombiano Federico Rivas Frade, y “Sonatina” y “Croquis”, del nicaragüense Rubén Darío, y

⁸⁷ Aurelio Elías Gallegos, “Programa”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, p. 1.

⁸⁸ “Enrique Álvarez Henao (1871-1914)” en Ardilla A. Héctor M e Inés Vizcaíno, *Hombres y mujeres en las letras de Colombia*, Ed. Cooperativa Editorial Magisterio, Colombia, 2008, p. 210. Y <https://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtual/Publicaciones/gaceta/2000_n38/art07.htm>

⁸⁹ <https://cvc.cervantes.es/artes/ciudades_patrimonio/antigua/personalidades/chocano.htm>

⁹⁰ Juan Felipe Córdoba Restrepo, “Ismael Enrique Arciniegas”, en <<https://web.archive.org/web/20070303094554/http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/arciisma.htm>>

nuevamente aparece el peruano José Santos Chocano con el poema “El lobo”. Esto es sumamente significativo, pues, como se ha estado señalando, los escritores zacatecanos eran admiradores del movimiento.

Al revisar las conclusiones a las que llega Reyes Herrera sobre su estudio de la poesía en Zacatecas, *De la tradición a la liberación. Poesía zacatecana 1880-1926*, se pueden retomar algunos aspectos para analizar los programas de estas tres revistas y la cuentística en Zacatecas para el año de 1899-1910. El primero de ellos sería que “si para los últimos veinte años del siglo XIX fue necesario dividir a los autores por agrupaciones políticas, después de *Revista Zacatecana* esto careció de sentido porque los artistas y poetas fueron más dinámicos entre los grupos; lo cual nos sugiere cierta especialización del campo artístico aunque, como nos fue posible ver, no fue un proceso acabado”.⁹¹ Para un espacio regional, esto es un logro pues si bien la prensa periódica fue poca y muchas veces vinculada a programas políticos o religiosos los artistas tuvieron la oportunidad de participar en las diversas publicaciones del periodo. Las revistas aquí analizadas tenían una preocupación genuina por el arte literario. Otro aspecto que me gustaría retomar de sus conclusiones es el resumen que hace sobre los temas más concurridos de la poesía zacatecana entre 1880 y 1926: “el amoroso, el religioso, y el cívico o patriótico”.⁹² Temas, por supuesto, tratados en los cuentos aquí analizados.

El tema religioso estuvo casi ausente, lo podemos encontrar solamente en la narración “Noche Buena” de Aurelio Elías en *Revista Literaria* en 1910; el político estuvo presente en cuentos como “Asunto nacional”, “Cenizas” y “La espada de honor”; el tema amoroso, el más socorrido, aparece en relatos como “Dorotea”, “Serenata”, “Juan”; pero hay otros temas como son la niñez que vemos en “El primer crimen”, “El señor Cañedo”. Hay otros, además,

⁹¹ Reyes Herrera, Berenice, *De la tradición... op. cit.*, p. 339-340.

⁹² *Ibid.*, p. 336.

donde la exploración de la imaginación y la búsqueda del ideal está presente como en “Capricho”, “Vuelta de un Soldado”, “Contemplación a Ella”; humorísticos, como “Recuerdo de St. Louis Missouri”, “Hiel. Botella de sidra”, “El hábito no hace al monje”; y algunos cuentos paródicos contra el movimiento modernista como “Hiel” y “Diabólica”.

Reitero: en los tres programas sobresalen las nociones de la búsqueda de la belleza y, en específico, en *Revista Literaria*: “Si en un futuro glorioso, por sobre los furores reprimidos de las fuerzas naturales domeñadas, brilla una sonrisa de bondad humana, el Ideal se habrá alcanzado y comenzará el reinado de la verdadera vida”.⁹³ Esto está estrechamente ligado a la noción de la búsqueda de la belleza de Manuel Gutiérrez Nájera, quien “exaltó la permanente búsqueda de la belleza como ideal supremo, con lo cual se apartó de los presupuestos estéticos de los escritores románticos, quienes sintiéndose los legítimos herederos de los clásicos grecolatinos, insistieron en unir lo bello a lo grotesco para alcanzar la representación de la verdad como lo propuso Víctor Hugo en su «Prefacio» a *Cromwell*.”⁹⁴ Cabe aclarar que esta noción del ideal de belleza que menciona Carlos Toro es realizada por la simpatía al movimiento modernista. Este ímpetu por la búsqueda de la belleza también está en *Revista Zacatecana*, en un fragmento ya citado arriba donde dice que “dejando a un lado las cuestiones políticas y religiosas haremos lo posible por formar un núcleo de amantes de la belleza que sirva para despertar el gusto por el estudio de las bellas artes”.⁹⁵

La búsqueda de la belleza fue uno de los principios por los que se declaró Manuel Gutiérrez Nájera en su *arte y el materialismo*, a saber también se manifestó a favor de libertad total del arte frente a la imitación o aprehensión de la realidad de maneja objetiva y por último

⁹³ Carlos Toro, “Saludo”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, p. 2.

⁹⁴ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, p. XIV.

⁹⁵ Los Redactores, “Programa”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 1-2.

se manifestó a favor del *cruzamiento* de la literatura, principio por el cual fue severamente criticado por Vicente Riva Palacio.⁹⁶

Juan José Tablada hace una reflexión acerca de los que debía entenderse por decadentismo literario y decadentismo moral:

porque el decadentismo únicamente literario, consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige Dios de sus altares a un ideal estético que la multitud no percibe, pero que él distingue con una vivencia moral, con un poder para sentir, *lo suprasensible*, que no por ser raro deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados⁹⁷

Entender esto era de suma importancia, pues como se verá, la mayoría de los detractores del modernismo afirmaban que no podía haber una renovación verbal que proviniera de cualquier decadentismo de índole social; no supieron entender la esfera estética en la que se movió y divulgó el movimiento. Sin embargo, Tablada y otros supieron que “para apoyar en México la escuela del *decadentismo*, la única en que hoy puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hálito de la educación moderna”,⁹⁸ era necesario reconocer que el decadentismo era producto de la época y no una mala copia de la degradación que se vivieron socialmente y estéticamente los escritores decimonónicos europeos. Otra cuestión que sale a flote es que

a los autores decadentes se les denostó en gran medida por su sectarismo literario, que se oponía de manera directa a los discursos hegemónicos proclamados por la escuela nacionalista, así como por el miedo de la sociedad ante una propuesta escritural artificial extranjerizante, alejada no sólo del proyecto ilustrado de educar al pueblo a través de las letras, objetivo fundamental de los intelectuales decimonónicos, sino incluso apartada de la moral «sana» y «viril» del México porfiriano.⁹⁹

⁹⁶ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *op. cit.*, p. XIII-XV.

⁹⁷ Juan José Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (Antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, pp. 108-109.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 107.

⁹⁹ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *op. cit.*, pp. XXVIII-XXIX.

En este ámbito cobra sentido el cuento de “Cenizas” de Ignacio Flores Maciel donde se percibe el predominio del espíritu nacionalista sobre el alma sensible del narrador-personaje y el cuento “Asunto nacional” que pone a prueba los valores intelectuales del personaje principal. Nuevamente para el año de 1897, Victoriano Salado Álvarez retoma los principios de Hippolyte Taine “de raza, medio y momento” para afirmar que “La literatura no es sino uno de tantos resultados de la vida social, y lejos de ser influente es influida, la obra que quiera perpetuarse o debe reflejar la manera de ser de los contemporáneos, sus ansias, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, o reflejar la índoles de la humanidad entera, con sus sentimientos, sus ensueños y sus ideales”.¹⁰⁰ A esto suma las palabras de Taine donde se asegura que “la obra literaria no es juego de imaginación, capricho aislado de cabeza calenturienta sino copia fiel de las costumbres que rodean al autor y signo de un estado de ánimo”.¹⁰¹ De esta manera, se daba a entender que la esfera literaria está profundamente ligada a la sociedad de la que surgía. Premisa que ya había negado Amado Nervo, cuando clausura las polémicas al señalar que

El decadentismo no fue una escuela, fue un grito: grito de rebelión del Ideal, contra la lluvia monótona y desabrida del lloro romántico, contra la presión uniforme y desesperante de los modelos parnasianos, en los cuales fue el verso moldeado como la arcilla entre las manos del alfarero; contra el antiestético afán del análisis naturalista que se recreó en la sedicente belleza de las llagas e hizo de la novela y del poema un baratillo de objetos y virtualidades, clasificados. Fue un grito sí, ¡y qué grito! Tenía la inflexión aguda y penetrante de los clarines que tocan a arma blanca.¹⁰²

Por último, me gustaría señalar que si bien en el programa de *Revista Zacatecana* hay un rechazo a los malos imitadores del modernismo, aquellos que no entendieron bien lo que

¹⁰⁰ Victoriano Salado Álvarez, “Los modernistas mexicanos. Oro y negro”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, pp. 205-206.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 207.

¹⁰² Amado Nervo, “Los modernistas mexicanos. Réplica a Victoriano Salado Álvarez”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, p. 251.

significó este movimiento, esto no limitó su influencia en el cuento zacatecano. Como he venido señalando, hay matices, tonos, ecos que acerca la producción cuentística zacatecana a la prosa modernista y, por esta razón, quise detenerme un poco en el tema.

Recordemos que Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz sintetizan algunas de las características que adquirió el movimiento modernista y sus escritores:

1) el eclecticismo que consistió en revisar todas las tendencias estéticas del momento — romanticismo, naturalismo, parnasianismo, simbolismo, impresionismo—, y aceptar de ellas sólo aquellos componentes que se consideraban bellos; 2) la renovación verbal que tuvo la intención, al decir de Ramón del Valle-Inclán, de “refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad”; 3) el cosmopolitismo representado de forma general por objetos y escenarios de culturas extranjeras y exóticas; 4) “la voluntad de idealismo” que surgió como consecuencia de la secularización de la vida cotidiana y de la influencia positivista, la cual llevó a los creadores a enarbolar los estandartes de la belleza, del constante cambio y de la redención social, para suplir la ausencia de Dios; y 5) el intimismo por medio del que el poeta halló en la soledad y en la introspección el ámbito propicio para llevar a cabo su labor artística.¹⁰³

En un mundo como el México de finales del siglo XIX y principios del XX, donde la prensa periódica difundía y divulgaba obras de carácter internacional, es difícil cuestionar el eclecticismo y el cosmopolitismo de los cuentos aquí rescatados. Con esto, no se quiere afirmar que sean parte del movimiento modernista, sino sólo que, con sus matices, las cinco características señaladas eran parte de la vida cultural de los escritores de la época. Creo que los cuentos aquí comentados, con todo y sus matices, repito, pueden hacer uso de algunos de estos elementos, en sus temas, en sus personajes y en la forma en que construyen la trama o el espacio-tiempo del relato.

¹⁰³ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (antologadoras), *op. cit.*, p. XVI.

CAPÍTULO II

EL CUENTO EN *REVISTA ZACATECANA* (1899-1900)

2.1 “Cenizas”,¹⁰⁴ de Ignacio Flores Maciel

Este cuento muestra al narrador y protagonista, Claudio, que ha decidido visitar a sus tíos al campo pues la ciudad lo llena de tedio. Allí se reencuentra nuevamente con su prima Elena, la cual se enamora de él durante su estadía. En este punto de la trama debe tomar la decisión sobre si seguir sus sentimientos y experimentar el amor entre su prima y él o ayudar en la lucha por la libertad de expresión junto con sus compatriotas.

El héroe de este relato, desde la concepción desarrollada por Munguía, es el narrador y protagonista, Claudio, porque no solamente el tiempo y el espacio se configuran para darle sentido al acontecimiento que se desarrollará en la trama: la decisión de quedarse en el campo o regresar a la ciudad y las consecuencias que esto conlleva.

Las implicaciones éticas y volitivas, que se van expresando desde el discurso del propio narrador y que forman parte de su pasado, se refieren mediante las motivaciones que lo llevaron a elegir la resolución de salir de la ciudad e ir a radicar al campo, al menos, por un tiempo. Al inicio del relato se nos da a conocer un indicio de esto pues cuando Claudio se encuentra en el vagón enuncia lo siguiente: “lancé un suspiro de satisfacción y sentí como si un peso enorme se me hubiera quitado del pecho”.¹⁰⁵ Justo después de esto, el narrador y protagonista detendrá el tiempo de la narración por la descripción del puro que ahora fuma y el humo que serán un conector entre el principio y fin del relato como se verá más adelante. Claudio nos comunica la causa por la cual se encuentra en marcha en tren hacia el campo:

¹⁰⁴ Ignacio Flores Maciel, “Cenizas” de Ignacio Flores Maciel en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 3-6.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 3.

Huía de la ciudad cansado de la lucha diaria, de esa lucha encarnizada, que desde el despertar comenzamos nosotros contra todos y todos contra nosotros y que, aun en las noches, me desvelaba con sus preocupaciones y sus recuerdos, huía del ruido, del vértigo de las pasiones; huía de mí mismo, que me encontraba aislado entre la multitud y que me tenía miedo por mi propio desencanto, por ese hastío inevitable cuando, por conocer demasiado la vida, ya nada nuevo encontramos en ella: en la ambición solo desengaño y en el placer solo vulgaridades.

En la ciudad, el héroe hipersensible se encuentra en una vorágine de pasiones. Esto es representativo de gran parte de la narrativa del siglo XIX en México, pues la dicotomía ciudad-campo o urbe-rural, los dos polos, se construyeron literariamente como algo negativo versus lo positivo. Al respecto, Yliana Rodríguez González ha trazado en la novela una serie de argumentos que clarifican esta cuestión. Menciona que parten de un principio estético del realismo y por otra parte de un interés nacionalista:

Para tratar el tópico campo/ciudad, los escritores del periodo adoptaron todos una postura más bien tradicionalista en lo que se refiere a los valores atribuidos a cada polo, porque con ello se apostaba por un estado de cosas inmutable, irrefutable, y, para terminar, característico. Una idea sostiene esa preocupación específica: la pureza de la esencia nacional encarnada en el campo, la búsqueda de una tradición idealizada.¹⁰⁶

Es claro que el sustrato histórico está presente en el cuento pero para darle precisión a las coordenadas del espacio y tiempo, que le confieren al cuento una estética realista, se añaden los rasgos de construcción para los atributos de otros personajes, como es el caso del tío de Claudio “cuyo rostro estaba quemado por la pólvora de la época de invasión y tostado por el sol de innumerables campañas”.¹⁰⁷ Esto último hace referencia, probablemente, a la Intervención Francesa durante 1862-1867, pero sin decirlo abiertamente porque no era la intención construir un relato de tintes nacionalistas, políticos, ideológicos y, mucho menos,

¹⁰⁶ Yliana Rodríguez González, Yliana, *El lugar común en la novela realista mexicana hacia el final del siglo XIX. Perfil y función*, El Colegio de San Luis, México, 2015, p. 204.

¹⁰⁷ Ignacio Flores Maciel, Ignacio, “Cenizas”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, p. 4.

históricos; además, faltaría un personaje para recrear la trama y desarrollar todos estos asuntos y temas ligados al protagonista (quien debe enfrentarse a la dura decisión de marcharse o quedarse) como parte central del acontecimiento.

Hay otro asunto que se trata en el cuento cuyo peso es central en gran parte de la narrativa decimonónica: el regreso al campo es sinónimo de un retorno al paraíso perdido. Este tópico es igualmente trabajado en la narrativa realista que analiza Rodríguez González, sobre el que menciona lo siguiente:

Otra idea más encuentro en la configuración del asunto, la del Paraíso perdido; con ella, el personaje desarraigado extravía, con el exilio, algo más que su identidad, pierde la posibilidad de redención. Este ingrediente radicaliza todavía más la dialéctica y produce una serie de estereotipos que configuran el tópico en estos textos: un espacio rudo y sencillo, pero donde los seres tienen corazón puro e ingenuo, con valores y costumbres antiguas; frente a un espléndido, luminoso, suntuoso, joven, pero donde sus habitantes están corrompidos y enfermos, y donde reina la maldad, la ausencia de valores, la individualidad.¹⁰⁸

Esta serie de características las encontramos en la afirmación de lo que espera hallar Claudio en su viaje al terruño: “En el campo encontraría la tranquilidad que tanto necesitaba mi espíritu, hallaría una atmósfera más pura donde pudiera latir libremente mi corazón, hallaría costumbres casi idílicas y lo que es más aún, afectos verdaderamente sinceros”.¹⁰⁹ Es decir, en la ciudad o urbanidad —en la cuna de la modernidad—, no le es posible esta redención que es el amor sincero. Además, el campo en este cuento no es sólo una construcción idílica, allí se encuentran las raíces familiares, es el lugar donde habían radicado sus antepasados, es así, efectivamente, la pérdida del paraíso, no sólo de la inocencia del personaje, sino también el que viene con la diáspora, la pérdida del origen familiar.

¹⁰⁸ Yliana Rodríguez González, Yliana, *op. cit.*, p. 207.

¹⁰⁹ Ignacio Flores Maciel, Ignacio, “Cenizas”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, p. 3.

De esta manera, las cualidades positivas con que se describe a los tíos y a Elena son parte del desarrollo natural que puede tener alguien en el medio rural, cualidades contrarias a como se presenta a sí mismo Claudio: “Mi tía, simpática viejecita que, aunque encorbaba por el peso de la edad, aún no lucía en su cabellera ni una sola cana y en cuyas mejillas marchitadas por los años se veía todavía algo de los colores de la juventud; mi tío respetable señor de esos que a los sesenta años manifiestan más vigor que nosotros degenerados a los veinte”;¹¹⁰ esta aseveración de que el espacio tiene un efecto en los personajes se reafirma cuando menciona que “La casa me produjo desde luego un bienestar inexplicable; el corredor tan amplio, tan limpio que, como dijera mi abuela, parecía una tacita de plata...”,¹¹¹ al contrario del entorno de la ciudad que lo hacía sentir desencantado.

En esta trama, influida por la estética realista, el héroe del cuento, Claudio, se reconoce a sí mismo una vez que se encuentra con todo lo noble y sublime que le rodea en el campo y decide volver a la ciudad por motivos de carácter ideológico, pues era parte de su deber ayudar a sus compañeros:

Por la noche cuando volvimos a casa encontré una carta de mis compañeros de lucha, en la que me contaban los últimos sucesos. Ya la brega tomaba caracteres alarmantes y la persecución se había declarado abiertamente contra ellos. Era preciso acudir a ayudarlos, el deber lo exigía y no había que vacilar un momento, pues pasaría por cobarde a mis propios ojos abandonándolos en el instante del peligro.¹¹²

La descripción del espacio urbano no es tan detallada como la del rural, pero se construye a manera de antítesis. El relato concluye sin que sepamos más sobre el apoyo brindado por Claudio a sus amigos, aunque recordemos que él era periodista. Es en esta parte del cuento donde se presenta el umbral del acontecimiento, el momento en que el héroe toma

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ *Ibid.*, p. 4.

¹¹² *Ibid.*, pp. 4-5.

una decisión que lo cambiará, donde no hay vuelta atrás. Es así que cuando se marcha al momento de despedirse, recibe de Elena una medalla de la virgen para que lo lleve por buen camino: “No pudo concluir, se echó a llorar y abandonando sobre mi hombro la cabeza sentí que me mojaba con sus lágrimas y cuando alzó el rostro para mirarme; yo loco, ciego, no me pude contener e imprimí en sus labios un beso... el primero de mi vida y el único que no olvidaré jamás”.¹¹³ Justo después de esto se presenta el final del relato. Es decir, la diégesis muestra a Claudio despidiéndose de todos en el campo para después presentarse toda esta historia como un recuerdo: “Ya esos seres queridos se marcharon y ahora, tirado perezosamente en el sofá de mi aposento, reconstruyo las escenas de la noche de mi viaje”.¹¹⁴ Al final del cuento Claudio sigue siendo un personaje desencantado por el tedio, sin grandes aspiraciones ni motivaciones. Es como si la urbe y su decadencia, a pesar de lo ideológico, hubiesen terminado por asimilarlo:

Como ese humo que se pierde en el espacio, fueron mis ilusiones y se perdieron en el inmenso vacío de mi corazón. Las esperanzas, los propósitos de regeneración concebidos en aquellas horas, oasis de mi vida, han caído al suelo como las cenizas de mi puro. ¡Por fortuna solo durarán entre el lodo lo que tarda el viento en arrasarlas!¹¹⁵

El héroe de este relato no se redime, sino como señala Munguía Zatarain, la función que cumplen las coordenadas del espacio y el tiempo son característicos de la literatura del Porfiriato, el héroe y personaje principal se dedica al trabajo intelectual y escribe, es sensible (a veces muy sensible) a lo que le rodea y en ocasiones busca una tregua de su vida de excesos; estas dos últimas características hacen que el personaje se encuentre en cierta sintonía (o en camino a) con el héroe decadente, según la caracterización que propone Ana

¹¹³ *Ibid.*, p. 6.

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*

Laura Zavala Díaz, para quien este tipo de personajes, lo llama héroe melancólico, tiene una “constitución sentimental y psicológica intrincada, que en ocasiones linda con lo anormal o con los estados exaltados de conciencia; su notoria hipersensibilidad lo convierte en extremo vulnerable, a merced de los embates del exterior”.¹¹⁶ A pesar de todo, como señala Munguía Zatarain, “El cuento trasciende el ensimismamiento, es un cuento amoroso, es un cuento político: el amor se vuelve un acto político y el acto político tiene que ser un desafío amoroso”.¹¹⁷

2.2 “Hiel. (Jaqueca literaria)”,¹¹⁸ de Fabricio Núñez

Elementos paratextuales

Como lo refiero en la introducción, el autor de este cuento fue posiblemente Carlos Toro, bajo el seudónimo de Fabricio Núñez, y utiliza dos palabras en el paratexto: *hiel* y *jaqueca* para dirigir al lector hacia el código irónico, pues ha titulado el cuento “Hiel. (Jaqueca literaria)”. Es decir, intenta hacer de la mancuerna de estas palabras una antífrasis, pues *hiel* proviene del latín *fel, fellis*, con varias acepciones, entre ellas ‘amargura’, ‘desabrimiento’, ‘aspereza’, ‘trabajos’, ‘adversidades’ y ‘disgustos’.¹¹⁹ Mientras que la palabra *jaqueca*, como forma de locución verbal coloquial, quiere comunicar ‘la acción de fastidiar y marear a alguien con lo pesado, difuso y necio de una conversación’.¹²⁰ Además de esto, se suma el

¹¹⁶ Ana Laura Zavala Díaz, *De Asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente 1893-1903*, UNAM, México, 2012, p. 26.

¹¹⁷ Martha Elena Munguía Zatarain, *Elementos... op. cit.*, p. 119.

¹¹⁸ Fabricio Núñez, “Hiel. Jaqueca literaria”, *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 5, 1 de octubre de 1899, pp. 8-13.

¹¹⁹ <<https://dle.rae.es/hiel?m=form>>

¹²⁰ <<https://dle.rae.es/jaqueca?m=form>>

adjetivo *literaria* a este tipo de fastidio contado por un narrador que es intradieгético (se confiesa como observador de algunos de los hechos ocurridos en el cuento).

El narrador nos muestra, por un lado, la historia de un anciano, historia que ha resultado de una serie de sucesos amargos y tristes, ya que el protagonista ha tenido una vida difícil debido a su interés por el estudio y la difusión de las letras. Esta carrera literaria está inspirada por la fascinación que le provocan las musas: “Entregábame a este vicio solitario y criminal, instigado por tres o cuatro amigos de mi misma edad y circunstancias y que eran tales como yo o peores en esto de cometer vileza con las madamas del Monte Parnaso”.

Narrada a manera de autobiografía por su propio protagonista, este relato está lleno de adversidades y disgustos que la dedicación y afición por la literatura no pueden contrarrestar. Ésta es la hiel del relato.

En la otra cara de la historia, la que es contada por el observador del suicidio de este anciano, el narrador nos quiere mostrar la biografía de este anciano haciendo uso de la focalización y a través de la ironía con que se lleva la consagración de la carrera de un escritor que ha transitado, junto con otros escritores, por las últimas corrientes literarias del momento, pues nos dice de estos últimos que

Eran además estos amigos grandes admiradores de toda aquella falange de poetas en que figuran Flores el acaramelado, Acuña el sombrío y Plaza el cínico¹²¹ y dieran ellos su mano diestra y aun el brazo entero por imitar la menos aplaudida composición de aquellos inocentes inofensivos y melencólicos vates.

Menos entusiástico yo que ellos y más reflexivo, comencé poco a poco a disgustarme de la desabrida diversión de repetir los conceptos de otros en forma más pedestre y chabacana, y un día así se los dije, lo que me valió que me excomulgaran, o casi, y la expulsión de su incubadora literaria, a la que no volví, ni de ello jamás tuve ganas.¹²²

¹²¹ En la original nota en a pie: “Aquí nota el poseedor del manuscrito que no va muy de acuerdo la cronología del mismo con la edad de su autor”.

¹²² Fabricio Núñez, “Hiel. Jaqueca literaria”, *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 5, 1 de octubre de 1899, p. 9.

Además de esto lo que sobresale es que el personaje cae en la desgracia por su necesidad, en este caso la de dedicarse a la literatura, afición que lo llevó a una vida llena de infortunios. El término *hiel* nos predispone como lectores a un texto que ejemplifique las causas y consecuencias de las decisiones del protagonista de la autobiografía, cuyo nombre nunca se da a conocer, y a que de esta manera muestren una enseñanza *per se*. El autor, al contraponer este término con *Jaqueca literaria*, no sólo da cuenta en código irónico de lo peligroso que puede ser dedicarse a la literatura, sino que también señala continuamente lo fastidioso que puede resultar la autobiografía de este personaje, particularidad que permite mantener al lector en el ámbito de lo real, para producir el efecto de que lo dicho no es producto de la fantasía o de la imaginación sino de la experiencia de una persona. Dice el narrador: “Fuíme luego a mi casa, leíle, y pareciéndome interesante y digno de ser conocido, me propuse publicarle en cuanto tuviese ocasión para hacerlo, lo que cumplo ahora. Es una especie de relato autobiográfico que dice así”. A este suceso, del cual se ha rumorado en la sociedad, ya solo necesita agregar los elementos de verosimilitud: “Los que esto lean habrán oído decir probablemente cómo, noches pasadas, se suicidó un viejecito echándose de cabeza en una de las fuentes de la Alameda de esta ciudad, la que solo estaba llena a medias, cosa primera que parece imposible.”

Esto quiere decir que momentáneamente ha puesto el relato en el terreno de la sátira, de una crítica social, puesto que el blanco es el desarrollo de una mente artística y del contexto en que se desenvuelve el protagonista: “Fue mi adolescencia babosa, gemebunda y romántica, y entonces fue cuando comencé a despuntar por esto de la literatura (que Dios confunda) con unos frenéticos y desesperados engendros que perpetraba en el silencio de mi cuarto y a las altas horas de la noche”. Sin embargo, hace la crítica recurriendo a las

convenciones literarias de personajes tipo, tales como el artista y escritor abocado al naturalismo:

No por distraerme de esos interesantes asuntos poéticos me di a los estudios, que ya desde la escuela había notablemente descuidado, sino que entregándome de lleno a la escuela naturalista, que ya por entonces comenzaba a privar, me propuse conocer sus mejores modelos y comencé a imitarlos, produciendo tales y tan espeluznantes engendros, que los pocos de mis compañeros a quienes hice la merced de leerles ocultamente tan notables piezas literarias, quedaron horrorizados y desde entonces me huían como a ser superior y criminal o como a poeta que anda en busca de oyentes para sus composiciones.

Esto mueve el relato al ámbito de la parodia, pues trasciende de la “crítica social” a lo literario, juicio realizado por el narrador intradieгético a las corrientes del romanticismo y del naturalismo, así como a la figura del artista preocupado por estar a la moda de las nuevas tendencias estéticas:

Desde que supe leer me había atascado en libros de imaginación hasta el pescuezo, apechugando con todo buenamente, lo mismo con los más tremebundos, espantables y desaforados novelones que con las obras más delicadas del arte moderno. ¡Así estaba yo de ventoso e indigesto! En estas cosas se me parecían, me igualaban y hasta superaban cuantos enyerbadores de la literatura había en el lugar.¹²³

Llama la atención la configuración del personaje masculino en este relato, pues como artista, un hombre hipersensible para el arte y las corrientes literarias, no interactúa con ningún personaje femenino. En la autobiografía que el narrador nos refiere el protagonista no desarrolla la faceta de un héroe melancólico, fatal/sensible y, por tanto, la triada de personajes que menciona Zavala Díaz no está presente, y no por ello la sensibilidad del artista-protagonista se ve reducida. Esto se debe, en parte, al tono irónico del relato que evita cualquier intento de sublimar el acto de escritura o cualquier otro elemento del campo literario, pues sólo cuando se idealiza el egoísmo un personaje masculino puede destruir o ser destruido por una mujer. Cabe comentar que si bien la mención del héroe decadentista o

¹²³ *Ibid.*, p. 10.

melancólico parece una mención por ausencia, casi un despropósito, creo que es válido hacer la comparación tanto porque los escritores zacatecanos conocían esa literatura como porque el protagonista es un personaje afectado por el tedio, por la hiperconciencia estética y social que posee, y que termina suicidándose.

Aunque conocemos al personaje de la autobiografía y el desarrollo de su personalidad durante el trayecto que va de su nacimiento hasta la adolescencia, tal desarrollo no pronosticaba (por supuesto esto también va en tono irónico) que resultara ser un genio: “cuando nací, según los datos más fidedignos recogidos de mis pasados, no anduvieron cometas patas arriba por el cielo, ni se notó ningún trastorno celeste ni terrestre que hiciera pensar que yo pudiera ser un día mortal fuste y de renombre. Tampoco fue mi infancia digna de ser referida ni se registran en ella otros sucesos que los que de ordinario acontecen a toda criatura humana, enclenque y de poca salud”. Es hasta su vejez que el protagonista se nos presenta como un ser que se interesa únicamente por la literatura y por ser un escritor.

2.3 “Historias que parecen cuentos”,¹²⁴ de Antonio Chávez Ramírez

Este relato se desarrolla en una primera parte a manera de diálogo entre dos amigos. El primero de ellos, Manuel, le comunica al otro su reciente compromiso con la señorita Julia, por lo que el segundo, el narrador-personaje de esta historia, se siente sorprendido. Este último cede la voz para que Manuel relate su breve romance con Julia, sobre cómo llegó a conocer a su amada después de una convivencia social en la hacienda de Herrera donde una

¹²⁴ Antonio Chávez Ramírez, “Historias que parecen cuentos”, en *Revista zacatecana*, Zacatecas, número 7, 1 de diciembre de 1899, pp. 8-12.

vez terminado el festín los comensales se pusieron a vagar por el lugar mientras que Manuel seguía ensimismado en sus pensamientos.

Manuel recurre a la descripción del escenario que le rodea. Es así que conocemos lo que piensa sobre las colaciones servidas durante el día de campo. Este tipo de refrigerio lo describe como especial no solo por ser elaborado con premura y diferenciarse de otro como el habitual del hogar o el pesado de una fonda. También ofrece la imagen del entorno que lo rodea en ese momento porque se permite: "...recorrer con la vista el triste paisaje del viejo y solitario caserío de la hacienda de beneficio, flanqueado por nopales en flor y frondosos y sombríos pirúes,¹²⁵ y con su fondo de colinas áridas, pedregosas y rojizas, mientras mi pensamiento, mi ser apasionado y sensible vivía otra vida, iba a otros mundos que yo mismo desconozco y soñaba en todo sin interesarse en nada".¹²⁶ Llama la atención de este pasaje la ensoñación que es producto de la sensibilidad del protagonista Manuel. Es de hecho esta parte de su ser sensible la que no se interesa.

Fue sacado bruscamente de sus pensamientos dos veces: "Para estar solo entre la gente y triste donde todo el mundo salta y brinca, mejor hubiera sido quedarse en casa, — dijo una voz argentina y burlona; insinuando otra, con sarcasmo manifestó: [...] O en el panteón de la Purísima que está tan cerca y en el camino".¹²⁷ Después de un breve silencio y del sonido de las risas, Julia guía la conversación señalando un suceso reciente a su interlocutor y por el cual parece estar enajenado: "¡Ah, vamos! Perdóneme usted; pero creí

¹²⁵ *Perues* en el original. Se optó por esta grafía al ser casi contemporánea a la pintura "Pirúes de Tepeyac", de José María Velasco, 1878.

¹²⁶ Antonio Chávez Ramírez, "Historias que parecen cuentos I. Por un chasco", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 7, 1 de diciembre 1899, p. 8.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 8.

que en vez de estar entre nosotras se paseaba por cierto jardín de Zacatecas, —me replicó Julia. [...] ¡Cierta jardín de...? No comprendo”.¹²⁸

Tras una interrupción por otros asistentes en el paraje, el protagonista le pide que si pueden ir a otro lugar para seguir la conversación y aclarar a qué jardín se refiere, durante el trayecto él recolecta flores que le entrega a ella para después preguntarle si era una broma lo que había dicho, a lo que Julia contesta:

—¿Broma? No, señor, nada de eso; porque Luis M., su amigo de otro tiempo, no es una broma, y la presencia de él, fue causa de su tristeza y aislamiento.

—¡La presencia de Luis! Pues no me explico...

—Se lo explicará usted perfectamente si recuerda la causa porque se resfriaron sus amistades, —me interrumpió con voz reticente.

—Mi amistad para Luis M. es la misma de siempre.

—La de usted, no lo dudo; pero la de él ¿ha permanecido invariable?¹²⁹

En este punto, ella le refiere sus antiguas pretensiones de amor por su amiga Elisa. Julia se ha enterado de esto por la misma Elisa que le ha referido los sucesos entre Manuel y su amiga. Manuel le dice al narrador-personaje que ella sabe que nunca lo ha dejado de intentar a pesar de saber que está casada con su amigo Luis. En este punto es donde las dos versiones se confrontan, la que es contada por Julia que narra el punto de vista de Elisa y la otra de Manuel.

La primera pone al narrador como un conquistador a quien el rechazo no le es suficiente y que como último recurso de Elisa para evitar las pretensiones de amor de Manuel tuvo que suspender sus paseos por la Alameda para no toparse con él:

Hace tiempo, iba usted a la Alameda todas las mañana con objeto de estudiar; ahí vio a Elisa por primera vez, y como si le hubiera causado impresión profunda, hizo desde luego abstracción de sus estudios, para quedarse viéndola con insistencia cuantas veces se aproximaban; a estas demostraciones siguieron las palabras de amor, breves y significativas, las súplicas de una respuesta, los deseos de entregar una carta expresados con rapidez, aprovechando la oportunidad más pequeña; Elisa, con todo

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Ibid.*, p. 10.

buen juicio, le dejó hacer y decir, tanto porque, lejos de alentar sus platónicos amores los defraudaba por completo con su conducta siempre circunspecta e indiferente, cuanto porque le era preciso pasear, en virtud de prescripción médica, en aquel sitio y casualmente a la misma hora en que usted lo hacía; pero usted, exasperado sin duda por lo infructuoso de sus tentativas, empezó a olvidar su prudencia y compostura acostumbradas, obligando así a Elisa a que le exigiera respeto, le manifestase que era casada, y...¹³⁰

La segunda dice que Manuel era correspondido con miradas y sonrisas e ignoraba el hecho de que ella estuviese comprometida. Además, Elisa la entrega de manera indirecta de una flor con la ella que paseaba un día:

Elisa ha engañado a usted, Julia; porque mis pretensiones recibieron el impulso de su actitud y su conducta; porque no con indiferencia, como ha dicho, sino sonriendo, con la frente cubierta de rubores, contestándome con miradas tanto más alentadoras cuanto más breves, fue como escuchó siempre mis palabras; porque en vez de decirme que no se pertenecía, como asegura, y era su deber, hizo que mi alma, fascinada ya, despertara por completo a la inmensa vida del cariño y porque, una mañana en que como de costumbre nos paseábamos en la Alameda, me llevó hasta el delirio y la locura dándome la prueba más evidente de su amor, la más hermosa para su corazón joven, que entona su primero, virginal e incomparable canto en el mundo del sentimiento. Traía Elisa entre sus manos una rosa-té fresca, encantadora y atractiva; jugueteaba con ella pasándola por sus mejillas, cubriéndola con su aliento; se la pedía, la rogué por mi cariño que me la entregara, y como si mi persistencia la hubiera disgustado y quisiera evitarla, se sentó en un sofá; entonces, arrepentido, temeroso de su disgusto, quise pedirla perdón de mi osadía, pero cuando solo me separaban de ella unos diez pasos, me miró un momento con fijeza, puso la flor en el sofá e indicándomela con un movimiento de sus ojos, se puso de pie lentamente y continuó su paseo.¹³¹

Para cerciorarse de su inocencia en el asunto, el narrador le ofrece entregarle la rosa, la carta que él le escribió y las continuas invitaciones de parte de Luis a las que él declinó siempre para alejarse de Elisa. Este relato describe algunos pormenores de las pretensiones de amor por parte de Manuel quien le cuenta a su amigo, del cual nunca sabemos el nombre y es el narrador del cuento, que es casi “por un chasco que su amor no haya sido correspondido por parte de Julia”. Si bien es un relato amoroso hay también elementos de la

¹³⁰ *Ibid.*, pp. 10-11.

¹³¹ *Ibid.*, p. 11.

comedia de enredos, como puede suponerse por la acusación por la que se le señala debido a las distintas versiones que se dan sobre un mismo hecho. Nuevamente aparece la Alameda de la ciudad de Zacatecas como lugar representado en este cuento. Si bien la imagen que se presenta es breve, sí corresponde a los relatos y descripciones históricas de la época.

2.4 “¿En primavera... o en invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)”,¹³² de Jean Martel

Desde el inicio del texto, el narrador hace la advertencia de que lo que contará es un suceso que le ha sido confiado por su mejor amigo Efrén. Llama la atención que el narrador-personaje de este relato presente a ese mejor amigo en un momento de necesidad, “cuando el alma está poseída de terror, de duda o desencanto”; es decir, este relato se desarrolla en una situación de crisis, pues la presencia de ese mejor amigo es indicio del terror y de desencanto.

El narrador cede la voz al personaje de Efrén para que se encargue de describir el paisaje: “El jardín está abrumado de calor. Las plantas repletas de savia parece que se esponjan como caballeros que después de comer se quitan la levita y se quedan a sus anchas para procurarse un poco de frescura. Las flores sofocadas pueblan el aire con su perfumado aliento”.¹³³ La descripción detallada del entorno continúa por parte Efrén para hacer una observación al narrador: “Ya ves como te doy detalles... Lo cual prueba que me hallaba en mi estado normal y en manera alguna enamorado...”¹³⁴ y le confiesa que le ha hecho llegar a su amada una carta.

¹³² Jean Martel, “¿En primavera... o en invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de febrero de 1900, pp. 2-5.

¹³³ *Ibid.*, p.2.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 3.

Pero para llegar a conocer a esa mujer no tiene que verla a través de las palabras que él ha escrito sobre ella y no con los ojos de carne que tiene y que la han visto varias veces: “Tú la has visto muchas veces, pero como la verás con los ojos percederos de la carne, no la conoces. Para que la conozcas mira estos fragmentos de una carta que le escribía...”¹³⁵ A partir de este momento, el relato mezcla las supuestas reacciones de esta amada con la carta de Efrén, quien pregunta a su interlocutor: “¿Verdad que es encantadora esta figurita de la mujer a quien no sabemos si la amamos o si la odiamos y acerca de cuyos sentimientos podemos razonar tan fríamente, ocultando con frases la profundidad de nuestra herida?”;¹³⁶ después la describe de manera física realzando atributos como su sonrisa, la presencia con la que se alza entre los demás y lo aires de mujer parisiense que aparenta. Momentos después hay un cambio de paisaje, pues se describe el invierno que ha llegado a la ciudad:

La fuente ya calló, dejó caer su chorro como una cosa que se muere y se hundió en el negro agujero haciendo un ruido extraño. Parecía como que si hiciera gárgaras para limpiarse la garganta... Los pájaros se han vuelto muy caseros; regresan muy temprano, cuando apenas comienza a ponerse violeta el cielo y a palidecer las rosas de la montaña; un estremecimiento del frío sacude el aire, como si el cielo fuera una inmensa tela mojada y alguno la apaleara por encima de nuestras cabezas...¹³⁷

El narrador interrumpe a Efrén para preguntarle sobre aquella mujer de la que había estado hablando. Efrén le confiesa que ha sido un producto de su mente, del ideal que persigue todo hombre: “Esa mujer no existe, ninguna mujer existe; todas nos la fingimos nosotros mismos, las formamos con pedazos de nuestro propio ser y luego, cuando intentamos separarlas de nosotros, dándoles vida propia e individual, nos asombramos de que nos duela...”¹³⁸ Al final, el narrador le pide al lector que complete la frase que él ya no puede

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Ibid.*, p. 4.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 5.

escribir por el frío que tiene. Aunque este relato coquetea, en cierto punto, con lo fantástico poniendo en duda la existencia de la mujer perfecta y jugando con la idea de que sólo lo inalcanzable es deseable, en cuanto a hecho extraordinario puede considerarse que se habla simplemente de una mujer muy bella que no se casará con nadie; es decir, es inalcanzable.

2.5 “La espada de honor”,¹³⁹ de Carlos Toro

En este relato se cuenta la vida de Pedro Pérez Pimentel, un hombre de familia noble venida a menos: “El linaje materno de los Pimentel iba de capa caída, y le quedaban más honores que bienes”. Muertos sus padres, Pedro se dirige a África, donde sobresale por su valentía al mostrarse indiferente a la muerte en el campo de batalla de Vad-Ras; ahí adquiere fama por la forma en que arrasa con los marroquíes en las filas enemigas.

Por aquella victoria del ejército de España, Pedro es recompensado con una espada de honor. Una vez concluida la guerra quedó como alférez de reemplazo con un sueldo de nueve duros mensuales. En este punto es cuando se advierte que estaba casado: “Poco antes se había casado con una hermosa gaditana rostro de *madona* rafaelesca, cintura inverosímil, gallarda presencia; y el primer día en que cobró su mermada paga de nueve duros, le nació el primer hijo”.¹⁴⁰ Al complicarse su situación económica y tras la muerte de su hijo, su esposa, la Egipciaca, le reclama:

No tengo qué ponerme. Este pañuelo está hecho un jirón... Conforme venga la paga, se la llevará el tendero... Yo no puedo vivir así... Antes de casarse, los hombres piensan cómo han de mantener a sus mujeres.

Pimentel escuchó estas palabras cerrando los ojos, sintiendo que pasaban sobre su conciencia las olas de un océano de penas y dolores.

¹³⁹ Carlos Toro, “La espada de honor”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de enero de 1900, pp. 5-7.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 6.

Buscó el ex-alférez nuevamente ocupación, y durante dos meses fue escribiente temporero de una oficina y ayudante de un colegio de primera enseñanza; pero ambos cargos los perdió porque no sabía resistir las groserías de los superiores, y le parecía cosa asquerosa e innoble manchar la gloria de su espada convirtiéndola en una azada con que aderezar la comida.¹⁴¹

Como un hidalgo y militar venido a menos se le dificultada conseguir trabajo para mantener a su esposa. Nuevamente Egipciaca le pide dinero para menguar la situación y le sugiere que empeñe la espada de honor a lo que él se niega, por lo que aquella decide abandonarlo:

Entonces, yo sé lo que tengo que hacer, —añadió Egipciaca con resolución.

Aquella noche, cuando Pedro volvió a su casa, se encontró la puerta abierta.

Dentro no estaba Egipciaca, pero sí una carta que decía:

“No quiero perder mi juventud contigo. Me voy hambrienta. No lo estaré mucho tiempo. Me aguarda mayor felicidad. No me busques. Quédate con tu espada de honor”.

Es en este momento cuando el personaje ve su espada y le parece un cadáver colgado. Le exclama a la espada: “Ya no tienes honor. Sólo eres un hierro”¹⁴² y se suicida con ésta atravesándose el pecho. El relato es una sátira más que sobre los viejos militares sobre la nobleza española venida a menos que prefiere perder todo, hasta la vida, antes que trabajar como cualquiera en la sociedad.

2.6 “Diabólica”,¹⁴³ de Carlos Talancón

Este relato narra cómo se le apareció el diablo a un viejo sabio. El demonio recurrió a él porque sus artes maléficas no pudieron sanar a uno de sus demonios llamado Chérick. El diablo le propone el trato de que si logra averiguar la enfermedad que tiene Chérick le entregará la fórmula que tanto ha estado buscando, el sabio era alquimista. La aparición del

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 7.

¹⁴² *Ibid.*, p. 7.

¹⁴³ Carlos Toro, “Diabólica”, en *Revista Zacatecana*, número 10, Zacatecas, 1 de marzo de 1900, pp. 7-9.

diablo, aunque es un hecho sobrenatural, no asombra mucho al sabio, quien reacciona con calma y, en un primer momento, piensa que ha llegado su hora de partir al más allá:

El furioso aullar de los canes lo despertó. Un murciélago revoloteaba en la habitación produciendo un pavoroso ruido de alas. El sabio se disponía a darle caza para clasificarlo cuando el bicho se envolvió en una nube de humo, se oyó un trueno, se vio un relámpago y apareció el diablo.

Una boa disecada se puso a hacer contorsiones y a pasearse por el aire; un piadoso *Año cristiano* se salió del librero y dando un saltó se trepó a una repisa tomando posiciones, presintiendo una batalla, mientras que dos indignos librijos de magia, muertos de gusto, se ponían a bailar una contradanza sobre la mesa; una calavera abrió las fauces tan desmesuradamente que parecía se iba a comer un bote un [sic] queso de Flandes; de los grabados de unos periódicos franceses se escapó el Capitán Dreyfus temiendo una nueva perrada y se salió por el agujero de la llave, al mismo tiempo que el reloj se ponía a marchar al revés.¹⁴⁴

La forma en que toman vida los libros, el *Año cristiano* y algunos grabados de donde se escapa un Dreyfus (a quien defendió Zolá para acuñar el sentido moderno del término intelectual), parece aludir a la *batalla de los libros* de Jonathan Swift. Dos de los síntomas de la enfermedad del demonio Chérick son que hace versos incomprensibles y que no trabaja. El sabio, quien se prepara a diseccionar el cerebro y el alma del demonio, pregunta a Satanás por los antecedentes del enfermo:

—Pero esta locura de hacer versos incomprensibles y de no trabajar ¿de qué le vino? Preguntó el doctor.

—Le diré a usted lo que he podido averiguar. Este muchacho se transformó una vez en borrico para tentar a un labrador muy piadoso y paciendo en un prado se comió una yerba misteriosa que no he podido saber lo que sea, la cual lo tornó así mentecatzándolo y volviéndolo llorón y tonto.

—El caso es difícil. Veremos el cerebro y el corazón para seguir con el alma...¹⁴⁵

En la inspección que el sabio, según métodos y con instrumentos de un médico de la época, encuentra un cerebro de tamaño diminuto y diagnostica que la enfermedad es incurable y sumamente contagiosa. Al enterarse de esto, el diablo quiere soltarlo en el

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 7.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 8.

mundo: “Pero miren ustedes como no se me había ocurrido antes! Voy a sacar partido del mal que aqueja a Chérick. El Doctor me ha dicho que la enfermedad es contagiosa; pues le establezco en el mundo y al poco tiempo habrá millones de poetas haciendo versos indescifrables, nadie les entenderá, surgirán camorras por esto y tendré buenas remesas de estas genticillas”.¹⁴⁶ La enfermedad de Chérick, efectivamente, termina por contagiar a los jóvenes, a quienes llamaron poetas decadentistas; sin embargo, como sus versos resultan inocentes sus almas sólo alcanzan a llenar el Limbo y no el infierno:

Hasta aquí se cumplieron las predicciones del diablo; pero no en cuanto a las camorras que él se esperaba, pues como todos eran de natural pacífico (por más que cuando tenía alborotada la fantasía revolvían caos, sombras, difuntos, cipreses, sangre, palabras estrafalarias, y útiles de comedia de magia) y todos veían sus elucubraciones como inocentadas, ninguno de aquellos niños grandes se iba al Infierno ¡En cambio el Limbo reventaba de lleno!¹⁴⁷

Esta especie de crítica del decadentismo hace suya uno de los principales argumentos que usaban sus detractores, retomando, principalmente, la idea de la escritura incomprendible que, curiosamente, sólo afectaba a la juventud de la época.

2.7 “Capricho”,¹⁴⁸ de Carlos Toro

Un acercamiento al cuento “Capricho”, de Carlos Toro, permite observar cómo el narrador omnisciente alegoriza en el enamoramiento de una *femme fragile*, la superficialidad y el agotamiento de las ideas románticas contra las que abiertamente reacciona irónicamente

¹⁴⁶ *Idem.*

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 9.

¹⁴⁸ Carlos Toro, “Capricho”, en *Revista zacatecana*, número 10, Zacatecas, 1 de Marzo de 1900, pp. 9-12.

desde el inicio del relato, puesto que menciona que a los protagonistas “les unió aquel enjambre de ideas falsas que se forma alrededor de la vida de los seres aficionados al romanticismo”.

La caracterización del personaje femenino está de tal manera entregada a un proceso del orden de la alegoría, que para el narrador ni siquiera es relevante dotarla de la marca identitaria más elemental, un nombre: “Ella, (no le pongamos nombre)”. Ella es una *femme fragile* romántica. Lo que el narrador extradiegético en tercera persona da a conocer sobre “ella” es el desarrollo de dos de sus intereses en su tiempo vital, la música, pues “se había aficionado al piano desde niña” y el deseo de enamorarse: “estaba enamorada de un tipo ideal que no pudiendo ser trovador ambulante ni hidalgo aventurero, por no estar en los tiempos para ello, se le parecía en la imaginación”. El narrador da cuenta, primero que nada, de la belleza natural y la condición socioeconómica de Ella:

Ella era hermosa, tenía dieciocho años y estaba enamorada de un tipo ideal que no pudiendo ser trovador ambulante ni hidalgo aventurero, por no estar en los tiempos para ello, se le parecía en la imaginación como un muchacho pobre, poeta de buhardilla, por más que aquí no lo haya con mucho talento, pero muy escaso de dinero, al que ella, con solo darle su amor, le mostraría el camino de la gloria y la riqueza; algo así como un Musset vergonzante o un Rastignac un tanto quejumbroso. Por supuesto que había de ser un bello tipo masculino, que llevaría los andrajos como un manto real...¹⁴⁹

La posición económica de Ella es diametralmente opuesta a la condición de su amado ideal, “un muchacho pobre, poeta de buhardilla”, idea que hace referencia a un motivo literario inmediatamente identificable con el romanticismo.¹⁵⁰ Es entonces que se activa en “Capricho” una dinámica de poder, del conocimiento contra el dinero. A causa de la partida

¹⁴⁹ Carlos Toro, “Capricho”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, p. 9.

¹⁵⁰En “Imaginario de la bohemia en *La Bohème* de Puccini”, se encuentra una aproximación a la buhardilla del poeta como motivo literario a partir del siglo XIX. Véase a Antonio Daniel. García Orellana, “Imaginario de la bohemia en «La Bohème» de Puccini” en. *1616: Anuario De Literatura Comparada*, Vol. 5, pp. 281-294. <https://revistas.usal.es/index.php/1616_Anuario_Literatura_Comp/article/view/14050>

a Europa de su maestro de piano, “ella” encuentra a su amor idealizando al nuevo maestro de piano a quien en un principio odia: “Él era muy exigente y quería meterle a ella en la cabeza toda aquella enfadosa jerga de teoría musical, que es como la matemática de la música. Pues no señor, eso no lo aprendería ella y le diría a su padre que despidiera al enfadoso impertinente”¹⁵¹.

Ante una lección de Chopin, el advenedizo profesor toca el piano delante de ella. Ironizando con la estética romántica, el narrador se da cuenta sobre el enamoramiento entre ambos: “¿sonaba el piano o era que el alma del músico saliéndosele por los dedos, pasaba las teclas y trasmitía a las cuerdas del instrumento las vibraciones de su dolor? ¿Fue entonces u otro día cuando ella, rendida de amor tal que la palabra intentaría en vano describirlo, cayó en sus brazos diciéndole: te amo? ...”

El narrador omnisciente alegoriza en el enamoramiento de una *femme fragile* la superficialidad y el agotamiento de las ideas románticas contra las que abiertamente reacciona. Se ha producido la sátira. Al someter el narrador a procesos de ironía a los personajes de “Capricho”¹⁵² y al describir irónicamente el proceso de su enamoramiento, el narrador consigue caricaturizar la estética romántica. Por la recurrencia a imágenes identificables a la estética romántica, su ironización y la satirización de los personajes como tipos sociales se consigue la parodia del romanticismo. Después del amor inmenso sobreviene un inmenso hastío.

¹⁵¹ Carlos Toro, “Capricho”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, p. 10.

¹⁵² El título del cuento encierra las dos posibilidades de ironía que cobrará en el sentido de éste. La sátira, al dar cuenta del capricho de una joven que se enamora de un ideal que termina decepcionándola y la parodia, pues capricho es también una forma de música libre. Al pasar al dominio ya no sólo de la crítica social, sino de la crítica artística, en este caso literaria y musical, el narrador explícitamente se lanza contra una estética: la estética romántica, que aunó literatura y música.

En la dinámica de poder de la relación, la destreza performativa del piano es asignada al maestro ahora marido. “Ella” posee los bienes materiales. Pero él, que “como todos los que han vivido en la miseria, era exigente, nada le contentaba. Por darse un gusto que nunca había pensado tener el mandar en alguien prohibió a su mujer que tocara el piano”; “Ella” termina por ceder a la sumisión impuesta por su marido y vive en secreto su pasión por la música “domada a pesar suyo por su antiguo sueño no desechado del todo por la cruel realidad, tenía en su alcoba, por todo consuelo, un musicuero repleto con sus obras favoritas que en las altas horas de la noche se ponía a deletrear”¹⁵³.

Un evento detona la sátira final. La *femme fragile* en un acto de subversión a la autoridad, creyendo a su marido-maestro dormido, comienza a tocar el piano. El horror de la música lo despertó: “se le erizaron los cabellos ¿quién podía tocar el piano a aquellas horas? Y no era eso lo peor, sino que las voces del instrumento eran cada vez más claras, vibrantes, agudas como puñales y de tal modo acusadoras que el espantado marido pensó le iban a dejar muerto ahí, en su propio lecho”.¹⁵⁴

El narrador da a conocer entonces que Ella ahora, en su infeliz matrimonio, tocaba con pasión, aquella mujer superficial que antes, “tocaba con gusto (...) cosas difíciles, [...] nada de nocturnos ni ‘*revires*’ ni fantasías de salón. No, nada de eso: piezas difíciles que no eran tan fastidiosas [y, nótese nuevamente la ironía dirigida ahora a la estética musical romántica]: sino “de los maestros que parece que robaron su armonía a las noches del cielo o arrebataron su tristeza a las noches del alma. Beethoven empapado en lágrimas de luz de

¹⁵³ Carlos Toro, “Capricho”, en Revista Zacatecana, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, p. 11

¹⁵⁴ *Idem.*

luna, Gluck cortesano, Mendelssohn melancólico, Bach sencillo y religioso, Cimarosa melódico y sollozante y tú, Chopin indescifrable”.¹⁵⁵

La joven lozana, la joven soñadora, melómana y enamorada que fue el romanticismo y su recepción de autores que no le son contemporáneos termina envejecida, anacrónica, “altiva y nerviosa enlutada”. Se ha producido la parodia. Al someter el narrador a procesos de ironía a los personajes de “Capricho”¹⁵⁶ y al describir irónicamente el proceso de su enamoramiento, a la manera de la narrativa del romanticismo, el narrador consigue caricaturizar la estética romántica. Carlos Toro parodia no sólo las convenciones sobre ciertos motivos de la narrativa romántica, sino que también logra integrar al relato la sátira de los gustos musicales de sus contemporáneos.

2.8 “Vuelta de un soldado”,¹⁵⁷ de José Vázquez

Este cuento aparece como una colaboración, la única de los primeros diez números de *Revista Zacatecana* que es extraída del un libro, *Cuentos infaustos*, de José Vázquez. En este relato se presenta a dos enamorados, Ángela y Alberto. Ella era una mujer muy hermosa y rica y él era un huérfano pobre. A la incompatibilidad de estratos sociales se suma que una noche ambos ven pasar a una mujer desconsolada. Ángela afirma que desearía que esa mujer encontrara la calma. Al día siguiente, Alberto le confiesa a su amada lo que para ayudar a aquella mujer que vieron el día anterior tuvo que enlistarse en el ejército en lugar del hijo de

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 10.

¹⁵⁶ El título del cuento encierra las dos posibilidades de ironía que cobrará en el sentido de éste. La sátira, al dar cuenta del capricho de una joven que se enamora de un ideal que termina decepcionándola y la parodia, pues capricho es también una forma de música libre. Al pasar al dominio ya no sólo de la crítica social sino de la crítica artística en este caso literaria y musical, el narrador explícitamente se lanza contra una estética: la estética romántica, que aunó literatura y música.

¹⁵⁷ José Vázquez, “Vuelta de un soldado”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de Marzo de 1900, pp.13-16.

ésta. Ella le interpela: “Alberto mío ¿qué dices? ¿qué has hecho? —Calmar las penas de una madre, secar sus lágrimas amargas; volverle al hijo idolatrado que perdía”.¹⁵⁸ Cuando se marcha a la guerra, Alberto le pide a Ángela que lo espere; unos meses después regresa, junto con el ejército, victorioso:

- ¿Por qué esta de gala el pueblo?
- Porque se espera la llegada de un ejército triunfante.
- ¿A qué hora se le espera?
- No lo sé; pero hoy debe llegar.
- ¿Y qué cuentan de esos pobres?
- Que son todos uno héroes, ¿pero usted no pertenece a ellos?
- Sí; soy de los suyos.
- ¿Por qué entonces viene usted antes que todos?
- Porque vengo a prepararles la llegada.

Este diálogo sostenían a la entrada de aquel pueblo, nido del amor de Alberto, un joven militar gallardamente puesto y montado, a quien acompañaba un pequeña escolta de dragones, y un hombre de la clase baja.¹⁵⁹

Topa con una iglesia en la que se celebra una boda, el matrimonio de Ángela con aquel joven con quien había cambiado de lugar en el ejército; éste saca su revólver y se suicida: “Cuando llegó frente a la iglesia en que se celebraba el matrimonio, miró salir de ella un cúmulo de gente, brincó precipitado del caballo y corrió afanoso hacia la puerta; pero de pronto, convulso, desencajado, delirante, se detuvo; y sin conciencia de sus actos, llevó la mano diestra a su revólver y disparó con él sobre su pecho, desplomándose de espalda...”¹⁶⁰ Este cuento se centra principalmente en el personaje de Alberto y la pérdida de la mujer amada. Ante esta situación decide quitarse la vida. No hay gran desarrollo de la descripción de espacio, ni se profundiza en la psique de los personajes. Alberto se configura como un héroe romántico a quien la mujer (una frágil o otra fatal) lo lleva a la muerte. En este relato,

¹⁵⁸ *Ibid.*, p.14.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 15.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pp. 15-16.

el umbral al que debe enfrentarse el héroe del relato es nuevamente la pérdida de la mujer deseada, del amor imposible.

CAPÍTULO III

EL CUENTO EN *EL RENACIMIENTO* (1904-1905)

3.1 “La Florera. Tipo florentino”,¹⁶¹ de Aurelio Elías

Este cuento se presenta en la voz de un narrador en primera persona, un visitante de la ciudad de la Toscana. Desde su llegada comienza a describir la ciudad y costumbres de los pobladores, en especial, el de la florera que tiene por gracia recibir a los turistas con flores. Durante su estadía, suele encontrarse muy a menudo con una florera, Rosina Guidotti, con la cual traba una amistad. Una tarde de un día cualquiera en medio de su charla, ella le confiesa que pronto se casará. El narrador deja de verla por unos meses. Un día paseando por la plaza es casi aplastado por una mujer que decidió aventarse del cuarto piso de un edificio. Al día siguiente, por una nota en el periódico, se entera de los pormenores de ese suceso además de verse señalado como el hombre que casi es aplastado por la suicida. No es hasta entonces que se entera de quién fue la suicida que casi lo aplasta, cuya identidad es revelada por el repórter, era conocida como la florera Rosina, presa de los celos al ver a su novio del brazo de otra mujer.

Algo de esta historia recuerda *El de los claveles dobles* de Ángel de Campo, novela que tiene como génesis un suceso en concreto: el suicidio de Sofía Ahumada, que pronto se volvió una noticia roja en la prensa periódica de año de 1899 y que tuvo gran cobertura durante los últimos meses de ese fin de siglo. Una lectura rápida del texto de de Campo y el cuento de Aurelio Elías nos permiten ver algunas diferencias y similitudes en cuando a la mujer

¹⁶¹ Aurelio Elías Gallegos, “La Florera. Tipo florentino”¹⁶¹ en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, pp. 7-10.

suicida y la nota roja. Estos dos elementos se vuelven preponderantes en las dos construcciones narrativas. Si bien la novela corta de Ángel de Campo apareció muy próxima al suceso, pues se publicó en seis entregas de dos páginas entre el 17 de setiembre y el 5 de noviembre de 1899,¹⁶² el cuento de Aurelio Elías Gallegos se publicó hasta enero de 1904, casi 4 años después de que Sofía Ahumada se suicidara. Es decir, probablemente Elías Gallegos llegó a conocer los dos textos: la nota roja de Sofía Ahumada y la novela corta de de Campo.

Parece probable que ambos relatos se basaran en la noticia que esboza la siguiente hoja volante que apareció en la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo y que fue ilustración hecha por José Guadalupe Posada:

Imagen I

¹⁶² Además, Miguel Ángel Castro menciona que hubo una interrupción en la periodicidad con que apareció la novela ya que se dejó de emitir el 22 y 29 de octubre sin razones explícitas. Véase Miguel Ángel Castro, “Visita centenaria a la prensa de la ciudad de México. *El de los claves dobles* y Sofía Ahumada” en Ángel de Campo, *El de los claveles dobles* (edición de Miguel Ángel Castro), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, p. 11.

¡SENSACIONAL Y TERRIBLE NOTICIA!

**UNA SEÑORITA
que se arroja
DESDE LA TORRE DE CATEDRAL**

El día 31 de Mayo del presente año de 1899 y como á las once y treinta minutos de la mañana tuvo efecto el lamentable y terrible acontecimiento que vamos á narrar:

Una bella Señorita Huérfana que contaba veinte años de edad conocida con el nombre de Sofía Ahumada vestida con gran elegancia, subió á las torres de Catedral acompañada del Relojero Bonifacio Martínez, su ayudante Vicente Estrada y otras dos personas de apellido Aguilar una y la otra Martínez.

Realmente no sabemos que pretendía la desventurada mujer para lograr subir á aquella prominente altura, pero el caso fue que hallándose dicha Sofía en el segundo piso de la torre que mira al Poniente, se arrojó hacia el suelo con extraordinario y veloz impulso. En el acto y al escuchar el enorme ruido que produjera al caer, agrupóse multitud de gente de todas clases sociales al lugar donde quedó la mencionada suicida. Dieron parte á la Policía y presentáronse inmediatamente el Sr. Inspector Muñoz acompañado del personal correspondiente. Allí practicóse las primeras diligencias y lleváronse en una camilla el cadáver á la Inspección que corresponde.

El aspecto que presentaba la joven decédada era pavoroso y horrible: los ojos saltados completamente de sus órbitas ó lugares, la mandíbula ó quijada inferior quedó fuera de la cavidad de la boca y el cráneo enteramente destrozado y en fragmentos horripilantes. Gran parte de la masa encefálica ó sean los sesos, quedó pendientes en la cornisa del primer piso de la torre, que fue donde chocó el cuerpo fuertemente al venir dando vueltas



en el aire cual si fuera esquía ó volatin. Multitud de gente deseosa de contemplar el lugar de tan terrible desgracia, se agrupa, se apaña abalanzando en el Atrio de Catedral, comentando cada cual el hecho á su manera y dando su opinión respecto al acontecimiento que tanta y tanta sensación ha causado.

—Por qué se mataría? dice uno de tantos.

—¿Pues quién sabe? responde otro.—A poco fue porque su novio le dio calabazas.—¿O tendría acaso alguna deuda?—No, eso no tan joven y ya con dote.—H. de haber sido por su novio.—¿Qué gaje!—Pobrecilla.—Yo no me suicidaba, poco más ó menos añade una vieja.—¿Yan vides, á mí ya van más de seis veces que mi señor me la pega, y qué por eso me he matado? ¡Qué esperanzas! Yo, por taruga...—¿A ver como no le pega mi marido todos los días?—No, no, dice otro de los curiosos: puede muy bien haber sido esa caída por puro accidente, la desgracia que ya se le había llegado la raya, porque sólo los gajolotes se matan la viopira de Catepa. Esa pobre niña tal vez sabió inoportunamente y sólo por el placer de disfrutar de la hermosa vida que se figuró presentaría la ciudad desde esa altura.—Pero ya vió mucho más que eso.—Ya lo creo, ya lo creo! Y así que por este estilo todas las hijas y conserteras la fatal muerte de la Señorita Ahumada, sin saber realmente la verdad de la causa de semejante desgracia. De las muchas cosas que si es cierto es que el tal delito de 1899 se ha ido presentando desde su principio de la más fea que puede haber. Va su río, como que en el va á tener lugar el fin del mundo, el día del Juicio Universal. Estos no son más que los preparativos. Suicidios á gaud en esa cuna Capital, temblores, mucho calor, excediendo al de otras años; terremotos, pestes, homicidios atentados contra la moral nunca vistos como el de Rambla Palma, etc., etc., etc.

En fin un sin número de calamidades que escandalizan y hacen abrir la boca al más indiferente. Pero ahora el acontecimiento actual es el de la joven Sofía Ahumada, estrallada en el Atrio de Catedral, cuyo acontecimiento es punto de conversación en todas las casas y grupos de transeúntes por las calles de la ciudad en este día memorable.

MÉXICO.—IMPRESA DE ANTONIO VENEGAS ARROYO, CALLE DE SANTA TERESA N.º 1.

Fuente: MUNAE¹⁶³

Es una posibilidad que Aurelio Elías leyera ó ambos casos por la prensa periódica del momento. La cobertura de la noticia de Sofía Ahumada, la joven suicida, estuvo vigente en muchos de los impresos de circulación nacional, prácticamente la segunda mitad de año de 1899.

¹⁶³ *¡Sensacional y terrible noticia! Una señorita que se arroja desde la torre de Catedral*, hoja suelta, Imprenta de Antonio Venegas Arroyo, México, 1899. <<https://munae.inba.gob.mx/acervo/20336-2/>> [consulta: 1 diciembre 2023]

Miguel Ángel Castro menciona, en el estudio preliminar de su edición de *El de los claveles dobles*, que una investigación realizada por Ana María Romero Valle¹⁶⁴ demuestra que ella “Recogió y clasificó minuciosamente la información sobre suicidios que informaron estos medios durante 1899 (145 *El Imparcial*; 144 *El Universal*; 61 *El Tiempo*; 21 *El Diario del hogar*), la mayor parte para dar la noticia de un suicidio y ampliar la información correspondiente a su aclaración”.¹⁶⁵ Es decir, un total de 372 artículos referentes al suicidio en tan solo cuatro periódicos. Al respecto, quisiera referir que tanto el cuento como la novela, a pesar de que el primero tiene sólo dos personajes, el narrador y Rosina, ambos textos se desarrollan en el ámbito público y ambos ficcionalizan la nota roja; incluso el narrador del cuento de Elías parece un *repórter* que elaborara su crónica de viajes para enviarla a su periódico.

Cabe mencionar que, en cuanto a la configuración del personaje suicida, la nota roja de Sofía Ahumada, la novela de Campo y el cuento de Elías comparten algunos elementos: la juventud, pues en la hoja volante se menciona que tiene veinte años de edad, en la novela de campo se omite su edad pero dice entregar sus primeros amores a Pepe María el “Revoltoso” y en el cuento de Elías tiene diecinueve años de edad. En ambas narraciones la suicida tiene madre, lo que en la obra de *Micrós* tiene un peso moral, que se vuelve un motivo para su suicidio. En el cuento, sabemos únicamente que la joven Rosina trabaja para mantener a su madre vendiendo flores:

—Es bastante, señor, pues así de poco en poco reúno lo suficiente para que mi madre no tenga privaciones.

—¡Ah!... ¡Cuán bien sois, y qué feliz, porque tenéis madre!...

¹⁶⁴ Se refiere al trabajo de grado de licenciatura de Ana María Romero Valle, *El Suicidio a finales del siglo XIX (1899). Visiones predominantes de la prensa*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001, 257 pp.

¹⁶⁵ Miguel Ángel Castro, “Visita centenaria a la prensa de la ciudad de México. *El de los claveles dobles* y Sofía Ahumada” en Ángel de Campo, *El de los claveles dobles* (edición de Miguel Ángel Castro), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, p.18.

—Yo perdí a la mía hace siete meses.¹⁶⁶

Ahora bien, tanto en el cuento como en la novela corta, el suicidio de la protagonista se narra casi al final del relato y se nos presentan los detalles al estilo de la nota roja; es decir, en los tres casos aparece la imagen grotesca del suicidio, cito un fragmento del cuento:

Un día, en la calurosa estación del verano, cuando Florencia se convierte en un horno insoportable, pasaba yo por una de las anchas aceras de la *Piazza Nazionale* que ofrecía sombra, cuando un zumbido extraño me hizo contener el paso en el instante mismo en que un cuerpo de mujer se estrellaba en las losas del embanquetado, tan cerca de donde yo me detuve que el aire que el cuerpo hizo al caer me azotó la cara.

¡Un paso más y aquella infeliz mujer me hubiera aplastado!

La poca gente que en aquel momento transitaba por la plaza, acudió con violencia y formó corro alrededor del cuerpo que se agitaba horriblemente, y me impidió ver el semblante de aquella mujer.

Sobrecogido de espanto me alejé de allí, limpiando con el pañuelo las manchas sanguinolentas de sesos que habían salpicado mi vestido.

—¡Por la Virgen Santísima, señor! me dijo una mujer del pueblo ¡si acaba de nacer ahora!...

—¡Ya lo creo!... Exclamé fingiendo serenidad.

Ese día lo pasé triste, muy triste y no pude probar bocado.¹⁶⁷

Además de esto, se señala que en la nota que leyó el protagonista al día siguiente del suceso los detalles proporcionados por la prensa en el periódico *La Vedetta*, y el narrador se afirma lo siguiente: “donde con sorpresa me encontré un párrafo de gacetilla que decía: “«SUICIDIO POR CELOS.—Ayer a la hora del medio de se arrojó una joven desde el cuarto piso de la casa número 120 situada en la Plaza Nacional, estrellándose completamente el cráneo en el empedrado de la calle»”¹⁶⁸ y se presenta la fórmula de la noticia para dar más detalles del caso, “según los informes que adquirió nuestro repórter, esta joven que era muy

¹⁶⁶ Aurelio Elías Gallegos, “La florera. Tipo florentino”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, p. 8.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 9.

¹⁶⁸ *Idem.*

hermosa...”,¹⁶⁹ asimismo, entre los detalles que se comunican está que el posible motivo del suicidio de Rosina fuese que vio pasar a su novio de la mano de otra mujer.

En la novela de Ángel de Campo la nota roja es, primero, difundida entre los demás personajes del relato para después darlo a conocer al lector a través de sus diálogos y en la descripción del cuerpo de la suicida, de manera mucho más detallada, aunque los tres textos retoman el motivo de la desfiguración corporal y su posterior reconocimiento. De Campo señala que solo una parte del cadáver fue sepultado, pues “Los americanos procedieron a sacar una instantánea y a repartirse los dientes regados por el suelo; dos repórters se apoderaron de lo menos maltratado del maxilar: total, que el cadáver que recogió la autoridad se redujo a un fémur y un montón de papilla humana...”.¹⁷⁰

En el cuento “La florera”, lo más grotesco es la parte de la masa encefálica con la que es salpicado el narrador: “Sobrecogido de espanto me alejé de allí, limpiando con el pañuelo las manchas sanguinolentas de sesos que habían salpicado mi vestido”.¹⁷¹ Cabe agregar, aunque no es la temática principal, que Elías Gallegos también se sirve de la descripción de tipos, en este caso de la florera, y que su narrador hace una especie de descripción costumbrista donde el centro de la interacción es la ciudad-campo y lo extranjero vs lo autóctono o nativo. Además de esto, el umbral para el héroe del relato se nos presenta hacia el final:

Por mucho tiempo estuve sumamente impresionado; pues ni un momento se apartaban de mi mente las convulsiones horribles en que se agitó aquel cuerpecito zalamero y gracioso que tanto me agradaba.

¹⁶⁹ *Idem.*

¹⁷⁰ Ángel de Campo, *El de los Claveles Dobles*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, p. 66.

¹⁷¹ Aurelio Elías Gallegos, “La florera. Tipo florentino”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, p. 9.

¡Pobre Rosina! ¡De qué manera te fue a encontrar mi afecto que hacía tanto tiempo te buscaba!... ¡Mas no te olvidaré, que aún guardo como tuyo el último ramillete de violetas que colocaste en el ojal de mi levita!¹⁷²

Aunque no es explícito, durante la mayor parte del relato, la tensión se desliza del asombro de la descripción del paisaje al tipo de florera y al tema amoroso. De allí que, al final del cuento, la pérdida de la mujer deseada sea uno de los motivos del cuento y con el cual cierra. En los tres textos se describe el motivo de la decepción amorosa y en el cuento de Elías el protagonista queda dolido por esto, pero sin llegar a la culpabilidad o a la responsabilidad que tiene Pepe María en la novela de Ángel del Campo. Es decir que la tensión del umbral la encontramos en el recuerdo de ese momento, al enterarse de la pérdida de la mujer deseada, “La florera”.

3.2 EL HUMOR EN DOS CUENTOS EN *EL RENACIMIENTO* (1904-1905)

Los comentarios que se realizarán a estos cuentos serán a partir de las elaboraciones teóricas sobre la risa de Luis Beltrán Almería en *Anatomía de la risa*,¹⁷³ donde se hace una exploración de la risa y de lo festivo que remite el humor: “La literatura de la risa da fe de esta evolución. Durante siglos, la risa ha permanecido recluida en géneros populares, al margen de la vida cultural. En el siglo XVI, esos géneros populares lograron auparse al dominio literario”.¹⁷⁴ Esto se debe a que desde sus orígenes la risa en su carácter grupal y colectivo, es decir popular, radicaba en lo festivo y tenía su vínculo con las celebraciones

¹⁷² *Ibid.*, p. 10.

¹⁷³ Luis Beltrán Almería, *Anatomía de la risa*, Universidad de Sonora, México, 2011. 87 pp.

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 19-20.

nocturnas alejadas de la seriedad del día y de sus rituales con la solemnidad y seriedad que conllevan:

La autonomía relativa de las formas de la risa radicaliza la dimensión simbólica de los fenómenos de la literatura festiva. La fiesta desarrolla figuras propias, originariamente universales, porque proceden de una simbología universal (como la que se expresa en el cuento y otros géneros tradicionales, esto es, los géneros de la oralidad.) pero posteriormente típicas de un entorno determinado y de sus circunstancias históricas. Al debilitar o perder su conexión con la esfera de la fiesta, la literatura de la risa se refugia en el simbolismo de ciertas formas que llamaremos también figuras: las figuras de la risa, las cuales tienen una profunda significación histórica y han ofrecido una intensa productividad literaria y artística. Su enumeración constituye una forma abreviada y discontinua de la historia de la risa. Las figuras de la risa son variaciones de la figura por excelencia, el tonto, que con sus derivados ha sido largamente preparada por la tradición.¹⁷⁵

Beltrán Almería señala la forma en que la literatura ha configurado figuras que representan la risa y lo festivo en ellas y que este tipo de literatura, al igual que el cuento, tiene sus orígenes en la oralidad. Una de las figuras más llamativas será la del tonto, figura que se divide en cinco modelos de risas que permiten diferenciar el “tipo” de tonto con el cual se está representando: la risa de niño, la de tonto, del cínico o *trickster*, la del ahorcado y la del loco; cada una de los cuales tiene una representación diferente según el género que toma de la risa, que puede variar entre la tragicomedia, la comedia o el idilio.

Al respecto, Munguía Zatarain, en *La risa en la literatura mexicana (apuntes de poética)*,¹⁷⁶ presenta otro acercamiento al humor y a la risa y su presencia en los textos literarios. Este análisis tiene ciertas similitudes a los acercamientos hechos por Luis Beltrán, sin embargo, a diferencia de este último, aquella al explorar el humor, la risa y las figuras que en ella encuentran, se basa en el tono y, siguiendo a Mijaíl Bajtín, refiere que las figuras

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 27.

¹⁷⁶ Martha Elena, Munguía Zatarain, *La risa en la literatura mexicana (apuntes de poética)*, Bonilla Artigas Editores, México, 2012, 194 pp.

del humor son tres: el pícaro, el bufón y el tonto.¹⁷⁷ A esto Munguía Zatarain agrega que esas figuras han surgido desde la oralidad en la literatura europea, pero que sus representaciones y ecos no son trasladados tal cual a literatura mexicana. También, refiere que hay cierta diferencia entre el humor y lo cómico, pues cada una de estas esferas tiene como centro de acción a un individuo o a una colectividad, respectivamente.¹⁷⁸

Teniendo en mente, principalmente, la propuesta de Beltrán Almería revisaré los cuentos “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales”, de Carlos Talancón, y “Recuerdo de St. Louis Missouri”, de Luis G. Ledesma. Respecto de la risa de niño, Beltrán Almería menciona que tiene el rasgo de pureza, es decir, que la mirada con que se ve y muestra el mundo tiene la marca de inocencia y el poder de la magia: “En el poder mágico que expresa la naturaleza dependiente del universo infantil se reúnen tanto las acciones del adulto —que son percibidas como mágicas por el niño— como la trascendencia de los valores, que imponen su prevalencia aun forzando las condiciones de la verosimilitud”.¹⁷⁹ También nos recuerda que este tipo de risa suele usarse principalmente en textos de carácter didáctico, que pretenden enseñar algo sobre determinado asunto.

El segundo tipo de risa que este autor describe es la del tonto, la que se subdivide en tonto infantil, tonto loco y un tonto cínico. La risa de tonto tiene ciertos rasgos que alejan a este tonto de las otras vertientes; por ejemplo, dice que “la risa del tonto está contenida en la del niño (la tontería), pero carece de la dimensión mágica, lo que le permite alcanzar cierta autonomía”.¹⁸⁰ Sin embargo, la risa del tonto tiene cierta complejidad que “se expresa no sólo en la trama de los relatos, sino [en] que además la figura del tonto es ambivalente, pues se

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 15.

¹⁷⁸ *Ibid.*, pp. 127-132.

¹⁷⁹ Luis Beltrán Almería, *Anatomía... op. cit.*, pp. 29-30.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 31.

trata de un tonto listo, cuyos valores le permiten ser ingenioso”.¹⁸¹ Este tipo de tonto va ligado a los valores de un mundo idílico que siempre tiene su cercanía al mundo rural.

La siguiente figura de la risa sería la del cínico o *trickster*. Este tipo de tonto es una “figura que rompe las leyes del mundo de diferentes maneras, ya sea para descubrir la verdad, ya sea para hacer el mal (o ambas cosas a la vez)”.¹⁸² Esta naturaleza de romper con el orden establecido del mundo se debe en parte a que se siente ajeno a él, exclusión o extraposición que se convierte en uno de sus rasgos principales; además puede adquirir cierta dimensión satírica al ser frecuente su uso para ejemplificar el cuestionamiento al orden social o las costumbres.¹⁸³

La risa del ahorcado se establece a partir de un ser abyecto que tiene su equivalencia en representaciones pictóricas como la figura que se encuentra en la carta del tarot que lleva el mismo nombre: “de su gesto tras la ejecución se ha dicho que simulaba una forma de risa macabra, una risa ante la muerte más cruel”.¹⁸⁴ Asimismo, “La figura del hombre abyecto mantiene un vínculo con la risa, y amalgama las figuras del loco, el tonto y el *trickster*. Esta amalgama se produce cuando se debilita el vínculo con la risa y cuanto mayor es ese debilitamiento aparece más fuerte la degradación de la figura”.¹⁸⁵ De estas manera encontramos que “tal combinación de locura y del cinismo explota la dimensión perversa de esta figura, pero también provoca una insultante clarividencia”.¹⁸⁶

Otra de las risas que nos ofrece el texto es la del loco que “permite la recuperación de la magia. Naturalmente esta recuperación no ofrece la magia en su versión primitiva, sino

¹⁸¹ *Idem*.

¹⁸² *Ibid.*, p. 35.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 39.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 41.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 42.

¹⁸⁶ *Ibid.*, pp. 42-43.

una nueva, que suele denominarse *lo maravilloso* entre los humanistas y *lo fantástico* entre los modernos.¹⁸⁷ Un claro ejemplos de estos es el *Quijote*. Además, Beltrán Almería hace una distinción entre el loco y el tonto. También el loco, como el *trickster*, tiene un carácter destructivo, pero logra trascenderlo gracias a la interpolación de los elementos mágicos, maravilloso o fantásticos dentro del relato y a la búsqueda de ciertos valores.¹⁸⁸

3.2.1 “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales”¹⁸⁹, de Carlos Talancón

En este cuento, se solicita al lector, primeramente, por parte del narrador y protagonista del relato que no vaya a juzgar su relato por lo “descosido” de la narración, ya que sólo se buscaba plasmar los hechos que vivió hace poco en su viaje a Rivadavia para visitar a su amigo Luis. Una vez instalado allí, describe que en este lugar “Las costumbres cambian poco, las modas mucho menos y el carácter y las ideas nada, conservándose de esta manera una fisonomía muy particular”.¹⁹⁰ Además de que sus habitantes son muy recelosos de todo lo que respecta a Rivadavia, ya que “Hablarles de tal o cual costumbre atrasadilla que aún priva en Rivadavia es conquistarse enemigos jurados; contrariarles cuando dicen que el pueblo ya se basta y sobra para Capital del Estado”.¹⁹¹ Por estas características del lugar y sus pobladores, afirmo que el tono humorístico es evidente desde el principio del relato.

El narrador describe cómo los invitados al baile se comportan y visten de manera ridícula y cómica y cómo se ve sorprendido por una mujer que le llama la atención, Lola, la

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 45.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 49.

¹⁸⁹ Carlos Talancón, “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales”, en *El Renacimiento*, Zacatecas número 4, 15 de mayo 1904, pp. 43-48 y número 5, 15 de julio de 1904 pp. 49-52.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 43.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 44.

hija del Alcalde de Rivadavia, en quien se personificaría, siguiendo a Beltrán Almería, la risa del tonto cínico: “Es Lola, La hija del alcalde, la guapa enlutada por quien me has preguntado. Se pasa la vida leyendo novelas y contando sus penas a la luna; porque necesitando llevar un amor en el alma ha pretendido habilitar de romántico, a un sujeto que es su novio desde hace tiempo y éste no la entiende”.¹⁹²

La risa del cínico se ve reflejada en la actitud de Lola ante el mundo en que vive, pues se siente excluida por su afán de encontrar un amor romántico como en las novelas que lee. Recuérdese que para Beltrán Almería “En todos esos casos el *trickster* se encarga de burlar las reglas de un mundo que siente ajeno. Y esa burla puede tener un sentido positivo o perverso, según los casos”.¹⁹³ Esta perversidad la encontramos en los fines con que es utilizado el narrador por Lola, que hace que su novio finja un duelo por celos y por el simple placer de vivir lo que pasa en las novelas, como se observa en un diálogo entre Lola y su amiga Rosa:

—No te lo niego, Rosa, ni te prometo corregirme. Quiero ver si la pasión de los celos despierta ese espíritu apático, necio, prosaico y lo transforma. Tú demasiado lo sabes; lo amo a pesar mío, contra mi voluntad; quiero verlo como mis ensueños me pintan al novio ideal, interesante, romántico y se me presenta como un bobo, sin procurar hacer la menor cosa por asemejarse a aquel. Esto trae a mi alma la triste desilusión que la agosta; pero por una inexplicable contrariedad no borra de ella el necio amor que le tengo ¿Por qué nunca se le ocurre nada romántico? ¡Ah ¡cuán lejos está de esos amantes que viven la eterna vida del ideal!

—Pero Lola, dice Mariposa compungida, esos amores solo en las novelas se ven y creo que en el matrimonio...

—¡Calla! No me hables de eso. ¡Es horrible pensar en el matrimonio! ¡Casarse como todo el mundo!

—Pues dile a tu novio eso y termina las relaciones. Creo que así harás una obra de caridad. Reflexiona que sus celos pueden llevarlo a una cosa grave con el periodista.¹⁹⁴

¹⁹² *Ibid.*, p. 46.

¹⁹³ Luis Beltrán Almería, *Anatomía... op. cit.*, p. 36.

¹⁹⁴ Carlos Talancón, “Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales” en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 5, 15 de julio de 1904, p. 51.

Otro personaje que ejemplifica algún tipo de risa en este cuento es Moralitos, un escritor muy tonto, ingenuamente tonto. Respecto de este tipo de tonto, Beltrán Almería señala algunos matices entre los que destacan el tonto ilustrado o sabio. Representa en sí mismo al bufón del pueblo por ser el único que se dedica a las letras: “Vea usted aquí no hay ambiente literario y por esto sufro. Estoy solo, aislado y me veo obligado a guardar mis impresiones con mis escritos, perdiendo mi juventud”.¹⁹⁵ A esto se agrega su ingenuidad que lo hace ver como un niño atrapado en el cuerpo de un adulto. Asimismo, el narrador queda sorprendido por la longitud de una novela que Moralitos se encuentra escribiendo:

—¿Trabaja usted en alguna obra actualmente?

Moralitos se atusa el bigote antes de contestar, da un sorbo a su copa y dice en voz baja y misteriosa, aproximando su silla:

—Sí, señor, trabajo en una novela que es mi mejor producción y con lo cual estoy encariñado. Pero de esto no diga usted aquí una palabra. Mis paisanos no la verán. Quiero irme a la Capital y publicarla allí. Usted me presentará con literatos y editores y si gusta puedo dársela para el folletín del periódico.

Moralitos prosigue:

—Mi obra es una novela en la cual quiero conciliar el interés de la novela a lo Pérez Escrich, con el realismo de la escuela moderna.

¡Ave María Purísima! Me digo haciéndome esfuerzos por no reír. Pero Moralitos no se apercibe y continúa.

Y como me ha simpatizado usted quiero tenga las primicias de mi obra y le voy a referir el argumento.

Ante aquella amenaza busco instintivamente la puerta; pero me faltan las fuerzas y por hablar algo pregunto:

—¿Y cómo se llama su novela?

—Los conspiradores negros de la selva maldita o bien sea el puñal del incendiario.

—Muy interesante título. Pero a él corresponderá una extensión...

—¡Ah! Sí, no tenga usted cuidado. Cinco tomos grandecitos, contesta sin saber que mi pregunta es hecha con el temor del que mira la profundidad del abismo al que va a saltar.

¡Dios Santo! Pienso con terror ¡Cinco tomos! Y corto bruscamente la conversación ofreciéndole que más tarde escucharé.¹⁹⁶

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹⁶ *Idem.*

Cabe mencionar que, para el final del relato, el narrador protagonista se retira de Rivadavia, dice él, no por el casi intento de homicidio a mano del novio de Lola, sino porque Moralitos estaba buscándolo para entregarle unos escritos; se podría decir que este es el momento de umbral para el héroe del relato:

El celoso deja caer la pistola y con pasos vacilantes de ebrio se pierde en la espesura.

Dos días después, me despido de Rivadavia apresurando mi viaje. Juro a ustedes que a esto no me obligó el temor de ser casado como liebre, sino el saber que Moralitos me buscaba con empeño llevando bajo el brazo unos manuscritos.

Perdón si en mí ha tenido representación la manía de aquel estimable sujeto.¹⁹⁷

3.3 “Recuerdo de St. Louis Missouri. Un verdadero faquir”,¹⁹⁸ de Luis G. Ledesma

“Recuerdo de St. Louis Missouri” es el único texto que Luis G. Ledesma publica y aparece en el número nueve de *El Renacimiento*. En este cuento, escrito en formato de carta que se dirige a Luis G. Córdoba,¹⁹⁹ aparecen personajes históricos como el general y ex gobernador de Zacatecas Jesús González Ortega, el entonces vicepresidente de la república Ramón Corral y el general Manuel Loera. Además, como nota al final del texto después de la firma, aparece el paratexto que dice lo siguiente:

NOTA: —por especial encargo del autor, agregamos lo siguiente:

- 1.- Que no ha estado nunca en San Luis Missouri.
- 2.- Que hace más de tres años, no ve al Señor General Loera.
- 3.- Que solo en su imaginación existieron Kaolongouth y Miss Corner.²⁰⁰

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 52.

¹⁹⁸ Luis G. Ledesma, “Recuerdo de St. Louis Missouri. Un verdadero Faquir”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 9, 30 de junio de 1905, pp. 97-103.

¹⁹⁹ Para ese entonces fungía como miembro activo de la Sociedad Geológica Mexicana, véase el boletín: <http://boletinsgm.igeolcu.unam.mx/bsgm/index.php?option=com_content&view=article&id=1811&catid=359>, [en línea, consulta: 10 diciembre 2023].

²⁰⁰ Luis G. Ledesma, *op. cit.*, p. 103.

Como se observa, en el cuento está presente la figura de Ledesma como narrador y protagonista del relato de viaje a los Estados Unidos, donde se encuentra con su amigo el general Manuel Loera, quien lo invita a la presentación de magia del prestigiado faquir²⁰¹ Kaolongouth. El narrador presenta dos personajes, que ejemplifican parte de las características de la risa del tonto, el general Manuel Loera y Fanny Corwell:

Loera [...] tiene, o me parece que tiene, dos metros de altura, uno de hombro a hombro y la circunferencia relativa: debe pesar dos o tres docenas de quintales, porque un periódico festivo lo caricaturó cierta vez que mandaba en Jefe una columna para solemnizar no sé qué suceso, y el caballo frisón que montaba el General, daba indicios de soportar algunas toneladas, porque iba hundiendo los cuatro pies en los adoquines de granito.

A mi diestro lado se hallaba el robusto Jefe, ocupando silla y media; [esta media silla era la mía] y a mi lado izquierdo estaba una Miss horriblemente flaca, disimulando las angulosas prominencias de sus codos, con las mangas abullonadas de su elegante blusa.²⁰²

Al respecto, cabe mencionar que “el siglo XX ha explotado la figura del tonto en el cine. El gordo y el flaco (Stan Laurel y Oliver Hardy) son un caso ejemplar de reparto de los papeles del tonto y del listo. La dualidad del tonto adopta un personaje doble que puede llegar a ser plural y completo (Harpo Marx y sus hermanos)”.²⁰³ Esta dualidad y pluralidad la encontramos en este cuento, y, como se puede suponer, Loera y Corwell cumplen, en cierto sentido, la misma función que el gordo y el flaco. Además, el mismo espacio se presenta como una obra teatral a la que estamos invitados como lectores. Esto es muy acorde con lo que Beltrán Almería señala como uno de los géneros en que encontramos mayor presencia y

²⁰¹ Tres acepciones tiene esta palabra en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, proveniente el árabe clásico *faqīr* que significa pobre, o místico mendigo. La primera de ellas se define como un santón musulmán; la segunda, como un asceta que practica duros ejercicios de mortificación y la tercera como un artista de circo que hace exhibición de determinado tipo de mortificaciones. Se le asignan como posibles sinónimo el de asceta y santón. Las dos últimas definiciones van muy acorde a lo que se desarrolla en la trama. Véase << <https://dle.rae.es/faqir?m=form&m=form&wq=faqir>>> , [en línea, consulta: 11 de diciembre 2023].

²⁰² Luis G. Ledesma, *op. cit.*, p. 100.

²⁰³ Luis Beltrán Almería, *Anatomía... op. cit.*, p. 33.

condensación del humor y la risa: “Llamaremos *comedia* a la estética que Shiller llama *sátira festiva*, siguen el uso común del término sin restringirlo al mundo teatral. La comedia se diferencia de la risa ingenua en que se sitúa en entornos bajos, ridículos. Sus personajes fundamentales son tontos y sus autores recurren a la exclusión de lo sublime”.²⁰⁴

Volviendo al cuento: en el acto de magia, el narrador se encuentra más preocupado por el destino que va a sufrir su sombrero (sobre el que se lanza un gato blanco de angora y lo hace trizas), el cual fue seleccionado al azar junto con otras prendas, pues son continuas las exclamaciones que hace sobre los objetos que ve destruir ante sus ojos:

—¡Hombre... mi sorbete!... exclamé; pero el General hundió su codo en el vacío para imponerme silencio y me dijo:

—No tengas cuidado; fíjate ahora lo que va a pasar.

Y lo que pasó fue que la feroz alimaña hizo trizas mi bonito sombrero, ¡mi sombrero alto.. alto.. casi de tres pisos, el segundo que me ponía desde los tiempos de González Ortega, cuando ya Manuel Loera usaba el suyo...!²⁰⁵

Entre los constantes asedios del codazo de Loera y la inevitable estocada recibida por su otro costado al lado de “miss Corner”, pues se encontraba en una silla entre ambos, el protagonista se convierte para el lector en un bufón, que evoca la risa del tonto. Asimismo, al final del espectáculo se revela que los objetos utilizados están, en realidad, intactos. Al día siguiente, interpela a su amigo Loera para averiguar donde puede conseguir otate, pues necesita hacerse un té. Es así como el personaje de Loera se mofa de él, porque no lo cree tan ingenuo para tener esas creencias sobre los beneficios de ese brebaje a lo que el narrador responde cerrando el ciclo de la comedia que representó sin querer:

—Pero en resumidas cuentas, dijo algo violento, ¿por qué pretendes tomar la bendita pócima?

²⁰⁴*Ibid.*, p. 64.

²⁰⁵ Luis G. Ledesma, *op. cit.*, p. 101.

—Casi por nada, por una mera delicadeza, porque tengo averiado el costillar, en ambos hemisferios: el del Norte, por tu apreciable codo, y el del Sur, por las apreciables bayonetas de Miss Corner.²⁰⁶

De este modo, el sujeto que recibió la mayoría de las mortificaciones que le corresponderían al faquir fue el mismo narrador protagonista del relato. Su ingenuidad y las acciones de otros personajes lo volvieron el centro accidental de esta breve comedia.

EL CUENTO EN *REVISTA LITERARIA* DE ZACATECAS (1910)

4.1 “Serenata”²⁰⁷, de Enrique Tenorio

El título de este cuento, “Serenata”, se nos presenta como una imagen muy reconocible culturalmente. Esta es llevada a cabo por un enamorado que toca, a los pies de una ventana o mirador, cierta canción que entona con algún instrumento para la amada que espera detrás del balcón, por lo general, para dar respuesta. Teniendo esto en cuenta, el narrador omnisciente nos presenta primero el escenario que como en toda serenata debe realizarse de noche, una tranquila y sumamente apacible: “Es de noche. El jardín duerme, todo duerme... Apenas si turban el silencio, el canto melancólico de una fuente y el rumor misterioso de las frondas”.²⁰⁸

Unas líneas más adelante, el narrador introduce a dos personajes del cuento: Fausto y Mefistófeles. Así nos damos cuenta de la relación de intertextualidad existente con el *Fausto* de Goethe y toda la tradición fáustica a manera de parodia. El autor toma en cuenta el

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 103.

²⁰⁷ Enrique Tenorio, “Serenata”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, pp. 6-8.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 6.

conocimiento que se tenía entonces de los personajes de Fausto y Mefistófeles. La apropiación funciona en este cuento para no profundizar en la configuración de ambos personajes, pues automáticamente remitirán a la tradición y a los distintos elementos que la conforman, a saber, uno de los más importantes: el pacto diabólico.

La figura del Doctor Fausto ha atravesado la historia moderna desde sus inicios hasta el día de hoy: desde principios del Renacimiento, pasando por la Ilustración, el Romanticismo, las vanguardias del siglo XX, las estéticas posmodernas y neobarrocas contemporáneas, y ha “transmigrado” de un género artístico a otro: de la leyenda oral al teatro, del poema a la novela, del ensayo a la pintura o la música, del tablado de títeres a la ópera y al cine. En cada uno de estos ámbitos de ficción, el famoso pacto con el Mal (Materializado en otra figura clave del mito: El diablo) cambia de significación, ya sea que se conciba a Fausto como representante de la cultura alemana en particular, de la cultura europea y occidental en general, o incluso del género humano.²⁰⁹

Carmen Leñero afirma que en la literatura es recurrente la presencia de estos dos personajes que aluden al tema del pacto diabólico; esto, pues en cuanto personajes literarios la dupla Fausto y Mefistófeles ha estado presente en varios textos convirtiéndose en una especie de mitema y tradición literaria. Al respecto, Alberto Ortiz menciona lo siguiente:

Reconocible ante su primera mención discursiva, el diablo como personaje literario presenta al lector común y al crítico un bagaje cultural amplísimo que va del cliché sencillo al mitema complejo. Para tal efecto resulta necesario que, efectivamente la denominación del personaje esté explícitamente sugerida en el texto y que el lector, —sea especializado o no— reconozca como propia la serie de supuestos culturales que se ponen en juego ante el inmediato nombramiento.²¹⁰

Acorde a este planteamiento, los personajes de Mefistófeles y Fausto poseen ciertos elementos que les dan forma o actitudes en una trama. Como señala la obra de Goethe, la presencia de la figura del mal busca tentar al individuo. Por ende, “uno de los primeros aspectos a considerar en cualquier intento por dilucidar el papel del personaje maligno en el

²⁰⁹ Carmen Leñero, *Las transmigraciones de Fausto*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014, p. 7.

²¹⁰ Alberto Ortiz, “Narrar al diablo. Apuntes teóricos para la identificación del personaje literario” en Mariela Insúa y Robin Ann Rice (editores.), *El diablo y sus secuaces en el siglo de oro. Algunas aproximaciones*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2014, p. 40.

texto literario es precisamente su denominación y la reactualización de los prejuicios ideológicos que alrededor del mito se ha construido por milenios en Occidente”.²¹¹

Ahora bien, en el panorama literario nacional, tenemos la presencia de otro Fausto en dos textos de Amado Nervo. José Ricardo Chaves, en “Fausto en tiempos de don Porfirio”,²¹² lo ubica en el cuento “La diablesa” de 1895²¹³ y en la novela corta “El diablo desinteresado” publicada en 1916: “Para Nervo, si hay un ente maléfico, más que el diablo, es la mujer. De aquí el título de su narración, «La diablesa», donde, además del tema fáustico, está el asunto de la mujer artificial, robótica, que vendría a sustituir a las insumisas mujeres naturales, infieles, volubles, en la misma línea del clásico francés de Villier de l’Isle Adam, *La Eva futura*”.²¹⁴ Según Chaves, “Los Mefistos de Nervo son diablos buenos, que no buscan seducir almas ni firmar pactos, sino que ofrecen sus servicios gratuitamente, cual si fuera más bien parte de los otros ángeles, los blancos. [...] sobre esto quedaría decir que con diablos así, para qué se necesitan ángeles. De esta manera la desdramatización del diablo en Nervo llega al punto cero”.²¹⁵ Respecto del nombre con el cual se refiere el mal, Alberto Ortiz señala que:

Así los vocablos «Diablo», «Satán», «Lucifer», «Demonio» etc., acarrear en sí mismos denotaciones y connotaciones prácticamente ineludibles que actualizan el marco ideológico de todo sujeto participante, o al menos reconocedor, de la tradición que acuñó el concepto, la idea y su dinámica realidad/mito para asentarla en el inconsciente colectivo a manera de un patrón continuo e identificable a primera mención léxica.²¹⁶

²¹¹ *Ibid.*, p. 43.

²¹² José Ricardo Chaves, “Fausto en tiempos de don Porfirio”, en *Literatura Mexicana*, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 2010, pp. 225-234.

²¹³ José Ricardo Chaves cita la compilación de obras completas a cargo de Francisco González Guerrero que se encargó de la prosa realizada en 1967. Menciona que el texto apareció en *El Mundo ilustrado* el 25 de agosto de 1895; sin embargo, en el cotejo con la Hemeroteca Nacional de México de Universidad Autónoma Nacional de México en su acervo digital no se encontró el texto en el número mencionado. En línea, <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a36e?anio=1895&mes=08&dia=25&tipo=publicacion>, [consulta domingo 22 de octubre 2023].

²¹⁴ *Ibid.*, p. 232.

²¹⁵ *Idem.*

²¹⁶ Alberto Ortiz, *op. cit.*, p. 40.

Y lo mismo sucede con Belcebú o Mefistófeles. Estos son indicios de que el autor ha dejado enmarcado al personaje, por lo que aunque el ente maléfico se disfrace, de lo que sea o de quien sea, su presencia en el texto literario siempre tiende a plantear la cuestión del bien y el mal, de reflejar fuera de los otros personajes la duda moral y plantear la tentación. Porque “uno de los vínculos de la figura del mal y el arte es utilizar a la literatura como fuente para explicar y ejemplificar los procesos sociales de representación del mal; es decir, el texto literario funciona como una guía de las preocupaciones sociales frente al concepto”.²¹⁷

Respecto de “Serenata”, es llamativo que Mefistófeles se presenta humanizado y que tenga que ocultarse a los ojos de Margarita para ver cómo se consuma la perdición de las dos almas: “*Mefistófeles se oculta tras el tronco de un alto cedro*”.²¹⁸ Esta declaratoria funciona como una especie de didascalía. Ante este tipo de personificación, Carmen Leñero dice lo siguiente:

El mito fáustico implica no sólo el rito de invocación al Diablo, sino su aparición objetiva —cumpliendo así la función primordial de lo teatral: «traer a la presencia» a los fantasmas y espectros, a los dioses invisibles o a los muertos, para que dialoguen con los vivos—. Mediante la ficción escénica, que encarna y actualiza «lo oculto», «lo ausente», dicho encuentro se hace posible, gracias en buena parte a los testigos oculares (los espectadores [*en este caso a los lectores*]) que asisten al acontecimiento y lo «miran» ocurrir, convirtiéndolo precisamente en una «escena». ²¹⁹

Como se ha referido, la intertextualidad y la parodia ayudan a dar un sentido más profundo a los personajes sin necesidad de ultimar detalles ni profundizar en acciones. De esta forma, sabemos, de antemano, que entre Fausto y Mefistófeles ha habido un pacto y que el ente maligno se llevará el alma de Fausto. Al igual que en el *Fausto* de Goethe, éste tuvo que haber sido tentado con alcanzar el amor de Margarita, personaje que también aparece en

²¹⁷ *Ibid.*, p. 37.

²¹⁸ Enrique Tenorio, “Serenata”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, p. 7. Cursivas en el original.

²¹⁹ Carmen Leñero, *op. cit.*, p. 11. Las cursivas entre los corchetes son mías.

el cuento de Enrique Tenorio. Menciono todo esto, porque en “Serenata” se omite el pasaje de la firma del pacto y, por tanto, los términos específicos.

El amor entre Margarita y Fausto llega a consumarse tanto en la obra de Goethe como en “Serenata”; en este cuento, cuando los protagonistas vuelven del jardín después del acto pasional hay una focalización del narrador que se centra en Margarita:

Al apuntar el alba, Fausto y Mefistófeles se alejan del jardín.

Margarita torna precipitadamente a su hogar, las mejillas encendidas y la cabellera desmelenada.

Una alondra gime entre el follaje un arrullo amoroso.²²⁰

El autor deja en claro la consumación carnal entre los dos con la imagen de la alondra. La escena final (distanciada del final de la obra de Goethe, donde ambos personajes son redimidos por el amor) muestra a una Margarita suplicante por la salvación no de su alma, pero sí de su honor: “Cae de rodillas y alzando los ojos llenos de lágrimas, tendiendo sus finas manos crispadas al Cristo ebúrneo enclavado en la cruz, le dice que le arranque la vida. ¿Para qué la quiere si ya todo ha de ser vergüenza y angustia y sombras?”²²¹

Para finalizar, me gustaría recordar que “Identificar al personaje ayuda a construirlo, tal continuidad funciona para el autor en el momento en que decide su inclusión en la trama y para el lector cuando comprende el peso del apelativo cuyo esquema actualiza por ilustración mínima y acaso empieza a enjuiciar”.²²² De esta manera al retomar el nombre y parte de la configuración que ya le otorga la tradición a los personajes de Fausto, Mefistófeles y Margarita en este cuento se pueden ubicar los límites de sus acciones, así como en qué momento añaden nuevos elementos a la tradición ya instaurada o se alejan de ella.

²²⁰ Enrique Tenorio, “Serenata”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, p. 8.

²²¹ *Idem.*

²²² *Ibid.*, p. 45.

A GUISA DE CONCLUSIÓN

Si se observan de manera general las temáticas de los cuentos, la mayoría gira en torno al tema amoroso; otros, que abordan el tema del suicidio, se construyen a partir de personajes muy parecidos al héroe melancólico (cercano al arte, como escritor, periodista o músico); asimismo, están los cuentos humorísticos como ejemplo de las exploraciones estéticas de los escritores, según pudo verse en los cuentos de Ledesma y Talancón. Además, como acompañantes del héroe melancólico, están los personajes femeninos como la mujer frágil que responden a una tradición de la mayoría de la narrativa del siglo XIX, aunque también están otros personajes femeninos que tienen esbozos de mujeres fatales, como la voluptuosidad de su figura.

Es de llamar la atención que la coordenadas espacio-temporales no estuvieron limitadas al espacio regional, pues algunos relatos se sitúan en un espacio indeterminado de la república como es “Asunto nacional” o el viaje trasatlántico de Veracruz a Santander en “De un álbum de viaje”, en el extranjero como “Byron en Venecia” y “La florera. Tipo florentino”, que encuentran su escenario en Italia, o Suramérica como “Un baile de fantasía”, situado en Argentina como espacio ficticio. En muchos casos las representaciones de los acontecimientos están ligadas a las tradiciones realista, romántica, naturalista y costumbrista.

El héroe en el conjunto de cuentos de las tres revistas se enfrenta al umbral de diversas maneras, de tendencia ecléctica, que integra elementos del cuento realista y del decadentista; por ejemplo, el héroe en “Cenizas”, si bien es alguien con rasgos ideológicos muy bien definidos como construcción realista que es, hacia el final se revela como un narrador hipersensible y hastiado del mundo en el que vive. Esto no es un caso aislado, pues, como se

pudo ver, se presentan otros personajes masculinos con características similares: hipersensibles y con oficios de intelectual o escritor. Los veintinueve cuentos que a continuación se transcriben dan un panorama mucho más versátil del género en Zacatecas y la relación prensa y literatura; además, muestran la heterogeneidad de los estilos y elementos que cada uno de los escritores utilizó. Es decir, se logra percibir que la representación de la mujer, de la crítica social o de la parodia fue diversa. La forma de temas y motivos llevó a la exploración de los estilos. En resumen, los cuentos de estas tres revistas son solo una parte de lo que fue la circulación y edición del cuento en la prensa periódica de Zacatecas durante 1899-1910. Existen otras publicaciones periódicas donde aparecieron cuentos y que aún falta por revisar. Lo que aquí se empieza está muy lejos de acabar.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- AA. VV., *Por las anchas venas de la noche*, Escritores y artistas unidos e independientes de Zacatecas, México, 1995, 344 pp.
- Bajtín, Mijaíl, *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1997, 249 pp.
- Beltrán Almería, Luis, “El cuento como género literario”, en Peter Fröhlicher y Georges Güntert (editores.), *Teoría e interpretación del cuento*, Peter Lang, Bern, 1995, pp. 17-32.
- Beltrán Almería, Luis, *Anatomía de la risa*, Universidad de Sonora, México, 2011. 87 pp.
- Beltrán Almería, Luis, *Estética de la risa. Genealogía del humorismo literario*, Ficticia, México, 2016. 85 pp.
- Betancourt, Ignacio, “El modernismo desconocido: José María Facha, erotismo y revolución” en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (editoras), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, volumen III, Universidad Nacional, Autónoma de México, México, 2005, pp. 579-593.
- Cajero Vázquez, Antonio (editor), *Márgenes del canon: la antología literaria en México e Hispanoamérica*, El Colegio de San Luis, 2016, 282 pp.
- Campo, Ángel de, *El de los claveles dobles* (edición de Miguel Ángel Castro), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, 231 pp.

- Campos, Marco Antonio y Luz América Viveros (editores.), *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2022, 369 pp.
- Carrillo Trujillo, Veremundo, *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, CONACULTA, México, 1996, 259 pp.
- Castro, Miguel Ángel, “Visita centenaria a la prensa de la ciudad de México. El de los claves dobles y Sofía Ahumada” en Ángel de Campo, *El de los claveles dobles* (edición de Miguel Ángel Castro), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, pp. 9-40.
- Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, 364 pp.
- Clark de Lara, Belem, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009, 116 pp.
- Chaves, José Ricardo, “Fausto en tiempos de don Porfirio”, en *Literatura Mexicana*, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 2010, pp. 225-234.
- Díaz Ruiz, Ignacio (antólogo), *El cuento mexicano en el modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2016, 290 pp.
- Enciso Contreras, José, *Diccionario biográfico universitario de Zacatecas (siglos XVIII-XXI)*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2010, 381 pp.
- Flores Zavala, Marco Antonio, *Catálogo de la hemerografía de Zacatecas*, Universidad de Guadalajara, México, 2004, 98 pp.

- García González, Francisco y René Amaro Peñaflores (coordinadores.), *Procesos, prácticas e instituciones educativas en Zacatecas (siglo XIX)*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2004, 194 pp.
- González Quiñones, Armando (compilador), *Miscelánea bibliográfica zacatecana siglos XVI-XX*, Ayuntamiento de Zacatecas, 2010, 182 pp.
- Hurtado Hernández, Édgar (coordinador.), *La ciudad ilustrada: Sanidad, vigilancia y población, siglos XVIII y XIX*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2011, 237 pp.
- Hutcheon, Linda, “Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía”, en AA. VV., *De la ironía a lo grotesco (en algunos textos literarios hispanoamericanos)*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1992, pp. 173-193.
- Ibarra Ortiz, Hugo, *El Hospicio de Niños de Guadalupe: educación, artes y oficios (1878-1928)*, Universidad Pedagógica Nacional, México, 2009, 177 pp.
- Juan José Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz (Antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, pp. 107-110.
- Leal, Luis, *Breve historia del cuento mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, tercera edición, 2010, 327 pp.
- Leñero, Carmen, *Las transmigraciones de Fausto*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014, 202 pp.

- Medina Lozano, Lidia, *El tránsito urbano hacia la modernidad. Proceso de transformación en Zacatecas (1887-1910)*, Texere Editores, Zacatecas, 2012, 222 pp.
- Munguía Zatarain, Martha Elena, *Elementos de poética histórica. El cuento hispanoamericano*, El Colegio de México, México, 2002, 187 pp.
- Munguía Zatarain, Martha Elena, *La risa en la literatura mexicana (apuntes de poética)*, Bonilla Artigas Editores, México, 2012, 194 pp.
- Muñoz Fernández, Ángel, “Bernardo Couto Castillo”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (editoras), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, volumen III, Universidad Nacional, Autónoma de México, México, 2005, pp. 595-609.
- Ortiz, Alberto y María Isabel Terán Elizondo, “Narrar al diablo. Apuntes teóricos para la identificación del personaje literario” en Mariela Insúa y Robin Ann Rice (editores.), *El diablo y sus secuaces en el siglo de oro. Algunas aproximaciones*, , Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2014, pp. 33-48.
- Pérez Maldonado, Anselmo, *Impresiones. Poesías*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2004, 310 pp.
- Piña Marquina, Juan Ignacio, “Un ensayo de presentación” en Anselmo Pérez Maldonado, *Impresiones. Poesías*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2004, pp. XIII-LXXI.
- Ramos, Raymundo (antologador), *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, Lumen, México, 2003, 301 pp.

- Reyes Herrera, Berenice, *De la tradición a la liberación. Poesía zacatecana 1880-1926*, El Colegio de Michoacán, México, 2014, 354 pp.
- Reyes Herrera, Berenice, *Las letras de la Revolución: La primera Revista Zacatecana de Literatura*, Fundación Roberto Ramos Dávila, Zacatecas, 2012, 117 pp.
- Rodríguez González, Yliana, *El lugar común en la novela realista mexicana hacia el final del siglo XIX. Perfil y función*, El Colegio de San Luis, México, 2015, 269 pp.
- Rodríguez Martínez, Francisco J., *Viñetas de Zacatecas*, Gobierno del Estado de Zacatecas, México, 1987, 253 pp.
- Salado Álvarez, Victoriano, “Los modernistas mexicanos. Oro y negro”, en Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz (antólogas), *La construcción del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011, pp. 203-212.
- Salazar, Severino, *Zacatecas cielo cruel tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)*, CONACULTA, México, 1994, 406 pp.
- Sesto, Julio, *La Bohemia de la muerte (1958)*, edición, estudio introductorio y notas de Salvador García Rodríguez, Juan Pascual Gay y Luis Felipe Pérez Sánchez, El Colegio de San Luis, México, 2014, 330 pp.
- Zavala Díaz, Ana Laura, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente (1893-1903)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2012, 194 pp.

Zavala, Lauro, “*Un modelo para el estudio del cuento*” en Casa del tiempo, Universidad Autónoma de Metropolitana, volumen VII, época III, número 90-91, julio-agosto 2006, pp. 26-31.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

¡Sensacional y terrible noticia! Una señorita que se arroja desde la torre de Catedral, hoja suelta, Imprenta de Antonio Venegas Arroyo, México, 1899, en línea: <<https://munae.inba.gob.mx/acervo/20336-2/>> [consulta: 1 diciembre 2023]

Andrews, Catherine, *El constitucionalismo regional y la Constitución de 1917*, en línea: <https://books.google.com.mx/books?id=j1K_DwAAQBAJ&lpg=PT594&dq=Ernesto%20Barrios%20Collantes&pg=PT593#v=onepage&q=Ernesto%20Barrios%20Collantes&f=false>.

Ardilla A., Héctor M., e Inés Vizcaíno, “Enrique Álvarez Henao (1871-1914)”, en Héctor M. Ardilla A e Inés Vizcaíno, *Hombres y mujeres en las letras de Colombia*, Ed. Cooperativa Editorial Magisterio, Colombia, 2008, p. 210. Y en línea: <https://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtual/Publicaciones/gaceta/2000_n38/art07.htm>.

Córdoba Restrepo, Juan Felipe, “Ismael Enrique Arciniegas”, en línea:
<<https://web.archive.org/web/20070303094554/http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografia/s/arciisma.htm>>.

García Orellana, Antonio Daniel “Imaginario de la bohemia en «La Bohème» de Puccini”, en. *1616: Anuario De Literatura Comparada*, Vol. 5, pp. 281-294, en línea:
<https://revistas.usal.es/index.php/1616_Anuario_Literatura_Comp/article/view/14050>.

Santos Alonso, José, “Club Democrático Potosino”, *La saga de los Santos 1750-2000*, Ed. Pentian, España, 2019, en línea:
<<https://books.google.com.mx/books?id=VhaVDwAAQBAJ&lpg=PT66&dq=Ernesto%20Barrios%20Collantes&pg=PT61#v=twopage&q&f=false>> [Consulta: 30 de noviembre 2023].

Sin autor, “José Santos Chocano”, en línea:
<https://cvc.cervantes.es/artes/ciudades_patrimonio/antigua/personalidades/chocano.htm>.

Sin autor, Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana, en línea:
<http://boletinsgm.igeolcu.unam.mx/bsgm/index.php?option=com_content&view=article&id=1811&catid=359>, [en línea, consulta: 10 diciembre 2023].

ANEXOS

TRANSCRIPCIÓN DE LOS CUENTOS DE *REVISTA ZACATECANA* (1899-1900), *EL RENACIMIENTO*
(1904-1905) Y *REVISTA LITERARIA DE ZACATECAS* (1910)

CRITERIOS EDITORIALES

En el presente anexo se transcriben 29 cuentos en el cual se actualizó la ortografía y se modernizó la puntuación, tratanto siempre de respetar al máximo la intención autorial. De la misma manera, se regularizó el uso de signos de interrogación y exclamación. Así mismo, el uso de puntos seguidos se homogenizó, pues se presentaban demasiados de manera desigual en cada cuento. Además de esto se ha señalado, cuando el cuento lo amerita, donde se interrumpe el relato por la revista hasta su próxima entrega.

Cenizas²²³

Cuando el tren se puso en movimiento, y por la ventanilla del coche, vi allá, en el fondo de la barranca, las luces de la ciudad que como enjambre de estrellas se fueron poco a poco ocultando tras los recodos del camino, lancé un suspiro de satisfacción y sentí como si un peso enorme se me hubiera quitado del pecho. Me acomodé lo mejor que pude en el aterciopelado asiento, saqué un puro y lo encendí entreteniéndome inocentemente en seguir las espirales del humo. Unas, en caprichoso giro, subían hasta el artesonado del vagón y se escapaban por las ventilas entreabiertas, y otras se mecían un momento en el aire y desaparecían sin dejar huella, como mis pensamientos que brotaban, se erguían, se atropellaban locamente y acababan por perderse en la nada del hastío.

Huía de la ciudad cansado de la lucha diaria, de esa lucha encarnizada, que desde el despertar comenzamos nosotros contra todos y todos contra nosotros y que, aun en las noches, me desvelaba con sus preocupaciones y sus recuerdos, huía del ruido, del ruido ensordecedor de todos los días, de la atmósfera viciada, del vértigo de las pasiones; huía de mí mismo, que me encontraba aislado entre la multitud y que me tenía miedo por mi propio desencanto, por ese hastío inevitable cuando, por conocer demasiado la vida, ya nada nuevo encontramos en ella: en la ambición solo desengaño y en el placer solo vulgaridades.

En el campo encontraría la tranquilidad que tanto necesitaba mi espíritu, hallaría una atmósfera más pura donde pudiera latir libremente mi corazón, hallaría costumbres casi idílicas y lo que es más aún, afectos verdaderamente sinceros.

²²³ Flores Maciel Ignacio, "Cenizas", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 3-6.

En la pequeña estación un coche me aguardaba, el mejor de la casa, que había mandado mi tía. Los cocheros inmediatamente me reconocieron, como que iban por mí exclusivamente y yo fui el único viajero que bajé en aquella desierta estación perdida en las gargantas de la serranía. En menos de media hora llegamos a la hacienda y el coche hizo alto frete al portal de la casa que habían habitado mis antepasados. Allí me esperaban: mi tía, simpática viejecita que, aunque encorbaba por el peso de la edad, aún no lucía en su cabellera ni una sola cana y en cuyas mejillas marchitadas por los años se veía todavía algo de los colores de la juventud; mi tío, respetable señor de esos que a los sesenta años manifiestan más vigor que nosotros degenerados a los veinte; y mi prima, guapa, morena, alta y esbelta, que en vano procuraba ocultar la hermosura de su rostro entre los humildes pliegues de su chal transparente. ¡Qué gusto cuando me vieron! Mi tía se me colgó del cuello y llorando como una chiquilla, no sabía más que decir: “¡Qué grande estás, qué grande, si ya eres un hombre!” ¡Ah! Pobrecita, cuánto la engañaba su ternura, se alegraba de verme convertido en hombre y ese era precisamente mi martirio. ¡Qué diría si supiera que gustoso hubiera yo trocado la mitad de mi vida por una hora de inocencia!

La casa me produjo desde luego un bienestar inexplicable; el corredor tan amplio, tan limpio que, como dijera mi abuela, parecía una tacita de plata; los arcos casi cubiertos por una cortina de verdura por entre la cual se filtraban los rayos de la luna, haciendo resaltar el rojo de una camelia, o la blancura inmaculada de una yedra y yendo a dibujar sobre el pavimento arabescos caprichosos; todo era poético, todo era casi imponente a mis ojos.

—“Tú debes traer hambre, había dicho mi tía, vente, ya todo está preparado para recibirte.” Y me condujo hasta el comedor, en donde se notaba desde luego que esperaban un huésped preferido; el mantel estaba acabado de poner, lo que se notaba fácilmente en los dobleces muy marcados todavía, habían salido a lucir las cucharas de plata y, de trecho en

trecho colocados, jarrones de cristal, que ostentaban frescos ramilletes de chícharos, amapolas y rosas.

Mi tía sostuvo la conversación toda la velada: —“¿Y tu madre? ¿Y tus hermanos? ¿Dame razón de ellos? ¡Qué ganas tengo de verlos! ¡Si vieras cuanto quiero a tu madre! Tú, ya sé que eres periodista, y haces muy mal pues mientras tu combates al gobierno y escribes esas cosas, tú mamá es la que sufre y no deberías hacerla sufrir porque ella es una santa!”

Mi tío, cuyo rostro estaba quemado por la pólvora de la época de invasión y tostado por el sol de innumerables campañas, la interrumpía: “Nada, déjalo que siga, es necesario, es preciso que se haga hombre y el que se humilla no lo es.” Solo mi prima no levantaba los ojos, estaba cortada, yo lo comprendía, así como veía que era muy hermosa. La había visto la última vez, hacía algunos años, todavía muy niña y la encontraba convertida en una mujer. —“Pero muchacha, hazle cariño a Claudio, ¿qué no sabes que lo quiero? ¿qué es hijo de mi sobrina y que a ella la quiero como si fuera mi hija, como a las niñas de mis ojos?” —“Sí ¡abuelita!” —contestaba mi prima.

Y después, cuando concluimos de cenar, me llevaron a una pieza. Aquella noche dormí como un bendito.

Todos los días me procuraba nuevas distracciones el cariño de aquellas buenas gentes; no me dejaban a solas un momento y yo sentí que me regeneraba, casi, casi me reconciliaba con la vida.

Un día a la hora de comer, nos dijo mi tía: “Ahora se casa Juana, una criada que vi nacer y que siempre ha estado a mi lado, la boda es en un Río florido, un ranchito oculto en una barranca cerca de aquí. ¿Quieres ir? No te disgustará; tú que eres poeta, estoy seguro que le hallarás muchos encantos y, mira, ¡Pobres gentes! Les ofrecí ir y es muy feo desairarlas.

¿Te gusta andar a caballo? Anda, te acompañara Elena, ustedes son muchachos y pueden hacerlo; nosotros, Braulio y yo, iremos en coche.

Así se realizó la expedición, Elena poco a poco me tenía más confianza y yo había notado que con frecuencia alzaba sus negros ojos para fijarlos en mí y luego ruborizada los volvía a bajar.

Montamos a caballo y salimos de la casa delante del coche en que iban mis tíos. Elena estaba casi parlanchina; muy alegre y satisfecha con ser mi guía.

—¿No le gusta galopar? me dijo, y casi al mismo tiempo puso al galope su cabalgadura y yo la seguí inconscientemente.

La tarde estaba hermosísima: era septiembre, el sol se ocultaba tras de las nubes, y la pradera cubierta de césped y de flores, ostentaba millares de gotitas que había dejado la reciente lluvia y que al paso de nuestras montura se desprendían de las hojas produciendo una lluvia de brillantes.

Allá, a lo lejos, se veía la silueta azul de las montañas, tras de las que yo presentía se ocultaba mi ciudad tan querida, como ingrata había sido conmigo.

El paisaje, el silencio, la presencia de aquella mujer, todo candor y casi a solas conmigo me produjeron extraña melancolía, que al fin pudo brotar en un suspiro.

—“¿Por qué suspira usted? ¿Se acuerda de su novia?”

—“No, no la tengo, ¿Quién podrá quererme? Precisamente por eso suspiro, porque nadie me quiere ¿Y tú también me haces la ofensa de hablarme de usted? ¿No eres mi prima, no eres casi mi hermana?”

—“Ya no lo vuelvo a hacer; pero no estés triste ¿Ves como te hablo de tú?”

Aquella ingenuidad me conmovió y empecé a hablar , a hablar de mi tristeza, de mis desencantos, de mi escepticismo; de todo, de todo lo que me oprimía el corazón. Cuando

acabé de hablar, ella fijó en mí sus ojos y: ¿Por qué eres así? me dijo. ¿Por qué dices que nadie te quiere? ¿Y si alguien te quisiera te harías bueno? Me da miedo lo que dices.

Nuestros caballos, olvidados enteramente, iban al paso, y así llegamos hasta el borde de la barranca donde esperamos a los tíos. Allá abajo, las casas del pueblito se escondían como aldeanas timoratas entre la verdura de los olmos; y en el fondo de la barranca el río serpenteaba como un collar de plata entre los pliegues de un velo de esmeralda.

Nos fuimos a sentar a la sombra de un árbol, lejos de la fuente y escuchábamos los preludios de un vals. Yo estaba nervioso, casi tenía fiebre y no podía contener mi emoción.

—“Te asombras de que te diga que nadie me quiere y es demasiado cierto por desgracia, por eso soy malo, por eso; porque me siento abandonado. Tú, tú misma, que eres tan buena, no te atreverías a quererme porque te espanta lo negro de mi corazón.”

—“Y si alguien te quisiera ¿no serías así?”

—“No, te lo juro!”

—“Si yo te dijera que te quería, serías bueno?”

—“Sí, sí, lo sería. ¡Dímelo, por piedad, dímelo! A pesar de aquella declaración tan ingenua, aun no estaba conforme, quería penetrar hasta el fondo de aquel corazón: ¡Dímelo! Ella miró a todos lados y luego inclinándose ruborosa me dijo al oído quedito, muy quedito: ¡Te quiero!...”

Por la noche cuando volvimos a casa encontré una carta de mis compañeros de lucha, en la que me contaban los últimos sucesos. Ya la brega tomaba caracteres alarmantes y la persecución se había declarado abiertamente contra ellos. Era preciso acudir a ayudarlos, el deber lo exigía y no había que vacilar un momento, pues pasaría por cobarde a mis propios ojos abandonándolos en el instante del peligro. Así se los participé a mis huéspedes aquella

noche y no es para describir la aflicción de mi tía. Me dio consejos, lloró, y casi se disgustó conmigo.

Cuando la fui a acompañar hasta su recámara me entregó mis maletas y me dijo: “Ahí dentro va un regalito para tu madre, el mejor queso de la despensa, las manzanas más grandes del huerto y las flores más hermosas del jardín. Dile que la quiero mucho, mucho; que tú te vas por ingrato; que te he visto como a un hijo; que a todos ustedes ¡los quiero como si fueran pedacitos de mi corazón!...”

En el corredor me encontré con Elena. ¿Te vas? me dijo: ¿Ya lo ves? ¿Para qué me hiciste quererte si me habías de abandonar? ¡Dime que vuelves, júrame que vuelves! Luego se desabotonó el corpiño con infantil inocencia y quitándose del pecho una medalla me la colocó en el cuello: “Esa virgencita siempre la he llevado conmigo, ella continuará mi obra y te llevará por buen camino...” No pudo concluir, se echó a llorar y abandonando sobre mi hombro la cabeza sentí que me mojaba con sus lágrimas y cuando alzó el rostro para mirarme; yo loco, ciego, no me pude contener e imprimí en sus labios un beso... el primero de mi vida y el único que no olvidaré jamás.

Ya esos seres queridos se marcharon y ahora, tirado perezosamente en el sofá de mi aposento, reconstruyo las escenas de la noche de mi viaje. Como ese humo que se pierde en el espacio, fueron mis ilusiones y se perdieron en el inmenso vacío de mi corazón. Las esperanzas, los propósitos de regeneración concebidos en aquellas horas, oasis de mi vida, han caído al suelo como las cenizas de mi puro. ¡Por fortuna solo durarán entre el lodo lo que tarda el viento en arrasarlas!

Mayo de 1899.

De un álbum de viaje²²⁴

25 de marzo

Entre otros pasajeros, me ha llamado la atención un matrimonio que se embarcó en Veracruz y va a Santander. Él es una especie de ballenato de muchas libras, pesado de andar, con una fisonomía vulgar y rufianesca y, en fin, uno de esos hombres que al verlos nos producen la impresión de un jarro de agua fría que nos bañará intempestivamente. Ella, es una mujercita muy linda, apenas contará 18 años. Es esbelta, pálida, de facciones correctísimas, pero sobre todo tiene unos ojos negros como el fon del mar y de mirada tan tierna y expresiva que me da un vuelco el corazón cuando se encuentran nuestros ojos. Sin embargo, no tiene esa coquetería estudiada de las mujeres bonitas, que toma diferentes formas, desde la sonrisa artificial de la reina del *cotillon*, hasta el movimiento que hace la novicia para arreglarse la toca. Siempre está triste y abstraída. Se diría que devora en silencio un dolor oculto, traicionado por esa sombra de tristeza que da a su faz una expresión particular y que le sienta bien.

La primera vez que la vi, fue la tarde que zarpábamos de Veracruz. Estaba sobre cubierta, contemplando aquella tierra querida que se alejaba y a la que enviaba el adiós tierno del que se despide para siempre. Quedéme pasmado al verla, y tan sorprendido de su hermosura, que me detuve a contemplarla largo rato.

²²⁴ J. C. T. “De un álbum de viaje”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 junio de 1899, pp. 9-13.

Discurría sobre la manera de entablar conversación con ella o cuando menos de averiguar quién era, cuando llegó contoneándose, el que después supe era su marido, y con una voz brusca le dijo:

—¡Vamos, Carmela! ¿Qué haces allí parada como una tonta? Éstrate a tu camarote.

Algún marinero que sin duda estaba también prendado de Carmela, murmuró:

¡Mala marsopa está el viejo!

Pero, seguramente, no reparó en aquella mirada de Carmela, que sorprendí yo, una mirada llena de una expresión particular en que se mezclaban el odio, el despecho y la desesperación; una de esas miradas, rápidas como el relámpago, que en un momento permiten ver el fondo de un alma en sus afecciones más secretas.

Antójeseme desde entonces que aquella mujer pasaba por uno de esos dramas mudos del corazón, que lo destrozan en silencio y que ocurren sin que nadie se aperciba ni compadezca, ocultos por las conveniencias sociales. Después me he afirmado en esta opinión, y con mi afición a averiguar novelas y a meterme en lo que no me importa, ando a caza de indicios que me enteren de ese supuesto enredo novelesco. Y de él no tengo averiguado más que la heroína se llama Carmela; que es la mujer más mona e interesante que he visto, que guarda un doloroso secreto; en fin, que el señor su marido es un mamarracho a quien ella odia y desprecia.

¿Por qué se casó entonces? me pregunto a veces. Y aquí la curiosidad me aguijonea fuertemente, y un sentimiento de egoísmo artístico, en ciertos momentos, Dios me perdone, me hace desear un drama que se desarrolle y yo lo vea, siquiera para compadecerme después.

¡Qué necio soy! ¿No será posible que me esté figurando historias donde no las hay y me esté tornando Quijote por una mujer vulgar y caprichosa?

Mientras escribo estas notas, contemplo, también el hermosísimo efecto de luz con que el sol en el ocaso colora el agua del mar con un tinte indescriptible. La tarde, refrescada por una brisa impregnada de sal, está magnífica. Esa inmensidad que me rodea me produce una sensación extraña. Al levantarme, suspiro y digo:

¡Pobre Carmela!

27 de marzo

La tragedia se ha desarrollado.

Por la noche me encontraba yo sentado sobre un rollo de cable tomando fresco y entregado a esa infinidad de pensamientos que despierta en nosotros una hermosa noche el cielo extranjero.

La atmosfera limpia y tranquila dejaba ver las constelaciones que brillaban en todo su esplendor... Percibíase ese bienestar voluptuoso de los sentidos que deja el alma flotar en una melancolía deliciosa y tierna que nos arroba y nos hace bien. ¡Oh la patria ausente! ¡Con que insistencia se piensa en ella! ¡Cuánto daríamos por estar solo un instante en ella, con nuestros seres amados; por estar un momento en íntima reunión con los amigos en un café, charlando de simplezas!

Llegaban hasta mí las notas del piano del salón, que un pasajero tocaba. Era una sonata de Mendelson, una de esas canciones que llevan al alma la tristeza y que me puso más melancólico.

Cuando me disponía a marcharme, oí un ruido de pasos y vi una figura de mujer, que pasó cerca de mí sin verme. Buscó un sitio donde ocultarse y volvió otra vez a reinar el silencio no interrumpido mas que por el ruido de las máquinas.

Quedéme perplejo con aquello, y la curiosidad me hizo agazaparme tras del rollo de cable esperando algo extraño. ¿Será Carmela? fue lo primero que pregunté, y esperé.

Después de algún rato bastante largo, vi que dos hombres se acerban hablando *sotto voce* y que se detuvieron a unos cuantos pasos de mí.

· —Aquí estaremos bien, dijo uno de ellos.

· —¡Cáspita! pensé yo ¡si es el marido de Carmela! El otro era un español que se había embarcado en la Habana, y que se había reconocido momentos antes con el primero, a la hora de la cena.

Agucé el oído y escuché, porque presentía algo:

—Tengo que decirte algo grave, Manuel. ¿Con que te has casado y vas a Santander?

—Ya lo ves, muchacho. Me casé en Orizaba con Carmela X, un magnífico negocio. Única heredera de medio millonaje. A los meses murió el padre, recojo lo que me corresponde y me marché a España.

—Ya sé eso y por lo mismo te pregunto ahora por Matilde, tu esposa.

—Matilde ya murió.

—Estás engañado, porque vive buena y sana, en Santander.

—¡Canario! gritó don Manuel pero eso no es posible. De allá me escribieron desde hace un año que había muerto.

—Pues te repito que estás en un error y que Matilde y tu hijo viven en Santander, tan bien de salud como tú y yo, pues así los dejé hace dos meses.

Don Manuel daba vueltas agitadísimo, y yo, escondido en mi ratonera, veía el drama que tocaba a su desenlace. Probablemente Carmela algo había sospechado por el encuentro de los dos amigos, había oído la cita y se había ocultado para oír su conversación. ¡Pobre

Carmela! ¡Cómo estarían destrozando su corazón aquellas palabras! Allá, a solas, lloraría sin consuelo y, abandonada, no encontraría quizá a nadie que la compadeciera.

—El compañero de don Manuel siguió hablando; pero éste no escuchaba ya.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¿Qué voy a hacer? No sé, no encuentro, no pienso nada: Matilde... mi hijo... vamos, tú que puedes pensar, aconséjame. Dime, demonio, ¿qué hago?

—Me pides consejo, pues... no sé qué decirte.

—Sí, te pido consejo... ¿Qué hago?

—Pues yo, en tu lugar, llamaría a mí toda mi ración de diplomacia, y de la manera más conveniente, hablaría a Carmela haciéndola ver que un lamentable error había dado lugar a aquel matrimonio. Que en consecuencia era nulo, y que en el primer vapor para América...

—La despacharía con mi bendición y su millón ¿no es esto?

—Por su puesto.

—¿Y tú crees, animal que he ido a la América a pasar diez años de miserias, a trabajar como un negro, a sufrir humillaciones, para volver a mi patria con los harapos con que salí de ella y presentarme a Matilde y a mi hijo más miserable que nunca? ¿Crees que después de las bajezas por las que he tenido que pasar, para alcanzar una dote, que después de haber tenido que sufrir con esta babosa de Carmela que me fastidia con sus suspiros y sus lágrimas; que después de realizados mis sueños de riqueza vaya a renunciar a ellos como un necio? No, nunca ¡eso nunca!

—Pero entonces no sé qué salida...

—No sé, no sé, pero antes que dejar ese dinero, recurriré a todo, al crimen... arrojaré a Carmela al mar.

—¡Infame! aulló el otro.

—Me pareció oír un grito sofocado en el lugar donde Carmela estaba oculta. Una oleada de sangre me subió a la cabeza y mi corazón me gritó:

¡Arrójate sobre ese pillo y mátalos como a un perro!

Al decir sus últimas palabras don Manuel, su voz había ido creciendo por grados y parecía presa de una exaltación inmensa. Seguramente, luego que hubo proferido su amenaza, reparó en su imprudencia y se arrepintió.

—¡Infame! repitió el amigo, no hará eso tú, no tienes ya ningún derecho sobre esa mujer, y yo, Diego Moreno, la defenderé, publicaré tus propósitos, gritaré a todo el mundo lo que eres, y ni el diablo te salvará, ¡bribón!

Dicho esto, Diego se dispuso a marchar, pero don Manuel lo detuvo y con voz suplicante le dijo:

—No, Diego, no exageres, no supe lo que dije. No tengo necesidad de matar a la pobre de Carmela. Ella se irá en paz a Orizaba cuando quiera. Lo que yo quiero es no quedarme en la calle. Con que me deje un piquillo, me conformo. Ya discurriremos el mejor medio... Pero no vayas a meter bulla con tus arranques de Quijote.

—Mira, Manuel, no me fío de ti. Yo necesito cuidar a Carmela y te prometo que haré una barbaridad al menor desacato que cometas. Me dirás: ¿Con qué derecho? ¿No es esto? pues con el derecho que tiene un hombre honrado de proteger a una mujer. Un corazón español no puede hacer otra cosa.

Estas últimas palabras apenas las oí, porque se marchaban hablando quedo. Después todo quedó tranquilo.

No podría yo describir aquella confusión de sentimiento que invadió mi corazón.

La rabia atroz, el desprecio hacia aquel infame, la compasión por Carmela, todo se revolvió en mi alma. A veces me venían impulsos de ir a buscar a don Manuel y pegarle y descubrirlo, pero es que la emoción me tenía clavado en mi escondite y no me permitía moverme... ¿Y Carmela?

Allí cerca de mí, la veía mi imaginación con el corazón desgarrado por la pena, terrible, atroz. El misterio revelado de la manera más brutal, más infame. ¿Qué podía esperar? Sola, abandonada, lejos de sus seres queridos, amenazada por aquel hombre que codiciaba su herencia, no tenía más amparo que el cielo. Un hombre generoso, el amigo de don Manuel la amparaba, ella lo sabía. ¡Oh! también tenía otro amigo secreto, que se mataría por ella e iría a decírselo! Esperé a que saliera.

Su figura blanca se destacó y con paso vacilante como una aparición, pasó cerca de mí. Pero el respeto por aquel dolor tan justo me detuvo.

No, es preciso hablarle. Y poseído de verdadero espanto le dije emocionado:

—Señora, perdón, mil veces perdón.

Su hermosa faz llevaba esa expresión que da el dolor. Me vio, al principio sin darse cuenta de que le hablaba; después me miró sorprendida. Quedé muy coartado y después de una pausa proseguí.

—Una casualidad me ha hecho oír la conversación de don Manuel, sé su historia y comprendo la tremenda situación de usted... Soy para usted un desconocido; pero como hombre de honor, como compatriota suyo, me creo obligado a decirle que si alguna ayuda, algún consuelo...

Con una voz divina, cuyo timbre vibraba de emoción me interrumpió.

—Caballero, ayuda y consuelo solo Dios, el buen Dios que nos oye. Por otra parte, gracias.

Y siguió su camino sin mirarme.

—Señora ¡Por la Virgen! Tal vez un peligro inminente la amenace, y yo no puedo permanecer indiferente.

Entonces ella se volvió y me dijo:

—Sí, lo sé; tal vez necesite de usted. Por ahora basta. Adiós.

Mi valor y mis fuerzas me abandonado permanecí largo rato como un idiota, con la fantasía alborotada que me hacía ver el drama en toda su terrible magnitud. Largo rato estuve allí confundido, sin darme cuenta del tiempo ni del lugar en donde me encontraba, hasta que un ruido de pasos me sacó de mi distracción; una impresión de frío invadió mi cuerpo; había descubierto el traje blanco de Carmela. Sí, era ella, no era mi imaginación la que me la representaba. La vi acercarse a la borda del buque, detenerse, ponerse en actitud de quien dice una plegaría y después... ¡Dios Santo! arrojarse al mar.

Conservo perfectamente en el corazón el recuerdo del ruido que produjo su cuerpo al caer en el agua y el grito lúgubre del vigía que rasgó el aire e hizo estremecer a los que lo oyeron:

—*¡Un home a l'eau!*

Después, el tumulto de los pasajeros que subían a cubierta, el desorden de todos y las voces e los oficiales que daban órdenes.

Los pasajeros, conmovidos, se colgaban a la barandilla, tratando de descubrir algo a través de la obscuridad y arrojaban al agua cuantos objetos podían, esperando que alguno de ellos fuera la tabla de salvación del desgraciado que se ahogaba.

El capitán dictó sus órdenes; se dio contra vapor, se arrojaron al agua los botes y los fanales proyectaron sus haces de luz en todas direcciones. Después de largo rato de pesquisas,

volvieron los botes y el mismo grito de desolación repetido en diversos idiomas, se oyó por todas partes:

—¡Nada!

Tradición²²⁵

Dimas Araujo (Araujo por corruptela popular) era uno de estos hombres arbitristas y habilidosos que todo lo convierten en sustancia, capaces de sacar provecho de una piedra; pero tuvo la mala suerte de prendarse de una hembrecita ojinegra, salerosa y amante de vestir bellamente y zarandear los trapos por esas calles de Dios, y como ya prendido en las redes del peligroso niño, cayó también en las del matrimonio, caten ustedes que mi hombre vino a dar a poco en la más negra miseria, tanto más grande cuanto que siendo tan desmesurado el amor que a su mujer tenía, no tardó en llenarse de pimpollos tragones y destrozadores como lumbre. Lo que decían nuestros pasados:

¡Cásate Juan!

Las piedras se te volverán pan.

Casóse Juan de veras

Y el pan se le volvió piedras.

Cansóse al fin el pobre de andar causando lástimas en tierra conocida y de ensayar arbitrios sin provecho, y el día menos pensado sacó al baratillo los pocos trastos que poseía, los realizó y con su producto alquiló a un arriero dos acémilas y en ellas y en compañía de su dilatada prole, como nuevo patriarca trashumante, marchóse al Fresnillo, mineral que estaba en su auge en aquellos tiempos, con las esperanza de alcanzar mejor fortuna que la que en estas tierras le tocaba.

Nada dicen las crónicas de cuáles fueron los trabajos que emprendió a su llegada ni el resultado de ellos, pero no debió éste ser muy próspero ya que a los pocos meses de andar

²²⁵ Toro, Carlos, "Tradición", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 2, 1 de julio de 1899, pp.1-4.

en aquellos lugares estaba Dimas reducido a tocar el arpa por las esquinas en compañía de otro murguista, para ganarse la tortilla. En tan perro oficio ya se comprende que no había de conservar muy dulce humor el hombre y así se había tornado tan renegado y maldiciente que ya las viejas le ponían las cruces y hasta al gunos muchachejos callejeros osaban apedrearle.

Cuentan las viejas que una noche volvió el desdichado músico a su casa todo mojado y con un perfume que no era de rosas, porque después de un día *negado*, como el músico decía, no tuvieron él y su compañero más cliente que un caballerito que les mandó fueran a tocar frente a cierta casa, mas como a los dueños no les plugiera la música, hiciéronles graciosas y repentinamente aquel líquido y oloroso regalo. Amén de esto su alquilador puso pies en polvorosa y ellos no cataron los dineros que de la aventura se prometían.

Estaba el hombre con esto que trinaba, echando por aquella boca sapos y culebras y hasta llegó a decir, viendo a la prole gritando de hambre y a su mujer que se desquijaraba bostezando:

—Si el mismo Demonio viniera a llevarme a tocar, iría con él con tal de no aguantar más esta perra vida...

¡Pam!... ¡Pam!... No acaba de hablar cuando ahí están tocando a la puerta con fuertes golpes. Salió la mujer a abrir porque lo que es el músico estaba en cueros y barbas con rodillas, tiritando, mientras acaba de secarse su ropa. El que llaba era un charro todo vestido de negro, gentil mozo a lo que dejaba ver la penumbra de la noche, y que sin más ni más, entró en la pieza y dijo al músico:

—*Ándele* maestro don Dimas, vístase y véngase conmigo para que me toque en un bailecito.

Como era su aire tan señor y a su ademán de rico no vaciló el maestro en seguirle, aunque ya en la calle, viendo la negrura de la noche y la soledad de aquella, comenzó a

parecerle extraña y no vista la traza de su acompañante y desmesurado el grandor de los caballos en que ambos montaron; pero no tuvo mucho espacio para hacer estas reflexiones, porque no bien hubo trepado en su jamelgo, cuando este emprendió una carrera tal que el jinete, poniendo toda su alma en agarrarse de la silla y de las crines, no vió ni oyó más que la cara de muerto de la luna y el zumbido del viento violentamente cortado. Jurará el buen hombre que no eran pasados tres minutos desde que subió al corcel al instante en que se vió como por encanto a pie, en medio de una blanca llanura no limitada por ninguna parte por cerro o cosa parecida, junto a su acompañante, quien con maligna sonrisa de su oscuro rostro, en el que sólo brillaban los ojos como brasas, le dijo:

—Ya llegamos, amigo, éntrele.

Y sin transición de puerta, caverna o cosa alguna, hallóse el desventurado en un lujoso salón de baile tan ricamente adornado e iluminado como él jamás llegara a imaginárselo. Señalánrole un lugar para que se colocara con su instrumento, y él no notando nada anormal fuera de que para tan famosa fiesta se llamara a un músico solo, y tal como él, se puso a tocar, y toca, y toca, estuvo haciendo bailar a la concurrencia hasta que algunos de los que andaban entre los convidados repartiendo bebidas y pasteles, se le acercaron para ofrecerle algún refresco. Fue lo bueno que él pensando quedar bien y no interrumpir su música, no consintió en tomar nada más que unos pastelillos que metió en la faltriquera, para los chicos... ¡Caramba! No bien los hubo guardado cuando comienza a notar que sin haber luces ni por donde entrara un solo rayo de claridad, estaba el salón iluminado con la profusión que ya se dijo y ¡Dios nos libre y nos defienda!... los bailadores, a pesar de sus lujosos vestidos, ninguno tenía cabeza ni señales de ella. Volvióse mi hombre azorado, como ya puede suponerse, a las cantadoras que le acompañaban para preguntarles, por si lo sabían, el misterio de tal escena... y entonces ¡Caracolines! Nota y reconoce que es una de ellas una

vecina suya de costumbres alegres, que había muerto hacía pocos meses, y la otra, otra que tal que aún vivía junto a su casa. Sin resuello y haciendo de tripas corazón dirigióse a ésta, pero no logró que le contestara, más que una piedra; hablóle a la otra luego y ésta con espantable y gutural acento, le dijo:

—Aquí estoy, aquí estoy penando mi mala vida; dile a mi madrecita que mande decir misas por el descanso de mi alma, y en prueba de que me viste llévale este pedazo de mi traje.

Y arrancando un encaje al riquísimo vestido que la cubría dióselo al músico, que lo guardó.

En esto llegóse a él el charro aquel que lo había contratado, le puso un saquillo en la mano y sin dejar su sonrisa maligna, le dijo:

—Ahora sí, amigo, ya puede retirarse; ahí está eso por su trabajo...

Era de madrugada. El alba comenzaba apenas a esclarecer el cielo por oriente; el viento húmerdo y fresco del amanecer despertó en Dimas (que caminaba inconscientemente y como en un sopor, por las veredas de los campos) un estremecimiento de fiebre. Como si volviera en sí después de un largo adormecimiento, se detuvo, abrió los ojos cuanto pudo, respiró con delicia y extravío, y viendo frente a sí las casas de la población, dirigió hacia allá sus torpes pasos.

Cuando llamaba a la puerta de su casa salió de una inmediata una viejecita, y él, estremeciéndose, le dijo:

—Venga acá doña Ramona, le traigo un recadito del infierno.

La vieja se quedó parada y estupefacta, no menos que la mujer del músico que acababa de abrirle la puerta.

—Ya te emborrachaste, exclamó, ¡Que bonito! ¡No sólo hemos de aguantar el hambre, sino también tus borracheras!...

Contra lo que esperaba, su marido, en ve de desatarse en injurias y denuestos, se deshizo en acerbos lágrimas y con grandes ademanes y encarecimientos, prorrumpió:

—¡Sí es cierto lo que digo!... ¡Anoche estuve tocando en el infierno!... ¡doña ramona, su hija de usted está allí y le manda pedir misas para su alma... Mire lo que me dio como seña...

Y sacando lo que pensaba ser riquísimo encaje, se lo dio a la vecina... ¡Horror! Era un pedazo de la mortaja con que habían enterrado a su hija...

—Esta es la tradición que oí una vez en un corro de barreteros, de noche, a la luz de luna y en medio del silencio somene de las montañas.

—¿Y qué fue de Dimas? Pregunté.

—¿Ahí no lo trajeron al Convento de Guadalupe a que lo *exorcitaran* los padres?...

—¿Y con el dinero qué hizo?

—Lo dio de limos en el convento.

—¿Y la otra mujer a quien vio en la fiesta infernal?

—¿La Cuerva? ¡Ora! ¿Ahí no andaba en Zacatea pelona y con un hábito de jerga, hacinedo penitencia? Luego que supo que estaba condenada en vida, se quitó del mal vivir y se fue para esa población con una tía suya muy devota, que estaba en ca[sa] [d]el Cura y allí estuvo sirviendo hasta que murió... ya va pa diez años, justamente...

¡Pobre Marcelo! Nada había podido alterar su inmovilidad de estatua. De pie, descansando los brazos sobre la cabecera del lecho mortuorio e inclinado hacia el cadáver, llevaba horas enteras de mirarle fijamente como queriendo incrustar en su memoria la imagen de aquel rostro delicado y amarillento que resaltaba lúgubre entre lo vivos y frescos matices de las flores. ¡Pobre Marcelo! Todo el palacio de sus sueños había caído al golpe fatal y callado de la muerte. El dolor y los recuerdos le azotaban con la realidad de aquel desastre que destruía para siempre su ventura.

El pasado se le representaba allá, muy lejos, confuso, vago, con esa forma incierta de los sueños y con ese tinte débil y triste como los matices desvanecidos de un cuadro viejo. Vencido al fin en la tremenda brega, no deseó más que amurallarse en el mutismo y concentrando la vida en la memoria, repasaba una a una las escenas de su idilio. Cuán dulcemente tranquilo había pasado el último año y cuán seguro estaba de su dicha. Un año más y él sería médico, y entonces, ¡Oh! entonces se casaría! ¡Claro! ¿Qué dificultades había? Ningunas. Y mientras, todo era discutir y reformar los proyectos de su futura instalación en provincia. Ella, sobre todo, se animaba bosquejando el programa de sus tareas. “Se le figuraba que él era un poquillo perezoso y que iba a querer dormir a sus anchas para desquitarse de las vigiliadas del estudio. Sí ¡buena era ella para permitirle tamaña indolencia! no señor; a trabajar y muy temprano. Sería una falta imperdonable tener a los pobres enfermos esperando hasta las diez, mientras que ella iba y venía medio despeinada regando sus flores y estimulando a los criados con el ejemplo de su actividad. Bien sabía ella que no

²²⁶ Luis G. Acosta, “De la vida”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 2, 1 de julio de 1899, pp.7-10.

era aun más que una muchacha atolondrada, para quien no había cosa mejor que reír el día entero pensando en su Marcelo; pero ya vería él como cambiaba y llegaba a ser toda una señora de casa, seria y hacendosa, que reprendería a todo el mundo, incluso a Marcelo, aun cuando no fuese más que por mostrar una autoridad de la que no abusaría, por supuesto. Nada, que él se levantaría muy temprano y se presentaría muy limpio, (eso sí, porque ella se proponía ser escrupulosa en el aseo) delante de sus enfermos que, por de contado, volverían a la salud allegándole fama y dinero. Y había que tratarlos con bondad, ¿eh? Mucho cuidado con eso; ella no quería un médico brusco y reseco, que atemorizara en vez de dar esperanzas. No, eso no. Su Marcelo de siempre, bueno, cariñoso y cortés para que todo el mundo le quisiera mucho, mucho, siquiera la mitad de lo que ella le quería.”

Y así seguía con su charla sencilla y graciosa revelando un alma sana, inconsciente, ajena a la frivolidad y la malicia que parecía comprender apenas. No había modo de contener aquella verbosidad juguetona que llevaba al oído del mozo la impresión de una música alegre y sugestiva, y que pintaba el porvenir con la confianza de la inocencia. ¡Ah! también él había tenido fe ciega en su ventura y había abandonado su imaginación al deseo, avivando su sed de goces puros en el tibio rincón del hogar que él, pobre huérfano del pueblo lejano, no había conocido jamás.

* * *

La historia de sus amores era poéticamente sencilla. Dos palabras bastaron para referírnosla y con verdadera sinceridad le felicitamos cuando, con un regocijo ajeno a su carácter, de su yo apacible, nos comunicó entre el alegre bullicio del café, que al fin tenía ya novia.

Con un resentimiento fingido le reprochamos su prolongada reserva y él un tanto confuso se disculpó del mejor modo, lo cual le costó poco trabajo, puesto que contaba de antemano con nuestra indulgencia. “Ya sabíamos que nada nos ocultaba, nos quería

demasiado para eso, pero se propuso callar AQUELLO porque sin el triunfo, que ahora casi le ahogaba, habría sido atrocemente ridículo con sus veinticinco años a cuestas, desairado por una pollita de catorce. Ahora era distinto, ya podía decirlo y ¡vaya si lo diría! Ella había concluido por quererle; no en vano había gastado un año esperándola a la salida de la escuela y siguiéndola de lejos, para ocultar AQUELLO a la maledicencia. Y reía estrepitosamente al referirnos sus impresiones de enamorado novel. Al principio ella no se había apercebido y le miraba sonriente y descuidada, como se ve al amigo de confianza que nos sonrío al pasar; después, al entrar a su casa, volvía ya la cabecita como buscándole en la acera y baja los ojos abrumada por el rubor y como arrepentida de hallar aquella mirada ansiosa y muda, en la que iba algo misterioso que le trastornaba el corazón. Pero ¡Bah! Todo eso valía nada comparado con el éxito. Bien valía la pena de conservar un recuerdo grato de aquellas penalidades y angustiosas esperas, siquiera fuese por la esplendidez con que habían sido recompensadas. El presente no podía ser más satisfactorio; pues ¿y el porvenir? ¡Nuevas copas y nuevos brindis como risueño presagio! Tras de aquella algazara que despertaba una promesa halagüeña, vendría el rico festín de los desposorios un años después.”

Esta animada conversación había tenido para nosotros todo el atractivo de lo inesperado, y Marcelo, con su desbordante locuacidad, había llegado a infundirnos su contento. Pedíamos nuevas copas, alegres, con la alegría de Marcelo le abrazábamos canturreando a medio voz y llenando el salón con nuestra jovialidad de estudiantes bohemios.

Y después de un año de idilio encantador, un año de quererse, de citarse en la iglesia, en el teatro, en el paseo; un año de reunirse noche a noche aunque nada tuvieran que decirse.

Él se conformaba con tomarle las manecitas diminutas y tibias con ese calor delicioso de la savia nueva; ella, coqueta inconsciente, acariciándole con el gesto encantador de sus sonrisas y con las dulces miradas de sus ojos adormecidos, en tanto que hundía sus dedos

largos y finos entre los cabellos de Marcelo, le atraía hacia sí, se refugiaba en su pecho como buscando protección y asilo, le reñía por nada y concluía siempre rodeándole el cuello con los brazos, cariñosamente, y echando hacía atrás su encantadora cabecita, murmuraba en voz baja: “Hasta mañana.”

* * *

¡Qué lejos estaba ya todo eso! ¡Quién le hubiera dicho que el hilillo sutil de sus ensueños habría de romperse de este modo! Y ¡Qué rival más poderoso había saltado a la arena disputándole el galardón soberbio de aquella virginidad inmaculada! Y él, ¡oh miseria! ¡era el vencido! Era hoy el lacerado testigo de aquel extraño maridaje: ¡la Virgen y el Sepulcro! Y aquél rival venturoso que le flagelaba con la palma envidiable de la victoria, más celoso aún que el Moro de Venecia, ¡escondería en los antros oscuros y fríos de la muerte el celeste botín de su conquista! Y él, Marcelo, el héroe vencido, el paladín sin lauros, mudo e inmóvil ante las galas brillantes de la desposada, sintiendo en el cerebro desquiciamientos sordos, precursores de la erupción tremenda, contribuía, sí, contribuía a su propio infortunio, adornando el soberbio tocado de la novia con las inestimables perlas de su llanto.

Zacatecas, Junio 12 de 1899.

En el barrio de “di qua della’acqua” y no lejos de la grandiosa plaza de San Marcos, existía a principios de este siglo una callejuela angosta y oscura formada, de la una parte, por un vetusto y sombrío palacio que parecía morirse de fastidio, frente a las altas tapias que forman el otro lado de la calle. Como en ésta no había otra casa que el arrumbado palacio, solo raras y muy contadas veces transitaba por allí alguna gente, si no eran algunos viejos *gondolari* que acudían a embriagarse en la taberna de la esquina frontera y opuesta. A las altas horas de la noche, hacían resonar con sus cantos y sus blasfemias, los ecos de aquel olvidado rincón.

El palacio por su contextura arquitectónica no dejaba adivinar la época en que fue construido, y más bien parecía que, habiendo pertenecido a diversos propietarios, cada uno se había propuesto con revocos y reparaciones, quitarle el carácter que pudo tener en un principio: su portada (que parecía ser lo único que conservaba de su primitivo aspecto) del orden dórico más puro, hacía notable contraste con sus grandes ventanales de estilo renacimiento, recargados de adornos, y mayor con el especie de balcón morisco, cargado de enredaderas, que soportaban sus columnas. Esta vegetación aérea que se mecía a los ligeros impulsos del viento, era como una sonrisa de la taciturna construcción envejecida y como abrumada por el peso de muchas épocas.

La taberna, una de cuyas puertas baja y estrecha se abría sobre el callejón, era un tugurio infame semisubterráneo, para penetrar en el cual, era preciso bajar algunos escalones. Todo su ajuar lo componían mesas y bancos de madera sin pintar, agrietados y cubiertos de un grueso barniz de mugre, y en el fondo de algunos toneles vacíos y algunas botellas de

²²⁷ Toro, Carlos, “Byron en Venecia. Fantasía romántica”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 3, 1 de agosto de 1899, pp. 12-16 y número 4, 1 de septiembre de 1899, pp.14-16.

grueso barniz de mugre, y en el fondo algunos toneles vacíos y algunas botellas de grueso vidrio colocadas sobre tablas sujetas a la pared por gruesos clavos. Un hombre calvo y gordo, rubicundo, de vivos ojillos grises y gruesa papada, especie de tonel tudesco, lleno de malicia italiana, era el dueño y gerente de este miserable establecimiento, cuyas horas de mayor concurrencia eran las de la noche.

Una tarde, cuando ya el sol había ocultado su última lumbre, y la taberna estaba aún vacía, un hombre y una mujer penetraron en ella y se sentaron junto a una de las mesas. A la luz intermitente y sucia de la mecha de manteca que alumbraba el local podía verse la fisonomía de la mujer que recibía la luz de frente; los negros rizos de su cabellera descuidada caían sobre su frente dejando en una sombra propicia el fulgor imperioso de sus bellos ojos negros, la nariz y la barba de dibujo determinado y el enérgico pliegue de los carnosos labios, no menos que el color moreno de su piel, animado por vivo bermellón en las mejillas, estaban denunciando en aquella mujer uno de los más bellos ejemplares de la raza gitanesca. Vestía harapos de mendiga, y sin embargo, debajo de ellos, su cuerpo, alto y bien formado, tomaba actitudes propias de reina. El hombre era un rudo y feo marino de rostro sombrío de pirata y velludo y musculoso pecho aparente bajo su desgarrada camisa que, con el calzón levantado sobre la rodilla, la faja que lo sujetaba a la cintura y el gorrete rojo echado sobre los crespos mechones de la melena, formaban todo su atavío. Pidieron una botella de vino e inclinados sobre la mesa con los sucios vasos en la mano, sostenían en voz baja una animada conversación, ella fijando con desdén sus ojos en la mirada fosca y llena de extravío y embriaguez del marinero e interrumpiéndole a veces con sonoras carcajadas, él, con apasionada vehemencia que le hacía golpear a ratos la mesa con el puño, con mal contenida exasperación.

—Serás mía, serás mía, decía, aunque no quieras: un día cualquiera, cuando menos lo esperes, cuando estés más descuidada, ayudado de mis compañeros, te cogeré por la fuerza, te llevaré a mi barca, que, desde que te sigo, espera ociosas en el muelle y saliendo al mar libre, te llevaré a un islote desierto sólo de mí conocido...

—Inténtalo ¿Por qué no lo has hecho? Decía ella con desprecio.

—¡Ah! Bien sabes por qué... Tú sabes que te basta tu mirada para dominarme... No te fíes; el día que me decida, me vendaré los ojos para no verte... mandaré a que consume el rapto a alguno de mis compañeros, pero serás mía por la fuerza, ya que no te rinden mi amor ni mis razones!...

—¡Ja, ja! Tú no eres hombre, Genaro. ¿No me habías dicho también que si volvía a frecuentar los palacios de los grandes, me matarías? ¿Por qué no lo has hecho?

—¡Carmela! No me provoques ¡bien sabes que te amo!

—Tu amor me da risa; ¿Qué piensas que vea en ti que me mueva a corresponderlo? ¿Tu desgraciada figura? ¿Tus harapos?

—Oye, Carmela, ¿si fuera rico me querrías?

—Tal vez... pero no lo serás nunca, demasiado lo sé. La riqueza... es lo único que puede moverme a querer a un hombre ¡Los conozco tan bien! A ti te lo digo porque no he de quererte nunca: si fueras rico te amaría. Te querría si me diera ricos trajes, joyas como no las lleva mujer alguna; un palacio para vivir...

—¡Todo eso puedo darte!

—¡Ja, ja, ja! ¿Tan pronto te embriagaste? No sabes lo que dices.

—Sí, sí. Oye, Carmela, voy a revelarte un secreto: en esta misma calle, en ese viejo palacio que nadie quería habitar porque se dice que lo frecuentan los malos espíritus, vive desde hace tiempo un extranjero, es rico, y vive solo en las habitaciones principales, sus

criados habitan las que dan sobre el canal, que están tan lejos de aquellas que no llegarían allí los gritos de una persona a quién persiguieran asesinos. Voy a decirte por qué lo sé: a pocas noches estaba en mi barca, desvelado como siempre por el eterno deseo de tu amor, cuando oí que llamaban de la orilla; me incorporé, y vi a la luz de la luna un hombre alto envuelto en una capa, que me dirigía la palabra:

—¿Puedes llevarme a pasear por las lagunas? Me dijo.

—Según, le contesté.

—Te daré lo que pidas.

A estas palabras, me acerqué al embarcadero, y el hombre saltó dentro de la barca. Al saltar cayó su sombrero y pude ver una faz hermosa y noble, una ancha frente adornada de rizos rubios, y unos ojos azules, que la luz indecisa de la luna hacía parecer casi negros y que se fijaban en mí con una mirada profunda e irresistible.

—Salgamos del canal, me dijo, y yo remé hasta que nos hallamos fuera de la ciudad, en la ancha superficie libre del agua. El extranjero, como si estuviera solo, permanecía inmóvil, envuelto en los negros pliegues de su capa, de tal modo que yo me sentí sobrecogido de no sé que vago temor que me obligó a dirigirle la palabra. Entonces él me dijo: volvamos a la ciudad, y volvimos a entrar aquí. Él me hizo detener en el gran canal frente a la puertecilla del palacio que da sobre este, saltó al escalón, y me dijo mientras abría: ata la barca, y entra conmigo. Hice lo que me mandaba, aunque extrañado y entramos ambos a los anchos salones vacíos; no puedes figurarte su riqueza...

—La conozco.

—¡Ah! ¡Bien sé por qué! ¡Maldito sea él!...

—Prosigue tu relato.

—Sí, seguiré para decirte lo que haré: llegamos a un amplio salón ricamente adornado, y entonces el extranjero me dijo:

—Quiero que seas mi amigo por esta noche. Tú eres muy pobre, probablemente no has gozado nunca: quiero ver cómo sabes usar de mis placeres. Tolera este capricho de un amigo. Lo soy tuyo, leal y sinceramente. Esta es mi mano.

Yo no sabía qué hacer, pero le tendí la mía: entonces el extranjero llamó, y unos criados trajeron manjares que yo no conocía, vinos que yo jamás había probado, y todo lo consumimos. Él no me quitaba los ojos del rostro. Y hablábamos. No sé cómo pero esa noche le revelé toda mi vida como pudiera revelártela a ti a quien amo: mis crímenes, mis miserias. De pronto, en medio de mi embriaguez, comprendía yo que no debía decir ciertas cosas, pero él se quedaba mirándome con sus claros ojos azules, y todo lo decía yo suavemente.

Desde entonces ese hombre es mi amigo, es mi hermano, más que esto: es mi cómplice, si lo miro de lejos, siento en mi corazón un impulso de acercarme y abrazarlo; si pasa junto a mí, siento un deseo loco de estrangularlo, de apretar su cuello con mis manos hasta verle morir. No he vuelto a hablarle, no me atrevo.

...De pronto me dijo: va a venir una mujer, una mujer de esas que están de tal manera lejos de ti, que tal vez no las habrás deseado nunca. Te dejaré solo con ella, procura obtener su amor, y poseerla. Un frío estremecimiento recorrió mi espalda. Me encontré solo en la silenciosa estancia, y de pronto miré alzarse una cortina, y una dama altiva, hermosísima (¡No como tú!) apareció en el hueco de la puerta, y me miró con extrañeza y terror.

—¿Qué buscáis aquí? Me dijo pudiendo hablar apenas. Yo sin contestarle, me arrojé sobre ella procurando besar sus labios. Ella entonces se desmayó, y a mí me dio miedo su desmayo. La dejé resbalar con precaución sobre la alfombra, y corrí como un loco, buscando salida por las habitaciones oscuras; un forzudo criado me cogió por la cintura y me puso en

la misma puerta por donde había entrado; penetré en mi barco, y remando desesperadamente fui a terminar la noche en el embarcadero de la Plaza San Marcos...

—¡Extraño relato!

—¡Carmela! ¡Carmela! Ese hombre es muy rico, en sus habitaciones hay oro, hay joyas ¿Quieres que lo mate? Le robaremos y...

—¡Necio! Hay un medio mejor para apoderarnos de sus riquezas. Si quieres ayudarme, seré tuya.

—¡Dímelo!

La mujer se había echado de codos sobre la mesa, y miraba de frente al marinero, haciendo flamear en su mirada una opaca chispa de deseo infernal.

—Mira, mi plan es mejor, le dijo; para apoderarnos de las riquezas de ese extranjero no es necesario verter sangre ni usar de violencia alguna. Hay entre nosotros, entre mis compañeros los gitanos, una niña rubia de singular belleza, pero idiota, simple como una criatura de cuatro años. La robó en España la vieja Lucrecia que murió hace dos años; como es tan bella y de tan dulce carácter, le llueven limosnas, que son en provecho de todos, por eso la conservamos celosamente en nuestra compañía. Por esta niña me ha desdeñado tu extranjero... ¡Alto, no hagas aspavientos! Vas a ayudarme en mi venganza, y te amaré. Si no, no volveré a hablarte nunca. Tu amigo de una noche, ha estado entre nosotros, y vestía nuestros harapos, nadie, fuera de nuestro jefe, le conocía, y por este le respetamos. Se dirigió a mí y sin cuidarse de las miradas celosas de mis compañeros, me dijo en nuestra lengua que me deseaba. Yo, fascinada por el esplendor prestigioso de su belleza, prometí seguirle a donde quisiera: estábamos solos, detrás de un barraca de nuestro campamento... De pronto noté que se separaba su mirada de la mía y la dirigía anhelosa a un extremo de la callejuela formada por nuestras miserables habitaciones: Estrella venía por allí hacia nosotros. El

extranjero sin cuidarse de mí, se levantó llevándose ambas manos al pecho y exclamando ¡Oh, que malestar! Estrella desapareció en una de nuestras tiendas, y él, entonces volvió a mí su rostro con una expresión que no olvidaré nunca, diciéndome con ronca voz:

—¡Ramera! ¿Cuánto vale esa niña? ¿Puedes vendérmela?

Yo, al insulto, me levanté mirándole hasta el fondo de los ojos, con los puños apretados, dispuesta a destrozarle el rostro, pero de improviso no sé qué repentino cambio se hizo en mí, y golpeando con furor mis manos, exclamé estertorosa:

—¡Será tuya!

Y caí por tierra, ocultándome el rostro con los brazos. Cuando volví a ser dueña de mí, ya él se había alejado y yo me quedé sola, mascando mi rencor, y comprendiendo claramente que para perder a Estrella, y que él no vuelva nunca a pensar en ella, es preciso que se suya. ¿Quieres ayudarme en mi venganza? Tu recompensa será mi amor.

El gondolero no dijo nada, fijó su mirada ardiente en los ojos extraviados de Carmela, y cogiendo una de las manos de esta, entre las suyas, la apretó larga y desesperadamente.²²⁸

II

Por el morisco ventanal entraba en la perfumada estancia, confundiéndose con el suave resplandor de una lámpara de cobre repujado que del centro de la bóveda pendía, una discreta luz de luna que iluminaba a penas la reducida pieza. En esta, cuyos muros cubría un tapiz de cuero de Córdoba y sobre un corto diván reposaba un hombre: lo mismo su juventud y su continente lleno de nobleza que la melancólica altivez de su frente y la arrogancia lánguida

²²⁸ Fin de la primera entrega.

de su apostura, denunciaban en él algo superior y muy por encima del común de la humanidad. En la sombra interior de sus ojos claros parecía ocultarse la oscuridad de un misterio ultraterrestre. Tal vez un filósofo, viéndole, pensara hallar al *super-hombre* en que algunos han soñado. ¿Qué rudas pasiones habían sacudido la máquina privilegiada de su organismo para reducirle a aquella especie de atonía que se adivinaba en los contraídos músculos de su rostro, en la fijeza letal de su mirada? En aquellos momentos se comprendía que una fuerza superior a su cansada indiferencia por la vida, le movía. Su mirada, más oscura que nunca entonces, se dirigía a [un] rincón de la pieza apenas iluminado. Una mujer allí de rodillas, seguía ansiosa los menores movimientos de sus ojos. Era una joven, una niña, hermosa como la pureza encarnada en la flor de lirio. Tal vez las casta curvas de su cuerpo solo eran iguales a aquellas que hemos observado en algunos vegetales, en algunas flores, a la hora de la tarde, cuando cae el sol, atenuando en una vaga penumbra *conmovedora* las formas de los objetos. La luz pura de sus ojos, a la de ningún astro lejano y misterioso era comparable. ¿Qué vale decir que su cuerpo lo cubrían los comunes y vulgares atavíos de las gitanas, si su belleza se traslucía y superaba a su traje? Tal era su honesto encanto que la pieza toda parecía impregnada de un atmósfera de pureza.

Y el poeta y la niña hablaban:

—¿Me quieres? Decía él.

—No sé si te quiero, pero ¡Cuántas veces te he seguido por las calles de esta ciudad!...

Tú no me mirabas, pero yo gozaba espiando tus acciones... Me acompañaba un muchacho negro que es paje de la Condesa de *** y él ¡Si vieras! Se enfada conmigo porque te seguía; decía que lo había de querer ¡A él! (riendo) ¡Es más feo! Un día me amenazo y desde entonces le prohibí que volviera a verme, pero se ha obstinado en perseguirme y la misma noche en que a la fuerza me trajo aquí aquel hombre tan malo, vi que intentaba defenderme. Se arrojó

sobre Genaro el gondolero como nuestro oso pardo cuando lastimó al patrón Jaime... Si no es por Carmela²²⁹ que se interpuso, le mata. (suspirando) ¡Pobre! ¿qué habrá sido de él? Le rechazaron brutalmente y vi cómo quedó tendido sobre las lozas de la calle, sin conocimiento y con la cabeza rota, manando sangre.

—¿Y por qué no querías venir?

—Porque no sabía que venía aquí. ¡Oh! ¡Si hubiera sabido!... Luego que Carmela²³⁰ me habló con unos modos... los ojos le brillaban como si estuviera loca. ¡Vente! Me dijo apenas, pero ¡de tal manera! ¡con una voz tan ronca y unos ademanes!... También tú, cuando llegué, me diste miedo ¡te arrogaste a besarme de tal modo! Me dan miedo tus besos; pero ¿no volverás a besarme? Verdad.

Con mal reprimido horror y conteniendo un febril ademán, el hombre dijo:

—¡No!

—Y Estrella se quedó mirándole con infantil reconocimiento.

De improviso una mano furiosa rasgó la cortina que encubría la puerta de la estancia, y una hermosa figura de mujer apareció en su hueco. La cólera animaba y violentaba los finos rasgos de su fisonomía, anudando sus cejas bajo las que brillaban como ascuas los bellos ojos y haciendo palpar las aletas de su nariz. Rígida, con la frente levantada, como si quisiera alzar el furor de su ofendida nobleza hasta los cielos, se adelantó hasta el centro de la estancia y exclamó, rugió más bien:

—¡Por esta!... ¡Por esta me desprecias!

Luego, dirigiéndose a la niña que permanecía aterrada en su rincón en actitud de orar con las manos juntas a la altura del rostro:

²²⁹ En el original se escribe Carmen, pero se refiere a Carmela personaje de la primera entrega.

²³⁰ *Idem.*

—¡Fuera de aquí, mendiga! Gritó, y sin darle tiempo a reponerse de su terror, cogiéndola por los hombros la empujó fuera de la estancia.

El hombre no se había movido; su actitud no demostraba enojo ni sorpresa, y más bien, a juzgar por su sonrisa indiferente, se hubiese juzgado que le abrumaba inquieto cansancio.

—¿Por qué la arrojas? Dijo con la impaciente mansedumbre de un convaleciente, es buena esa criatura, vale más que tú, no ha querido ser mi amante y este es el origen de tu rencor ¿Verdad?

Como aquél a quien de golpe orillaran a un abismo despertándole de su sueño, quedó la dama sumergida en repentino estupor; no acertaba a hablar, ni a llorar, ni a disculparse, mientras el otro, como si en hacerlo experimentara el goce cruel de quien conociera el corazón humano y se complaciera en desgarrarlo fibra a fibra, prosiguió:

—Además es más noble que tú y que yo: ¿Tú no te negaste a hacer una caridad de amor a un pobre gondolero que vale más que yo? ¿Yo no he tenido la vileza de amarte alguna vez? Y si la nobleza está en los pergaminos que codiciosamente guardamos ¿Quién nos asegura que esa niña no sea hija de un príncipe? Sabe que fue robada en Valencia por los gitanos en cuya compañía vive ¿Por qué pensar que sus padres no eran nobles?

Como una máscara de cera puesta al fuego, las líneas heladas del estupor se fundían en el rostro de la Condesa, en el que comenzaba a dibujarse el terror loco, que se traslucía en los redondeados ojos y en la abierta boca, presta a romper en un desgarrador grito de espanto.

—¡En Valencia! Gritó al fin, en Valencia ¡Pero si allí me fue robada mi hija!

Tal acento de terror puso en este grito que el mismo desprecio del poeta no pudo resistirlo.

—¡Tú hija! Exclamó incorporándose.

—¡Mi hija, sí!... ¡Hace ya doce años! Ella tenía entonces tres²³¹ ¡Oh, como era graciosa! ¡Dios mío, no puede ser ella; haz que no sea ella, Dios poderoso!... ¡Y rubia, sí, mi pilar era rubia!... ¿Qué haces allí? Gritó de pronto mirando al poeta de pie sin saber que hacerse ¡busca! ¡tráela! ¡inquiere! ¡pregunta! Haz de manera que yo me desengañe de que esa horrible gitana no es mi hija!...

El poeta llamó y preguntó precipitadamente a un flemático criado inglés que se presentó a su llamamiento y el que a pesar de su flema parecía extrañamente agitado:

—¿Dónde está Estrella?

—Señor ¡Que desgracia! De aquí salió como una loca, quisimos detenerla ¡Imposible! Antes que lo pensáramos ya estaba en la calle; no sé que hablaba de prisa y entre dientes... Señor, por la calle rondaba desde que vino aquí la gitana, un horrible muchacho negro; algunas veces quisimos despedirle, inútilmente, siempre volvía, Hoy, no sé cómo fue: de lejos vi que Estrella se dirigió a él y sin detenerse le dijo: vámonos de aquí ¡Pronto! El negro la miró, se llevó la mano a la cintura (todo lo vi a la luz de la luna) y antes que yo pudiera evitarlo le descargó una puñalada. ¡Se reunió gente, dicen que está muerta! ¿Qué hacemos, señor?

La Condesa oyó apenas las últimas palabras y cayó sobre la alfombra sin sentido.

* * *

²³¹ Estrella, que en realidad es Pilar, hija de la condesa, tiene doce años y fue secuestrada a los tres. Sin embargo, en la primera entrega se dice que fue robada hace cuatro años por Lucrecia que falleció hace dos. La edad y fechas discrepan teniendo como edad siete y no doce. Puede deberse a un error tipográfico o un descuido autoral al respecto a la redacción de entre la primera y segunda entrega.

En aquellos mismo momentos la luna, reflejándose en el tranquilo espejo del adriático, iluminaba una embarcación que como un punto negro en la inmensa superficie del agua huía rápidamente de la ciudad que se ve quedaba atrás, blanca como un caprichoso juego de espuma. Los fugitivos mantenían una sorda conversación de cómplices o de criminales. De pronto se oyó claro y enérgico un ¡No! Y el insultante sonido de un irónica risa femenina. Luego los impulsos de una lucha agitaron los cortinillas de cuero de la góndola y se vio caer y desaparecer entre las aguas un grupo formado por dos cuerpos desesperadamente entrelazados.

El abismo cerró con un remolino de espuma el sitio en que cayeron los dos cuerpos, la góndola vacía se estremeció un momento y luego, impulsada por el viento que soplaba en aquella dirección, comenzó a caminar pausadamente hacia la ciudad bajo la luz apacible de la luna.

Agosto 1899.

Dedicado a Carlos Talancón

Con la muerte del padre vino la ruina. No fue la miseria que se acerca poco a poco, quitando hoy una comodidad y trayendo mañana un disgusto; fue el violento huracán que todo lo arrasa: el hogar querido y cómodo abandonado de improvisto por un cuarto de vecindad; la falta de pan después de la abundancia.

¡Oh! verdaderamente María, la madre de Juan, era una mujer valerosa. Serena como la mujer fuerte del Evangelio, supo hacer frente a la desgracia luchar con ella y dominarla.

Juan era entonces un pobre niño de doce años, que lloraba con lágrimas más dolorosa que su madre que para el mismo, el perdido regalo.

Pero María, inspirada por el amor, supo hacerlo acostumbrarse a la ruda lucha diaria por el pedazo de pan.

Ella cosía pero ¡produce tan poco la costura! en realidad sus antiguas amigas ricas, a cuyas casas no entraba sino con secreta vergüenza, consentían en hacerle aquella limosna disimulada, dándole trabajo que ella desempeñaba torpemente, por la falta de costumbre; comprendía su situación y sentíase humillada pero no lo dejaba conocer, aparentado al contrario cierto aire de alegre resignación que la hacía simpática. No crean ustedes que era hermosa ¡Marchita de tal modo la miseria!

Su hijo, en los días de holgura, había tenido el capricho de “aprender el violín” y ahora, el que fue su maestro consentía en ocuparle alguna vez, aunque tocaba menos que

²³²Carlos Toro, “Juan”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 4, 1 de septiembre de 1899, pp.1-4.

medianamente. Y así vivían aquellos dos seres procurando aligerarse la carga mutuamente, queriéndose mucho, sí, pero sin llegar a anegarse en ese supremo afecto que resulta de la común desdicha, porque ambos se ocultaban algunos secretos: María se hubiera sonrojado de saber que su hijo sospechaba la humillación que le causaba su miseria y en cuanto a Juan... tenía un secreto... grande... inmenso: estaba enamorado. Si su amada hubiese sido una igual suya hubiera confesado a su madre el secreto, pero ¿quién era igual a él? La clase con que se veía obligado a rozarse no era la suya ni por educación ni por sentimientos; de la otra, de la suya verdadera, le separaba una barrera: el dinero. Había puesto su amor muy alto y debía de esconderlo como un delito. Amaba a Luz, su prima, desde antes de la catástrofe, con el amor inconsciente de la primera juventud, y su prima ¡era rica! Solo se dio cuenta clara de la grandeza de su sentimiento cuando conoció su desdicha en todo el horror de la realidad, cuando el trabajo duro y mal retribuido dobló sus jóvenes espaldas y puso en su mirada la vaguedad del odio; entonces comprendió la distancia que separaba sus anhelos del objeto que los provocaba y soñó en la única cosa que podía hacerlo desaparecer: la gloria.

Entonces hubierais visto a aquel inactivo soñador acumular sus fuerzas todas para alcanzar su deseo. Él, que nunca pudo hablar a un desconocido sin ruborizarse y balbucear, visitó personajes, buscó recomendaciones, movió resortes como el más hábil intrigante, hasta lograr una mezquina pensión para poder estudiar la música en la Capital de la República.

Su madre, cuando él le dijo: nos vamos, le siguió, asustada por su repentina actividad y llevando en el fondo el presentimiento triste de una lucha inútil. Y así fue en efecto, Juan, una vez entre los profesores y los compañeros llegó a convencerse de que todas las vagas aspiraciones que le agitaban allá en su Estado, eran solo el producto de su temperamento débil y morboso y no la resolución firme, determinada por la consciencia del propio valer.

De pronto, cuando más la necesitaba, cuando su frente quemada por la fiebre buscaba un regazo, murió su madre.

¡Qué triste fue la vuelta! ¡dejaba un cadáver querido abandonado en el pedazo de tierra cedido por la caridad oficial y traía otro dentro del pecho: sus muertas ilusiones! No sabía siquiera cómo iba a vivir, volvía porque era *su tierra*, porque no quería recibir limosna de los extraños. Fue un grande alivio para él encontrar conocidos en la estación. En el mismo tren que él, venía un famoso torero a quien se recibió con dianas, y el que dirigía la música que las tocó era el antiguo maestro de Juan. No necesitó más que verlo para comprender su situación y conociendo su carácter apocado y tímido le hizo generosos ofrecimientos:

Se viene usted conmigo, a mi casa... Si ningún favor le hago, al contrario, usted me lo va a hacer a mí. A la noche he de tocar en un baile y me falta un violín en la orquesta... Se viene usted conmigo... ¡Vamos!

Y así fue; cuando los toreros estuvieron en los coches y la gente se retiró, el maestro de Juan, un buen hombre, le cogió por el brazo y le llevó a su casa, pobre casa en verdad, pero que era el refugio ofrecido por la amistad a la indigencia.

Fueron algunas horas felices después de seis años de horrible pena para Juan. La mujer del maestro, hermosa y joven, que soportaba las escaseces de su humilde hogar con el bondadoso valor de los seres que aman, y sus hijos, dos rubios chiquitines, tuvieron para Juan mimos y sonrisas de esas que solo tienen los niños para sus abuelos.

Pero llegó la hora del trabajo y hubo que despedirse del amable hogar por algunas horas.

Juan no había traído otra cosa que su violín, el viejo instrumento comprado por su padre, que había alegrado las horas felices del bienestar con notas inseguras arrancadas por

su mano infantil y después había sido el medio de ganarse el sustento trocando notas por dinero.

La calle, la casa, todo era desconocido para Juan —¡Había estado ausente seis años!— Subiendo la escalera supo que se celebraba el baile con motivo de una boda, porque así se lo dijo al oído su maestro. Entraron; los convidados estaban cenando y hasta la pieza semioscura donde estaban los músicos llegaban choques de vajilla, rumores de conversación y alegres carcajadas. Por la puerta, se columbraba el salón en que la luz se derrochaba. Pausadamente fueron llegando parejas que venían del comedor, con una conversación aún y una sonrisa entre los labios. Las mujeres elegantemente prendidas se agrupaban friolentas en los asientos y formaban corrillos, mientras los hombres permanecían en grupos junto a las puertas o en medio del salón conversando en voz baja. De pronto, el bastonero, un señor grueso, de faz risueña y colorada, avisó: ¡Maestro! y brotó repentino el vals, ruidoso y rápido primero, lento y acariciador después, como las ideas de Juan que se difundían disolviéndose en el sonido de la música, mientras su abrumada cabeza se inclinaba sobre el instrumento sollozante... Ya no eran ideas malas, de las que ponen en tensión los nervios y ennegrecen la vida, no, eran pensamientos de esos que hacen llorar y que dejan la suave lasitud de la inconsciencia, decía a la vida: “*déjame ser bueno*”... Terminó la pieza, pero luego vinieron otra y otra, meciendo todas en su torrente melodioso o en su armónico balanceo de hamaca, las ideas dulces de Juan.

¿Qué blanca manecita de hada levantó los pliegues de la cortina? ¿qué rubia cabecita coronada de azares asomó a la pieza? ¿qué dulce voz pidió con candidez: una danza para bailarla con Manuel? ¡Ah! ¡era la hermosa desposada! ¡Era... Luz! ¡Con qué rapidez se alzó la cabeza hirsuta de Juan; el dolor arrancó sus ideas buenas con la rudeza de un salvaje que arranca las entrañas palpitantes de la víctima y del fondo, de lo más íntimo de su ser salió un

aullido largo, largo y agudo como el pitido de una sirena, mientras echaba para atrás el cuerpo, con el rostro contraído por infernal sonrisa; grito horrible, interminable, en que salía la vida, la razón, el ser todo de Juan, capaz, por su intensidad de hacer reventar el cráneo...

Desde entonces está allí, en la inmunda bartolina de paredes grasientas, y cuando vienen visitantes al hospital y se le acercan, se vuelve a la pared, echa atrás el pecho y repite su aullido, largo, agudo, interminable como el silbido de la sirena de una máquina de vapor...

(1895)

Crimen que honra²³³

Sí, estaba resuelto, antes de que sus sospechas se convirtieran en realidad se marcharía lejos, a donde le fuera menos dura y hasta menos creíble la noticia que ahí, en su casa, donde por ser del todo evidente le sería insufrible.

Y en la noche, después de la cena, puso en conocimiento de su padre don Ramón, su proyecto de viaje, diciéndole:

—Deseo ir a Coatepec por unos días, y si me lo permites saldré mañana.

—¿Permitírtelo? Sin duda alguna. Eres tan reacio para salir de casa que ahora que lo deseas, aunque me contraría un poco, no puedo menos de verlo con gusto.

—Y yo prefiero quedarme, a ser causa de tu más pequeña contrariedad —replicó Raúl.

—No lo consentiré; porque todo se reduce a que anticipe ciertos pasos que no quería dar hasta que León y tú estuvieran reunidos; pero te informo desde luego de lo que se trata; se lo escribo en seguida a tu hermano y concluyo con la dificultad. ¿No te parece?

—Como tú quieras —contestó Raúl con voz trémula, temiendo que lo que su padre le iba a decir fuera aquello que para no sábelo o ignorarlo cuanto fuera posible, le había hecho resolverse a emprender un viaje.

—Conoces tanto como yo —dijo don Ramón— a la familia Zárraga, y sabes perfectamente que su conducta es irreprochable; has visto la dignidad y delicadeza con que ha soportado sus malas circunstancias, y te consta con cuánto desinterés por nuestra parte y gratitud por la de ella, la hemos ayudado eficazmente desde que murió mi buen amigo Julio.

²³³Antonio Chávez Ramírez, “Crimen que honra”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 4, 1 de septiembre de 1899, pp.6-11.

Pues bien, la sociedad, de modo gratuito, ha querido ver las cosas desde otro punto de vista, y no ha vacilado en prohiar la calumniosa especie de que mi filantropía, no es tal filantropía, sino mira bastarda de merecer marcadas distinciones... ¡Hasta deshonrosas complacencias! diré, porque hasta allá se avanzan, de la pobre Sofía; muchacha toda virtud y cualidades, incapaz de cometer la más pequeña falta y que no tiene más tesoro ni otros bienes que su reputación.

—Increíble parece tanta malevolencia, padre mío; y mucho me extraña que tus noticias sean las primeras que lleguen a mí de semejante infamia.

—Pues no deben de ser un secreto cuando la misma señora de Zárraga se lo dijo, hace bastantes días y con las lágrimas en los ojos, a su médico, quién ya lo había oído decir antes y lo ha puesto en mi conocimiento.

Raúl, olvidado por completo de sus temores ante la vehemencia con que don Ramón le refería aquellas noticias incalificables, volvió rápidamente a ellos al oír que la misma viuda de Zárraga lo había dicho a su médico; porque esa sencilla frase, tan conmovedora en boca de su padre, le bastó para ver claro y desechar sus dudas.

Sí, —pensaba— era evidente que todos aquellos rumores y noticias estupendas eran obra de ella, que trataba, de seguro, de explotar hábilmente, por medio de un golpe audaz y calculando, la inflexible caballerosidad de su padre; pero él lo impediría. Y convencido de que había resuelto la situación, dijo fríamente y con irónico acento:

—Me parece que la excelente reputación de la familia Zárraga, la conducta siempre digna de Sofía y tus limpios y ejemplares antecedentes garantizan, a quien por más delicado se tenga, de cuanto invente y propale la calumnia. Y si a eso agregamos que para lo sucesivo, nada debe alterar en lo más mínimo la amistad y costumbres establecidas entre la familia y tú, convendrás en que cuanto se rumora no merece...

—Eso se dice fácilmente y aun así debiera ser, pero no es —interrumpió don Ramón, agregando: —Un medio hay de concluir con todo y para siempre, y ese medio he resuelto aplicarlo. Me caso con Sofía y así, no sólo termino con las hablillas de los maldicientes, sino que prevengo, y aun reparo, el daño que mis imprudentes visitas han causado, sin duda, tanto a ella como a su familia.

Raúl, confundido, anonadado, al ver que sus temores y lo que pocos momentos antes había creído una intriga fácil de destruir, se transformaban de golpe en la más dura realidad, guardó silencio.

—Además, —prosiguió don Ramón— ese matrimonio salva mis postreros días de la triste soledad que les amenaza, pues creo que no pasará mucho tiempo sin que León y tú se casen.

—Siempre he respetado tus más sencillas determinaciones, —dijo Raúl con acento conmovido, a pesar de sus esfuerzos para dominar su emoción— pero ahora ¡perdóname que proteste de lo que intentas! porque si León y yo llegáramos a casarnos, en vez de quedarte solo, como temes, tendrías, además de nuestros cuidados, las atenciones de nuestras esposas; porque tu matrimonio, lejos de darle un mentís a la calumnia y de acallarla, como crees, le servirá de justificación y de incentivo; y porque ¡Reflexiónalo, padre mío! semejante enlace, desigual a todas luces por la gran diferencia de educación y edades que existe entre Sofía y tú, modificaría nuestras costumbres destruyendo nuestra paz y nuestra dicha, e interponiéndose entre nosotros y el querido recuerdo de mamá, que hasta ahora nos ha unido tan...

—¡Vamos, Raúl! ¡desahógate y serénate, ten calma para que reflexiones, porque tú sí que lo necesitas! Y si no, dime ¿de dónde sacas que porque Sofía es joven y yo viejo, y porque a ella, alegre como es, le gusten las fiestas y reuniones mientras a mí, retraído como

soy, me complacen la soledad y el aislamiento, no vayamos a vivir en paz; cuando, por el contrario, su juventud, sus gracias y su exquisita educación será motivo de que termine entre nosotros la tristeza que nos rodea y de que mis últimos días pasen más felices y tranquilos? Si me dijeras, por ejemplo, que al casarse conmigo lo hacía violentada por alguien, o que mi egoísmo la obligaba a sacrificarse por gratitud, no te replicaría nada y todo lo daría por concluido; pero cuando ella misma me ha dicho que fuera de la gratitud que nos guarda, ha sentido y tiene para mí cariño tan grande de que no duda que la sea dado hacerme feliz al ser mi esposa ¿Cómo quieres que vacile o tema por el porvenir?

—Muy bien, padre mío, —dijo Raúl con cierta amargura— si crees que ese matrimonio haga tus últimos años felices y tranquilos, no tengo que decir ni una palabra.

—¡Gracias, Raúl, gracias! Estaba seguro de que sacrificarías tus cariñosos celos a mi dicha, y para que sea completa espero no prolongues demasiado tu viaje, pues deseo que León y tú estén presente en todas las formalidades de mi matrimonio, que se verificará el día ocho del mes próximo, por ser el santo de Sofía.

¡Su viaje! Si ya era inútil de todo ¿para qué hacerlo?

—En tal caso, en vez de salir mañana para Coatepec, me iré a la hacienda a reunirme con León y participarle lo que has resuelto, —contestó.

—Y después podrás hacer tu viaje tan largo como quieras ¿verdad?

—Sí, señor; buenas noches.

—Hasta mañana, hijo mío.

II

En el año apenas transcurrido desde que se verificó el enlace de don Ramón, todo había cambiado en la casa radicalmente: muebles y costumbres, criados y señores.

Del viejo caserón solo quedaban intactas, por haberlo querido así Raúl, su alcoba y la de su madre; porque aun el silencio característico de otros tiempo y la actitud respetuosa de los viejos y callados sirvientes, había dejado paso a los gorjeos incesantes de variados y hermosos pajarillos, al vibrante repiqueteo de los timbres eléctricos, al constante movimiento de almidonadas doncellas que dejaban oír sin cesar, las inflexiones melodiosas de sus voces juveniles, o sus argentinas carcajadas, y al rítmico *fru fru* de faldas de seda de la nueva señora y de su madre, que vivía con ella.

Don Ramón, tan retraído siempre, estaba ahora consagrado por completo a su Sofía —como llamaba a su joven esposa— rodeándola de atenciones y cuidados, acompañándola a recibir y pagar visitas y haciéndola que no faltara a los espectáculos ni a las reuniones de sociedad.

León, a quien la sola noticia del matrimonio de su padre con Sofía, además de sorprenderlo en extremo, modificó su carácter comunicativo y bromista hasta tornarlo en taciturno y seco, había concluido ahora por abandonar su inveterada costumbre de vivir casi siempre en la hacienda, entregado al trabajo, pasándose, en cambio, meses enteros en la ciudad en el ocio más completo.

Era cierto que para obrar así tenía la disculpa del mal estado de su salud, pues según lo que don Ramón aseguraba a Raúl en la última carta que le había escrito exigiéndole, y hasta suplicándole su regreso (pues se había marchado a los cuantos días del matrimonio), León estaba enfermo hacía tiempo, a pesar de su obcecación para negarlo.

En esto y mucho más pensaba Raúl con profunda tristeza desde el primer día de su reciente vuelta a casa, al considerar que hasta él, que en otro tiempo se pasaba en la sala horas

enteras tocando el piano, o bien en los demás departamentos de la casa introduciendo modificaciones en la colocación de los muebles, evitaba ahora, con delicadeza suma y hasta donde le era posible, entrar a otras habitaciones que no fueran su alcoba o la de su difunta madre.

Y aquello, unido a la vida de eterno fingimiento que se veía obligado a llevar, le desesperaba, porque, cortés y afable para con su madrastra, jamás dejó de comprender que las continuas atenciones y pruebas de afecto con que ella le distinguía, le eran desagradables y pesadas; antes por el contrario, sabiendo perfectamente que su padre cifraba en su esposa más que su felicidad, su vida misma, se imponía el sacrificio —bien grande, por cierto—, de complacerla en todo y aun de hacerla objeto de marcadas muestras de simpatías.

¡Ah! ¡si hubiera sospechado el desencanto y el dolor que le esperaban! ¡Si al menos hubiera podido suponerse! que su padre no iba a manifestarle su ternura sino por medio del nuevo, del inmenso cariño que lo poseía por completo; que su hermano, aquel hermano a quien tanto amaba, en vez de alientos y consuelo ofrecía a su angustia la desesperación de su silencio, si tales decepciones se hubiera imaginado. ¡Imposible! ¡no hubiera vuelto a casa ni tendría que reprocharse, como ahora, el haberlo hecho cediendo a las patéticas súplicas de su padre!

Porque si triste y sin atractivos había pasado su existencia en los once meses que estuvo ausente del hogar, la que ahora llevaba ni tenía la tranquilidad de aquélla, y él era el único punto negro, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, en la atmósfera de animación y dicha que le rodeaba.

Así, exacerbados sus sentimientos y recuerdos por la presencia de las personas y las cosas, en constatación de espíritu, se había pasado los pocos días que contaba de regreso, sin que las alegrías, demasiado fugaces, de ver uno de sus numerosos amigos, o de recibir su

visita bastaran a borrar sus padecimientos, ni fueran motivo para menguarlos el cuidado y la atención requeridos por los importantes negocios de la casa, que le estaban ahora confiados por completo.

Para que su vida fuera menos dura y pesada, quiso, desde luego, irse para la hacienda pretextando la necesidad de su presencia en ella, dado que León hacía ya tiempo que la descuidaba, pero su padre, deseoso de verlo a su lado lo más posible, se opuso a ello señalándole, como de urgente despacho, diversos asuntos.

Ojalá y se hubiera marchado sin dar aviso, sin consultarlo. ¡Cuánto sufrimiento, cuánto pesar y cuántas lágrimas se hubieran evitado!

¡Es tan dulce, tan bello ignorara!

Rara veces, como en aquella tarde funesta, le era dado sustraerse de modo absoluto a sus mortificantes pensamientos, para entregarse con toda atención al despacho de los negocios. Acababa de recibir el correo, e imponiéndose de la correspondencia, prevenía a los dependientes las contestaciones que debían de darse, los documentos que era preciso rectificar y los que eran necesarios hacer, cuando le dieron aviso de que una familia buscaba al Señor don Ramón.

Se apresuró a recibirla, la introdujo a la sala y previno a un mozo que fuera a llamar a su padre.

Los visitantes —dos señoritas y un joven de aspecto decente y agradable— le manifestaron que buscaban al señor don Ramón porque sabían que estaba casado con Sofía Zárraga, de quien eran amigos de la infancia y a la que tenían grandes deseos de ver y saludar.

—Nada más fácil de conseguir, —dijo Raúl, y agregó: —Ruego a ustedes me disculpen un momento y obren con toda libertad; voy a dar aviso a la señora de su presencia y deseos.

Y se dirigió por la alcoba de su padre al cuarto de labores, y como no encontrara ahí a Sofía entro a la alcoba de ésta.

III

¡Lo estaba viendo, y no podía convencerse! ¡Aun zumbaban en sus oídos aquel grito ahogado, mezcla de angustia y de sorpresa, y aquel beso —¡Sí! ¡porque había sido un beso!— mitad caricia, mitad protesta que oyera al entrar y le parecía estar soñando!...

¡No! ¡Imposible! ¡Si aquello era monstruoso; si no tenía nombre; si no podía existir tal infamia tan grande!...

Y ahí, de pie, inmóvil, contraídos los músculos de su rostro con el movimiento horrible de la desesperación y de la cólera; con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en ellos; sin poder articular ni una palabra ni hacer un movimiento; paralizado de todas sus facultades, pasó breves instantes; y luego, con voz ronca y acento entrecortado, agitando las manos convulsivamente, dijo:

—¿Pero Tú?! ¡León!... ¿Pero usted?! ¡Señora!... ¡¡Ah los miserables!!...

Ciego, loco, apretándose la cabeza con las manos, salió desalado de aquel cuarto maldito dirigiéndose al suyo; deseaba matar, borrar la ofensa y buscó febrilmente su revólver; lo sacó de su mesa de noche empuñándolo con fuerza.

¡Lo mataría a él!... ¡No! ¡A ella!... ¡A los dos!

¿Y su padre? ¿y el escándalo? pero ¿y el deshonor? ¿y su vergüenza? porque todo el mundo debía ya de saberlo!

¡Oh! ¡aquello era horrible, insoportable!

—¡Padre mío!... ¡Adiós! —dijo; y apoyando el cañón de su pistola sobre su frente, disparó.

Zacatecas, a 31 de julio de 1899

Hiel
(Jaqueca literaria)²³⁴

Los que esto lean habrán oído decir probablemente cómo, noches pasadas, se suicidó un viejecito echándose de cabeza en una de las fuentes de la Alameda de esta ciudad, la que solo estaba llena a medias, cosa primera que parece imposible.

No fue imposible, sin embargo, y yo que presencié la escena, puedo decir que el tal viejecito era uno extenuado y cacoquimio a quien todos los habitantes de la población estábamos acostumbrados a ver, pero a quien nadie conocía ni saludaba; resto sin duda de alguna olvidada y venerable generación. Como señas características diré que usaba el buen señor (q. e. p. d.) en vida, un sombrero de seda tan espelurciado y mugriento que parecía fabricado con la piel de un gato ladrón y callejero, y una astrosa y remendada capa española cuyo primitivo color no fue de ninguno de los de las modernas épocas conocidas. Aun respiraba el vejete cuando le sacaron dos gendarmes, a estrujones, del trabajoso paso en que se había metido, y al treparle en el *estético* carretoncillo que para esos casos y los de ebriedad usa nuestra gendarmería, dio señales de vida, abrió los mortecinos ojos y la boca desdentada, dio una voz que no pudo, no, ser grande por no permitirlo la falta de aliento, y girando la mirada por el círculo de curiosos que le rodeábamos, vino a fijarla en mí, y como yo era el único entre los presentes que vestía con cierto cuidado, túvome sin duda por el más adecuado para el cumplimiento de sus propósitos (que así juzgan del mundo aun los literatos). Así me hizo una seña imperceptible, por donde vine a conocer que deseaba hablarme a solas, díjelo así a los gendarmes, pero estos no quisieron convencerse de los deseos del moribundo. Este,

²³⁴ Fabricio Núñez, "Hiel (jaqueca literaria)", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 5, 1 de octubre de 1899, pp. 8-13.

viendo su resistencia, no insistió más, sino que recatadamente me puso en las manos un cuadernillo y se quedó mirándome con insistencia hasta que terminó su vida, que fue de allí a pocos momentos. Lleváronse entonces la camilla con el muerto y yo me quedé con el cuaderno entre las manos, no poco impresionado del suceso.

Fuíme luego a mi casa, leíle, y pareciéndome interesante y digno de ser conocido, me propuse publicarle en cuanto tuviese ocasión para hacerlo, lo que cumplo ahora. Es una especie de relato autobiográfico que dice así:

“Cuando nacía, según los datos más fidedignos recogidos de mis pasados, no anduvieron cometas patas arriba por el cielo, ni se notó ningún trastorno celeste ni terrestre que hiciera pensar que yo pudiera ser un día mortal de fuste y de renombre.

Tampoco fue mi infancia digna de ser referida ni se registran en ella otros sucesos que los que de ordinario acontecen a toda criatura humana, enclenque y de poca salud.

Fue mi adolescencia babosa, gemebunda y romántica, y entonces fue cuando comencé a despuntar por esto de la literatura (que Dios confunda) con unos frenéticos y desesperados engendros que perpetraba en el silencio de mi cuarto y a altas horas de la noche. Entregábame a este vicio solitario y criminal, instigado por tres o cuatro amigos de mi misma edad y circunstancias y que eran tales como yo o peores en esto de cometer vileza con las madamas del Monte Parnaso. Eran además estos amigos grandes admiradores de toda aquella falange de poetas en que figuran Flores el acaramelado, Acuña el sombrío y Plaza el cínico²³⁵ y dieran ellos su mano diestra y aun el brazo entero por imitar la menos aplaudida composición de aquellos inocentes inofensivos y melencólicos vates.

²³⁵ En el original nota a pie: Aquí nota el poseedor del manuscrito que no va muy de acuerdo la *cronología* del mismo con la edad de su autor.

Menos entusiástico yo que ellos y más reflexivo, comencé poco a poco a disgustarme de la desabrida diversión de repetir los conceptos de otros en forma más pedestre y chabacana, y un día así se los dije; lo que me valió que me excomulgaran, o casi, y la expulsión de su incubadora literaria, a la que no volví, ni de ello jamás tuve ganas.

No por distraerme de esos interesantes asuntos poéticos me di a los estudios, que ya desde la escuela había notablemente descuidado, sino que entregándome de lleno a la escuela naturalista, que ya por entonces comenzaba a privar, me propuse conocer sus mejores modelos y comencé a imitarlos, produciendo tales y tan espeluznantes engendros, que los pocos de mis compañeros a quienes hice la merced de leerles ocultamente tan notables piezas literarias, quedaron horrorizados y desde entonces me huían como a ser superior y criminal o como a poeta que anda en busca de oyentes para sus composiciones. Inútil es decir que, con esto, mis antiguos amigos y románticos compinches vomitaban sierpes venenosas contra mí y en un periodiquito dominguero que redactaban trabajosamente, me dijeron no pocas lindezas, con muy escasa gramática.

Este que siempre me ha falta a mí, espíritu de pandilla (¡valiente transposición!) me ha sido muy contrario en la vida y por esto allí donde se reúnen cuatro que dizque piensan igual, escupo.

Por este tiempo de las fazañas naturalistas, me dio a mí también por la pedantería y era de estos que se leen, saltando páginas, un libro por la mañana y salen por la tarde a contárselo a gritos y con grandes aspavientos a algún amigo en el paseo, con lo cual tal vez cogen fama de hombres entendidos y de saber.

Desde que supe leer me había atascado en libros de imaginación hasta el pescuezo, apechugando con todo buenamente, lo mismo con los más tremebundos, espantables y desaforados novelones que con las obras más delicadas del arte moderno. ¡Así estaba yo de

ventoso e indigesto! En estas cosas se me parecían, me igualaban y hasta superaban cuantos enyerbadores de la literatura había en el lugar.

Cansado de no emprender en nada y repleto aún de las bellas teorías de libertad y honor y demás zarandajas, aprendidas en las escuelas y ofreciéndoseme ocasión para *militar* en el periodismo político, díme a él con tal fe que en menos de dos meses tenía contra mí a los *poderes constituidos* y a media población, y disgustados y envidiosos a los demás, con lo cual logré alcanzar lo sumo de gloria literaria, sin percatarme de ello siquiera hasta el día que me rompieron un hueso y me desencajaron dos costillas, en el furor de su entusiasmo, los buenos de mis conciudadanos. Esta lección unida a otras verbales y muy razonables que me dieron varias personas que por mí se interesaban y me visitaron en el hospital donde me tenía la contraria fortuna, casi me decidieron a renunciar a las letras.

Pero a todo esto, como yo por cultivarlas no me había dedicado a ningún oficio honrado, no sabía qué hacerme ni a qué dedicar mis aptitudes, pues pensar en empleo era pensar en bajar la luna y cenársela, y además los pocos que podía conseguir eran verdaderamente miserables para mis aspiraciones.

Hube al fin de encontrar ayuda (así Dios a él se la dé) con un picapleitos titulado que me quiso ocupar como escribiente sin estipular mis honorarios y que creía favorecerme y honrarme (sabiendo mis humos literarios) consultándome la ortografía de las palabras que la tienen dudosa.

Así como me vide con la ración segura y algunas horas de sobra en el día, desvaneciósese como humo mi firme resolución de olvidar las letras, y haciendo acopio de observación y reflexiones, me puse a escribir una obra de empuje, una novela en la que señalaba un vicio social comunísimo en nuestra sociedad, y como por esos días se metiera también mi patrono a periodista, dábame (como quien no hace nada) a corregir sus artículos

y yo se los dejaba tan pulidos y renovados que a las veces él mismo no los conocía, pero no por esto se apesaraba, al contrario, y más cuando oía las alabanzas que de él hacían sus compañeros, gente provecta y cuya literatura latinezca se me figuraba pergaminos en salmuera.

A poco me invitaron todos a escribir, y yo que de ello estaba deseoso, dediquéme con no visto tesón ni vista furia a criticar a todos aquellos literatos gacetilleros que se dan tantos humos y tan pisto en la Capital, sin que nadie, por supuesto, hiciera más caso de mis críticas que si las hubiera publicado en chino; porque aquí, entre la prensa del país y en cuestiones literarias, lo que no se alabanza o manifiesta grosería, es como si no estuviera escrito. Además, tratándose de escritores de la Capital ¿cómo iba a tener razón un crítico de un Estado?

Muy ufano estaba yo, sin embargo, con poder decir la verdad (o lo que por tal tenía) aunque nadie lo oyera; pero no sabía lo que este gustazo iba a costarme.

Después de mucho tiempo y no menos trabajo, concluí mi novela, busqué editor inútilmente, sacrificuéme, y dejando hasta de comer, logré tirara una corta edición de cien ejemplares; porque, decíame yo, estos cien servirán para darme nombre y hacer ruido; repartiré diez o veinte y con el producto de la venta de los otros, lograré acrecer la edición y de ella he de sacar una bonita cantidad que me permita dedicarme sin cuidados a preparar otra obra mejor y más pensada.

En primer lugar, no fueron veinte sino setenta los ejemplares repartidos a amigos y periodistas, y de los restantes se vendieron dos, cuyo valor no me bastó siquiera para el franqueo de la mucha correspondencia que tuve por esos días. Pero esto no fue lo peor, sino que aquellos a quienes yo tan acerbamente criticara, vieron el desquite seguro, y sin decir bien ni mal del desempeño de mi obra, soltaron las riendas, en aquellos papeles de Dios, a su

despecho y me pusieron de hombre inmoral, perdido, sacrílego y libertino, que el mismo Charrascas no hubiera osada cogerme con tenazas.

Valióme esto el rompimiento con una novia con quien llevaba platónicas y espiritadas relaciones al Santo Sacramento encaminadas, perder la amistad con algunas familias en que había honradas doncellas a quienes podía seducir o contaminar con mi herética y libertina peste, que las viejas me hicieran las cruces en la calle o donde me topaban y que los peladillos quisieran apedrearme más de cuatro veces. Como ven ustedes, logré hacerme popular, aunque en junto habían leído mi libro seis personas.

Tuve ocasión para lograr mejor destino y logrélo. Entonces, pagadas las deudas que contrajera con mi empresa literaria y para evitar la popularidad ruidosa y desagradable que me trajera mi obra anterior, me di a cavar y desentrañar viejos archivos y bibliotecas, y emprendí algunos trabajos históricos, que publiqué también a mi costa y hube de regalar a solo tres o cuatro sabios que tenían el mal gusto de serlo contra viento y marea, pues nadie más quiso admitir, ni siquiera como obsequio, tan áridos trabajos.

No fue poco el que a mí me costó ver cubierto el valor de la edición, pero esta vez tuve la satisfacción de saber por medio de uno de aquellos a quienes había regalado mis trabajo, que en Polonia, en Hungría y en Corea, se hablaba de ellos con estimación y éste mismo lo hizo saber así en público, con lo que mi pueblo comenzó a correr la voz de que era yo un gran sabio, muy famoso en tierra de turcos. Jamás supo por qué o en qué era yo sabio, pero empezaron todos a verme con cierto aparente interés y como un animal curioso o raro; y comencé yo a comprender que todos estaban molestos en mi presencia por haberme hasta entonces desconocido; de tal modo, que mi jefe y mis compañeros de oficina, para deshacerse de semejante estorbo, inventaron no sé qué historias de vejez e ineptitud, y lograron que, como gracia especial y privilegio, se me jubilara a los cincuenta años con una miserable

pensión, pocos meses después de haber tenido la desdichada idea de casarme con una joven pobre, pero de familia decente (es decir cuyos abuelos habían tenido dinero) por lo cual eran tanta sus exigencias que si con mi exiguo sueldo no las cubría ni aun la mitad, con la pensión me vi obligado a contraer deudas y, finalmente, reducido a tal miseria que hube de irme a vivir a una corta vivienda de vecindad, en compañía numerosa prole de mi mujer, pues mía no me atrevo a decir que toda fuera.

En esto ya habían ido muriendo uno tras otros mis contemporáneos hasta quedar yo solo y pobre y con fama de sabio y literato que son las peores famas que puede tener un desvalido, pues ni se duele nadie de él, ni nadie quiere su comercio, ni se piensa más que en temer su lengua y sus acciones. El único que me hizo el honor menguado de acordarse de mí para ponerme como trapo por lo que no había escrito, fue uno de mis antiguos compañeros que, por sus buenas relaciones con los literatos de la Capital y haber publicado un cuadernito de versos, era tenido por hombre de sustancia en asuntos literarios; era este también hombre político, diputado o cosa tal.

Pagábanme la pensión tarde y mal; mi mujer había muerto, y como yo no podía, el Estado se había encargado de educar la prole que estaba repartida en hospicios y colegios. Mi vida diaria era una continua congoja por saber tan siquiera si comería al día siguiente y mi única recreación concurrir por las noches a una botica cuyo dueño componía papeles de estos que se venden en plazuelas y que son relación de sucesos horrorosos. El cual boticario tenía a bien confiarme la redacción de los versitos y encabezados de tales papeles, por lo que de tarde en cuando me favorecía con medio real de plata.

De los sirvientes de la botica, como me oían llamar artista, me tenían el un[o] mancebo por zapatero, y el otro por peluquero retirado, y así me consultaban el uno sobre el buen ver de su peinado de escarola y el otro sobre la elegancia de su calzado. Ambos hacían

versos por debajo del mostrador y a escusas de su patrono me los mostraban, alabándoselos yo paternalmente

Concurrían además a la dicha botica un gran número de mediquitos nuevos y sin clientela, y algunos, viendo mi mal gesto y mis pocas palabras, me querían curar, quien del estómago, quien del corazón, quien del cerebro o de la vista, pero yo no me dejé, lo que fue como acrecentar mis días.

Como digo, nadie allí sabía, sino que yo era artista, mas no en que ramo, y como una de estas pasadas noches, estando reunida la tertulia, dijera uno de los mancebos que necesitaba una rotulata para no sé qué frascos del aparador y que no sabía cómo hacerla, ofrecíme a hacerla yo, dióme cartón y tinta de varios colores y me puse a la obra, terminado la de ahí a poco. En cuanto el mozo la vido terminada parecióle bien a maravilla y dando una gran voz, reunió a los dispersos tertuliantes y mostrándoselas, dijo:

· —¡Miren bien, señores, y graben en sus memorias una de las más famosas manifestaciones del arte moderno, debido a este eximio y modesto artista!

Con lo cual todos se quedaron espantados mirando el embarrado cartón, que les pareció soberbio, y yo colérico y confuso y poseído de un sentimiento que hacía mucho no experimentaba y que llamaré decoro de las letras y que era el decoro de mi misma vida, salí de ahí desatinado, recorrí muchas calles y, sin saber qué hacer, anduve de aquí para allá, batallando por mil contrarios pensamientos que de todas partes me asediaban. Así me sorprendió el alba y con ella la resolución de acabar de padecer que pondré en práctica lo más pronto que pueda” ...

Aquí se acaba el manuscrito.

Se hizo la autopsia en el cadáver del pobre viejo, y los médicos declararon que estando a punto de morir de inanición lo había matado una conmoción cerebral.

Botella de sidra²³⁶

Vino desde no sé que lejano rincón de Francia o de España, ambarada e hirviente y, sobre todo, amparada por la etiqueta prestigiosa y engañadora: *Champagne*, que hacía lucir los ojos de cuantos la miraban, con el alegre deseo de sorberla hasta el fondo. Aunque su forma no era esbelta, pocas caderas de mujer hermosa han despertado el insufrible deseo que las dos líneas mal onduladas de sus costados; y su viñeta blanca marcada con doradas letras, hacía enarcarse los labios de los bebedores con la sonrisa equívoca del que desea y esquiva el objeto deseado. Pasó muchos días, pasó muchas noches de pie sobre la anaquelaría banal de la taberna. Cuando miraba los bebedores que se agrupaban en torno de las mesas de mármol reflejarse en siluetas imposibles en su convexa superficie, deseaba —los vinos desean también— ser sorbida por entre los bigotes rubios de aquel ruidoso y alegre comerciante alemán, o chorrear su espuma sobre la negra barba del mexicanito de belleza meridional que a veces la espiaba desde su asiento con mirada maliciosa. El cantinero solía hablar mal de ellas; decía que aquella partida de sidra no llevaba traza de venderse y culpaba al gobierno y a las fuertes contribuciones de lo mal que iba el comercio. Un día estuvo a punto de ser consumida. ¡Que rabia! El mozo, un mozo vulgar, cetrino, hirsuto, ¡osó ponerle su mano encima! Por fortuna se arrepintió: era de noche, la cantina casi estaba a oscuras y por lo que coligió del coloquio entre el mozo y su cómplice, tratábase de celebrar una juerga canallesca en no sé que ignorado antro de prostitución. Por fortuna para ella, les pareció muy rica, demasiado lujosa, y fue desdeñada por una vulgar botella de coñac. Entonces recordó el país meridional en que había nacido; las ruidosas *farandolas* que circulaban entre viñas; el sol

²³⁶ Carlo Toro, “Botella de Sidra”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 6, 1 de noviembre de 1899, pp. 10-11.

ardiente que hacía vibrar ante los ojos las arenas calcinadas; el cercano circo atronador, de donde salían aullidos, gritos, carcajadas y música ruidosa de latones, y fue feliz soñando en el pasado.

La despertó una manó enardecida, sudosa, que la cogió por la mitad del ancho cuerpo.

—También querrán ustedes sidra, dijo el tendero con su marcado acento peninsular. Y fue colocada en compañía de otras seis hermanas en vulgar canasta de carrizo.

Después... después, no recordaba bien lo que sucedió después. El mantel era blanco como la nieve que cubre en diciembre la campiña; frutas tropicales se desparramaban de los amplios centros de cristal; había manjares succulentos, mantecosos, que impregnaban el aire con su incitante olor; entorno de la mesa, caras de mujeres hermosas y otras de hombres, abotagadas, cárdenas, denunciando en su aspecto largas noches de vigilia sensual...

Una mano la cogió, afilada, aristocrática, de piel sedosa y granulada; sus nervios no obedecían al impulso de la voluntad y así la botella despostilló la copa en que se dejaron caer su sangre ambarada, chispeante, espumosa. Mientras hacía ¡glu! ¡glu! Oyó un trozo de conversación entre la escanciadora y su acompañante. Esta era torpe aún y mostraba la *descarada timidez* de la que por primera ocasión asiste a una cena de libertinos. El otro, chupándose el bigote, con la delectación del que ha catado un rico vino, miraba a su compañera con ojos llenos de codicia. Y cuando esta llevó a sus labios el cáliz espumeante, dijo él con premiosa súplica: quiero la mitad de eso mismo que tú bebes. Pasóle ella entonces la copa y él con la misma sensual expresión de goce de quien besa una recóndita belleza de una mujer amada y casta, hundió sus labios hinchados en el líquido, que hervía lleno de orgullo.

Aún quedaba a la botella la mitad de su sangre embriagadora y, semianémica, pudo ver un extraño espectáculo, un beso rehusado por la hermosa con suprema expresión de

angustia, oyó gemidos de pudor ahogados por la batahola y las carcajadas de los comensales y por último un grito único, supremo, inexpresable aun por la música, que dominó el estruendo de la orgía, y luego... luego cayó al piso y se estrelló en mil pedazos entre un charco de sangre que manaba sobre el corpiño de raso de la desventurada esquiva y caía sobre la alfombra gota a gota con un ritmo lento y salpicando con chispas imperceptibles los bellos trajes de seda de las mujeres y los negros paños de los libertinos...

Asunto nacional²³⁷

Era mi tío don Francisco un hombre de estatura increíble, muy regularmente feo, aunque de aspecto simpático. Al encontrarse por primera vez al alcance de su franqueza cuasi brutal y al ver el garbo y humos de señor feudal que gastaba en diez leguas a la redonda, se le creía un hombre insoportable, pero era de corazón excelente, como lo atestiguaban los empleados de su hacienda, a quienes después de una reprimenda en que los amenazaba con desollarlos vivos les hacía un regalo luego que pasaban aquellas cóleras tremendas. El único odio que nunca moría en su corazón y que desde hacía tiempo le quitaba el sueño, era contra los invasores franceses que en aquel tiempo ocupaban la mitad del país. Y como mi tío era hombre de acción constantemente estaba armando guerrillas para combatirlos y concibiendo planes para acabar con ellos.

Todas las noches después de cenar salíamos él y yo a dar una vuelta por los alrededores de la hacienda y allí me hablaba de sus planes de exterminio y se desahogaba de sus odios infinitos contra los invasores, poseído de un ardor sublime y un amor patrio que me infundía admiración.

Una noche como de costumbre salimos al campo. Mi tío no había hablado una sola palabra, parecía muy agitado y al andar gesticulaba. De repente se paró y con su voz estentórea me disparó a boca de jarro esta pregunta:

—Dígame, señor estudiante, ¿qué dosis de valor lleva usted siempre consigo?

—¿Yo, tío...? Pues francamente no soy una notabilidad en cuestiones de valor... más bien, distingo entre las diversas clases y le diré a usted que si se tratara de...

²³⁷ J. C. T., "Asunto nacional", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 7, 1 de diciembre de 1899, pp. 1-6.

—¡Vete al cuerno con tus distingos de colegio! Contéstame categóricamente. Te consideras bastante valiente para llevar esta noche ciertas instrucciones y datos a don Ignacio X a su hacienda de X? De que reciba de mi recado antes de la madrugada depende que cortemos las comunicaciones a la columna de ese bellaco de Chaumiér que anda haciendo diabluras por las cercanías y que atrapemos cinco docenas de franceses para colgarlos en el Palmar. Hasta hoy te he creído bastante hombre; no quiero llevarme ahora un chasco.

La comisión que me daba, en estos tiempos maldita la gracia que hubiera tenido. Por aquel entonces y por aquellos lugares la cosa era demasiado peligrosa.

—Pero tío...

—Te advierto que a nadie más que a ti puedo confiar esas instrucciones de palabra.

—Quisiera saber...

—Y te digo que vas a hacer un gran servicio a tu patria.

—Sí, señor tío, pero mi padre...

—Si estuviera aquí tu padre te ordenaría que fuera inmediatamente, porque tu padre es un valiente.

—Querido tío, siquiera dígame...

—Lo que te digo es que si me contesta que no, no te vuelvo a saludar en mi vida.

—Permítame, por Dios, hablar...

—¿Para qué? ¿Para decirme que tienes miedo? Bueno, hazlo y te prometo que mañana mismo te visto de mujer, mando bajar mi guerrilla de la sierra y la hago desfilar por frente de ti presentando armas.

—Si no sabe usted que...

—Y voy a decirle a tu novia que eres una gallina

Abrumado por la punzante palabra de mi tío, por la ruda coacción que ejercía sobre mí y ante su poco atractiva amenaza no pude menos que decir:

—Acepto.

El coloso me dio el abrazo más formidable que se haya dado en ambos continentes, me enarboló y dejándome caer exclamó con una satisfacción inmensa:

—¡Estos son los hombres! Dispénsame muchacho, ya estaba yo creyendo que eras uno de tantos colegialitos más apropiado para andar de monigotes en los bailes que para hacer una cosa de valientes. Reconozco en ti mi sangre.

Un cuarto de hora después montaba a la puerta de la hacienda el mejor caballo de mi tío, el cual al darme sus últimas instrucciones me armaba de todas armas, me echaba una capa al cuerpo y me decía:

—Te acompaña Alvarado que es mi mozo de confianza. Te advierto que tu misión no se halla sin peligros. Irremisiblemente tienen que pasar por el Puerto de los Coyotes en donde suele salir a robar el famoso Chón Salinas, jefe de bandidos, que es un bribón a quien no he podido convencer de que deje el bandidaje para hacerse guerrillero y combatir por la patria. Si te pasa alguna cosa le echo mi guerrilla encima y lo mando abrir en canal. Conque: ten prudencia, afiánzate en los estribos, y buena puntería.

Aunque sabía yo perfectamente las gracias de Chón Salinas y estaba prevenido por consecuencia, no pude evitar un ligero estremecimiento que hizo sonar mis espuelas.

—Adiós pues, continúo, cuidado con que estés aquí dentro de media hora muerto de miedo porque voy a contárselo a tu novia como te lo prometí.

Era consolador aquello. Decididamente era preciso resignarse a dejar el pellejo allí; pues era indudable que Chón Salinas nos daría las buenas noches al pasar por el Puerto de los Coyotes, con una granizada de balas.

Alvarado, el mozo, me seguía a una corta distancia muy envuelto en su *saltillero* no dejando ver entre su *bufanda* multicolor y su sombrero ancho más que la nariz; pero con el rifle terciado sobre la silla.

Cuando bajamos la primera cuesta se acercó a mí y muy respetuosamente me presentó una botella que extrajo de las *cantinas* de la silla, diciéndome:

—Vamos, amito, un trago para espantar el frío.

Apuesto a que ha querido decirme éste para espantar el miedo, pensé yo. Y para que vea que no lo tengo me informaré del bandido con cierto desdén.

—Dime, Alvarado, y ese Chón Salinas, ¿cuántos hombres trae?

—Pues ayer que asaltó a San Diego traía catorce.

—¿Conque ayer asaltaron San Diego?

—Sí, amo, pero no nos harán nada. Ahora llevan malos caballos y las armas. Tal vez nos salgan en el Puerto. Al llegar allí usted toma el camino de arriba mientras yo les hago frente y les contengo.

—¿Tú solo?

—Sí, al cabo no será la primera vez que nos encontramos así.

Aquel hombre que me decía con la mayor naturalidad del mundo que se batiría con catorce, sin pretensiones, sin alarde, me hacía recordar los felices tiempos de Bayardo y las

novelescas proezas de pasados tiempos. En el tipo de rancharo valiente, semihéroe, cuyas proezas solo se refugian en el canto popular y tipo entonces más común que ahora, como que era producto de aquellas épocas de constante lucha.

—Chón Salinas y yo somos enemigos personales, prosiguió.

—¡Enemigos personales! ¡Por San Jorge que la cosa se compone!

Sin embargo, al tercer trago no sentía ni sospechas de temor en mi cuerpo. Hasta me sentía orgulloso por aquella comisión cuyo resultado iba a ser un servicio a mi patria. Solo muy de cuando en cuando me bailaba en la cabeza el Chón Salinas; pero pronto lo mandaba al diablo y me ponía a pensar en otra cosa.

Atravesábamos en aquellos momento el Palmar. La luna acaba de aparecer en el horizonte dibujando sobre el suelo las alargadas sombras de las palmas, mientras que éstas, a medida que avanzábamos parecían desfilar por frente de su plateado disco, con sus torcidas formas, como una interminable caravana de negros gigantes.

Estaba tan hermosa la luna que no pude menos de saludarla con una exclamación.

—¡Oh, casta Diana, víctima de mis primeros intentos poéticos, si me ves perecer en la demanda, dile a mi graciosa María que mi último pensamiento fue para ella! Y me puse a tararear tristemente alguna cosa de Weber que ella tocaba maravillosamente bien. Su recuerdo me tornó melancólico.

—Vamos, es ridículamente inoportuno que en semejantes circunstancias me ponga a evocar esas deliciosas romantiquerías ¡como si tuviera quince años! ¿Oye, Alvarado, qué tanto nos falta para llegar al Valle?

—Ya estamos a su entrada. Bájese del caballo para atar a la grupa su capote y apretar los cinchos.

Seguimos adelante después de colocar el rifle y la cartuchera en la cabeza de la silla, preparativos que no dejaban de ponerme carne de gallina y de producirme ciertos escalofríos muy particulares. De cada palma creía ver salir la cuadrilla con el famoso Chón a su cabeza, blandiendo un gigantesco machete.

—Sígame amigo, no se quede atrás, me decía a cada momento Alvarado.

—Sí, hombre, ya te sigo, es que el caballo no es de lo mejor, pero hay que meter ruido.

Por aquel lugar del Valle, parecía que un cataclismo había transformado las montañas. Enormes rocas se agrupaban unas sobre otras formando *dolmeus* y oscuras cavidades medio cubiertas de ramajes que eran otros tantos lugares temibles que me producían la impresión de tremendas bocas de lobo dispuestas a tragarnos.

—Otro poquito y estamos fuera del Valle.

—Mira Alvarado, mi silla está floja. Aprieta el cincho, que yo me bajo. Y cuando estábamos en la operación los caballos se encabritaron y sin poderlo evitar nosotros, arrancaron a toda carrera dejándonos en el Valle, a pie y sin armas.

—Nos hemos lucido. Yo asusté los caballos con el sombrero que se me cayó. No acababa de decir esto cuando oímos a nuestras espaldas el aullido de un coyote, prolongado, vibrante y quejumbroso.

—Son ellos, dijo el mozo con sequedad.

—¿Ellos?

—Sí, los ladrones, ese aullido es la señal para los que están delante. Sentí que la sangre se me helaba.

—¿De manera que nos acorralan?

—Sí.

—¿Qué hacemos?

—Subirnos a aquella palma. En las rocas no nos ocultemos, yo sé por qué.

En un periquete nos encontramos encaramados en una frondosa palma mirando hacia el camino y con el oído atento.

En el Valle apenas se oía el ligero rumor de algún *tecolote* que se posaba sobre las palmas. El lugar donde nos encontrábamos estaba oscuro. Mi corazón latía con fuerza.

—Es extraño que no hayan disparado sobre los caballos, dijo Alvarado.

Yo nada contesté. Me hacía la triste consideración de que habiendo visto los caballos sin jinete, pronto estarían por allí buscándonos.

—Un ruido lejano de caballos se dejó oír.

—Estamos perdidos Alvarado, pero no tengo miedo, exclamé sin poder dominar un fatal castañeteo de dientes. ¡Qué Noche Buena me ha dado el bárbaro de mi tío!

—No, amo, los *esos* no vienen por donde se fueron nuestros caballos. Tal vez crean que nos escapamos y se pasen de largo tranquilamente.

Pero cuando la cuadrilla estuvo a cien metros de la palma, se separó del camino y tomo la dirección de nosotros.

Con un gesto se lo hice notar a Alvarado. Manchas rojas y negras me oscurecían la vista. Mi corazón latía con tanta fuerza que creía oír su ruido resonar en todo el Valle.

—Vienen muy despreocupados. No nos buscan. No haga ruido.

Llegaron por fin al pie de la palma en donde se detuvieron, pero sin darse por entendidos de nuestra presencia. Eran catorce. Tres o cuatro disputaban sobre qué sé yo qué.

—¡Nos hemos salvado, Dios Santo!

Así como el náufrago al ver alejarse la tabla en que pensó salvarse cuando ya tendía su brazo para cogerla, siente que la negra angustia invade su corazón, así sentí yo la brutal

impresión de la esperanza que se va, cuando vi que uno de los bandidos rodeó la palma y miranda hacia donde estábamos exclamó con su voz aguardentosa:

—No más porque fueron muy hombres, los vamos a bajar para enterrarlos.

A la impresión de miedo que me sobrecogió primero, sucedió en mí un arrebato de se valor rabioso que da la desesperación y contesté con voz alterada, echando mano a mi cuchillo:

—No hay necesidad, allá vamos.

—La respuesta fue una exclamación de terror. Un rebaño de ovejas al ver un hambriento lobo, no hubiera arrancado con tanta presteza como aquellos hombres que en un momento se dispersaron huyendo como demonios.

El ruido de sus caballos se fue perdiendo poco a poco hasta quedar el Valle en su imponente silencio. ¿Por qué habían huido?

No me atrevía a hablar para preguntárselo a Alvarado.

—Amo, me dijo éste, ¿qué pasó?

—Ya viste, huyeron. ¿Por qué sería?

—No lo sé. Bajemos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos vamos por el camino de arriba hasta el rancho de R. y allí nos prestarán caballos para seguir... ¡Virgen del Rosario!...

—¿Qué tienes?

—Nada, amo, baje de prisa y vámonos.

—¿Pero qué pasa?

—Vámonos pronto. Ya sé por qué se asustaron y huyeron. Allá se lo diré a usted.

Llegamos con mil dificultades a la Hacienda de D. Ignacio X., y después de cumplir con mi comisión, llamé a Alvarado y le pregunté:

—Vamos, dime ahora ¿por qué huyeron? Ese misterio me tiene preocupadísimo.

—Fue esto señor. Chón Salinas, ahorcó esta tarde en la palma en donde estábamos, a dos pobres que se defendieron como valientes. Por la noche volvieron a descolgarlos para darles sepultura, y cuando Chón Salinas dijo: voy a bajarlos, se refería a los pobres ahorcados, usted habló y creyeron que los muertos contestaban.

Poco tiempo después supe que Chón Salinas había puesto su cuadrilla a las órdenes de un guerrillero, y se había retirado del oficio, sin más condición que lo dejaran vivir en paz en uno de los ranchos de las cercanías Allí vi al viejo bandido una vez, sentado sobre una piedra. Su mirada vidriosa revelaba un eterno terror, y las gentes que lo veían le decían:

—Mira, ahí está Chón el *espantado*, a quién le habló un muerto.

Historias que parecen cuentos.

I.

Por un chasco²³⁸

A Wallace Gillpatrick

—El asunto es bien sencillo: La señorita Julia S. será desde mañana mi prometida, nos presentamos a la diez y para avisártelo te mandé llamar. ¿Qué te parece? Me dijo Manuel sentándose enfrente de mí.

—¡Hombre! Conocía tu cariño hacia ella; pero como no me habías dicho que te hubiera atendido encuentro inesperada y violenta tu resolución.

—Y lo es, pero un chasco mío. El amor propio de una ella, y algo de celos por parte de Julia han obrado el milagro.

—No lo entiendes ¿verdad? —dijo al verme sonreír.— Pues te lo voy a explicar con todos sus detalles, —y agregó.— He aquí la historia:

“La comida, es comida de los días de campo preparada siempre con precipitación, las más veces por lindas manos, que no se parece a la indigesta de la fonda, ni a la invariable del hogar y justamente por eso tan rica y tan sabrosa, había concluido por completo, y los grupos que para saborearla se habían formado entre los carrizales, junto a las bardas cubiertas de lozana yerba o debajo de los verdes viñedos de la huerta de Herrera, empezaban a diseminarse en distintas direcciones, excepto aquel en que yo me encontraba que continuó en su sitio, charlando cada vez con mayor animación y riendo con más franca alegría.

²³⁸ Antonio Chávez Ramírez, “Historias que parecen cuentos. I. Por un chasco”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 7, 1 de diciembre de 1899, pp. 8-12.

Entusiasta y decidor a veces más bien por artificio o cortesía que por espontaneidad o sentimiento, aproveché el buen humor de todos para tenderme sobre el blando césped y recorrer con la vista el triste paisaje del viejo y solitario caserío de la hacienda de beneficio, flanqueado por nopales en flor y frondosos y sombríos pirúes²³⁹ y con su fondo de colinas áridas, pedregosas y rojizas, mientras mi pensamiento, mi ser apasionado y sensible vivía otra vida, iba a otros mundos que yo mismo desconozco y soñaba en todo sin interesarse en nada.

—Para estar solo entre la gente y triste donde todo el mundo salta y brinca, mejor hubiera sido quedarse en casa, —dijo una voz argentina y burlona; insinuando otra, con sarcasmo manifestó:— O en el panteón de la Purísima que está tan cerca y en el camino.

El silencio que siguió a estas frases, la risa unánime que se dejó oír luego y el haber agregado la primera voz: —Pregúntalo si no a tu compañero, Lupe, —Me hicieron comprender que se trataba de mí.

—No creo merecer semejante reproche, —dije a Julia, porque era ella la iniciadora del ataque, y agregué en seguida, levantándome con presteza: —Y menos aún si se toma en cuenta que soy el único auditorio de este grupo en que habla uno a interrumpen seis.

—¡Ah, vamos! Perdóneme usted; pero creí que en vez de estar entre nosotras se paseaba por cierto jardín de Zacatecas, —me replicó Julia.

—¡Cierto jardín de...? No comprendo...

En efecto de semejante insinuación fue maravilloso, pues mientras un amigo me miraba con gravedad cómica y diciendo: —¡Hola! ¡hola! Y una morena encantadora me

²³⁹ Perues en el original. Se optó por esta grafía al ser casi contemporánea a la pintura “Pirúes de Tepeyac” José María Velasco, 1878.

señalaba con el dedo, exclamando: —¡Miren al seriecito! —otra preguntaba, con entusiasmo extraordinario: —¿Quién es ella? ¿Quién es ella? —mientras varios repetían: —¡Eso, eso, que se resuelva el enigma! ¡Que se personifique! —y por mi parte secundé el movimiento diciendo: —¡Sí, sí, señorita; despeje usted esa bella incógnita, porque yo también... —e iba a concluir— deseo conocerla, cuando me interrumpió una turba desenfundada y loca, que venía corriendo hacia nosotros, y gritando a más y mejor: —¡Cierren las puertas! ¡Deténganlo! ¡No lo dejen!

—¡Jesús! ¡Dios míos! ¿De qué se trata? ¿Qué es ello? —preguntaban algunas señoras justamente alarmadas, a lo que repuso un chusco: —¡Es una liebre! —¡No, no, es un coyote! —rectificó un mal intencionado, dando motivo con ello para que la confusión fuera completa y el desorden llegara a su grado extremo.

—No tenga usted cuidado, —dije a Julia acercándome —es un inocente cabrito que vienen persiguiendo.

—¿Conoce usted los baños? —La pregunté en seguida, no con el deseo de enseñárselos, sí con el de estar a solas con ella para verla a mi satisfacción y que me explicara sus palabras.

—No, si hasta hoy conozco esto. ¿En dónde quedan?

—En un recodo de esta hondonada, allá, hacia aquel punto de la montaña que parece cortado a tajo. No está lejos, y es un paisaje bello por lo caprichoso y hasta exuberante para nosotros. ¿Quiere usted que vayamos?

—Si como dice usted, no está lejos, iremos.

—No, no lo está; y además, el camino es pintoresco, hay muchas flores atractivas y yerbas aromáticas.

Al decir esto me puse en marcha para servir de guía a mi encantadora y amada compañera.

—Aquí tiene usted desde luego, mirtos, margaritas y heliotropos silvestres, —la dije, ofreciéndola unas cuantas florecillas.

—¡Oh! Realmente son muy bellas, —murmuró.

—Menos que usted, Julia, y que aquellas que están allá, las que por su forma pudiéramos llamar crisantemas y que voy a tener el gusto de traerla. —Y uniendo la acción a la palabra, me aparté de la vereda saltando la acequia que la bordea, ascendí por entre los barrancos cortando a mi paso cuanta flor encontraba, hasta que alcancé en lo más alto de las rocas, la mata que había señalado, y desprendí de ella todas sus galas de frescos y rosados pétalos.

Triunfante y fatigado volví al sendero para entregar mi ya rico presente a mi gentil acompañante, quien mejor que con sus frases de gratitud, tan conocidas, me recompensó agradablemente con sus exclamaciones entusiastas y sus amables sonrisas.

—Voy a sentarme un rato para arreglar esto. Me ha traído usted tantos primores... —dijo.

—Y yo a cortar zacates, motas y espigas para que sirvan de fondo y de contraste; pero entre tanto, la ruego me diga a quien se refería usted en su broma de hace poco.

—¿Broma? No, señor, nada de eso; porque Luis M., su amigo de otro tiempo, no es una broma, y la presencia de él, fue causa de su tristeza y aislamiento.

—¡La presencia de Luis! Pues no me explico...

—Se lo explicará usted perfectamente si recuerda la causa porque se resfriaron sus amistades, —me interrumpió con voz reticente.

—Mi amistad para Luis M. es la misma de siempre.

—La de usted, no lo dudo; pero la de él ¿ha permanecido invariable?

—No sé, no advino siquiera lo que usted quiere significarme con sus rodeos, Julia; sea franca, se lo suplico.

—Hay casos en que no se puede serlo; me concretaré pues, a hacerle una indicación que le descubra el misterio.

Me miró con fijeza, sonriéndose, tal vez por el efecto que creía me iban a causar sus palabras, y dijo con lentitud:

—Sé lo acontecido entre usted y Elisa, la esposa de Luis M., cuando era usted estudiante.

—Pues yo, lo ignoro hasta la fecha, y me agradecería saberlo, —contesté con fingida gravedad.

—Amigo mío, voy a probarle que está usted siendo tan sincero como la noche del baile en que me llenó de ternezas y galanterías.

—Usted, —dijo con cierta solemnidad y tras breve pausa —pretendió a Elisa largo tiempo, sin conseguir que lo atendiera y tal vez hasta la fecha, y a pesar de todo, siga usted queriéndola.

—Pues no ha logrado usted su objeto —repuse con todo el buen humor que puede llamar en su auxilio el que presiente una derrota, —toda vez que puedo asegurarla que la han informado mal.

—¿Luego niega usted haber pretendido a Elisa, haberla amado?

—¡Absolutamente!

—Y si le dijera que ella misma me lo ha referido todo ¿qué me contestaría?

—¡Que tiene usted mucho talento para hacer las cosas, y es muy espiritual y hábil para sus bromas!

—Hubiera jurado que vencería su discreción, y veo con gusto, créame usted, que no lo he conseguido. Lo felicito sinceramente por ello, y voy a justificarle que lo merece, — dijo, levantándose y sacudiendo su falta.

—¿Obsequiándome el ramo que acaba usted de formar? —pregunté.

—No, porque sería un devolución. Seguiremos andando para decirle cómo. Sírvase oírme.

Hace tiempo, iba usted a la Alameda todas las mañana con objeto de estudiar; ahí vio a Elisa por primera vez, y con si le hubiera causado impresión profunda, hizo desde luego abstracción de sus estudios, para quedarse viéndola con insistencia cuantas veces se aproximaban; a estas demostraciones siguieron las palabras de amor, breves y significativas, las súplicas de una respuesta, los deseos de entregar una carta expresados con rapidez, aprovechando la oportunidad más pequeña; Elisa, con todo buen juicio, le dejó hacer y decir, tanto porque, lejos de alentar sus platónicos amores los defraudaba por completo con su conducta siempre circunspecta e indiferente, cuanto porque la era preciso pasear, en virtud de prescripción médica, en aquel sitio y casualmente a la misma hora en que usted lo hacía; pero usted, exasperado sin duda por lo infructuoso de sus tentativas, empezó a olvidar su prudencia y compostura acostumbradas, obligando así a Elisa a que le exigiera respeto, le manifestase que era casada, y...

—¿Y qué con eso concluyera todo? —interrumpí para evitar detalles y ganar tiempo en mis pretensiones con Julia.

—No, no señor, no fue usted tan razonable, porque siguió insistiendo hasta la impertinencia, obligando a Elisa a suspender sus paseos...

—Perdóneme que la interrumpa, Julia; pero eso no es exacto.

—¿Cómo que no lo es, y me lo ha contado la misma Elisa?

—Lo sé, porque nadie, fuera de ella, podía referirlo; y casi estoy seguro de haber adivinado la causa de que lo hiciera. Usted —proseguí— confió a Elisa las palabras de amor y de cariño que la dije la noche del baile, eso que sin justicia ha llamado usted hace rato, mis ternezas y galanterías; y ella, en cambio, con intenciones nada nobles, correspondió a su confianza con esa historia que nunca debiera recordar. ¿Es cierto, Julia?

—Pues bien, indiscreción por indiscreción. Elisa ha engañado a usted, Julia; porque mis pretensiones recibieron el impulso de su actitud y su conducta; porque no con indiferencia, como ha dicho, sino sonriendo, con la frente cubierta de rubores, contestándome con miradas tanto más alentadoras cuanto más breves, fue como escuchó siempre mis palabras; porque en vez de decirme que no se pertenecía, como asegura, y era su deber, hizo que mi alma, fascinada ya, despertara por completo a la inmensa vida del cariño y porque, una mañana en que como de costumbre nos paseábamos en la Alameda, me llevó hasta el delirio y la locura dándome la prueba más evidente de su amor, la más hermosa para un corazón joven, que entona su primero, virginal e incomparable canto en el mundo del sentimiento. Traía Elisa entre sus manos una rosa-té fresca, encantadora y atractiva; jugueteaba con ella pasándola por sus mejillas, cubriéndola con su aliento; se la pedí, la rogué por mi cariño que me la entregara, y como si mi persistencia la hubiera disgustado y quisiera evitarla, se sentó en un sofá; entonces, arrepentido, temeroso de su disgusto, quise pedirla perdón de mi osadía, pero cuando solo me separaban de ella unos diez pasos, me miró un momento con fijeza, puso la flor en el sofá e indicándomela con un movimiento de sus ojos, se puso de pie lentamente y continuó su paseo.

El domicilio de Elisa jamás pude averiguarlo, pues ella prolongaba sus paseos más allá de las siete y media y yo estaba obligado a tomar el desayuno a esa hora con uno de mis

profesores, con quien vivía y me iba al colegio a las ocho; los Domingos nunca fue Elisa a la Alameda.

Así las cosas, nos vimos un día Luis y yo, después de algunos años de no hacerlo, pues él trabajaba en una mina y yo tenía unos cuantos meses de haber venido al colegio; me invitó a comer, acepté gustoso y ya en su casa me dijo: —“Te voy a presentar con mi esposa” —¿Con tu esposa? —pregunté— Ignoraba que te hubieras casado; —“Pues aquí la tienes: Elisa V. de M.” repuso. ¡Ah! Julia. Usted no puede imaginarse mi confusión, mi asombro, mi desprecio. Tenía delante a la misma mujer que yo adoraba, a la que tres días antes me había entregado su alma en una flor y que casi acaba de recibir de mis manos el ramo de violetas y no me olvides que adornaba un florero de la sala...

Desde entonces no la volví a ver y apenas si la saludo respetuosamente; Luis me retiró su afecto y hasta su aprecio porque no quise volver a su casa ni aceptar sus invitaciones, valiéndome de excusas más o menos justificadas: esta es la verdad de lo acontecido entre Elisa y yo.

—¿Parece increíble! Me lo ha contado ella de modo tan diverso, —dijo Julia.

—¡Oh, es natural! Pero afortunadamente conservo aún la rosa-té que ella me diera, la carta única que escribí entonces, varias tarjetas de Luis llamándome a su casa y una libreta en que está consignada la historia minuciosas de ese idilio tan original. ¿Quisiera usted aceptar esos recuerdos? —la dije.

—¿Yo? No...

—Acéptelos usted, aunque sea para destruirlos; se lo ruego, si es que mis palabras de hoy y las de la noche del baile merecen ser creídas por usted, Julia. Contésteme.

—Está bien —respondió— los acepto.

—¿Podré entregárselos esta noche? —me atreví a preguntarla.

—¡Oh! Es usted muy exigente, —me dijo sonriéndose y yendo a encontrar a un grupo que se aproximaba.”

—Y ahora ¿has comprendido? —preguntó Manuel.

—Perfectamente, —le dije despidiéndome— hasta mañana a las diez.

Zacatecas, Diciembre de 1899.

El aguinaldo de periquín²⁴⁰

Acaba de llegar a mi pueblo llamado por un telegrama de mi madre en el que me decía “Vente. Periquín está enfermo” y aquel “vente” tan seco, escrito por ella que era toda ternura, no sé qué crueles presentimientos le traía a mi corazón.

Mi casa estaba situada en uno de los barrios más apartados del pueblecito y para llegar a ella tenía que atravesar las principales calles. Hacía un frío intensísimo, la niebla húmeda y fría se arrastraba por las aceras y los reverberos parecían circuidos por una aureola de irisados colores. De algunas ventanas abiertas se escapaba torrentes de luz y se escuchaban acordes de música y risotadas y parloteo de niños. Yo iba triste, muy triste, me había subido el embozo de la capa hasta los ojos y todos pasaban cerca de mí sin reconocermme, de lo que me alegraba porque me hubiera molestado que me saludaran o interrumpieran mi silencio, abstraído como iba en tantas ideas de una tristeza abrumadora. De pronto, al pasar por una casa donde las voces de los niños eran más penetrantes, no me pude contener y miré hacia adentro, porque los niños siempre han tenido para mí uno de los mayores atractivos. En el fondo del salón se levantaba el clásico nacimiento con sus montañas cubiertas de musgo, sus chozas de paja, sus pastores, sus rebaños, aquí y allá como perdidas, una que otra laguna de vidrio, un tren que salía de un túnel, una diminuta plaza de toros y allá, en los más alto, el tradicional establo de Belén al que servía de remate un cometa de papel dorado. En el centro de la sala, la piñata había abierto sus gajos y un ejército de muchachos se arrastraba por el suelo disputándose los últimos bombones que rodaban por la alfombra; ahí una pequeñita de

²⁴⁰ Ignacio Flores Maciel, “El aguinaldo de periquín”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 8, 1 de enero de 1900, pp. 7-9.

ojos azules y cabellos rubios arrullaba una colosal muñeca de cartón y muy cerca de la ventana donde yo estaba, un chiquitín pugnaba por quitarle a la mamá un ermitaño de barro que ella, riendo alegremente, defendía alzándolo a una altura imposible para el muchacho. Era la navidad, por eso estaba tan alegre aquella turba de diablejos inocentes, por eso reía, por eso gritaba con la satisfacción de tener un juguete flamante y nuevo para hacerlo pedazos al día siguiente.

¿Y mi Periquín? ¿Quién le llevaría juguetes a mi Periquín? ¿Mi hermana? imposible, la pobre no habría podido hacerlo y en cuanto a mi madre estoy seguro que el dolor de verlo enfermo la había enloquecido y no habría pensado en eso, para el pobre de Periquín no habría habido Noche Buena. En la juguetería a donde me dirigí luego ya no había quedado nada que mereciera la pena llevarse, en las posadas y esa noche en los árboles de navidad, se había consumido todo. En el aparador de cristal tan solo había quedado olvidado un angelito de porcelana que, en actitud de orar, miraba al cielo. ¿No hay más? pues ese será el aguinaldo de Periquín y después le compraré algo que a él le agrade más o que él mismo pueda elegir, una pelota de hule, un polichinela, unos soldaditos de plomo, lo que quiera, lo que quiera... y compré la estatuita e porcelana y satisfecho me lancé a la calle.

Aquel bebé era todo mi cariño, se llamaba Salvador, pero debía aquel mote con que todos lo conocíamos a su incesable parloteo todavía ininteligible. En las mañanas, cuando yo estaba en casa, lo llevaban a mi pieza para que me despertara y yo al abrir los ojos lo primero que veía era a Salvador que con su carita siempre risueña, con la cabecita donde aún el pelo apenas comenzaba a brotar como un nimbo de oro, vestido casi siempre de blanco, se inclinaba hacia mí haciendo vibrar los labios y yo lo cogía colocándolo sobre los cojines en donde él hacía esfuerzos increíbles por mantenerse erguido. “Parece usted todo un señor Obispo. ¡Monseñor Periquín!, vamos, deme un beso” y permanecía largo rato conmigo, cogía

de sobre mi mesa de estudio los últimos versos escritos en la noche y metiéndoselos en la boca sin dientes aún, los convertía en informes bolitas de papel; algunas veces le entregaba el retrato de mi novia para que lo besara y él lo humedecía hasta poderse hacer con la tarjeta un cucurucho. La lámpara casi cada mañana rodaba por la mesa con grave riesgo para la bombilla de cristal y el contenido del tintero la más de las veces se trasladaba a su vestido y a la ropa de mi cama. ¿Pero quién le había de decir nada a Periquín? Mi mamá era la que se enfadaba lanzándome siempre el mismo reproche: “él no tiene la culpa; pero tú parece que eres tan chiquito como él.”

Lo único que me preocupaba en Periquín era aquella mirada tan triste. ¿Por qué él que siempre estaba tan contento que, contra lo natural, jamás lloraba, siempre llevaba en los ojos la eterna tristeza? ¿Qué prematuro desengaño traía en el corazón desde nacer? Quién sabe; ¡pero tal vez por eso nos queríamos tanto, tal vez por eso tenía predilección por mí, tal vez sus ojos en los que traía la nostalgia del cielo buscarían con piedad los míos en los que pesaba la nostalgia dolorosa de la vida!

Cuando yo volvía a casa mi mamá y mi hermana unas veces me recibían contentas y cariñosas, otras preocupadas y frías; pero Salvador nunca cambiaba. —¡Aquí está tu Periquín! ¿no entras a verlo? —“Salvador, aquí está Rafael, ven a saludarlo” y él siempre risueño pugnaba por desasirse de los brazos de la criada por venirse a los míos y me tendía la frente para que yo le besara.

Aquella noche no podría salir a recibirme; el corredor de la casa estaba casi a oscuras y mi madre me esperaba de pie en el umbral de la sala. Yo no me atreví a dirigirle la palabra, pero ella comprendió la interrogación muda de mis ojos e inclinando la frente me dijo poco a poco: está malo, muy malo, entra para que lo veas, ¡se alegrará tanto de verte!... Yo entré, allí en un rincón, casi en la sombra, estaba la cama de Salvador. El doctor y mi hermana velaban

junto al lecho. Yo me acerqué y lo contemplé un momento, tenía la carita medio oculta entre los brazos, los ojos cerrados y su respiración era muy fatigosa. “Háblale, me dijo mi hermana, no está dormido” me incliné y le besé la frente que ardía con la fiebre que lo devoraba, “Periquín, mi Periquín, mira lo que te traigo” Salvador abrió los ojos y me miró sonriendo, luego tendiendo las manecitas cogió el ángel de porcelana y con mucho trabajo se lo llevó a los labios. Quedamos todos en silencio: después Salvador en un movimiento convulsivo extendió los bracitos, abrió las manos y el ángel de porcelana rodó hasta el suelo y se rompió las alas... ¡Yo ya no vi más!

Momentos después estaba yo cerca del balcón mirando hacia la calle oscurecida por la niebla, estaba como idiota, a lo lejos se oían todavía el eco de la música, las risas de los niños y las notas perdidas de alguna canción callejera. De pronto, dentro de la alcoba escuché el llanto de mi hermana y de mi madre, al mismo tiempo que el viento traía a mis oídos el primer verso de un canto de navidad “Esta noche es Noche Buena...”

Mucho tiempo después he abierto mi papelera y ahí, entre un hacinamiento de cartas de novias que me han olvidado, de retratos de mujeres que jamás he vuelto a ver y de flores secas que ningún perfume guardan para mí, se alza como una esperanza el último beso de Periquín, aquel angelito de porcelana con las alas rotas y mirando al cielo.

El Sr. Cañedo²⁴¹

Aquel hombre había nacido para cosa muy distinta que para habérselas con tres docenas de chiquillos en una escuela de instrucción primaria. Bastaba considerar su rostro ceñudo y la frialdad displicente de su mirada cuando dirigía la clase, para comprender que su condición era como la de un toro bravo, y cómo sucedía que en los momentos más agitados, cuando la sala parecía un enjambre de zánganos al sol, podía convertir toda aquella bulla y todo aquel movimiento, en la tranquilidad de un cementerio, con solo aplicar dos palmetazos sobre la mesa más cercana, gritando: ¡Silencio!

En la escuela circulaban mil historias acerca del señor Cañedo,—como le llamábamos— y era curioso oír cuánto imaginaban todas aquellas infantiles fantasías, acerca de su desaforada catadura y del motivo porqué había perdido el brazo derecho, que le faltaba. Algunos se autorizaban a contar cómo en su juventud había sido el señor Cañedo bandolero de camino real, pero que habiendo estado a punto de dar muerte a un hermano suyo en una de sus fechorías, se cortó el brazo con que lo hiriera y convirtiéndose al bueno camino, se puso a estudiar bajo la protección de un clérigo, famoso por su caridad. Todas estas eran patrañas, y más tarde supe que la realidad era que Cañedo, hombre de origen humildísimo, trabajó en una mina casi hasta su edad madura, pero habiendo perdido el brazo derecho por un accidente, se dedicó al estudio por consejo de un su padrino, eclesiástico, logrando recibirse maestro de primeras letras.

En nuestra escuela tenía el carácter de ayudante, pero como el maestro raras veces por allí parecía, era él quien ordenaba todo y a quien estábamos sometidos por la disciplina, el terror

²⁴¹ Carlos Toro, “El Sr. Cañedo”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 8, 1 de enero de 1900, pp. 9-12.

y la admiración. Como sucede siempre que se juntan estos diversos sentimientos, en el fondo no podíamos ver a Cañedo ni en pintura, por más que nos viésemos obligados a obedecerle y a aparentar que le respetábamos. De estas inclinaciones eran gráficas muestras extravagantes caricaturas y los ridículos mote que por todos los sitios más apartados de la escuela parecían y en las que se ponía en berlina el brazo manco, el eterno vestido negro y la atroz catadura del pobre Cañedo. Y sin embargo éste era casi con todos nosotros la bondad personificada, fuera de aquellos momentos en que lográbamos encolerizarle, hasta que nos hacía enmudecer con sólo mirarnos. Sobre todos los que escribían sus planas con limpieza y curiosidad, merecían todas sus simpatías, y yo recuerdo haber recibido de sus manos un *mediecito* de plata, por una buena plana de escritura; pues era, a pesar de su lisiadura, primoroso calígrafo.

Con aquella curiosidad cruel propia de la infancia, recuerdo que nos complacíamos en espiarle por ver si llegábamos a sorprender algunos detalles de su vida íntima para comunicarnoslos luego y comentarlos, cuando no fuera para ponerlos en caricatura. Todos sabíamos que vivía en un barrio apartado, en compañía de su madre que era una *mujer de rebozo*, detalle que tal vez no dejaba de ser parte a que aumentaran nuestro desdén y nuestra antipatía de criaturas ricas que juzgaban inferiores a los que no visten ni viven por lo menos como las personas de su familia.

Un día supimos que la madre del señor Cañedo estaba gravemente enferma y de allí a poco que había muerto. El ayudante faltó tres días y al cuarto volvió a la escuela más ceñudo, más encorvado, el rostro lívido, manchado por tintas biliosas y en la mirada como cierta profunda mansedumbre que no se compadecía con el tupido ceño. Parecía distraído y sus ropas desaseadas acusaban un triste descuido del qué dirán. Su carácter parecía suavizado y había veces en que aunque la clase retumbara, él permanecía quieto, con la palmeta en el

aire y la mirada perdida en el envigado. La desdicha del ayudante —cosa rara— en vez de movernos a compasión, no hizo otra cosa que aguzar más los dardos de nuestra sátira y amargar doblemente nuestras burlas; ya nos permitíamos reírnos de él en su presencia. Viendo al león domesticado, nos autorizábamos a tirarle de la crin. Además la idea de la muerte mezclaba no sé qué extraños elementos de horror y asco a nuestras relaciones con el señor Cañedo, de tal manera, que habiendo este intentado acariciar a un pequeñuelo a los pocos días de muerta su madre, se esquivó aquel con repugnancia, porque, según nos dijo después, “El señor Cañedo debía haber tocado a la muerta.”

Pasamos aquel año en plena insurrección, inventando cada día nuevas diabluras que el señor Cañedo parecía no ver, sumergido en su meditativa tristeza, cuando de pronto notamos un cambio que a todos nos llenó de asombro: nuestro instructor volvía a su antigua actividad, pero sin cólera, sino con cierto interior regocijo que trasvertía por sus poros e iluminaba su cara de condenado, con involuntarias sonrisas. Estábamos estupefactos, desconcertados, hasta que un rapazuelo trajo a la escuela la solución del enigma. Parece que le veo, era un chicuelo bajito, mofletudo, con menos nariz que vergüenza y unos ojillos negros donde parecían haberse refugiado todas las picardías, con los codos y las rodilleras rotas y la moquita embarrada en los carrillos. Pereciéndose por formar en el corro de los *grades*, tiempo le faltó para dar a estos la noticia.

—Yo lo *vide* anoche por mi calle y antenoche *tamien* y *anta-anta-noche tamien*. Va y se pega en la ventana de *encás* doña Simonita y se está allí hasta *rete* muy noche.

—¿Y qué va a hacer allí?

—*Ora, pos* que ha de ir a hacer, a platicar con Lola que es la hija de doña Simonita. Mi mamá dice que seguro se va a casar con Lola, porque si no, Doña Simonita ¡cuándo iba a permitir que platicaran! Y dice también que Lola es una muchacha muy buena y tal como

le conviene al señor Cañedo; que a los dos le conviene casarse, porque Doña Simonita se muere de un día a otro... Y otros muchos detalles por el estilo nos dio el chiquitín espía, que nos resolvieron a prepararle alguna broma gorda al infeliz Cañedo. Allí propusieron lo más terribles chascos, los sustos más fatídicos y las máquinas más enrevesadas propias para el caso, pero al fin todos nos resolvimos a seguir el parecer de Sagredo, un rapazón pecoso y más malvado y pícaro que un presidiario.

Para urdir el chasco necesitábamos reconocer el terreno, y todos fuimos allá como quien anda de paseo y conducidos por el denunciante, reconocimos la pobre casucha de la novia del maestro y vimos a ésta a la ventana, encorvada sobre una labor que cosía afanosamente. Era una linda muchacha de dieciocho años, pálida de miseria y privaciones; al pasar nosotros se alzó un poco, dejando ver su talle largo lleno de aquella gracia desmañada de las vírgenes italianas antiguas y la mirada de sus hermosos ojos negros llenos de dulzura. No sé por qué, pero aquella mirada me oprimió el corazón dejándome ver porque un instante toda la vileza de la acción que íbamos a cometer. A punto estuvo de volverme o de impedir que hablasen mis compañeros, pero ya no era tiempo, viendo la ocasión tan propicia para poner en práctica nuestro plan, Sagredo se adelantó con truhanesca sonrisa y acercándose a la ventana dijo a Pérez como quien prosigue una conversación:

—Sí, me dijo que le llevara una botella de vino y luego que se la llevé, mandó a llamar a una de aquellas mujeres que viven en la calle que sigue de la escuela.

—¿Y tú fuiste a llamarla?

—¡Yo no!... ¡qué había de ir!... fue el mozo y luego la mujer no quería entrar y salió el señor Cañedo y entonces ella le dijo riéndose que ya sabía que tenía novia, pero él le contestó que no tenía novia, que nomás tenía una muchacha con la que se andaba divirtiendo,

haciéndola creer que se casaba con ella. Luego siguieron batallando, pero después la mujer entró...

En ese momento, la joven, que desde las primeras palabras de la infame conversación había dejado de coser atendiendo a lo que decían mis compañeros, levantóse de improviso y acudiendo demudada a la ventana, la cerró con estrépito diciendo:

—¡Váyanse, criaturas, váyanse, por Dios! Mientras en el fondo de la estancia se oía el gemido desesperado de una pobre anciana enferma, a la cual hasta entonces no había visto.

Al día siguiente, en vez del holgorio que nos prometíamos al preparar la broma, nadie osaba mirar a la cara de sus compañeros. Apenas sí el desalmado Sagredo se permitió algunas groseras alusiones, que no hallaron eco, al suceso del día anterior. Todos esperábamos con ansiedad el momento en que el señor Cañedo entrara a la clase, menos lo que no estaban en el secreto, que andaban por los rincones haciendo el desorden de costumbre. De pronto oímos unos pasos que hicieron crujir la escalera de palo, se abrió la puerta de la clase y se nos presentó el señor Cañedo, tan pálido, que su rostro parecía una horrenda máscara de yeso tiznada de carbón; dirigió una mirada vaga a todos los ámbitos del pieza y ocupando su sitio detrás del pupitre, en vez de empezar la clase, se cubrió la cara con su única mano y se quedó meditabundo. En aquel momento, mi espíritu de niño le vio tal como era sin prevención alguna, sin el odio de quien está sometido al capricho de otro: le vi como un pobre hombre de alma cariñosa, de nobles sentimientos, a quien por su fea catadura y su pobreza le estaba vedado mostrarse tierno ni amable, poseyendo tal vez un alma desbordante de afectos; miré su pobre cabeza semicalva que ya empezaba a encanecer; sus ropas verdosas, lustrosas y

desgastadas y su calzado remendado, y recordando las bondades que para conmigo había tenido y dándome cuenta tal vez vagamente de lo mucho que le debía, sentí una angustia tal que estuve a punto de confesarle nuestra infame acción y comencé con voz trémula: señor Cañedo,... pero él me interrumpió o tal vez ni siquiera oyó mi voz. Levantando la cabeza, ya un poco repuesto de la emoción que lo embargaba y dejando adivinarla únicamente por ciertos estremecimientos que de cuando en cuando sacudían su cuerpo, como cuando se contienen los sollozos, nos dijo en resumen: que iba a dejarnos, que aquella era su clase de despedida; que probablemente no volvería a ver a ninguno de nosotros y que deseaba que conserváramos un buen recuerdo de él; que si alguna vez había ofendido a algunos de nosotros, le perdonáramos, pues él era ya viejo y pronto, probablemente, ya no podría hacer mal a nadie; que a todos nos deseaba un bello porvenir, y sobre todo, que jamás cometiéramos acciones por las que tuviéramos que avergonzarnos o arrepentirnos. Luego nos anunció que nos concedía asueto por el resto de la mañana, hasta que viniera el nuevo ayudante y salió de la clase. A pesar de su ausencia ninguno se movió en los primeros momentos y nosotros, los culpables, no hacíamos más que mirarnos unos a otros más blancos que el papel, como si adivináramos la tremenda catástrofe que destrozaba el alma del pobre viejo, espantados de nuestra obra.

¿Después? Después vino a sustituir al señor Cañedo un jayanazo que nos trataba como galeotes y al que por lo mismo jamás hicimos la menor travesura; y de aquel no volví a tener noticia. Solo a veces, como ahora, acude a mi memoria su recuerdo desolador y amargo por ser el de la primera maldad en que tomé parte en mi vida.

El primer crimen²⁴²

La niña corría, corría apresuradamente, con esa precipitación que acusa, y volviendo de cuando en cuando la cabecita como si temiera ser perseguida, algo llevaba en la mano que cubría con una orilla del desgarrado rebozo y ocultaba con temeroso afán.

“¡Allí tenían ustedes al muy pícaro! ¡Y no le había costado poco trabajo! Colocar una piedra sobre otra como jugando distraída, subir al montoncillo, zafar la horquilla de la jaula y coger violentamente al pajarillo que aleteaba como un endemoniado, todo pronto, seguro y hecho con la habilidad que el éxito requiere, no es cosa tan sencilla.”

Una inspiración repentina y se resolvió con audacia, pero no con tranquilidad. Porque en verdad, todavía ahora que escondiendo el cuerpo del delito volva sobre el suelo ardiente que le quemaba los pies, todavía ahora sentía martillazos en el pecho y no sabía cuál miedo era mayor; si el suyo que se creía perdida al atravesar cada puerta o el de la avecilla, cuyo corazoncito golpeaba entre los dedos de la niña, próximo a estallar, llenándola de temor, de angustia y de tristeza.

“¿Morirse, y morirse ahora que ya le sentía suyo dentro de su manecita suave y tibia, qué podía seguro darle más calor que aquella jaula sucia y desteñida de la que podía escapar un día? No señor, vivir contento y tranquilo para que le cantara mucho a su nuevo dueño...” Su nuevo dueño... ¡se le había olvidado que tendría que venderle! y al recordarlo sintió la garganta oprimida por el dolor; oprimía tiernamente al pajarillo como para no hacerle daño, y le llevaba a su boquita para besarle y darle calor. —“Vamos, y ahora ya no está tan asustado,

²⁴² Luis G. Acosta, “El primer crimen”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de febrero de 1900, pp. 1-2.

le late menos el corazón, ¿verdad? Claro, bien ha visto que le acaricia mucho y que no es ninguna corazón de tigre.” También ella se siente más tranquila, se cree en salvo y puede descubrirlo poquito para verle mejor. ¡Qué hermoso! pero ¡qué mirada tan fea la de sus ojillos negros y redondos! si será de ira porque le he robado...! pero si yo voy a ser tu otra mamá, y voy a quererte mucho más. Porque... decididamente no te vendo. Te llevo conmigo, explico el caso a mamá y le diré que si el hambre no la hace sufrir demasiado, espere un poco. Porque has de saber que iba a venderte y a llevarle pan, pero la verdad, eso me trastorna el corazón. Mira, mi madre moribunda me dijo que saliera a conseguir limosna o *algo*, porque la pobrecita se siente morir.

Pues limosna no, porque ya sabes que no hay quien la dé, pero sí el *algo* que se toma de donde se halle. Te llevo aquí, te guardo en casa y salgo, y en menos de un minuto consigo otra cosa. Ya verás, después tú cantando y yo rezando aliviamos a mamá, porque los trinos y las plegarias también alivian, sobre todo a los pobres que no tienen ni médico, ni pan; esto es caro.” Y la niña avanzaba hacia su boardilla con el descuido y la alegría de sus siete años. Consolaría a la enferma con un beso y le diría que se pusiera la mano en el pecho y dijera, “sí.” En verdad ¿podían tener valor de vender aquel *algo* tan hermoso? Pero no había que apurarse; guardaba el pajarito en un cesto y volaría a conseguir pan que le darían por fuerza. No faltaba más. ¿Conque por la miseria de la gente iban a tener que poner aquel tesoro en manos de alguna ogro de zaguán? O de balcón, porque todas son lo mismo; ingratas, duras de corazón y que no sabían socorrer a los enfermos pobres.

“Vamos precioso, ¡hemos llegado! Mira mamá, espera un poco, luego traeré pan. Mamá, mamá” repetía la niña oprimiendo el pajarillo contra el pecho al recibir el latigazo de una sospecha angustiada. “Mamá... muerta, muerta” dijo rompiendo a llorar. ¿Y el pajarillo? Muerto también al oprimirlo contra el pecho, como la única esperanza para el futuro. Los

ojos de la niña pasaban delavecilla, aún tibia, al sucio lecho de la miseria en que la madre había dejado de vivir.

Dos cadáveres. El ave y la madre. Una muerta y una mancha, la del primer crimen, esparciendo sus negros tintes sobre el alma blanca de una huérfana inconsciente.

Zacatecas, febrero de 1900

¿En primavera... o en invierno? (cuento sin pies ni cabeza)²⁴³

Mi amigo íntimo, aquel amigo que todos tenemos y que tanto se nos asemeja, porque siempre viste de negro y que no se nos presenta sino en las grandes ocasiones, cuando el alma está poseída de terror, de duda o desencanto, me ha referido lo que ahora voy a contarte, paciente lector.

El jardín está abrumado de calor. Las plantas repletas de savia parece que se esponjan como caballeros que después de comer se quitan la levita y se quedan a sus anchas para procurarse un poco de frescura. Las flores sofocadas pueblan el aire con su perfumado aliento. Ya las raíces de los árboles reventaron el asfalto alrededor de la pila del jardín, como si quisieran también salir a luz y conocer la vida. Un chorro de luz baña otro chorro de agua que salta de la fuente mojando la arena, y se prestan mutuamente frescura y reflejos. Un viento suave mueve mansamente las hojas de los fresnos que al rozarse forman una confusa melodía a la armónica algarabía de los pájaros satisfechos con las promesas del sol y de las nubes de que el año será bueno y las cosechas abundantes. Ya les parece ver dorarse los trigales, y un salate negro que vuelve de lejana excursión les trae seguramente una buena nueva de tierra bien regada y mucho grano sembrado, según es de estrepitosa la discusión a pitidos que se arma sobre mi cabeza.

²⁴³ Jean Martel, “¿En primavera... o en invierno? (cuento sin pies ni cabeza)”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de febrerp de 1900, pp., 2-5.

En lo más escondido de la espesura de un olmo se oye la queja hipócrita de una paloma torcaz que no tarda en bajar a la calle, en la que dando saltitos e hinchando el buche, se pone a recoger lodo y basuras para formar el nido. Luego que tiene una buena provisión que le chorrea por los dos lados del pico, vuela a su árbol rápidamente para volver al poco rato.

Ya ves como te doy detalles... Lo cual prueba que me hallaba en mi estado normal y en manera alguna enamorado...

Es un idilio urbano el que quiero referirte, y para que no te sorprendas voy a presentarte a la protagonista. Tú la has visto muchas veces, pero como la verás con los ojos percederos de la carne, no la conoces. Para que la conozcas mira estos fragmentos de una carta que le escribía... ¡no te rías! Tú también se la hubieras escrito:

“Ya sé que ésta irá a parar en manos de usted por algún medio vulgar, pues nadie es menos ingenioso cuando se enamora, que nosotros los que nos andamos por las nubes soñando en sublimidades y a caza de imposibles. Sin embargo, por cualquier conducto que la reciba usted, dígnese leerla... La leerá usted; yo sé que la leerá... pero ¿después? Si usted es como me la figuro, se pondrá triste y dirá: ¡pobre Efrén! ¿pero cómo ha creído que yo pudiera amarle?... Su amiga... Tal vez lo sería de buen grado (¡y quién sabe!) ¿pero su novia? ¿Yo novia de ese muchacho feo, taciturno, que en los bailes permanece detrás de una cortina devorándome con los ojos, que cuando me dirige la palabra se turba y que si le saludo en el paseo se ruboriza?... Yo pensaba que todo esto era timidez y ahora resultamos con que es amor... ¡qué raro! Y en seguida sentirá usted rebullir en su cuerpo y en su imaginación toda su juventud ganosa de placeres y la conciencia de su belleza y de su distinción y le parecerá un poquillo ridículo, pero sin dejar de compadecerme, que yo pretenda conquistar su amor.

Y en seguida se pondrá usted a escribir una carta en la que me dirá que soy dueño de su amistad, pero que su amor... Puntos suspensivos. No quiero encolerizarme, porque se lo confieso con la ingenuidad del que nada teme perder: esa carta me parecerá el más cruel de los insultos: el insulto de la limosna.

Si usted es como no puedo imaginármela, mi carta le producirá impaciencia mezclada de disgusto, romperá el sobre suponiéndose ya lo que encierra: una declaración de amor. Y en todos estos reglones no verá usted más que eso, así pudieran decir otra cosa las letras; se comparará usted conmigo mirándome muy por debajo, considerará con altivez todos los detalles, todas las naderías, todas las grandes diferencias que nos separan y dirá usted mordiéndose los labios: ¿pero éste.. qué se ha figurado? Después, en el paseo, me negará su saludo o se reirá de mí y entonces yo sentiré como si una sábana de hielo cayera sobre mi corazón y lo envolviera y también me reiré afectando indiferencia, pero como un gran amargor entre los labios... Formulando estas hipótesis, apenas me ha quedado papel para decirle que la amo. Sépalo usted.”

¿Verdad que es encantadora esta figurita de la mujer a quien no sabemos si la amamos o si la odiamos y acerca de cuyos sentimientos podemos razonar tan fríamente, ocultando con frases la profundidad de nuestra herida?

Ya te describí mal que bien el escenario, ya te dije también poco más o menos cómo me figuro que es su espíritu, y así tiene que ser, porque las cosas son siempre como uno de las figura, no como las ven los demás. Mira ahora como es su ser físico, el único que está al alcance de tu mirada y cómo se me apareció aquella mañana en el jardín, engalanada por una

mañana de primavera. Lo primero que la hace notable, es su aspecto de distinción, una distinción Real (te lo pongo con mayúscula para que sepas que de *realeza* quiero hablarte, no de realidad.) Al verla, instintivamente vuelve uno la vista alrededor para ver si se encuentra en Plateros.. o (me arriesgo a decirlo) en un bulevar parisiense. Nada, no ha cambiado la decoración, las mismas casas viejas, las mismas calles silenciosas que dormitan aburridas bajo el sol sin ofrecer horizonte al alma deseosa de aventuras. Y por eso parece maravillosa su presencia; su frente pequeña y blanca, bajo la cual dormitan pensamientos que yo no osaría despertar; los arcos pensativos de las cejas que aumentan con su forma la belleza de los ojos oscuros, radiantes, con una radiación profunda y misteriosa... ¡Y el perfil! ¿no se acuerdan ustedes de una princesa de la casa de Este pintada por uno de los primitivos italianos? Pues es igual; pero más fino, más delicado, con líneas que parece se complace la luz en acariciarlas...

Aquella mañana llevaba un trajecito gris mate... (Le gustan los colores apagados, las tintas... no serias, pero melancólicas, revelando en esto la nobleza de sus aficiones... ¡Ah! Lleva el sombrero como una parisiense; detalles todos estos perdidos por la mirada del vulgo.)

Cuando pasó ante mí me arrojé a alzar los ojos, a pesar de las protestas de mi corazón que hubiese querido cegarme en aquel instante para librarse del presidio. Una angustia dulce y tolerable invadía mi pecho, haciendo saltar a compas mi corazón...

Cambiamos un saludo y ella pasó.

Y sigo describiéndola:

Sabe que es hermosa porque se lo han dicho. Se lo dijo un amigo suyo a quien aborrecía por esto y porque la privó de una de sus gracias más ingenuas, riéndose de ella cuando se ruborizaba. Ahora ya no se sonroja si algo le causa vergüenza; ahora siempre se presenta lo mismo con su pálida blancura que tan bien le sienta, y cuando algo la apena sólo se conoce esto en que sonrío de una manera equívoca...

Tiene novio, un novio cursi de esos que a las primeras de cambio ofrecen casarse; que visten bien, con arreglo a su sueldo; y se perfuman y aspiran a lechuguinos o a calaveras y que saben adoptar un aspecto melancólico en la presencia amada, porque piensan que esto sienta a maravilla a los enamorados.

...No se casará con él, pero tampoco se casará conmigo. Con él porque ella probablemente no querría; conmigo porque yo, de seguro, no querré... ¡ni ella tampoco! No se casará con nadie. Ya no hay príncipes azules en este mundo prosaico y solo un príncipe de cuento sería digno de su mano...

¿Ves?... ¡cómo está cambiado el jardín! Los árboles desolados alzan al cielo frío, desnudo, implacable, sus ramas ya sin hojas. La fuente ya calló, dejó caer su chorro como una cosa que se muere y se hundió en el negro agujero haciendo un ruido extraño. Parecía como que si hiciera gárgaras para limpiarse la garganta... Los pájaros se han vuelto muy caseros; regresan muy temprano, cuando apenas comienza a ponerse violado el cielo y a palidecer las rosas de la montaña; un estremecimiento del frío sacude el aire, como si el cielo fuera una inmensa tela mojada y alguno la apaleara por encima de nuestras cabezas... ¿Nuestra juventud? ¡Se fue!... ¿Oye? Y aquella figurita pálida y distinguida que tanto te agradaba? —

¿A mí? ¡Ah!... ya. Búscala entre la multitud, acaso es aquella robusta matrona que va por allí pastoreando un rebaño de nietezuelos; o esta otra solterona silenciosa, que con el traje negro pulcramente recogido se dirige al templo...—¡No será aquella cubierta de afeites y de mirar provocativo que?... —No, ¡qué tonto! ¿No ves que las mujeres como ella acaban siempre bien?

En esto noté que el sueño invadía mis párpados y que mi amigo, como siempre que su lenguaje comienza a ponerse incoherente, se iba, se desvanecía, y afanoso por saber el fin de su aventura, cuyo principio no me había contando aún, quise atraparle en el espacio... Di luz a la moribunda lámpara y aticé fieras chupadas a mi puro que se apagaba. Bebiendo un trago de café, negro como su traje habitual (cuando me visita mi enlutado amigo, tomo café, y té cuando me visitan mis ilusiones) le requerí ardientemente para saber el resto de la historia. Como alcanzará a verle aún columpiándose en las espirales más altas del humo, le interrogué con vehemencia.

—Bueno, ¿y qué sucedió? ¿qué fue de esa mujer, la amas aún?

—¿Qué había de suceder? ¡Nada! ¿No te lo he dicho ya? Esa mujer no existe, ninguna mujer existe; todas nos la fingimos nosotros mismos, las formamos con pedazos de nuestro propio ser y luego, cuando intentamos separarlas de nosotros, dándoles vida propia e individual, nos asombramos de que nos duela... La sombra se desvaneció, y yo, como si estas palabras me hubieran revelado un dolor desconocido, sentí que se oprimía mi corazón... Mi corazón... es ridículo fin para una frase pero tú, lector diestro, busca otra que supla lo que no supe decirte, embargado por este frío que embaraza mi pecho, paraliza mis dedos y hasta los pone más rígidos y yertos, incapaces de trazar un rasgo, los puntos de mi pluma.

La espada de honor²⁴⁴

¿No os acordáis? Pedro Pérez Pimentel ocupó en la última epopeya española, en la guerra de África, lugar distinguido.

Es un alférez, nada más que alférez, descendiente de hidalga familia por parte de su madre, cuyo apellido tiene resonancias históricas, y notables recuerdos de guerras de sucesión e independencia le revisten como la hiedra al tronco.

Su padre murió joven, pocos meses después de haber nacido Pedro; la valerosa viuda tuvo el heroísmo de la miseria, un valor al que no se conceden grandes cruces en la tierra, pero sí angélicas palmas en el cielo.

El linaje materno de los Pimentel iba de capa caída, y le quedaban más honores que bienes. Había entrado en ese periodo triste en que la existencia va unida a diarios agradecimientos, en que todo se debe a la bondad de los demás.

Pero aunque decaído el astro de su poder, no lo estaba tanto que no pudiera obtener para Pedro el galón de alférez; y cuando apenas apuntaba el bozo en su labio, lucía el uniforme de Vetonia y la estrella dorada de militar.

Murió su madre, como si considerase terminada su misión. Murió del mal del corazón, que es una forma de más del alma, de dolores sufridos, de penal devoradas, cuando le faltaron un día lágrimas con que humedecer el fuego en que ardían sus tristes recuerdos.

Entonces empezaba la guerra de África. Acaso la desesperación que Pedro llevaba como fúnebre velo de tristeza, le llevó a poseer en el campo de batalla esa fría serenidad, esa helada indiferencia de la muerte, ese valor estoico que produce las más sublimes acciones

²⁴⁴ Carlos Toro, "La espada de honor", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de febrero de 1900, pp., 5-7.

militares. Ello es que no sintió el estremecimiento del instinto de conservación al oír silbar sobre su cabeza la primera bala, ni al ver fulgurar delante de sus ojos el primer sable esgrimido por las morenas manos del berebere.

No pienso detenerme en narrar lo que todo el mundo sabe. Iré, pues, con paso rápido al corazón de mi relato. Llegó el día de la batalla de Vad-Rás. Entonces fue cuando Pedro Pérez de Pimentel, penetrando solo entre la morisma, llegó a los reductos enemigos, dispersó a los que los defendían, y poniéndose de pie sobre la trinchera natural de arenisca, adornada de nopales y pitas, gritó con estentórea voz. “¡Viva España! ¡Muera marroquí!” Así, en esta actitud e héroe griego, ambas manos levantadas al cielo, el rostro ennegrecido por la pólvora y el sudor, invulnerable a las balas, le ha representado la estampa y ha sido conocido del pueblo, ya en los grabados de la prensa culta, ya en las litografías de pañuelos de algodón, cajas de cerillas y abanicos de a real. En un día se hizo su popularidad y desde el seno del África voló por España, no por España solo, por Europa toda, resucitando en sus sepulcros tétricos la antigua leyenda heroica, y haciendo de nuevo vibrar el entusiasmo de la patria y el plectro de la epopeya.

Poca recompensa pareció al general en jefe del ejército expedicionario la de conceder un grado o un empleo al alférez Pimentel. Lo extraordinario de su acción exigía extraordinaria recompensa, algo muy solemne y pocas veces hecha. Decidió consignar su nombre entre aquellos elogios tan elocuentes de la orden del día, y regalar a Pimentel una espada de honor. Se fabricó en Toledo, con escogido acero y pomo de oro, en que caracteres góticos conmemoraban el inolvidable suceso; le fue entregada a Pimentel en Marruecos, entre

acordes marciales, desfile de tropas, apretones de manos. Pimentel fue la personificación del heroísmo, y su nombre, su historia y su hazaña ocuparon durante un mes a la patria.

Acabó la guerra; hubo un gran licenciamiento general. Pimentel quedó alférez y de reemplazo. El héroe empezó a cobrar nueve duros de sueldo mensualmente, con una regularidad jamás interrumpida. Poco antes se había casado con una hermosa gaditana rostro de *madona* rafaelesca, cintura inverosímil, gallarda presencia; y el primer día en que cobró su mermada paga de nueve duros, le nació el primer hijo. El natalicio se efectuó en un sotabanco de la calle de la Ruda, que, por su hediondez, merece el hombre que lleva, y pudo celebrarse con algunos obsequios a la parentela, y la puérpera tuvo gallina en el cocido, y el recién nacido Pimentelillo, una capa de merino que lucía en la sacristía de San Lorenzo la noche del bautizo. Obra fueron estos gastos de representación de unas cuantas onzas economizadas por el alférez, que era hombre austero, a pesar de su juventud, y que jamás había fumado ni bebido vino, ni aun en los grandes azares triunfales, que suelen alternar con las fatigas de la vida militar.

Consumiéronse pronto aquellas onzas, y la economía de Pimentel tuvo mal resultado; primero, porque nueve duros dan poco de sí, aunque sabiamente se administren, y además, porque Egipciaca, la esposa del héroe, no era lo que se llama una mujer de su casa. La hermosura pensaba ella que se había hecho para ostentarse en lujosas piezas y no para los pobres ropas de una miseria, aun cuando santa, poco bella. Murió el Pimentelillo cuando iba a salirle el primer diente. El hogar se quedó triste, silencioso, sin encantos. Aquel niño, que

no pesaba media arroba, que no hablaba, que no cantaba, llenaba antes la casa de alegría, resignación y esperanza.

Pimentel quiso trabajar. Su cultura era escasa; pero, aun así, podía haber empleado aquella joven y honrada existencia en ocupación digna. Mas no tenía el arte de pedir. Aquella espada de honor, colgada de un clavo dorado en la única sala de la casa, le imponía cierta actitud caballeresca, cierto noble orgullo, exento de vanidad, pero lleno de dignidad y energía. Solicitar el pan le costaba trabajo. Las humillaciones que tiene que sufrir todo el que pide, eran superiores a su fuerza de voluntad. Más de una vez entró en casa de algún poderoso cuya ayuda iba a implorar, y salió indignado de haberlo hecho, ahogado de furor y de vergüenza. La espada de honor era su gloria; pero le pesaba demasiado, como cruz de martirio.

Un día la Egipciaca le dijo:

—No tengo qué ponerme. Este pañuelo está hecho un jirón... Conforme venga la paga, se la llevará el tendero... Yo no puedo vivir así... Antes de casarse, los hombres piensan cómo han de mantener a sus mujeres.

Pimentel escuchó estas palabras cerrando los ojos, sintiendo que pasaban sobre su conciencia las olas de un océano de penas y dolores.

Buscó el exalférez nuevamente ocupación, y durante dos meses fue escribiente temporero de una oficina y ayudante de un colegio de primera enseñanza; pero ambos cargos los perdió porque no sabía resistir las groserías de los superiores, y le parecía cosa asquerosa

e innoble manchar la gloria de su espada convirtiéndola en una azada con que aderezar la comida.

Cuando el hambre apretó, Egipciaca dijo a su marido:

—Pedro, es preciso que hoy me traigas cinco duros.

—¿De dónde los saco? —respondió Pimentel desolado.

—Eso no es cuenta mía, sino tuya.

—No tengo a quién pedir.

—Empeña la espada... Tiene el puño de oro.

Pedro crispó los suyos, y dos lagrimas asomaron a sus ojos. Su mujer, su amor, le proponía que dejase, en prenda de vil puñado de céntimos, la espada de honor, su gloria. Tal desdén por lo que constituía el lustre de su vida, le llenó de duelo.

—Eso no es posible, —dijo con severo acento.

—Entonces, yo sé lo que tengo que hacer, —añadió Egipciaca con resolución.

Aquella noche, cuando Pedro volvió a su casa, se encontró la puerta abierta.

Dentro no estaba Egipciaca, pero sí una carta que decía:

“No quiero perder mi juventud contigo. Me voy hambrienta. No lo estaré mucho tiempo. Me aguarda mayor felicidad. No me busques. Quédate con tu espada de honor.”

Por los ojos de Pimentel pasó un relámpago de ira. Miró la espada, que estaba colgada de un clavo, y le pareció vil cadáver colgado de una horca. Entonces, asiéndola con furor, se desenvainóla, y dijo:

—Ya no tienes honor. Sólo eres un hierro.

Y se pasó con ella el pecho.

El hábito no hace al monje²⁴⁵

Cuando yo pedía explicaciones a mi amigo sobre el extraño suceso del teatro de Melpómene, de que tanto se ha hablado, él me refirió lo siguiente:

Como el Vizconde es uno de esos habladores inagotables, molinos de palabras a los que nunca falta el agua para moler prójimo, cuando acabado el banquete me llevó a un rincón de la sala, me sentó entre el piano y un bastidor de seda que ocultaba la chimenea, y se dispuso a contarme el pormenor de su interesante existencia, calculé pasar allí el resto de mis días. Me soltó con los oídos asordados de su necia charla, a que sirve de vehículo un vocejón grave que vibra como el bordón de una guitarra cuando está flojo. Todos los demás comensales se habían marchado. Sobre la mesa había restos de un castillo de hielo color de rosa, que se derretía poco a poco, cayendo sus almenas. Hubo un momento en que creí que aquella aspillerada máquina era la muralla de Jericó, y la voz del Vizconde la trompeta destructora de que habla el libro de cuentos. Cuando conseguí salir el criado me echó encima un capita a los Luis Eguilaz.

—Este no es mi abrigo, —dije.

—No queda otro, —me respondió con voz meliflua el criado.

La educación me obligaba a callar, el frío a embozarme, y el miedo de ponerme de nuevo al alcance de la elocuencia de Krup del Vizconde, a salir más que a paso.

Frente a la puerta de la calle había un grupo de tres hombres.

—Éste es, —dijo uno de ellos al verme bajar.

²⁴⁵ Carlos Toro, “El hábito no hace al monje”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 9, 1 de febrero de 1900, pp., 13-15.

—Caballero (me dijo otro que cubría su cuello con el de un gabán de verano y su cabeza con un sombrero de copa del renacimiento); es inútil que usted se oculte. Venga con nosotros.

—¡Cielos! ¡Son ustedes de la policía! —exclamé.

—De la policía de Apolo (replicó el tercer personaje tiritando de frío; porque, enemigo del romanticismo, y para no ir embozado, iba en cuerpo): venimos a llevarle a usted al templo.

—¿Algún amigo que ha muerto?

—No; al templo de la gloria. Usted es el que nace hoy al mundo de los inmortales.

—Señores, basta de broma. ¿De qué se trata?

¿Intenta usted negar que es el eminente poeta Menganarias?

—¿Quiere usted negar que es el autor del drama: *El puñal desenvainado*, que se estrena ahora mismo en el teatro de Melpómene?

—¿Pretende usted evadirse al aplauso público?

—Sí, dije, puesto ya en el disparadero de las bofetadas.

—Intento, pretendo y quiero todo eso; y ni yo me llamo Menganarias, ni yo conozco a ese sujeto más que de comer una vez por semana en esta casa, donde suele estropearme las mejores digestiones con sus versos. Es un asno con estrambote, y ustedes unos impertinentes.

—Tanta modestia criminal (dijo el que iba a cuerpo); usted ha hecho estrenar un drama incógnito... Pero el primer acto está acabando; el aplauso resuena en la sala, y el público pide de seguro ahora la presencia de usted... ¡Menganarias! ¡Menganarias! Véngase usted con nosotros. Hemos venido aquí, donde sabemos que usted come todos los martes. No teníamos la honra de conocerle; nos han dado las señas; hemos esperado: ninguno de los demás caballeros que antes han salido, corresponden con el aspecto que nos han dicho que

usted tiene: sale usted. Le abordamos; usted nos rechaza. Nosotros depositamos a sus pies las coronas del laurel del triunfo, y le rogamos que nos cubra de gloria, permitiéndonos llevarle al teatro de Melpómene, donde el público ruge de entusiasmo y relincha de admiración. Eché a andar seguido de los tres alanos, y como el teatro de Melpómene está cerca, entre tanto que yo me resistía a tales majaderos, locos o borrachos (que entonces con la prisa no supe clasificarlos), y mientras procuraba tomar a broma el caso, hálleme en la puerta de la contaduría, y allí prefería entrar a resolver la cuestión a puñetazos. Pero hube de arrepentirme bien pronto, porque apenas pisé las tablas del saloncillo de autores, empezaron a gritar mis guías.

—¡Aquí está Menganarias; aquí está Menganarias!

Acudieron dos actores vestidos de cota de malla, una actriz con la cara embadurnada de albayalde y dos líneas de rojo ladrillo en los labios, y entre ellos y mis tres aprehensores me empujaron por un pasillo estrecho, por una escalerucha mal oliente, alumbrada con dos mecheros de gas que tenían ahumado el bajísimo techo, y me arrojaron —esta es la palabra— al escenario. El telón estaba alzado, y yo no tuve tiempo de ver al público, porque la luz de las candilejas me cegó. Oí una carcajada enorme y una sinfonía de silbidos que arreció con mi presencia.

—¡A la cárcel!

—¡Muera!

—¡Muera Menganarias! —Gritaba el paraíso convertido en un infierno.

No pude darme cuenta de lo que sucedió entonces. Yo, embozado en la capita, con mi sombrero encasquetado, en medio del escenario, que representaba una plaza romana con vistas al mar y naves ancladas a la izquierda; el público de frente a mí, riendo, silbando, vociferando,

asomándose a la barandilla de palcos y galerías para gritar, levantándose de las butacas para amenazarme con puños y bastones.

Este es el resumen de la situación.

No sé quién me retiró de la escena, y en aquel pasadizo ahumado, cuando yo apenas podía respirar de emoción; me encontré frente a frente con Menganarias, que, pálido, desgredado, los labios trémulos de ira me dijo:

—Caballero usted me ha robado mi gloria... tome usted su gabán y deme mi capita.

—Sí, señor (dije, comprendiendo que la capa de Menganarias había sido la causa del error de aquellos tres officiosos señores que me habían llevado al teatro). Devuelvo a usted su capa... Ahora devuélvame usted mi reputación.

Los tres incógnitos me decían mil disculpas. Menganarias me desafió.

El público estuvo silbando dos meses.

Yo me quedé pensando que es preferible una pulmonía a embozarse en la capa de un mal poeta.

—Hombre, levántese, don Emiliano, que ya está el sol salido y lo va a regañar el amo, y acompañando la acción a la palabra, doña Rufinita estrujaba un brazo de aquel hombre que después de vaciar *tres medias de pinos* se había pasado la noche en el banco de madera que estaba junto al mostrador de la cantina. Emiliano despertó, se levantó con mucho trabajo y esperanzándose se dirigió a la puerta.

—De veras que ya es tarde. ¡Pero qué noche, doña Rufinita, qué noche! Ya hacía mucho tiempo que no había probado el vino, pero hoy esa ingrata tiene la culpa de mi desgracia. ¡Dios se lo perdone, que me ha echado a la perdición!

—Ande, don Emiliano, no diga eso usted que ha sido un hombre tan bueno. Váyase a su quehacer y no vuelva a pensar en esa, pues ya sabe que “a carta que se niega y mujer que se huye, no buscarla.” Ahora, como no tiene ni quién le haga de almorzar, llévese una pieza de pan, este pedazo de queso y una caja de sardinas, mire, aquí se las envuelvo en esta servilleta, no le tenga asco, está muy limpia, *tenga* y vaya con Dios.

—Pero, y mi hija ¿dónde está?

—Ahí está adentro, no tenga cuidado. Anoche que lo vi a usted alegrito fui y me la traje, pesando que la pobrecita no iba a poder dormir del miedo, sola en casa.

—¿Con qué le pagaré yo esto? ¿Con qué le pagaré lo que hace por mi hija? —y los ojos se le preñaron de lágrimas. —Se la encargo, doña Rufinita, sea usted su segunda madre y no me la desampare...

²⁴⁶ Ignacio Flores Maciel, “Dorotea”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, pp. 3-6.

La mañana estaba hermosísima, toda la noche había llovido y los primeros rayos del sol se quebraban en los charcos del camino, había muchas flores en el campo y el cielo estaba azul, sin una sola nube. A pocos pasos del pueblo, Emiliano dejó la carretera y tomó por el atajo que conducía a la mina abandonada que él cuidaba durante el día hacía ya más de dos años. Iba triste, muy triste, y entregado a sus pensamientos parecía no fijarse en nada de lo que lo rodeaba; ella, su Dorotea, había abandonado su casita el día anterior y se había ido. ¿Pero para dónde se habría ido? Y al pensarlo, al suponerse el derrotero que debía haber tomado aquella mujer tan querida para su corazón, sentía como si un hierro encendido penetrara en su cerebro y creía que iba a enloquecer.

Con qué claridad, entonces que era desgraciado, recordaba punto por punto la historia de su vida. Su padre, ahora lo comprendía, tuvo seguramente pesares muy semejantes a los que él sufría ahora, porque Emilia no había conocido a su madre y jamás había oído hablar de ella en casa. La abuelita, aquella viejecita cariñosa y buena, fue la que se encargó de su cuidado y fue también quien comenzó su raquítica educación, haciéndolo adquirir, entre otras cosas, aquel lenguaje no del todo vulgar que lo había distinguido siempre entre sus compañeros de trabajo. Ella lo acompañaba en las noches, mientras su padre cogía el violín y se iba a tocar a los bailes para ganarse el pedazo de pan que al día siguiente llevaban a la boca; pero la abuela murió y desde aquel día comenzó su martirio, su padre lo veía mal, casi nunca le hablaba, nunca le hizo un cariño y lo comenzó a obligar a seguirlo a todas las fiestas donde tenía que tocar, con el pretexto de adiestrarlo en su arte. ¡Cuántas veces después de un baile de aquellos, él, débil y destrozado, tenía que llevar casi a cuestas a su padre, que había bebido más de lo necesario y por sí solo nunca hubiera podido dar un solo paso, y cuántas otras, cuando la juerga terminaba en riña o en algún escándalo, lo que con frecuencia sucedía, su padre daba con sus huesos en la cárcel pública y Emiliano cabizbajo, abatido,

avergonzado, se dirigía a su casa paso a paso, con las manos en los bolsillos y la frente inclinada, tapándose los ojos con el ala del sombrero para que los vecinos no notaran que los llevaba llenos de lágrimas; y sin un solo centavo para matar el hambre.

Aquella vida agitada que llevaba el músico ya presagiaba un fin cercano y éste no se hizo esperar, pues una noche hubo en el barrio un tumulto y él, pendenciero y revoltoso, fue a prestar su contingente y sacó una puñalada que le partió el corazón en dos mitades. Después de aquel drama que lo había agitado terriblemente, Emiliano veía pasar un lapso de su vida, muchos años, sin que ninguna emoción le hubiera prestado colorido, había sido una existencia vulgar que no le traía recuerdos ni le causaba dolores. Heredero de violín con que su padre se ganaba el pan de cada día, él había continuado sacándole provecho y poco a poco también había heredado el vicio que dominaba a su padre. En su juventud nunca había amado y con eso era dichoso, completamente dichoso, sin preocupaciones, sin amores, sin ideales, sin nada de todo eso que solo sirve para hacernos ver más ingrata la vida; cuando quería soñar bebía y cuando quería olvidar se lanzaba en el torbellino de los placeres, hasta que estos dejaron de serlo para él y se convirtieron en cansancio y hastío. Había pasado todo lo mejor de su vida, la juventud, y solo entonces, cuando comprendió que declinaba, que ya en la ciudad se encontraban músicos más jóvenes y más expertos que le quitaban la clientela, tomó la caja del violín bajo del brazo y se dirigió a aquel mineral, atraído por la fama de bonanza y la pretendida facilidad de conseguir dinero.

Entonces conoció a Dorotea, la veía todos los días cuando salía de su casa, porque vivían en la misma vecindad, y al pasar, a guisa de saludo, le lanzaba un requiebro que ella algunas veces le contestaba con una sonrisa, y otras, cuando no estaba de buen humor, con una mueca. Las horas muertas se las pasaba en la cantina de enfrente, con doña Rufinita, y le gustaba platicar de Dorotea.

- —Mírela, doña Rufinita, ahí viene ¿verdad que es muy bonita?
- —*Pues.*
- —Y muy garbosa. No, esta muchacha no parece del pueblo, tiene cara de gente decente.

Ya lo creo, como que dicen que es hija de una persona *muy principal*, con quien Doña Teodora, la madre, tuvo sus dares y tomares... ¿Qué apostamos a que usted está enamorado?

—Ya no es tiempo... ¡ojalá y se pudiera! —Y Emiliano seguía contemplándola como un imbécil, hasta que la muchacha entraba en la vecindad.

Una noche Emiliano regresaba a su tugurio cuando notó en el cuartito de Dorotea mucha luz y se acercó a traído por la curiosidad. Ahí, en medio del aposento, en el suelo, con su adobe por almohada y cuatro velas de sebo por único alumbrado, estaba el cadáver de doña Teodora que acaba de morir súbitamente de una enfermedad que le destruía el corazón hacía ya mucho tiempo. En un rincón dormitaba una vecina caritativa y Dorotea, sentada cerca del cadáver, lo contemplaba, sin un sollozo, sin una lágrima, pero en su rostro se comprendía la amarga desesperación que la martirizaba. Emiliano no se pudo contener y entró... ¿qué le había dicho a Dorotea? no lo recordaba, porque es casi imposible reconstruir las palabras que en tales momentos se pronuncian; pero al día siguiente, después de enterrar a doña Teodora, había vuelto a su casa y en su cuarto encontró a Dorotea que había resuelto a cambiar de habitación.

¡Qué rápidos habían cruzado aquellos días de ventura y lo que a un principio tal vez no fue sino el capricho que se siente por una mujer hermosa, se había trocado en amor, pero en un amor ciego, loco, que había tomado creces con el nacimiento de su hija, de aquel

angelito de cabellos rubios a que su madre había abandonado y al que él, por único abrigo, le dejaba la caridad de la tendera!

Lo que pensaba se había realizado: la amistad de Dorotea con aquella mujer que había traído el director de la Negociación no podía dar nunca buen resultado, ni podía tampoco ser desinteresado el cariño de aquella señora tan elegante para con su pobre mujer que no tenía otro tesoro que su hermosura incomparable ¡y se la había llevado! ...porque él lo comprendía muy bien, porque sí era cierto que desde que las minas pararon sus trabajos, que la gente emigró y su profesión ya nada le producía, su Dorotea había cambiado mucho y ya no lo veía con el cariño de antes; luego que le dieron el destino de cuidar la mina las cosas habían mejorado y volvió a su casa la calma de siempre, solo que desde que la señora tuvo intimidad con ella el carácter de Dorotea se fue acentuando más y más, se había vuelto exigente, descontentadiza y a él lo miraba con un desprecio... Y el día anterior había tendido el vuelo con la mujer que trajo el director y que ahora lo abandonaba como a él lo abandonaba la suya. ¿Pero a dónde habría ido? ¿Para dónde se habría ido ella, la vida de su vida?

Emiliano se estremeció y sacudiéndose la cabeza como para alejar aquellas ideas que lo mataban, continuó su camino, triste y pensativo hasta que llegó a la puerta de la mina. Ahí lo esperaba el viejecito que cuidaba por las noches y con quien todos los días le agradaba charlar un rato, pero ahora no tenía gana de hablar con nadie, porque le parecía que todos conocían su desgracia, que le compadecerían y que aquella compasión era casi un insulto, por eso entró serio, mal humorado y el viejecito, que comprendió, nada le dijo, tomó su frazada y se despidió de él con aquella sonrisita bondadosa que le era habitual: ¡que Dios le dé buenos días! Emiliano ansiaba estar solo, enteramente solo y luego que se alejó el otro, cerró el portón y dejó caer la pesada cadena que lo aseguraba.

En el centro del patio se abría la boca del tiro abandonado que ahora servía de refugio a un verdadero ejercito de palomas que tenían sus nidos allá en el abismo, en las accidentadas galerías de la mina desierta. Muchas veces, cuando Dorotea venía con su hijita a traerle el almuerzo, él por proporcionarles alguna distracción, por obsequiarlas de alguna manera, se acercaba al tiro y arrojaba pedruscos que producían un estrepito enorme; un enjambre de palomas salía atropelladamente, las deslumbraba el sol y una que otra chocaba contra los vigones que sostenían las rondanas del malacate que caía al suelo; entonces él cogía la más hermosa y se la ofrecía a la chiquilla. ¡Qué gusto! ¡Qué ademanes hacía la muñequilla! pero Dorotea cogía la paloma y le decía: ¡no tengas miedo! ¡pobrecita! ¡mírala está asustada! bésala así, e introducía el pico del animal entre sus labios y después le daba libertad. ¡Quién iba a sospechar que aquella mujer tuviera un corazón negro! tan negro como el fondo de ese abismo que Emiliano contemplaba, porque instintivamente se había ido acercando y cogiéndose de uno de los pies derechos de las rondanas, se inclinaba hacia el precipicio y escuchaba el arrullo de las palomas. ¡Un corazón tan negro, ella tan bella! ¿Pero y acaso no fuera tan culpable porque... pues bien, no era su esposa, él la había recogido de en medio del arroyo porque era hermosa, por egoísmo, por voluptuosidad acaso, y si después la había querido, había sido obedeciendo a una fuerza incontrarrestable; pero ella ¿por qué lo había de amar? al contrario, puesto que estaban en completa pugna su belleza de ella y su fealdad de él, su juventud y su decadencia, su corazón, su corazón virgen y el suyo manchado por todos los vicios, era joven y buscaba el sol, la luz, la vida... Él, revelándole el placer y la ternura, no había hecho sino prostituirla y lanzarla por aquel camino... pero ¿para dónde se habría ido? y Emiliano febril, loco, contemplaba la profundidad del tiro, que hasta donde penetraba el sol se veía alegre con su ademe igual, terso, luciente, pero allá más hondo rocas y oscuridad y en ese cuadro negro empotrado en otro cuadro de luz desarrollaba la

imaginación de aquel desgraciado, mil visiones de una realidad dolorosa. Primero veía a Dorotea en la calle, en un calle ancha y limpia, calle de ciudad, y la veía muy contenta, luciendo un traje parecido al que traía la señora del director. Después ese cuadro se iba desvaneciendo y Emiliano veía la sala de una de aquellas casas de mala nota que había frecuentado en su juventud y veía a Dorotea radiante, tendida en un sofá, cerca de un hombre que la contemplaba y ella ¡ella! riendo se acercaba a los labios una copa. Esa idea hizo temblar a Emiliano que apretó con furia el vigón en que se apoyaba. Luego, luego... si lo estaba viendo... si se lo figuraba con completa claridad... ahí en un alcoba medio a oscuras, cerca de una cama que ocultaban unas cortinas inmensas, ella, su Dorotea, su Dorotea querida, desataba los lazos de una bata azul que caía a sus pies, se desabrochaba el corsé, lo retiraba y así, medio desnuda, suelta la negra cabellera y dejando ver por éntrelos encajes de la bata la blancura inmaculada de su pecho, se reía, se reía locamente y rodeando con sus brazos, blancos como la nieve, el cuello de un joven, le daba en la boca un beso apasionado, intenso, ardiente... Emiliano lanzó un grito llevándose las manos al pecho como si esa idea le hubiera deshecho el corazón y dando un paso le faltó la tierra...

Allá en el fondo del tiro se oyó como el sonido de una campana inmensa que el eco se encargó de reproducir mil veces en las galerías de la mina, un enjambre de palomas salió de la boca del tiro, recto como una columna de humo, y revolotearon un momento en el aire y luego algunas gritando se volvieron a lanzar al abismo en busca de sus hijos y otras, las libres, las despreocupadas, las felices, volaron de dos en dos en todas direcciones hasta que se fueron esfumando sobre los picachos de la serranía en el azul del horizonte inmenso

Diabólica²⁴⁷

El sabio cerró el gran libro empastado en pergamino y colocando su largo y huesoso índice sobre la frente a manera de puntual, pensó y pensó tanto, que, si no hubiera sido porque se quedó dormido descubre aquella noche el mecanismo del Universo.

El furioso aullar de los canes lo despertó. Un murciélago revoloteaba en la habitación produciendo un pavoroso ruido de alas. El sabio se disponía a darle caza para clasificarlo cuando el bicho se envolvió en una nube de humo, se oyó un trueno, se vio un relámpago y apareció el diablo.

Una boa disecada se puso a hacer contorsiones y a pasearse por el aire; un piadoso *Año cristiano* se salió del librero y dando un saltó se trepó a una repisa tomando posiciones, presintiendo una batalla, mientras que dos indignos librejos de magia, muertos de gusto, se ponían a bailar una contradanza sobre la mesa; una calavera abrió las fauces tan desmesuradamente que parecía se iba a comer de un bote un queso de Flandes; de los grabados de unos periódicos franceses se escapó el Capitán Dreyfus temiendo una nueva perrada y se salió por el agujero de la llave, al mismo tiempo que el reloj se ponía a marchar al revés.

Solo el sabio no se inmutó y preguntó con una voz de búho:

—¿Ya vienes por mí?

—No, viejo mochuelo. Vengo a recurrir a tu ciencia porque la mía se me ha agotado por primera vez. Pero antes de hablar haz el favor de quitar aquella cruz que tienes allí y que me hace mucho mal.

²⁴⁷ Carlos Talancón, “Diabólica”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, pp.7-9.

—¡Pues no estás mal majadero! Vienes a pedir un favor y... en fin ¿conque se te ha agotado tu ciencia? Habla y dime qué quieres.

—Tengo entre mis servidores un diablo que era hace poco un chico despierto y que solía traerme muy buenos pejes; pero el tal es actualmente un mentecato, incapaz de tender un anzuelo a una sardinilla porque se ha visto atacado de una rara enfermedad: siempre anda triste, alicaído, soñoliento, no le gusta trabajar ni departir con sus compañeros, cuando dice algo, tiene una manera de hablar que nadie le entiende y parece que de ello se huelga mucho; constantemente está haciendo versos, odas, elegías y sonetos que ni los jeroglíficos de Karnak. Queriendo volver la cordura a ese loquillo he consultado el caso a todos los espíritus de mi corte y la ciencia infernal se ha declarado impotente.

Y como me importa sane a ese chico, recurro a ti, y te ofrezco el elíxir que hace tantos años buscas, en cambio de su curación o cuando menos de que me digas cuál es su mal.

—Tráeme a tu diablo.

—No puede venir. Vamos para allá.

—¿Ir allá? ¡Sí me tomarás por un necio! Me echas la garra y en mi vida vuelvo al mundo!

—Te juro por las barbas de Carón y el rabo del rey Midas que no haré tal. El precio será la fórmula; no lo olvides.

Después de pedir seguridades el sabio, se decidió a ir al Infierno a hacer la curación. El diablo le puso unas gotas de que sé yo qué, y transformado en murciélago emprendió el vuelo con el rey de los infiernos, no sin una ligera discusión porque el sabio quería ponerse sobre la grotesca cabeza de vampiro un gorro de lana, a causa de los resfriados que temía.

El diablejo enfermo se encontraba sentado tristemente contemplando una tatemala de condenados con los codos apoyados en la rodillas y la cara entre las manos.

—Vamos, Chérick, aquí tienes a este sabio hombre que te va a curar; levántate y pregúntale cómo va esa salud que esta es la buena crianza entre los del mundo.

El diablejo apenas le dirigió un mirada de tristura y murmuró:

—Las ebúrneas sombras perseguían al implacable caos a través de la nada.

—¡Cuando le digo a usted doctor que tiene la manía de que nadie le entienda! Mira, Chérick, ya no hables simplezas y cuenta cuál es tu mal.

—Ptolomeo vio un ciprés inconsútil que lloraba sangre y gemía flamígeras sinfonías.

—Pero esta locura de hacer versos incomprensibles y de no trabajar ¿de qué le vino?

Preguntó el doctor.

—Le diré a usted lo que he podido averiguar. Este muchacho se transformó una vez en borrico para tentar a un labrador muy piadoso y paciendo en un prado se comió una yerba misteriosa que no he podido saber lo que sea, la cual lo tornó así mentecatizándolo y volviéndolo llorón y tonto.

—El caso es difícil. Veremos el cerebro y el corazón para seguir con el alma...

—¡Quía! Doctor, nosotros no tenemos alma, que a tenerla ya la hubiéramos jugado a los dados.

—Bueno, tráigame usted serruchos, bisturíes y sustancias.

Al poco rato llegó una diablesa de no malos bigotes trayendo en una bandeja innumerables instrumentos cortantes de formas tan raras que ni en China se ven, y unos frascos que había llevado un boticario que se condenó con todo y botica.

En un momento el Doctor aserró por el medio al diablillo, le cortó la cabeza, le sacó el corazón y le extrajo el cerebro. El sabio notó que era chico como una avellana y blando como la manteca. Muchos días se pasó escudriñándolo, haciéndole cortes, poniéndole líquidos y echándole latines hasta que desanimado armó otra vez al diablejo y le dijo a su papá:

—La enfermedad es incurable. Es mi última palabra. El chico seguirá eternamente diciendo simplezas en versos incomprensibles y rebuznando necedades. Además, la enfermedad es muy contagiosa. Sepárelo usted de los otros.

—¿Es posible? Puesto que usted lo dice debe ser cierto. ¡Oh desventurado Chérick! Vamos Doctor, márchese usted, aquí tiene la fórmula que le ofrecía. Que le acompañe Ker.

Cuando el diablo se quedó solo se puso a hacer tristes lamentaciones:

¡Oh desdichado Chérick! ¡oh querido hijo mío! ¿dónde está tu talento? ¡Oh, orgullo del Infierno! ¿qué poder logró maleficiarte y vencerte reduciéndote al estado que hoy tienes? ¿De qué me servirás ahora? ¿Qué partido podre sacar de tu locura? Tu enfermedad es contagiosa y dentro de poco el Infierno entero hablará en jeroglífico y esto será una torre de Babel en que todos se quejarán de extraños males en resonantes acertijos.

¡Oh dolor!

Pero de repente el diablo se puso a brincar con sus curvas y flacas piernas de macho cabrío dando muestras de regocijo y metiéndose al hocico de asno las extremidades de sus dedos.

—¡Pero miren ustedes como no se me había ocurrido antes! Voy a sacar partido del mal que aqueja a Chérick. El Doctor me ha dicho que la enfermedad es contagiosa; pues le establezco en el mundo y al poco tiempo habrá millones de poetas haciendo versos indescifrables, nadie les entenderá, surgirán camorras por esto y tendré buenas remesas de estas gentecillas.

Y el diablo se deleitaba con tan seductoras perspectivas agitando apéndice caudal y acariciándose su larga barba de macho cabrío.

Poco tiempo después, Chérick establecido en el mundo, contagiaba con su mal a muchos jóvenes honrados y de buenas costumbres, tornándoles asimilados y comunicándoles la manía de decir disparates en versos que nadie entendía. En el mundo les llamaban poetas decadentistas.

Hasta aquí se cumplieron las predicciones del diablo; pero no en cuanto a las camorras que él se esperaba, pues como todos eran de natural pacífico (por más que cuando tenía alborotada la fantasía revolvía caos, sombras, difuntos, cipreses, sangre, palabras estrafalarias, y útiles de comedia de magia) y todos veían sus elucubraciones como inocentadas, ninguno de aquellos niños grandes se iba al Infierno ¡En cambio el Limbo reventaba de lleno!

Zacatecas, Marzo de 1900

Capricho²⁴⁸.

Les unió aquel enjambre de ideas falsas que se forma alrededor de la vida de los seres aficionados al romanticismo. Ella era hermosa, tenía dieciocho años y estaba enamorada de un tipo ideal que no pudiendo ser trovador ambulante ni hidalgo aventurero, por no estar en los tiempos para ello, se le parecía en la imaginación como un muchacho pobre, poeta de bohardilla, —por más que aquí no las haya— con mucho talento, pero muy escaso de dinero, al que ella, con solo darle su amor, le mostraría el camino de la gloria y la riqueza; algo así como un Musset vergonzante o un Rastignac un tanto quejumbroso. Por supuesto que había de ser un bello tipo masculino, que llevaría los andrajos como un manto real... ¡Que novela más hermosa! Le encontraría en el momento en que menos pensara en ello y no necesitaría siquiera que él hablara para conocerlo, una voz interior le diría: ¡éste es! Entre tanto se aburría en las fiestas, la disgustaban los bailes, el teatro y las conversaciones de sus amigas; gustaba mejor de permanecer sola en un rincón en dulce y tierno coloquio con aquel ser ideal. Si se miraba al espejo, a través de su bella imagen le miraba a él, y este descuido en contemplarse hacía que sus adornos y su peinado tuvieran el peligroso atractivo de todo lo que sale descuidado por contemplar un ideal. ¡Cuántas almas de adolescentes se prendieron en esos detalles desdeñados! Como era rica, había en su casa muebles lujosos forrados en telas suaves que eran una delicia tocar, y ella, dejándose palpar por la muda caricia de las cosas inanimadas, pensaba en otras caricias vivas, ardientes, que hacían saltar su pecho con un deleite casto, pero escondido e inefable.

²⁴⁸ Carlos Toro, “Capricho”, en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 10, 1 de marzo de 1900, pp. 9-12.

No había leído novelas —aunque antes cité a Musset y a una criatura de Balzac— y de ahí que sus sensaciones fueran nuevas y llenas de pureza. Tenía un libro de versos de un poeta que, como ninguno, ha sabido despertar las almas femeninas de pocos años, y mejor que leerlos gustaba de esconder su cara entre las hojas del libro. Así percibía como un murmullo de rimas semejante al rumor fresco y atropellado del agua corriente que era —¡qué rubor al pensarlo!— el rumor de los besos del amado pasando en bandada por junto a su rostro sin atreverse a tocarlo.

Los días primaverales y los invernales, los lluviosos y los soleados, todos eran para ella iguales, todos muy hermosos.

Tenía un padre alto y grueso, cuya cara era una perpetua sonrisa, bondadosa maquinilla de hacer dinero para que su hija lo gastara, con tal de que al alzar la vista entre dos sumas del *Diario* no le negara una sonrisa; pero ella no quería gastarlo. Viéndola tan abstraída se desvivía el buen hombre por adivinar la causa de sus meditaciones; pero ella no quería confiársela.

—No tengo nada, papá, decía sonriendo cuando él la interrogaba e inmediatamente volvía a ponerse meditabunda.

—¿Quieres viajar? ¿Salir de aquí...? ¿ir a México... a París?

—Ir... no, yo no quiero ir a ninguna parte. Pero si tú quieres, iremos.

—¡Hum!... y se marchaba el hombre a sus libretos sin saber qué pensar.

Ella —no le pongamos nombre— se había aficionada al piano desde niña y tocaba con gusto y sentimiento, cosas difíciles, no vayan a creer, nada de “nocturnos” ni “*reveries*,” ni “fantasías de salón,” no, nada de eso: piezas difíciles que no eran fastidiosas, sino de aquellas de los maestros que parece robaron su armonía a las noches del cielo o arrebataron su tristeza a las noches del alma.

Beethoven empapado en lágrimas de luz de luna, Gluck cortesano, Mendelson melancólico, Bach sencillo y religioso, Cimarosa melódico y sollozante y tú, Chopin indescifrable, a quién el vulgo no ha podido encanallar, ¡Cuántas veces hicisteis batir el ala a los ensueños de aquella jovencita que hallaba en vosotros expresión para todos sus sentimientos!...

Y aquí entra el maestro del piano. Decían de aquel muchacho reservado y altivo que tenía talento, tal vez genio. ¡Genio! ¿Pero quién va a tener genio en un poblachón oscuro donde todos se conocen y se expían vida y milagros?... ¡Mal genio tendría! que eso ya lo dejaba ver aquella línea recta de su entrecejo siempre fruncido. Ella lo recibió con despego y solo porque su maestro —el otro, que se despedía para Europa— le había dicho: “no puedo dejarla en mejores manos, con este muchacho acabara usted de perfeccionarse.” Casi siempre daban la lección a solas, pero apenas hablaban más palabras que las necesarias para el caso. Él era muy exigente y quería meterle a ella en la cabeza toda aquella enfadosa jerga de teoría musical, que es como la matemática de la música. Pues no señor, eso no lo aprendería ella y le diría a su padre que despidiera al enfadoso impertinente; que bien contento se pondría aquel al ver que su hija manifestaba deseos de algo una vez tan siquiera...

Hay una obra de Chopin... hay muchas obras de Chopin que pudieron ser causa de lo que pasó... Supongamos que fue su *Marcha Fúnebre* lo que ella no pudo un día dominar. Nada, que, con el disgusto de estar dirigida por aquel exigente maestro, tocaba como los muchachos que leen de carretilla, sin arte ni expresión, y las notas salían como si se quejaban irritadas... “No es así,” dijo él y por primera vez se puso a tocar delante de ella... ¿Qué pasó entonces? ¿sonaba el piano o era que el alma del músico saliéndosele por los dedos, pasaba

a las teclas y trasmitía a las cuerdas del instrumento las vibraciones de su dolor? ¿fue entonces u otro día cuando ella, rendida de un amor tal que la palabra intentaría en vano describirlo, cayó en sus brazos diciéndole: te amo?...

Se casaron, sí señor, se casaron vulgar y llanamente, como las gentes ordinarias. Él era pobre, pobrísimo, pero: “y papá ¿no tiene dinero?” dijo ella. Y papá no se opuso, fabricó un palacio, hizo gastos regios y formó el nido de su hija; el yerno le importaba poco. Catulle Mendès pudiera describir tal vez la luna de miel aquella. Yo no quiero fatigar en vano las palabras...

Después de aquel amor inmenso, vino un inmenso hastío. El hombre aquel, como todos los que han vivido en la miseria, era exigente, nada le contentaba. Por darse un gusto que nunca había pensado tener —el mandar en alguien— prohibió a su mujer que tocara el piano. Era una torpe ejecutante, según él. Y él tampoco quiso volver a sentarse en la banqueta que para él había sido como el banquillo del ajusticiado. A lo más como el amo que acaricia al perro viejo e inútil que fue en otro tiempo su compañero de miseria, hacía sonar algunas veces una sola nota con el anular adornado por una gruesa sortija. Se dedicó a la gastronomía y a la política. Y su mujer desesperada, domada a pesar suyo por su antiguo sueño no desechado del todo por la cruel realidad, tenía en su alcoba, por todo consuelo, un músico repleto con sus obras favoritas que en las altas horas de la noche se ponía a deletrear como quien se entrega a un placer prohibido. Una noche se arriesgó: su señor dormía bien y el salón estaba lejos de las alcobas... Con precauciones infinitas llegó a oscuras hasta el piano, palpó con infantil contento la barnizada cubierta, que le pagó la caricia con una como aquellas que le prodigaban antes los muebles de la casa paterna y abriéndolo en silencio tocó el tibio marfil

de las teclas. Una carcajada de gozo que se le escapó a pesar suyo la impidió comenzar; de pronto, llena de temores, fue a cerrar la puerta y a abrir un balcón para que entrara la luz de la luna; volvió a sentarse y empezó a tocar...

El señor no dormía aquella noche. Se sentía mal... vamos, juraría que se le había indigestado la cena... No poder dormir con el estómago repleto... ¡qué fatiga! Pues antes bien que dormía acostándose sin cenar... Lo que son las cosas. ¿Quién le dijera a él que después de logrado el sueño de su vida: pillar una rica, iba a pasar las noches sin poder dormir, con el estómago enfermo?...

¡Por qué cosas se afana el hombre!...

El rumor de la música vino a interrumpir sus filosofías. Primero creyó que era una murga callejera que venía a añadir espinas a su tormento... Pero no, era su casa, en su propia casa... Y se le erizaron los cabellos. ¿Quién podía tocar el piano a aquellas horas? Y no era eso lo peor, sino que las voces del instrumento eran cada vez más claras, vibrantes, agudas como puñales y de tal modo acusadoras que el espantado marido pensó le iban a dejar muerto allí, en su propio lecho. Levantóse de éste y paso a paso, dando diente con diente, se dirigió al salón, poseído de una cólera incoherente, semejante a la que experimentaría si viese a su mujer en brazos de otro hombre. Porque lo comprendí ahora, ella era la que tocaba y —¡razón había tenido al prohibírselo!— en aquellas notas entrega su alma, su vida, sus sentimientos a un extraño.

· ¡Ah, perro Chopin! exclamó el pobre hombre como si se dirigiera a un ser vivo, y a tientas en la oscuridad, comenzó a buscar un arma en la panoplia de la antesala. De pronto reflexionó, volvió a su cuarto y se vistió a oscuras: “La mataré, murmuraba, voy a matarla; yo la enseñaré cómo se me engaña y cómo se me desobedece.” Volvió a la antesala y logró encontrar y coger un yatagán turco y luego de puntillas se acercó al salón...

Las notas salieron a recibirlo en la puerta entreabierta, una oleada de notas que chocó contra su rostro como un insulto haciéndole vacilar y revolverse. Si hubiera habido luz se habría visto cómo se puso en ese momento pálido y demudado. Estuvo a punto de tirar el arma que parecía haber vibrado también armoniosamente y recordó a Otelo que arroja el acero y ahoga a Desdémona. Pero en aquel momento le vino a las mientes una idea salvadora: ¡Que bestia soy! pensó, sonriéndose como sonríe el abarrotero jugando con los dijes de su reloj después de una buena operación. Dejó con tiento el arma en el suelo, fue al cuarto de su mujer, cogió una arqueta donde ella solía guardar sus joyas y ya sin recatar sus pasos, riéndose a carcajadas huyó a la calle cerrando el portón ruidosamente.

... En el salón sonó un grito y el piano calló bruscamente...

Y -¿para qué quieres saber más?— ahí tienes la historia vulgar de esa altiva y nerviosa enlutada que has visto pasar hace un momento.

Abril 1° de 1900

La vuelta del soldado. Imitación de Paul Feval²⁴⁹

Del libro *Cuentos infaustos*

Ángela y Alberto se amaban con delirio, con locura; vivían en el mismo pueblo, bajo un cielo diáfano y radiante, rodeado de árboles y flores, y embriagados de pasión.

Ángela era rica y muy hermosa: tenía el rostro pálido, los ojos azules, adormidos; cabellera negra como el ébano y los labios frescos y rojos como el granado en flor.

Alberto era pobre y huérfano; no poseía en el mundo ni el tesoro del hogar: cruzaba solo por la tierra.

Así lo conoció Ángela, y lo amó, por que a pesar de su miseria y su desdicha, adivinó en él una alma grande y generosa, un corazón noble y puro...

Todos las noches iba Alberto a la ventana de su amada, y allí todas las noches le juraba su cariño, contemplándola más bella que las flores que enlazadas a las rejas de aquel sitio, se mecían a los soplos de la brisa, se dormían al fulgor de las estrellas y despertaban a la luz de las auroras.

Ángela lo recibía sonriente, placentera; y dándole a estrechar su fina mano, le decía apasionada... ¡te idolatro!...

¡Qué hermoso era ese cuadro!... la luna lo bañaba con sus rayos argentados y las flores de la reja lo llenaban de suavísimos perfumes...

²⁴⁹ José Vázquez, "Vuelta de un soldado", en *Revista zacatecana*, número 10, 1 de abril de 1900, pp., 13-16.

Una noche, cuando Ángela y Alberto apasionados más que nunca y como nunca cariñosos se juraban ante el cielo su pasión, una pobre mujer pasó llorando junto a ellos, violenta y agitada.

Los dos amantes la miraron, y sorprendidos por su violencia y sus sollozos, quedaron en silencio contemplándola perderse entre las sombras.

Cuando hubo desaparecido, Ángela exclamó turbada:

—La viste?... ¡va llorando!

—Sí, repuso Alberto suavemente.

—¿Qué tendrá?

—No lo sé.

—¡Ay! Yo vi brillar sus lágrimas a los rayos de la luna.. ¡qué tristes eran sus fulgores!
¡Eran turbios como los de las lágrimas acerbadas de las penas!.. Si pudiéramos calmar sus padeceres!

—¿Lo desearas?

—Con el alma, Alberto mío.

—¿Y si fuese un sacrificio remediarla?

—Más grato me sería... ¡es tan dulce hacer bien!... ¡secar lágrimas amargas!... ¡curar penas y dolores!...

—¡Es verdad!... ¡es verdad! —murmuró Alberto.

Y quedaron pensativos.

Poco rato después, la luna se ocultaba y la ventana se cerró, quedando solo en ella, moviéndose pausadas, las flores olorosas y flotando con las brisas, el eco de un suspiro, ¡los rumores de un beso apasionado!...

II

A la noche siguiente Alberto fue a la reja; pero no plácido y sonriente, sino triste y pensativo. Ángela estaba bella, muy hermosa. Vestía un traje blanco y su negra cabellera caíale destrenzada por los hombros en torrente de rizos perfumados.

Alberto la miraba embelesado; pero en su estática mirada brillaba el reflejo del pesar y la tristeza, no el fuego del amor y la pasión en el placer.

—¿Ángela —dijo el joven al cabo de un gran rato, oprimiéndole una mano— sabes a lo que vengo?

—A lo de siempre ¿no es verdad? —repuso ella— a decirme tu amor y a pedir que te hable yo del mío ¿no es así?

—Sí; pero no con el placer del alma, ¡que hoy debe entristecernos y amargarnos un adiós!

—¿Un adiós?

—¡Sí... mañana cuando el cielo de este pueblo se bañe en los fulgores de la aurora, partiré!

—¡Partirás!... ¡partirás!... ¿y por qué?

—Porque voy a la campaña a combatir con mis hermanos por la honra y los derechos de mi patria... ¡porque soy soldado ya, Ángela mía!

—¡Soldado!... ¡tú soldado!... Alberto, Alberto mío ¿qué dices? ¿qué has hecho?

—Calmar las penas de una madre, secar sus lágrimas amargas; volverle al hijo idolatrado que perdía.

—No comprendo, no sé lo que me dices.

—Escúchame un instante:

La mujer aquella que pasó llorando anoche ante esta reja, cuyas lágrimas viste a los rayos de la luna, turbias como las amargas del sufrir y la desdicha y cuyos sollozos escuchaste desprenderse de su pecho con el doloroso acento del pesar y la tristeza; era una madre que corría loca, delirante, en pos de un hijo suyo que había sido reclutado para el ejército que sale a la campaña; era una madre que perdía su tesoro, su felicidad, su sostén sobre la tierra: era la mujer, en fin, a quién deseaste socorrer en su infortunio, aun a costa de cualquier sacrificio. Pues bien, yo la he encontrado loca, transida de dolor; y recordando tus palabras, tus deseos, he secado sus lágrimas, he calmado sus dolores; le he vuelto al hijo idolatrado que perdía, pero en lugar de él, he ingresado a las columnas del ejército...

Al oír estos conceptos, Ángela lloró preciosas lágrimas; pero no dijo una palabra. Abrazada solo al cuello de su amante, lo oprimió contra su corazón como temerosa de que pudiera separarse de su lado y se fuese abandonándola. Pero llegó por fin la hora fatal, y separándola Alberto de su pecho, con ternura dolorosa le dijo conmovido:

—Ángela, mi deber me llama... ¡adiós!... ¡sí me quieres, espérame, que volveré y entonces serás mía!

—¡Anda! —repuso Ángela llorando— te espero porque te amo; pero antes de que partas, déjame oprimirte aún otra vez sobre mi corazón y besar tu frente pálida que la patria cubrirá de gloria. Y los dos amantes se estrecharon...

Un momento después, la ventana estaba sola, la luna destellaba tristemente y sobre el cáliz de las flores que enlazaban sus tallos a las rejas, cristalinas lágrimas brillaban, los rumores de un beso se extinguían...

Pasaron varios meses.

Los rayos de un sol abrasador caían ardientes sobre un inmenso ejército que atravesaba las arenas de un desierto.

Los quemados rostros de los guerreros bañándose en sudor y sus pies cansados se arrastraban por el suelo; pero el redoble del tambor y la voz marcial de los clarines, reanimaban sus esfuerzos, haciéndolos marchar contentos, para vencer, acaso, la postrer jornada, para conquistar, quizás, la última victoria.

Entre esos héroes denodados, entre esos ínclitos guerreros, marchaba un joven con traje de oficial, llevando impreso en su semblante pálido, el rayo de gloria, de los triunfos.

Ese joven era Alberto, el noble voluntario que valiente y generoso conquistaba en los campos de batalla, coronas y laureles de victoria, y que enamorado más que nunca, suspiraba por su amada, por su Ángela querida, oyendo en cada voz de los clarines, en cada estruendo del cañón, en cada queja de los vientos, las palabras que la joven le dijo al separarse: ¡parte; pero vuelve, que te espero porque te amo!

A lo lejos mirábase otro ejército; sus armas destellaban con el sol y la voz de sus clarines flotaba con el viento.

Era el ejército enemigo; el ejército vencido infinidad de veces por el que atrás marchaba; el que no queriendo luchar más, hacía esfuerzos por huir; mas el otro le seguía, avanzaba y ya le daba alcance.

Por fin, fue inútil todo esfuerzo... llegó el terrible instante... tocaron los clarines a batalla, y al estruendo del plomo y de la pólvora, flotaron a los vientos las banderas y empezó la lucha.

—¿Cuál sería el vencido? ¿cuál el vencedor?

Se ignoraba: las dos huestes luchaban con bravura, con demencia; todo era un solo grito, un solo estrépito, una turba confusa que giraba entre nubes de polvo, fuego y humo, a la vez matando que muriendo!...

Cuando el sol depuso sus fulgores, todo había concluido.

El ejercito en que Alberto combatió, fue el del triunfo y de la gloria. Su bandera mecióse victoriosa sobre el campo de lucha!

IV

—¿Por qué esta de gala el pueblo?

—Porque se espera la llegada de un ejército triunfante.

—¿A qué hora se le espera?

—No lo sé; pero hoy debe llegar.

—¿Y qué cuentan de esos pobres?

—Que son todos un héroes, ¿pero usted no pertenece a ellos?

—Sí; soy de los suyos.

—¿Por qué entonces viene usted antes que todos?

—Porque vengo a prepararles la llegada.

Este diálogo sostenían a la entrada de aquel pueblo, nido del amor de Alberto, un joven militar gallardamente puesto y montado, a quien acompañaba una pequeña escolta de dragones, y un hombre de la clase baja.

Después de que cambiaron algunas otras frases, despidióse el joven para seguir su marcha al interior del pueblo; pero oyendo estallar en ese instante mil cohetes por los aires y deshacerse a repiques las campanas de la iglesia, se detuvo y preguntó a su informante:

—¿Qué, también esas muestras de inmenso regocijo se elevan en honor de los triunfantes?

—No —Contestó aquel, —pertenecen a las fiestas de una boda.

—¿De una boda?

—Ciertamente.

—¿Quién se casa?

—Una joven muy rica y muy hermosa.

—¿Sabéis cómo se llama?

—Ángela.

—¿Ángela? —exclamó Alberto sorprendido, pues él era el gallardo militar.

—Sí, una señorita llamada Ángela, que tuvo relaciones con un joven que ingresó al ejército, y que, según dicen, sucumbió como héroe en la campaña.

—¡Infame!... ¡Infame! —gritó Alberto arrebatado— y clavando en los ijares del caballo sus espuelas, partió rápido, violento, como un loco.

Cuando llegó frente a la iglesia en que se celebraba el matrimonio, miró salir de ella un cúmulo de gente, brincó precipitado del caballo y corrió afanoso hacia la puerta; pero de pronto, convulso, desencajado, delirante, se detuvo; y sin conciencia de sus actos, llevó la mano diestra a su revólver y disparó con él sobre su pecho, desplomándose de espalda...

¡Todo había concluido!... ¡en el dintel del templo estaban los esposos!..

Ella, la desposada hermosa, ¡era Ángela la ingrata, la infiel, la perjura!.. *Él*, el venturoso amante, aquel a quién salvó Alberto del ejército, ¡volviéndolo a la madre acongojada!

Zacatecas.

La florera. Tipo florentino²⁵⁰

Alegre y ligera como una mariposa, vestida con una saya de vivos colores que no alcanzaba a cubrir aquellos pies artísticos y pequeñitos; con el legendario sombrero de paja, de anchas alas, tejido por sus manos y sirviendo de marco a la picaresca y graciosa cara, donde brillaban como chispas de luz, dos negros ojos; y con un cesto de mimbre lleno de ricas flores que llevaba suspendido del brazo, se llegó a mí aquella linda criatura, brindándome con la sonrisa más seductora de cuantas pueden nacer de unos labios color de guinda.

Mi mente estaba ofuscada de admiración ante el campanario de Giotto que yo contemplaba con verdadero interés, cuando vino a llamar mi atención, con sacudimiento extraño de simpatía, aquella hermosa niña, florera de profesión, que daba flores como caricias.

Con suma delicadeza y prontitud prendió en el ojal de mi levita un pequeño ramillete de violetas y heliotropos, diciendo al mismo tiempo, con aquel acento dulce que es el toscano:

· —¡Dispense, señorito! Permítame colocar aquí este ramito de flores.

No intenté moverme, pues no era dueño de mí mismo en aquel momento, solo sentí que cuando puso su mano sobre mi persona y aspire, junto con el de su aliento, el perfume de las flores, mi corazón latió con violencia, como si quisiera escaparse. Colocó el ramillete y sonriendo se alejó, dejándome inmóvil, presa del mayor estupor, ante aquella galantería femenil. ¿Qué era aquello?...

Torné la vista hacia mi acompañante, era un buen *cicerone*, para obtener una explicación de lo que significara aquella para mí curiosísima escena; pero lo encontré indiferente como si nada hubiera visto. ¿Sería acaso un hombre de hielo?...

²⁵⁰ Aurelio Elías Gallegos, “La florera. Tipo florentino”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, pp. 7-10.

—¡Caballero! le dije, indicándole a la muchacha —¿no ha observado usted aquella joven que lleva un cesto de flores suspendido del brazo?...

—Sí, una florera, contestó.

—¡Pero me ha puesto aquí este ramo de violetas!

—¡Ya! ¿se las pagó usted?

—No, se alejó en seguida, sonriendo como cuando llegó.

—Ya volverá, no tenga usted cuidado: le pasará por delante a fin de que se fije usted en ella y le dé algo por las flores que colocó en el ojal de su levita.

—¡Algo! ¿Y cuál es el valor de un ramito como éste? pregunté.

—Cinco, diez, veinte céntimos, lo que usted quiera, pues todas las floreras son buenas muchachas que se contentan con poco.

Y era cierto. Después estudié ese hermoso tipo florentino y comprendí que *el guía* estuvo corto en sus indicaciones.

Por lo general, las floreras son campesinas, graciosas y delicadas, finas de trato, visten casi siempre con sencillez elegante y tienen por norma en su comercio más bien la simpatía que el interés.

Observándolas detenidamente se puede creer que son ajenas a todas estas tormentas que conmueven el corazón humano y que arrancan lágrimas de fuego como único desahogo a las penas ocultas. Las huellas del pesar no empañan jamás sus mejillas sonrosadas, mostrando siempre un semblante risueño y halagador. Son precursoras de la felicidad y aun en medio de su mayor pobreza son atendidas y consideradas por la generalidad de los hombres.

Continuamente y por todas partes andan asechando a los caballeros que no lleven un ramo de flores, para apresurarse a colocárselos.

En los paseos y en los cafés son ellas el principal adorno siendo los extranjeros las personas a quienes atienden con preferencia.

Para ellas, un hombre que no luce un ramito de flores no es un hombre decente, ni admiten que sus parroquianos tengan el mismo ramo durante veinticuatro horas.

Se dejan requebrar por jóvenes y viejos, más si no sienten afecto, eluden las ocasiones con fina zalamería, y dejan al que las galantea tan contento como si hubiera alcanzado reciprocidad.

Son unas verdaderas diplomáticas, concedoras profundas de la vanidades del sexo contrario, pues hacen de los hombres lo que quieren sin que sus actos causen el más mínimo resentimiento porque dan siempre *Il no con grazia*

En la hermosa capital de la Toscana, la florera aparece el mismo tiempo que la primavera, pues cuando en esa estación del año la naturaleza comienza a vestirse con todos sus encantos y atavíos, se le ve presentarse en los paseos, teatros y cafés, con su cestito de frescas flores que a todo el mundo reparte con cariñosos modales, y todo el mundo la quiere y la busca porque ella es anuncio de alegría.

Bien se comprenderá que a mi reciente permanencia en la ciudad yo ignoraba todo eso, por lo cual quedé agradablemente sorprendido con mi bella florera, porque lejos como estaba de mi Patria, en un pueblo extraño, sin contar con una cara amiga a quien comunicar mis impresiones, lo menos que esperaba era verme agasajado por una linda muchacha.

Me sentí algo contrariado y deseaba ardientemente encontrármela para manifestarle yo también mi simpatía, aunque fuera con torpes palabras.

En mis primeras excursiones por las calles de la artística ciudad, la veía a cada paso, siendo nuestro saludo una sonrisa. En seguida escogía ella el mejor ramito de los que en el cesto llevaba y me lo prendía con aquella gracia propiamente florentina.

Un día nos encontramos solo y la detuve.

—¿Cómo os llamáis, amabilísima señorita?

—Me llamo Rosina Guidotti, señor, me dijo clavando en mí su mirada franca, expresiva, demostrando curiosidad por mi pregunta.

¿Y por qué vendéis flores siendo tan bella? exclamé.

—¡Bella! No, señor; soy bastante fea, pero amo las flores y siento gusto en ofrecerlas a los caballeros que me parecen amables, o que me inspiran simpatía...

—¿De modo que yo...?

—¡Ciertamente! me contestó ruborizada.

—En cambio de nuestras flores yo no os he dado más que unos miserables céntimos...

—Es bastante, señor, pues así de poco en poco reúno lo suficiente para que mi madre no tenga privaciones.

—¡Ah!... ¡Cuán buen sois, y qué feliz, porque tenéis madre!...

—Yo perdí a la mía hace siete meses.

Eran las oraciones de la noche, de una silenciosa noche abril; la invité para pasear un rato, y platicamos largo y corrido. Se reía con gracia de los apuros en que me encontraba para poder explicar mi pensamiento, pero me comprendía.

Ella era una excelente muchacha de la ciudad de Prato, población próxima a Florencia, y mantenía a su madre repartiendo flores a trueque de una pequeñísima limosna; lo que voluntariamente le dieran.

Tenía su novio, *il suo fidanzato*, con quien se uniría en matrimonio en las próximas fiestas de San Juan. Me habló de su fidelidad para con su prometido, con mucha insistencia.

—Seamos amigos, me decía estrechando mi mano, pero amigos verdaderos, nos querremos muchos, mucho.

Sí, queridísima Rosina, es usted tan linda que es imposible negarle mi amistad, aunque yo ambicionaría otro cariño. Seremos amigos.

Nos vimos con frecuencia durante largo tiempo, y en nuestros paseos por los jardines y parques de la ciudad, se convertía en mi maestra de italiano, excelente maestra que prácticamente me hizo progresar mucho en el dulcísimo idioma.

¡Con cuánto placer recuero ahora las amistosas demostraciones de nuestra simpatía! ¡Y aquellas noches tibias, iluminadas por la luz mortecina de la menguante luna, cuando paseábamos conversando por todo el *Lung' Arno Nuovo* hasta el *cascine*, el aristocrático paseo de la ciudad de los Medicis!...

Pasaron como cuatro meses sin que volviese a ver a mi simpática florera, ausencia que yo atribuí a alguna enfermedad, pues yo sabía que su matrimonio no había tenido verificativo. Inquirí, pregunté por ella a todas las floreras de la ciudad, pero ninguna supo darme razón porque ninguna, en ese tiempo, la había visto, ni conocía su residencia. Alguna de ellas suponía que ya se habría casado o estaría por hacerlo con su prometido a quien veían en Florencia de poco tiempo a esta parte; pero yo no di crédito a esa suposición porque tenía fe en su amistad y de seguro que me lo habría participado.

Mucha tristeza me ocasionó la ausencia de mi amiga y no volví a llevar en el ojal de mi levita ningún ramo porque no era puesto por ella.

¡Transcurrió más tiempo y solo de vez en cuando pasaba por mi mente su gratísimo recuerdo como ráfaga de brillante luz!

¿Qué había sido de Rosina? ¿Por qué desapareció repentinamente de las calles de Florencia, en donde siempre alegre y risueña lucía su gallardo cuerpo, repartiendo sus frescas y aromáticas flores, siendo ella la más favorecida de su mercado?...

Dicen que la ausencia engendra el olvido, pero no lo creo porque yo no olvidaba a aquella niña, y aún hoy cuando esto escribo, su recuerdo palpita en mi memoria.

Un día, en la calurosa estación del verano, cuando Florencia se convierte en un horno insoportable, pasaba yo por una de las anchas aceras de la *Piazza Nazionale* que ofrecía sombra, cuando un zumbido extraño me hizo contener el paso en el instante mismo en que un cuerpo de mujer se estrellaba en las losas del embanquetado, tan cerca de donde yo me detuve, que el aire que el cuerpo hizo al caer me azotó la cara.

¡Un paso más y aquella infeliz mujer me hubiera aplastado!

La poca gente que en aquel momento transitaba por la plaza, acudió con violencia y formó corro alrededor del cuerpo que se agitaba horriblemente, y me impidió ver el semblante de aquella mujer.

Sobrecogido de espanto me alejé de allí, limpiando con el pañuelo las manchas sanguinolentas de sesos que habían salpicado mi vestido.

—¡Por la Virgen Santísima, señor! me dijo una mujer del pueblo ¡si acaba de nacer ahora!...

—¡Ya lo creo!... Exclamé fingiendo serenidad.

Ese día lo pasé triste, muy triste y no pude probar bocado.

Al día siguiente, me estaba desayunando en el *café d' Italia*, al mismo tiempo que leí el periódico *La Vedetta*, donde con sorpresa me encontré un párrafo de gacetilla que decía: “SUICIDIO POR CELOS. —Ayer a la hora del medio de se arrojó una joven desde el cuarto piso de la casa número 120 situada en la Plaza Nacional, estrellándose completamente el cráneo en el empedrado de la calle,”

“Según los informes que adquirió nuestro repórter, esta joven que era muy hermosa, estaba próxima a casar con un joven de Lucca, pero había tenido un grave disgusto con él porque daba preferencias a cierta muchacha y retardaba el casamiento, lo cual llegó a infundir sospechas en la pobre suicida.”

“Ayer mismo, en un momento que se asomó a la ventana, vio pasar a su novio que llevaba del brazo a la que creía su rival, y en un arranque de celos furiosos se lanzó al vacío, resultando lo que era inevitable.”

“Un joven al parecer extranjero que pasaba por allí, escapó de ser aplastado por la desgraciada muchacha. Se llamaba Rosina Guidotti, tenía diez y nueve años y era una simpática florera que todo el mundo conocía y estimaba por sus finas maneras.”

¡Imagínese el lector lo que sentiría mi alma con la lectura de ese párrafo que describía la desgracia que yo había presenciado, ignorando que la suicida fuese mi Rosina, mi inolvidable florera!...

¡Sentí que el llanto acudía a mis ojos, cuando encontré resuelto el enigma de mi cariño!

Por mucho tiempo estuve sumamente impresionado; pues ni un momento se apartaban de mi mente las convulsiones horrendas en que se agitó aquel cuerpecito zalamero y gracioso que tanto me agradaba.

¡Pobre Rosina! ¡De qué manera te fue a encontrar mi afecto que hacía tanto tiempo te buscaba!... ¡Mas no te olvidaré, que aún guardo como tuyo el último ramillete de violetas que colocaste en el ojal de mi levita!

Un baile de fantasía.

Cuadro de costumbres nacionales²⁵¹

Para hacer este ensayo sobre costumbres nacionales, he recordado y transcrito solamente impresiones de un baile de fantasía, al cual asistí no ha mucho, en cierto pueblecillo de un lejano Estado. Váyase lo descosido de la narración, por el cuidado que he tenido para hacerla fiel y vuestra benevolencia por lo que se me espera si algún celoso habitante del pueblo que quiero retratar, sabe que le tomo por asunto y cree exagerado el color local.

Muy molido por una caminata de dos días a través de la sierra, llegué una tarde a Rivadavia con objeto de pasar dos semanas de vacaciones, en casa de mi amigo y compañero de colegio: Luis Fernández.

La villa de Rivadavia es un lugar simpático y pintoresco, 8000 habitantes, dos iglesias, un teatrucho de mala muerte y unos humillos de Ciudad de Cuenta. A causa de la dificultad de vías de comunicación y por ende de su poco roce con las ciudades del pro, la civilización no anda por allí muy diligente. Las costumbres cambian poco, las modas mucho menos y el carácter y las ideas nada, conservándose de esta manera una fisonomía muy particular.

Los habitantes después de todo son unas buenas gentes; apenas se les puede tachar su exagerado celo por su pueblo, que hacen llegar a la fiereza. Hablarles de tal o cual costumbre atrasadilla que aún priva en Rivadavia es conquistarse enemigos jurados; contrariarles

²⁵¹ Carlos Talancón, "Un baile de fantasía. Cuadro de costumbres nacionales" en *El Renacimiento*, número 4, 15 de mayo 1904, zacatecas, pp. 43-48 y número 5, 15 de julio de 1904 pp. 49-52.

cuando dicen que el pueblo ya se basta y sobra para Capital del Estado, es exponerse a unos palos, o sencillamente una observación acerca del corte raro de los levitines, que los pollos de la crema gastan allí, basta herirles la cuerda sensible del amor patrio. Su orgullo les hace por esto acoger con reserva al extraño; pero en soltándoles una frase que los alague son los mejores chidos del mundo.

—Hoy tenemos un acontecimiento en el pueblo, me dijo Luis después de los saludos de costumbre, un baile de trajes para esta noche y es preciso que te prepares.

—Pero mira que no vengo prevenido.

—Eso no importa, aquí en casa te confeccionarán un dominó que es cosa de un rato y está resuelta la cuestión. Te aseguro que te divertirás de lo lindo con mis paisanos y los conocerás bien.

Tenía razón Luis y acepté con gusto. ¡Un baile de trajes en Rivadavia! La cosa valía la pena; una sorpresa agradable.

A las nueve de la noche, bien enfundado en mi dominó azul, estamos en camino. He ofrecido el brazo a Adelaida, la hermana de Luis, que es una graciosa niña de quince años y que va muy bien puesta.

Parece mentira, me dice mi amigo, que teniendo unas cuantas horas de llegado al pueblo te conozca todo el mundo, curiosidad característica de todo lugarejo. Les he dicho que eres estudiante y además periodista.

—¿Periodista? ¡Qué ocurrencia!

—Sí, periodista, ahora vas a sostener tu papel. Lo he hecho así para prepararte algunas impresiones. Pero mira hemos llegado.

Tres ventanas grandes que disparan torrentes de luz sobre los curiosos que se agrupan a las rejas, mirando aquel sitio a donde no pueden entrar, nos indica en efecto el lugar del baile, nos acercamos al ancho portón menos iluminado, cuya entrada guarda un sujeto encargado de recoger invitaciones. Mientras examina la que nosotros presentamos, noto que una media docena de jóvenes, decorados con la escarapela de COMISIÓN DE RECEPCIÓN, se ha eclipsado con una habilidad de yanquis.

—¿Pero que maniobra ha sido esta? Pregunto a Luis después de instalar a Adelaida en el Salón de baile.

—¡Oh! Me dice éste. Cada vez que algunas damas se acercan se repite la misma escapatoria. En estos momentos solemnes y crítico que preceden a la primera pieza, ningún pollo de estos se resolvería a atravesar el despejado salón. Le pasaría lo que dice Cuéllar. Al sentir que las miradas de las concurrentes se [al]ojan en él notando los menores detalles, sentiría el piso como si marchara sobre un colchón, sus músculos se pondrían rígidos y cometería torpezas. Estos chicos están poco acostumbrados a semejantes lances y entre ser poco galantes o exponerse a perder el aplomo a medio salón, prefieren lo primero y dejan a las damas que se instalen como puedan.

En efecto, el sepulcral silencio que allí reina, sólo es interrumpido por las pollas y señoras que llegan haciendo caravanas y buscando un asiento, solemnes, frías y graves. Si no fuera por los guiñapos que los ahogan se diría que llegaban a hacer una visita de pésame.

El salón estaba iluminado a conciencia y bastante concurrido. El conjunto es vistoso y pintoresco a causa de los tonos vivos y chillantes de los disfraces, que dan el aspecto de una caja de colores revuelta.

Paso revista en seguida, preguntando a Adelaida los nombres de las pollas.

Una rubia, simpática, bulliciosa, de ojos expresivos y bailadores lleva un traje de alsaciana o tirolesa o no sé qué. Después viene una mariposa, alta, flacucha, incomodada por unas alas enormes en las cuales se ha empeñado en conservar las proporciones debidas, sacrificando la incomodidad a la exactitud.

Luego una morena de libras, ojos muy negros va de botella de cerveza, con una colosal etiqueta por falta, un brevete por collar y un casquete rojo, de donde cae un torrente de gasa simulando la espuma de cerveza.

Después, una primavera de mal gusto hecha un jardín, una locura llena de cascabeles y campanillas con las que se promete meter mucho ruido, aquí un perfil hermoso que desmerece bastante por el peinado correspondiente y mal interpretado de odalisca, allá una jamona con un valioso disfraz de no sé que, llena de cintajos y flores, convertida en una banderilla y en la cual se nota el afán de ostentar la riqueza.

Unas hermosas, otras pasaderas; pero todas ellas tiesas y graves como postes alineadas y serenas como muñecos de títeres antes de la exhibición que les va a dar vida.

Sin embargo, sus ojos no están quietos; con disimulo se observan unas a otras, se comparan, se miden, se juzgan con la desconfianza de ser menos que las otras o de no llevar el disfraz más original. En unas se nota la imperceptible mueca de despecho, en otras la sonrisilla del triunfo con el deseo de que llegué la hora tan ansiada de anonadar a la rival.

Un personaje grueso, trigueño, de nariz curva, boca ancha, con escaso bigote y una fisonomía de buen humor y franqueza, hace una irrupción en el salón. Saluda a todo el mundo, se le llama por su nombre en todas partes, va de grupo en grupo haciendo gracias a las damas, se ríe, bromea y destruye en un momento aquel ambiente helado con su buen humor y su bullicio.

—Es don Paco, el indispensable, el alma de toda la fiesta, me dice Adelaida.

—¡Pero ese hombre es un terremoto!

—Siempre lo verá usted así. Pero vea que viene hacia nosotros.

Saluda a Adelaida, me presenta ésta y reventándome de un abrazo me dice:

—¡Oh! Señor periodista, cuánto gusto. Espero que se divertirá usted; naturalmente su amigo Luis le habrá dicho que aquí es preciso dejar los cumplidos en la calle. ¿y la Capital? Allí tendrás ustedes muy hermosos bailes, ¡bah! Pero lo juro que más cordiales y en donde se le quiera a usted más, no señor. Ya verá usted como no somos tan atrasadillos por aquí en la Sierra. Pero a todo esto, no está presentado con las damas. En un periquete le presento a todo el mundo.

Y me arrastra aquella máquina parlante, presentándome con mariposa, la botella de cerveza, María Antonieta, y me deja plantado frente a una gruesa mamá, que interrumpe la solución de continuidad con aquella cadena de rosas.

Es que se ha dio a componer una lámpara que humea, después vuelve, prosigue la serie de presentaciones dejándome apenas el tiempo suficiente para decir mi nombre. De nuevo vuelve a dejarme para ir a hacer una recomendación y torna a recogerme hasta que agotado por aquella ridícula peregrinación me conduce a la cantina. Allí cuando menos, se me presenta en globo y se me ofrece una silla, que sinceramente creo merecer.

Encuentro un Napoleón que no ha querido tirarse el bigote, un Francisco Primero de corta estatura y gruesas pantorrillas, un Pierrot, varios Mosqueteros vestido de mamarrachos, un Mefistófeles que mueve mucho los ojos y varios sujetos sin clasificación posiblemente no se la de espantajos.

Se me ofrece algo de beber, en los momentos en que la orquesta preludia un vals y como movida por invisibles resortes aquella multitud se desborda, para agruparse después a

las puertas del salón de baile. Imposible salvar aquella muralla para penetrar; porque ni entran ni salen, ni bailan, conformándose con agruparse como moscas, en vano los violines lloran, los trombones rugen y las flautas cantan. En vano las damas asaetean con su miradas aquel inmóvil conjunto, reprochándoles; nada, no se mueve. Don Paco que es el bastonero, se presenta con el timbre insignia en la siniestra mano, incita a los pollos, les ruega, les predica y hasta les amenaza.

—Vamos, Señores, a bailar. ¿Pues a que han venido? ¿Será preciso que las damas se lleguen por aquí a invitarlos? ¡Oh! Esto es atroz. ¡Qué vergüenza!

Padilla, láncese usted.

Pero como si le hablara al gato. Ni Padilla ni los otros se lanzan. Coge a uno del brazo, luego a otro; pero todos se defienden, no queriendo ser nadie el primero y ofreciendo que será a la otra.

Es necesario la voluminosa presencia del señor alcalde, para decidirlos, el cual se presenta diciéndoles las consagradas palabras de:

—En mis tiempos la Juventus era más alegre. Todos bailábamos como trompos.

Poco a poco aquellos pollos comienzan a perder su timidez y a las dos horas todo el mundo baila.

Muy tarde, metiendo mucho ruido y causando un movimiento de interés, se presenta una nueva dama con la mamá al margen. Es alta, de cuerpo airoso y porte distinguido. Color moreno y hermoso perfil. Ojos negros hábilmente sombreados, de mirar desmayado. En la boca un cierto pliegue de amargura y en toda ella un no sé qué extraño.

El traje es verdaderamente original. Revela desde luego el minucioso cuidado de evocar alguna cosa triste por su color de ceniza y sus adornos de gasa negra. Un ramo de myosotis en su pecho, es la única nota alegre por su color; pero aún esa flor es triste, por la voluntad de los poetas a quienes Dios perdone la elección.

Después de todo, aquella lobreguez no viene del todo mal a su fisonomía y al sello rebuscado de angustia.

—¿Y quién será? Me pregunto.

Encuentro a Luis que me saca de la duda.

—¡Ah! ¿Conque te ha intrigado la enlutada? Pues te voy a decir quién es para que no te lleves un chasco, me dice ofreciéndome una silla.

—Ya recuerdas de aquella racha de romanticismo, que a mediados del siglo XIX nos llegó de allende los mares y que seguramente en sus aguas salobres dejó mucho de su encanto; porque a implantarse entre nosotros, después de bien manoseado, falseado y empequeñecido por los eternos imitadores, tomó tan curiosas y exageradas formas. En los escritores de algún talento, que al fin y al cabo no podían substraerse al medio ambiente, les arrebató la originalidad y pusieron en sus obras el *cachet* de sentimentalismo llorón que mucho privó entre nosotros. En ellos esa falta de originalidad era suplida con el talento. Pero entre los chicos de pocos alcances, que tomaban el romanticismo como un actitud y entre las muchachas tontilocas, que se atiborraban de literatura melosa, sin comprender la buena, las imaginaciones se extraviaron, excitadas por las novelas románticas, falsas y necias, de las cuales tomaban los temperamentos cursis, lo malo y lo extravagante. Aquella fue la época de las pollas románticas, que se alimentaban con flores, que pálidas y ojeras pidiendo al destino una aneurisma en el corazón (la enfermedad más distinguida de la época,) discurrían

por el mundo con un arsenal de fantasmagorías en la cabeza y en el corazón el recuerdo de unos amores, imaginarios a veces y siempre insustanciales, con los nervios a fuerte tensión.

Afortunadamente, aquellas chicas, desengañadas más tarde y hastiadas de su actitud, de heroínas de novela, se casaban; tornándose con el matrimonio en enemigas de aquellas majaderías.

—Y eso fue la muerte de aquella pléyade de Lauras y Elviras incoloras, dije a Luis.

—Al menos en las ciudad en que la civilización destierra rápidamente ciertas ideas sin razón de ser. Mira, aquí aún conservamos un ejemplar de aquellas *raras avis*, Es Lola, La hija del alcalde, la guapa enlutada por quien me has preguntado. Se pasa la vida leyendo novelas y contando sus penas a la luna; porque necesitando llevar un amor en el alma ha pretendido habilitar de romántico, a un sujeto que es su novio desde hace tiempo y éste no la entiende. Por supuesto, que el día en que él le proponga casarse, le pone de patitas en la calle y se busca otro cualquiera, con tal de encontrar alguna dificultad en su amor, que le proporcione impresiones novelescas.

—¿Pero, por qué no me habías dicho que tu pueblo encerraba esa preciosidad?

—Quería que la trataras, para que no me llamaras exagerado. Te voy a presentar con ella. Háblale cuantas tonterías se te ocurran, siempre que en ellas pongas cierto tinte romántico y alábala porque es muy vanidosa.

Pero nos interrumpe don Paco, que trae a la zaga un tipito de mezquino aspecto y mal carpinteada figura. Su fisonomía es movable como la de un mico, lleva el pelo rizado y se ha trajeado de Quevedo prescindiendo de los espejuelos.

—Aquí tiene usted señor periodista, a nuestro inspirado escritor Moralitos. Como usted son del mismo oficio se entenderán pronto. Vamos, nos harán una crónica del baile y

se publicará es un folletín. Está esto encantador, toda la aristocracia de Rivadavia ha concurrido. ¡Oh! ¡Qué mazurca! No olvide usted un piropo a la orquesta que se porta divinamente.

Sale disparado como un cohete, dejándome solo con Moralitos.

Procura éste hacerme agradable, me ofrece puros, copas y me marea durante media hora hablándome de arte, de los lazos fraternas que crían las letras, de la poca protección a los artistas y otras zarandajas, acabando por decirme:

—Vea usted aquí no hay ambiente literario y por esto sufro. Estoy solo, aislado y me veo obligado a guardar mis impresiones con mis escritos, perdiendo mi juventud.

—Es una gran desgracia señor Morales, ¿Y qué género cultiva usted? Le pregunto.

Oh no soy exclusivista y tengo facilidad para todo. Lo mismo perfilo un soneto de corte clásico, que una novela de arte moderno.

—Pues es una rara cualidad.

—Lo mismo me pasa con el estilo. Así que cuando le falte material para su periódico ¡Plan! Una carta y mando lo que necesite.

(Ya te veía venir, majadero, exclamo para mis adentros)

—Tantas gracias señor Morales y no olvido su generosa...

—Nada de gracias, para usted todo lo que yo valga.

—¿Trabaja usted en alguna obra actualmente?

Moralitos se atusa el bigote antes de contestar, da un sorbo a su copa y dice en voz baja y misteriosa, aproximando su silla:

—Sí, señor, trabajo en una novela que es mi mejor producción y con lo cual estoy encariñado. Pero de esto no diga usted aquí una palabra. Mis paisanos no la verán. Quiero

irme a la Capital y publicarla allí. Usted me presentará con literatos y editores y si gusta puedo dársela para el folletín del periódico.

Moralitos prosigue:

—Mi obra es una novela en la cual quiero conciliar el interés de la novela a lo Pérez Escrich, con el realismo de la escuela moderna.

¡Ave María Purísima! Me digo haciéndome esfuerzos por no reír. Pero Moralitos no se apercibe y continúa.

Y como me ha simpatizado usted quiero tenga las primicias de mi obra y le voy a referir el argumento.

Ante aquella amenaza busco instintivamente la puerta; pero me faltan las fuerzas y por hablar algo pregunto:

—¿Y cómo se llama su novela?

—Los conspiradores negros de la selva maldita o bien sea el puñal del incendiario.

—Muy interesante título. Pero a él corresponderá una extensión...

—¡Ah! Sí, no tenga usted cuidado. Cinco tomos grandecitos, contesta sin saber que mi pregunta es hecha con el temor del que mida la profundidad del abismo al que va a saltar.

¡Dios Santo! Pienso con terror ¡Cinco tomos! Y corto bruscamente la conversación ofreciéndole que más tarde escucharé.

—Pues en buena me has metido, digo a Luis, contando que soy periodista. Moralitos me ha recetado cinco tomos de la novela conciliadora y don Paco me ha pedido una crónica.

—En cambio te divertirás con Lolita, para quien ese título es la mejor recomendación.

—¿Pero no hace literatura?

—No, no escribe por fortuna. Solamente lee muchas novelas y odia a Moralitos.

Al ser presentado a ella, baja de las alturas de sus ensueños y tiene la bondad de prestarme alguna atención. La invito a bailar en esos momentos y comienzo a hablarle necesidades que le agradan, y como se figura que un periodista, aunque sea un gacetillero prosaico, es un ser que está en continuas relaciones con las musas, me echa el ojo, como Moralitos, para hacerme la confianza de sus ensueños. Pongo todo lo que está de mi parte por darme interés y ella calcula que soy el hombre que necesita para hablar de la grillera que lleva en la cabeza.

—Usted que es periodista, me dice, conocerá sin duda a ese espiritual soñador que se llama Estopilla.

—¡Oh! Mi dulce amiga, perfectamente.

Entorna los ojos y prosigue:

—¡Cuántas veces sus versos han elevado mi alma a las regiones del infinito! ¡Cuántas veces he llorado leyendo su último libro, en que relata aquellos amores trágicos de Arnaldo y Amelia! Si usted es su amigo, poseerá sus confidencias y secretos. Dígame si esa relación es una autobiografía, si esa historia es cierta, si él es el Arnaldo que sufre y a quién el destino azota con crueldad! Dígame si aún existen seres, que en esta época de fango, se eleven sobre la vulgaridad que todo lo invade. Dígame usted para no creerme sola en este mundo, para tener el consuelo de creer que hay otras almas enfermas como la mía, desconocidas amigas que se comunican en el rayo de la luna que vibra y en el suspiro que la brisa arrastra!

Mientras la romántica se arranca de esta manera, pienso yo en la cara que pondría Estopilla si tales recados le llevara; pues a pesar de lo acaramelado de sus versos y de los amores ultraterraqueos de sus novelas, es un majadero vulgar y prosaico, que bebe como un

descosido, tiene debilidad por los chorizos de Toluca y se ha llevado una fuerte paliza del hermano de un vieja rica con la cual quiere casarse por interés.

Pero ya que me propongo divertirme, describo a Lolita los amores de Estopilla, dándole un sabor lamartiniano y adornando este último episodio, para hacerlo figurar como un lance novelesco, en que no falta el brillar de los aceros a la luz de la moribunda luna y el adiós, ante la reja que cubre la enramada.

Lolita entorna los ojos en actitud de contemplar imágenes etéreas, de su pecho se escapa un suspiro y me llevo a temer el clásico desmayo.

Ya voy creyendo que su manía es más sincera de lo que al principio suponía. De todas maneras hablamos buen rato como amigos viejos y diciéndome que yo la he comprendido, me habla de sus amores.

Ama a un joven desde pequeña; pero el novio no la comprende. Lo ama en el pensamiento, mirándolo en sus ensueños como un Romeo y cuando lo encuentra en la realidad, se le antoja prosaico. Trata de odiarlo y no lo consigue, sintiendo por esto rabia consigo misma. Quisiera verlo vestido de Arnaldo y se le aparece con una eterna y lustrosa levita negra de cortos faldones. Le suplica que siempre se le presente de este modo novelesco e interesante y declara y jura que no entiende de esas cosas.

—¡Ah! me sorprende que no haya llegado a odiarlo. No me explico que estando tan apartado de mis ideales lo pueda querer. ¡Este amor contrariado me conducirá al convento!

Entretanto, noto que un caballero muy soplado, de disfraz salmantino y estatura no pequeña, me mira fijamente. En sus ojos saltados revela una tremenda cólera en sus ademanes la impaciencia y en la manera de requerir el espadín algo amenazador.

¡Ah! Comprendo. ¿Será el novio de Lolita y pensará que le hago la corte? Pues buen provecho; pero acaba por fastidiarme la insistencia de sus miradas y queriendo saber a qué atenerme salgo del salón confirmando después mis sospechas.

Don paco pasa como un rayo cerca de mí, diciéndome al oído:

—Ah ¡Picarillo! No pierde usted el tiempo; pero anda en terreno vedado.

Veo venir a Moralitas y me salta con la misma noticia.

—¿Con que se dedica usted a Lolita? Por todas partes se dice eso.

—Pero señor Morales, ¿cómo puede creer eso? Acabo de llegar a Rivadavia, no me conoce esa dama y sobre todo tiene su novio.

—Y está hecho una furia con usted ¡Pero vaya! No tenga usted cuidado, le conozco bien. A pesar de su aspecto de gigantón, es tímido como un conejo.

Cometo la imprudencia de seguir charlando con Moralitas sin recordar que me tiene prometido el argumento de su novela y cuando tan triste perspectiva viene a mi mente, ya no es tiempo de apartarme. Me coge de un brazo y me obliga a escucharle por la fuerza.²⁵²

—Y bien, señor Morales, escucho a usted le digo con resignación.

—Pues señor mío, la escena pasa en Madrid y comienzo a describir una taberna. Un hombre de faz patibularia entra y pide una botella.

—Lo encuentro natural.

—Observa lo que a su alrededor pasa, cuando entra un caballero de porte distinguido... y pide otra botella.

—Ya me lo figuro, señor de Morales.

—Enseguida aparece un marinero...

²⁵² Fin de la primera entrega.

—¿Y pide otra botella?

—No señor, contesta Moralitos amoscado, este marinero observa a los que antes han llegado.

—Dispense usted yo creí que por ser marino iría a beber...

—¡Qué dice usted! Si éste va a ser el ángel bueno de la intriga, un carácter dulce.

—Ah, ya me hago el cargo. Sería un marinero de agua dulce.

—No señor, contesta el novelista visiblemente contrariado, un marinero en forma.

—Después de rato, el hombre de faz patibularia saca un enorme revolver y mata al cantinero.

—¡Muy detestable persona!

Pero dejo hablar a Moralitos sin interrumpirle más y con tonos patéticos y buen gasto de mímica, describe las atrocidades del hombre de faz patibularia, que infringe en breve tiempo todo los artículos del código penal más previsor del mundo.

Entretanto, pienso en Lolita, y en el jayán de su novio, a quien sin saberlo he enfadado. No acierto a comprender por qué me ha contrariado el saber que tiene novio. ¿Acaso habrá llegado a interesarme? No, eso no. Solamente la curiosidad de conocer ese extraño espíritu que tiene mucho de cómico y el disgusto de naturalista, cuando alguien le estorba para observar un bicho raro.

Sin embargo, ¡es tan guapa! Sus ojos negros y sombreados ¡Qué hermosos deben de estar cuando miran con amor!

Al ir a preguntar algo a Moralitos, acerca de Lola, noto que está hecho un torrente descriptivo y que sin darme yo cuenta me ha relatado la mitad de un tomo, emprendiéndola con un nuevo capítulo. Me propongo escuchar éste solamente y aplazar la cosa para después.

—En el capítulo catorce, el castillo bañado por la luna; todo quietud, todo silencio. El marinero... pero ¿qué cree usted que hacía el marinero? Me dice creyendo intrigarme.

—Pues señor Morales, a juzgar por la hora estaría durmiendo.

—¡Qué va! Todos los lectores se van a figurar lo mismo. Dejándolos un buen rato en expectación, intercalando otra cosa, se le va dando interés.

—Pues bien, el marinero la espiaba, la marquesa dormía.

—Dispense usted ¿La marquesa no había muerto?

—No, señor, era la condesa. Pero veo que ha perdido usted el hilo de la trama y si gusta, volveré a comenzar.

—No se moleste, por Dios, señor Morales ya me he enterado. Permítame usted hablar un momento con Luis.

En el salón, el entusiasmo ha suido de punto y se nota la alegría violenta que producen los vinos. Ya no se necesita de los servicios de don Paco para hacer bailar a los pollos remisos, pues todos se han lanzado como dice él y ahora se disputan las piezas, discutiendo, charlando con las pollas y metiendo ruido. Los disfraces no andan de lo mejor y todos ajados y rotos están en armonía con las caras, en las cuales hace sus efectos la fatiga.

María Antonieta ha perdido una enorme peineta y de su cabeza cae una guedeja retorcida como cuerno de borrego. Mariposa ha quemado su ala derecha al acercarse a un candil y la izquierda le ha sido rota por un codazo de don Paco.

Napoleón pide que le *abran sala* y comienza a hacer pespuntes con los pies en un difícilísimo vals; pero luego la emprende Pierrot con trenzados, causando ambos la admiración de los concurrentes y arrancando aplausos.

Una competencia atroz se entabla entre estos dos bailarines, que se agitan, se mueven, saltan y bufan, haciendo prodigios de habilidades pedestres, luchando cada uno por igualar a su competidor. El amor propio herido los hace primero verse con ira, después con ferocidad, hasta que una palabra dicha en voz baja y contestada al punto, acaba por calmar la medida. Terminada la pieza, salen los competidores y en la cantina se aporrean de lo lindo, causando la alarma consiguiente. Solo el señor Alcalde logra restablecer el orden apartando a Napoleón y a Pierrot que aplazan la cosa para después.

Las damas intentan irse, pero aquellos jóvenes, que en un principio andaban tan timoratos, se lanzan con decisión a contener a la fuerza la avalancha, arrebatando abrigos, y convenciendo mamás que juran por sus vida que no pueden permanecer un momento más. Don paco que para ello ha hecho buena faena de elocuencia, hace aplaudir la victoria conseguida, manda tocar unas cuadrillas y se echa a la bolsa la llave del zaguán declarando que no abrirá; aunque se este incendiando Rivadavia.

Dos o tres piezas más, con que Lolita me favorece hacen que el novio hecho un demonio se coloque en el disparadero de las barbaridades. Lo sé, lo siento, me lo dice el continua brillar de sus iracundas miradas y sus bufidos de oso hostigado; pero ¿qué voy a hacer? Sentiría dar un escándalo como el de Napoleón y Pierrot mas la romántica es la amabilidad misma ya a pesar de sus disparates me divierte grandemente. Me han presentado con la señora Alcaldesa, la mamá, que me recibe bondadosamente, ratificando la invitación que Lola me ha hecho para ir a comer a su casa, el próximo domingo.

Al ser presentado me dice cándidamente:

—Pero es que todos los periodistas son herejes ¿verdad?

—No mamá, responde Lola por mía, hay de todo.

—¿Y en qué periódico escribe?

—Señora, en “La aurora Literaria.”

—Pues mándenos usted una suscripción ¿Y traerá recetas de cocinas?

—¡Por Dios mamá! Salta Lolita como picada por un alacrán, no digas tonterías; ¿cómo quieres que se ocupe de eso?

—Yo creí que sería como el otro que recibimos, que trae también jeroglíficos y saltos de caballo. Quedamos pues en que usted se va a comer el domingo con nosotras.

Un ruido, que viene del comedor, me impulsa a ir averiguar la cusa y pronto sé que Napoleón y Pierrot han tenido otro encuentro, sin más consecuencias, que la amenaza del señor Alcalde de mandarlos inmediatamente a la calle.

La invitación de la Alcaldesa me pone en buen predicamento. Por una parte quiero cultivar las relaciones con Lola que es muy linda. Me divierte y agrada sobremanera su espíritu extraviado sinceramente por las novelas románticas, por otra parte el caballero de gran talla, no deja de preocuparme, está perdidamente enamorado de la damita, me bufa como un fuelle cada vez que pasa cerca de mí y me temo que quiera hacer alguna barbaridad.

Adelaida, a quien cuento mis impresiones y dudas, me aconseja que acepte la invitación y por fin me decido a arrostrar las consecuencias.

—¿Y Moralitos, me dice sonriendo, no le ha referido todavía el resto del argumento?

—Le he huido y me he escapado hasta ahora. Voy a tomar mis precauciones para que no me pesque, en estos momentos en que salgo a pedir un refresco para usted.

Pero al salir, el poeta me descubre de lejos. Me persigue por el patio, después por la pieza que ocupa la orquesta, entro al comedor, salto por una ventana y en tantas idas y venidas logro despistarlo ocultándome tras de un armario, en la pieza contigua al comedor.

Cuando calculo que es tiempo de salir oigo pasos en la pieza, miro que Lolita acaba de entrar acompañada de Mariposa y que tomando asiento hablan las dos con calor.

Salir tras del armario como un ladrón es ridículo; escuchar lo que hablan confidencialmente, es una falta; pero oigo mi nombre mezclado en su conversación y...

Pereda lo ha dicho: los hombres son tan curiosos como las mujeres cuando nadie los ve a mí no me veían y no pude menos que escuchar.

—Pero Lola, eres muy cruel con Roberto. No te conformas con negar a bailar con él; sino que le das celos con el periodista.

—¿Me negarás que así lo has hecho?

—No te lo niego, Rosa, ni te prometo corregirme. Quiero ver si la pasión de los celos despierta ese espíritu apático, necio, prosaico y lo transforma. Tú demasiado lo sabes; lo amo a pesar mío, contra mi voluntad; quiero verlo como mis ensueño me pintan al novio ideal, interesante, romántico y se me presenta como un bobo, sin procurar hacer la menor cosa por asemejarse a aquel. Esto trae a mi alma la triste desilusión que la agosta; pero por una inexplicable contrariedad no borra de ella el necio amor que le tengo ¿Por qué nunca se le ocurre nada romántico? ¡Ah! ¡cuan lejos está de esos amantes que viven la eterna vida del ideal!

—Pero Lola, dice Mariposa compungida, esos amores solo en las novelas se ven y creo que en el matrimonio...

—¡Calla! No me hables de eso. ¡Es horrible pensar en el matrimonio! ¡Casarse como todo el mundo!

—Pues dile a tu novio eso y termina las relaciones. Creo que así harás una obra de caridad. Reflexiona que sus celos pueden llevarlo a una cosa grave con el periodista.

—¡Ah! ¿Qué has dicho? ¿Un duelo por mí? ¿Saber que Roberto defiende su derecho con la espada? ¿Verlo llegar a mí trémulo y triste ocultándome lo que va a suceder a la madrugada siguiente bajo el bosque? ¿Pedirme una flor para llevarla en el pecho como egida? ¡Oh! Esto sería hermoso! Así sería Roberto el novio de mis ensueños y olvidaría todas sus torpezas. — ¡Oh! ¡por favor sugiérele esa idea!

Por una rendija del armario, miro como el semblante de Lola se transforma al decir esto y cómo Mariposa alarmada se levanta replicando:

—¿Qué pretendes, Lola? ¿Arrojarlos a un desafío solo por el gusto de ser tú la heroína? Eso es inicuo y no sucederá.

—Pero mira, Rosa, dice la romántica en tono persuasiva, no habrá muerte, ni sangre; no te alarmes, es una cosa sin consecuencia. Solo una prueba.

—¡Imposible, Lola! Reflexiona que eso sería malo y te traería desgracias!

Yo haré todo por evitarlo y si es preciso...

—Si es preciso ¿qué? Dice Lola exaltada y con una voz extraña. No pretendas estorbarme porque te arrepentirás. Te prohíbo una sola palabra acerca de esto y si dices algo... ya me entiendes!

Probablemente mariposa la entendía bastante y la temía de una manera horrible, porque no replicó más y al ver que Lola en ademán de reina trágica fulguraba una mirada diciéndole *vámonos* bajó la cabeza como la esclava ante su Señora.

Al salir del escondite, mil ideas cruzaban por mi mente. ¿Lola me quería sacrificar a sus tontas romantiquerías?

Y yo ¿qué ganaba desafiándome con el novio? ¿Debería concurrir a la comida? ¿Afrontaría el compromiso? ¡Ah! ¡Pero qué guapa estaba Lola en su actitud rebuscada de lady Macbeth!

Al salir del baile comenzaba a amanecer. El aire fresco y embalsamado contrastaba con aquella mezcla de perfumes que se aspiraba en el salón y la alegría de la naturaleza con el cansancio triste que todos sentíamos.

En el jardín encontramos a Francisco Primero perfectamente dormido sobre una banca y tirado a lo lejos el sombrero de blanco penacho. En una callejuela Napoleón y Pierrot discutían aún la cuestión de habilidades, teniendo el primero su Waterloo con un sonoro bastonazo.

Ocho días después, regresábamos al caer la tarde de una gira campestre. Aunque Lola y yo montábamos briosos caballos, nos habíamos retrasado, cansados de hablar tonterías.

La tarde caía con un crepúsculo hermosísimo. Los celajes del ocaso reflejaban, sobre el bosque que atravesábamos extrañas coloraciones, mientras que el ambiente era embalsamado por la yerba refrescada con la lluvia del día anterior. Aquella luz que se retiraba poco a poco diluyéndose en las sombras transparentes me producía esa vaga melancolía que nos hace callar y meditar.

Pensaba entre tanto lo lejos que están esos espíritus, como el de Lola, de la Naturaleza que no saben mirar. Pensaba en el cariño de una mujer que amara el arte; porque antes había amado esa hermosa Naturaleza.

Pero de pronto un disparo de pistola a boca de jaro me arranca de mis meditaciones. Mi caballo da un bote arrojándome por la cabeza. Rápidamente me levanto y veo al novio de Lola elevando su colosal estura, entre unos matorrales y empuñando una pistola que humea.

Nos ve con una mirada incierta e inconsciente como sonámbulo. Comprendo todo.

Ha querido asesinarme; pero la bala solo ha herido mi caballo. Voy a arrojarme sobre mi agresor pero Lola rápidamente brinca a tierra y acercándose a él le dice, dándole un latigazo:

—¡Miserable! ¡Infame! ¡Te he pedido un duelo y asaltas como un bandido!

El celoso deja caer la pistola y con pasos vacilantes de ebrio se pierde en la espesura.

Dos días después, me despido de Rivadavia apresurando mi viaje. Juro a ustedes que a esto no me obligó el temor de ser casado como liebre, sino el saber que Moralitos me buscaba con empeño llevando bajo el brazo unos manuscritos.

Perdón si en mí ha tenido representación la manía de aquel estimable sujeto.

Contemplación. A ella²⁵³

Es la hora de la armonía ideal, sin sonidos y sin pausas, que surge del misterio de la naturaleza y que solo el alma escucha... Como león herido que encamina a su cubil, el sol va, ensangrentando al cielo; atraviesa el espacio la golondrina como un pensamiento angustioso, como girón de una sombra eterna; y mientras, la nube purpúrea, que semejaba un cisne, flotando en un mar de oro, va desmayando en su color y cambia su forma por la de una lira trágica.

El astro del día arrancó de las crestas de las montañas sus últimos resplandores y desprovistas ya de luz, parecen pensativas frentes absortas en el recuerdo de un glorioso ensueño.

Cual en invierno queda en los jardines uno que otro verdor, y en el alma una tibia esperanza después de desengaño cruel en el cielo levantino hay suspendido encajes blondos y pálidamente rosados. Diríase que es el momento de duda en la naturaleza cuando ni la luz ni la tiniebla reinan, cuando la rosa es una estrofa perfumada, el rumor del viento, la vibración doliente de un laúd ebúrneo, y el alma, presa de una nostalgia, por un bien desconocido, ama con adoración extraña deseando ser absorbida por la impenetrable quietud que llena el mundo.

«Oremos, oremos,» —gime la campana— He aquí la hora de la elevación en espíritu y en verdad a las mansiones inexploradas de la Divina luz. Nunca, tal vez, se alza con más fervoroso anhelo la plegaria hacia la recóndita Belleza, que cuando preludian las sombras el poema sinfónico, cantan el epitalamio de la claridad y la penumbra.

²⁵³ Manuel miner, “Contemplación. A ella”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 6, 1 de noviembre de 1904, pp. 70-71.

Un arco gótico pensativo, una mancha de sombra en las ruinas, la lluvia de nevados rayos sobre los castaños risos de una cabellera silenciosa, son a veces el origen y el motivo de un melódico sentimiento que canta la epopeya memorable, la alta empresa de una vida universal persiguiendo la liberación de las mezquindades humanas, para conquistar la entrada a la mansión sagrada de la hermosura absoluta, mas esa hora tibia de la tarde en el crepúsculo, es la sublime dispensadora de los efluvios divinos de una inspiración solemne.

El contacto del esplendor con la obscuridad se efectúa en la infinita tenuidad de una línea; jamás se compenetran aunque su beso sea eterno. Ante ese espectáculo, imagen del consorcio del Arte con el espíritu y del que brota el concepto puro de la belleza, el alma inquiere la razón suficiente de la vida, el génesis de las lágrimas y del amor, y no encuentra el himno triunfal con que celebrar ese connubio, ni verbo humano en que encarnar la sensación múltiple que la invade en el momento del éxtasis sagrado. La idea, todavía menos pura y espiritual, se resuelve en el lenguaje; más los sentimientos se resisten a cristalizar en la palabra; pudiérase decir que son los elementos del mundo psíquico en los cuales el análisis no encuentra más que una sola substancia. El alma no vive satisfecha en su esencia ante la belleza y el amor; quisiera ser sonido en la armonía, color en el celaje, fuego en el sentimiento, para esparcirse y experimentar un contacto de todo su ser con lo que subyuga y arrebatara. La gota de agua separada del océano, siente en su pequeñez las palpitaciones y el poder de aquel, oye el eco de su grito atronador, recuerda la grandiosidad de la masa de su idéntica substancia, de que era parte, y experimenta sobre la aridez de la ardiente playa la nostalgia de lo infinito.

El espíritu es así, y sediento de la belleza y del amor eternos, se consume en el anhelo más delirante por la realización de un ensueño inconmensurable. Desea triunfar, quiere la nupcial alianza de su sombra con la luz, la comunión con la hostia pura en la que, al conjuro

misterios de su pensamiento, se opere la transubstanciación milagrosa de su visión, y que al decirle: “toma y siente,” “este es mi dolor, este es mi sueño,” responda: “seré tu dolor, seré tu ensueño.”

El éxtasis se acerca. La luz huyendo cual virgen perseguida, cede al abrazo de la sombra y desfallece apasionada. El pensamiento entonces, como mujer ingrata que devolviera marchistas nuestras flores, nos trae recuerdos de algo que nunca nos aconteció en la vida; parece que fuimos dichosos entre esos celajes y entre esas sombras, que aún permanecen en el cielo, que tuvimos una existencia cual de ensueño y que nunca resbaló por nuestras mejillas la eterna lágrima que lloramos transmitida por el dolor humano a través de las generaciones.

Hora suprema de honda melancolía de ansiosa esperanza; generadora de los cantos inmortales y de las proféticas lamentaciones. Hora en que ascienden al cielo, como a la bóveda de un asceterio místico, las nubes del incienso de la devoción y que el alma desfallece en el éxtasis de insólitas visiones. Así como el inmenso artista del Casentino supo concentrar toda la fuerza de la meditación humana bajo el casco del Magnífico, la naturaleza nos infunde el sentimiento estático de lo infinito y de lo bello, con un instante de silencio luminoso en los espacios.

La idea de una vida de eterna claridad se recuerda o se concibe ese momento de espasmos en los cielos; la aspiración a un cariño perenne brota de un ignoto venero en nuestro ser; creemos en la posibilidad de una alegría infinita, de un Tabor de esplendores deslumbrantes, de un vaso de incorruptibles aguas límpidas donde colocar y hacer inmarcesible la flor de nuestro amor, y quisiéramos sumergir en la piscina milagrosa de la esperanza el corazón paralizado por el infortunio... “Oremos...” Comienza a rasgarse el espacio en infinitos puntos por donde asoman su pupila incandescente las estrellas: las flores

se inclina compungidas, la luna surge como el pensamiento luminoso de un genio y vibra en la naturaleza el melancólico salmo *De profundis* en los funerales tristísimos del sol.

Zacatecas, mayo 30 de 1903.

Recuerdos de St. Louis Missouri. Un verdadero faquir²⁵⁴

Sr. Ingeniero Don Luis G. Córdova

Zacatecas

Muy apreciable amigo y señor mío:

En St. Louis Missouri, de cuya hermosa población acabo de regresar, comencé a escribir la relación que adelante leerá usted si tiene paciencia para sobrellevar el sacrificio. Conviene advertir que de todo iba yo a tratar, menos del asunto que ahora describiré; pero dado como soy a lo fantástico, me asombro ante ciertos acontecimientos que no puedo explicarme, y por hablar a usted de uno de ellos, hago a un lado las mil bellezas de la Exposición. En el curso de mi relato, podrá usted juzgar si tengo razón para expresarme así; pero desde luego anticipo, que ni los espantosos indios igorrotos, ni las preciosas mexicanas o andaluzas, ni los seres más fenomenales, ni los monumentos más grandiosos, ni los cuadros más notables, ni la música, ni la literatura, ni nada, en fin, logra sacar a nuestros primos los yanquis, de su frialdad ingénita; en cambio, no les hable usted nunca de mecánica, porque su animación rayará en delirio. Yo vi en Pine Street, una tienda o salón ambulante [circulaba por calles y plazas merced a un pequeño motor de gasolina] en el cual se exhibían... ¿qué pensará usted? Se exhibían esos gallitos mal hechos que nuestros indios guitarreros colocan sobre una pequeña canal de carrizo liada por una cuerda de tripa que se tuerce por medio de un alfiler, y éste, al despegarse de la cera puesta debajo de la canal, hace saltar al gallo, que suele caer de pie; el expositor colocaba dos figurillas frente a frente, y el salto que daban producía el

²⁵⁴ Luis G. Ledesma, "Recuerdos de St. Louis Missouri. Un verdadero faquir", en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 9, 30 de junio de 1905, pp. 97-103.

entusiasmo de los concurrentes y los hacía pagar un dólar por cada par de animalejos. El propietario había visto en México aquel juguete de tan primitiva y tosca mecánica, y supo aprovechar la febril afición de sus paisanos a todo lo que produce fuerza y movimiento.

Con estos pormenores acerca del prurito yanqui, me propongo disculparme anticipadamente, por si llega el caso de que leyendo usted mi carta, considere pueril mi asombro ante los hechos que presencié: si los americanos tan rebeldes a la sorpresa, confesaron la estupefacción que les produjo el espectáculo de que voy a tratar, parece natural que a un provinciano como yo, le subyugara la maravilla.

Entro pues ya en materia:

Seguido por un intérprete-cicerone adscrito al hotel en que me alojaba, intérprete, por cierto, que no se hacía comprender ni en inglés ni en español; me dirigía una tarde hacia el Pabellón de México, no para examinar los objetos exhibidos que ya conocía por el derecho y por el revés, sino para deleitar mis oídos con el idioma nacional, cuando, al pasar frente a un aparador en cuyo fondo había un espejo, vi el corpulento volumen de un caballero a quien me anunciaban como amigo y zacatecano, las violentas palpitaciones de mi corazón. A pesar del compacto gentío que invade las aceras en las grandes avenidas, logré acercarme para examinar en el espejo sus facciones del aparecido, y no podré nunca describir lo íntimo de mi júbilo cuando me cercioré de que abrazaba por las espaldas a mi contemporáneo y muy estimado amigo el General Manuel Loera.

Sorprendido por aquella inesperada muestra de confianza, volvió hacia mí la faz entre disgustada y curiosa, y al reconocirme, debió retroceder mentalmente en sus juveniles años, y ver en mi un representante de sus natales y auríferas montañas, porque me devolvió el abrazo con su bondad característica, me arrastró hacia el paradero de un tranvía, y ya instalados en el carro, pudimos entrar en minucias conferencias. El General desempeñaba

una comisión del Gobierno ligada con algunos asuntos oficiales en comendados al Sr. Don Ramón Corral, a quien acompañaba (sin compromiso) a ciertas convivialidades y festejos: y —A propósito, me dijo: dentro de tres días habrá de concurrir nuestro Vicepresidente a la casa del Jefe del Certamen, el H. David R. Francis; mi secretario y yo tenemos tarjeta de invitación, y como no tengo secretario, es preciso que tú lo representes: conque, arregla tu traje de etiqueta, y...

—¡Qué traje de etiqueta ni que nada, le interrumpí; si apenas me acompaña una levita cruzada!

—Pues te mandas hacer un frac, y... mejor dicho, vamos a salir del apuro en el momento.

Sin oír mis razones, me hizo bajar del tranvía, nos metimos a un almacén de ropa hecha, se entendió el General en inglés con un míster acerca de un traje para recepción, se dejó un billete de banco en depósito, una tarjeta con el domicilio de mi amigo, y este recogió un cartoncillo en el que se consignó el número, clase y demás condiciones referentes a las prendas de ropa, con el compromiso de la compañía para entregarlas dentro del plazo convenido.

A pesar de la pena que me causa, declaro que lamenté mi encuentro con Manuel, primero, porque no tenía yo bastante valor para negarme a su bondadosa invitación, temeroso de lastimarlo; y segundo, porque me consideraba fuera de mi condición modesta y enemiga de ceremonias aristocráticas; me resolví al sacrificio, deje que mi paisano hiciese lo que le diera la gana y para no alargar demasiado mi relación, me concretaré a lo esencial, haciendo únicamente constar que sentía yo un miedo atroz por el ridículo en que me pudieran colocar mi torpeza de provinciano y mi adusta fisonomía; pero el General me tranquilizó por completo al burlarse de mí, diciéndome:

—Pero ¿crees tú que aquí, en San Luis Missouri alguien se fijará en ti cuando hay indios en exhibición más feos que tú, luciendo una indumentaria verdaderamente ridícula o un simple taparrabo? Aquí, para llamar la atención, es preciso lo exageradamente horrible, o lo exageradamente monstruoso; y aunque tú te acercas a lo uno y a lo otro, todavía no llegas al grado que se necesita para que te des la importancia de un notabilidad. Por otra parte, si considerara que te pones en ridículo, no querría yo participar de tu desdicha, supuesto que si te hago pasar por mi secretario, sobre mí caería el peso de la censura. Te presentarás pues, de gran *tenu* con tu frac, tu guante blanco y tu sorbete, y solo te hará falta (por que estos yanquis son muy afectos a los relumbrones) solo te hará falta cualquier distintivo en el ojal de la casaca... ¿No tienes por casualidad alguna medalla, cruz o condecoración, aunque sean falsas?

—Si tengo, me apresuré a contestar; tengo una medalla de plata dorada, recuerdo de mis antepasados; se halla pendiendo de un rosario, y es la Medalla Milagrosa; y en cuanto a la Cruz, cargo con la del matrimonio que me parece...

—Vete a la porra con tus *quid pro quo*; a lo menos hablarás algo de inglés, porque...

—Sí hablo, le interrumpí; ya sé decir *YES* y *OL RAI*; pronuncio *ZACATECS*, y *FRESNÍO* como mis ridículos paisanos los garroteros del ferrocarril, y si gustas, procuraré mascar tabaco.

Presentado como era indispensable, con el sr. Don Ramón Corral y sus acompañantes Licenciado Roberto Núñez, General Luis E. Torres. Ingeniero Albino R. Nuncio y otras respetables personas puestas en el secreto sobre mi habitación oficial para que pudiese yo asistir al espectáculo privado que daría el H. David R. Francis a favor de nuestro

vicepresidente, aproveché una oportunidad y aventuré mis dudas respecto de los portentos que mi amigo Loera me había descrito, como ejecutados por el prestidigitador Indio que íbamos a ver. El General Torres, hombre formal y circunspecto, me dijo:

—No señor; el compañero Loera no puede haber dicho a usted ni la tercera parte de lo cierto: es preciso verlo, para persuadirse de que no se sueña: yo me burlé de la persona que me refirió alguno de los hechos verdaderamente asombrosos presentados por Kaolongouth, como se llama el bengalí, y necesité la corroboración de testigos presenciales dignos de fe, para creer en los prodigios. Uno de tales prodigios fue hace poco ejecutado en Nueva York, y presenciado nada menos por el señor Aspiroz, nuestro Embajador en Estados Unidos. Asistía Kaolongouth a un té ofrecido a dicho diplomático, en la casa de un banquero: éste rogó de un modo muy atento al bengalí, ejecutara cualquier acto que conviniese de su poder sugestivo al incrédulo señor Aspiroz, y esta súplica se hacía en el momento de llegar dos criados ofreciendo ponche caliente o frío. Kaolongouth se puso en pie: tomó una de las ricas ánforas y una copa, y fue preguntando a varios de los concurrentes cómo deseaban el ponche, si caliente o frío, y de la misma ánfora le servía, según se le indicaba: la misma pregunta hizo al embajador, y este caballero, exagerando sus dudas, pidió, a la vez, ponche caliente y frío. —“Very well” dijo el bengalí con cierto júbilo: llenó la copa, suplicó al incrédulo apurarse una parte del contenido, y estaba tan caliente, que fue preciso esperar algunos segundos; a los tres o cuatro sorbos, el diplomático retiró súbitamente la copa que ya no pudieron tocar sus labios, por la desagradable impresión que le produjo la repentina diferencia de temperatura. Kaolongouth tomó la copa, vació en la bandeja el ponche, y este se hallaba sólidamente congelado.

Ese hombre, continuó el general Ruíz, es un faquir; pero no de los comprendidos entre los derviches o monjes, mendigos o vagabundos del Indostán, sino uno de los sabios que

utilizan los brahmanes y doctores de la India, como intermediarios entre los sacerdotes y el Gran Brahma; uno de los hechiceros incomprensibles, que han venido heredando ciertas fórmulas y secretos, para ejercer su influencia sobre los animales y plantas, y para poner en práctica hechos inauditos, como es el de permanecer quince o más días con la cabeza hundida en la tierra hasta los hombros, vigilados por viajeros europeos que ponían en duda sucesos tan extraños. Y no crea usted, añadió el general Torres, que Kaolongouth es un especulador de los que dan funciones en circos o teatros para ganarse algunos cientos de pesos; posee bastantes millones de rupias como el más rico nabab, para que nadie lo acuse de charlatanismo, y en cualquier banco vale su firma un capital. Se exhibe ante señaladísimo concurso que se honra con admitirlo; se expresa en varios idiomas con toda corrección, y sin su físico netamente indio, el más perspicaz lo confundiría con el dandy de Londres o el lion de París.

Estas noticias fueron corroboradas por el señor ingeniero Nuncio, que añadió:

—El señor general no sabe tal vez, y por eso no lo dice a usted, que la riqueza de Kaolongouth proviene de su increíble poder sugestivo. Nadie ignora que el Gobierno Inglés gasta una cantidad muy fuerte de libras esterlinas, en pagar cada serpiente negra, naya o gulabis, y cada cabeza de tigre que se presentan a una comisión especial: estos animales, abundantísimos en las posesiones que la Gran Bretaña tiene en la India, causan tantos miles de muertes en el año, que justamente se les cree más perniciosos que el cólera morbus, supuesto que la enfermedad no siempre se desarrolla en forma de verdadera peste, mientras que los tigres y las serpientes de diversas especies, no cesan de mermar la población. Pues bien; Kaolongouth, con su poder sugestivo, ha hecho más que todas las compañías de cazadores establecidas en la India: se interna en los bosques más espesos, se hace seguir de leones, tigres y otras fieras, las hipnotiza, y las entrega inertes a los desolladores: el Gobierno

paga las cabezas, y las compañías europeas compran a muy buen precio las pieles. De igual modo procede con las serpientes, y es de advertir que surte de fieras vivas a los museos y a los domadores: usted sabe que una compañía de circo exhibe actualmente aquí un hipopótamo, cuando por la corpulencia, la fuerza terrible y la feroz condición de tales paquidermos, jamás había nadie logrado capturarlos: ese monstruoso anfibio que habrá usted visto, lo apresó Kaolongouth, y la compañía exhibidora le paga un fuerte cantidad semanal. La Reina Victoria, pocos días antes de morir, concedió al individuo de quien tratamos, el Cordón de San Jorge, como benefactor de las Colonias Inglesas, a las cuales ha librado y seguirá librando de sus más terribles enemigos.

Ya comprenderá usted, mi apreciable tocayo y el señor Córdova, cual sería mi ansiedad porque se llegara la hora del espectáculo; aunque debo decir, en castigo de mi recalcitrante duda, que a pesar del crédito debido al general Torres y al ingeniero Nuncio, se me resistía tomar a lo serio sus palabras, porque, al fin, hablaban de oídas, refiriéndose únicamente a la fama que precedía al indio, aunque se mezclara en esa fama el hombre del señor Aspiroz.

No es aquí oportuno describir el palacio del Hon. Francis, ni el arreglo minucioso del salón, ni otros mil detalles que haré conocer a usted en carta distinta; sabiendo usted cuán práctica y fina es la gente aristócrata de Estados Unidos, habrá de suponer que todo fue perfectamente meditado para el *comfort* de la concurrencia, y el mayor lucimiento del espectáculo. Únicamente me permito consignar, que los asientos de honor, fueron ocupados en este orden: señor Corral, teniendo a su derecha a la esposa del H. David R. Francis; señor Licenciado Roberto Núñez, y señora de Corral; señor General Torres, y señora de García Cuellar; señor Ingeniero Nuncio, y señora de Núñez; señor García Cuellar y señorita Núñez,

señor José Nuncio, y señora de Serrano; etc., etc., etc., A las dos filas posteriores de los asientos principales se colocaron los demás acompañantes de nuestro vicepresidente [El General Loera y yo entre ellos] y más atrás, el resto de la concurrencia, compuesta de señoras, señoritas y caballeros americanos.

Cabe aquí un paréntesis, para que comprenda lo que luego diré, y para el caso de no conozca usted a mi amigo Loera: tiene, o me parece que tiene, dos metros de altura, uno de hombro a hombro y la circunferencia relativa: debe pesar dos o tres docenas de quintales, porque un periódico festivo lo caricaturó cierta vez que mandaba en Jefe una columna para solemnizar no sé qué suceso, y el caballo frisón que montaba el General, daba indicios de soportar algunas toneladas, porque iba hundiendo los cuatro pies en los adoquines de granito.

A mi diestro lado se hallaba el robusto Jefe, ocupando silla y media; [esta media silla era la mía] y a mi lado izquierdo estaba una Miss horriblemente flaca, disimulando las angulosas prominencias de sus codos, con las mangas abullonadas de su elegante blusa. Preguntó Manuel a su conocido americano que se hallaba detrás, quien era la dama, y le contestó: «Es una joven pobretona, con seis y ocho millones de capital, que se llama Fanny Corwell; pero le dicen Miss “Corner.” Loera contuvo la risa y me tradujo el apodo: CORNER quiere decir cornisa o ángulo, y en efecto, aquella señorita se componía de ángulos agudos en sus pómulos, sus clavículas, sus huesos maxilares y sus codos: esto me constaba, porque siendo yo empujado por el volumen de mi amigo hacia el asiento en que se hallaba la Miss, ésta, me oponía el ÁNGULO de sus brazo y su antebrazo, parecido a dos bayonetas que estuvieran atadas por la punta; así es, que yo debo haber hecho algunos gestos detestables, a pesar de mi disimulo.

Kalongouth subió a un a plataforma que se había levantado en la cabecera del salón: sobre tal plataforma no había más mueble que una mesa. Hizo un saludo respetuoso, y pausadamente dijo en inglés, lo que poco más o menos voy a repetir, según me lo iba traduciendo el General Loera:

—Para dar a conocer mi poder sugestivo, ruego a la estimable señora de la casa, tenga la complacencia de mandar que me traigan un animal, perro, gato, pájaro, etc., me es indiferente.

Uno de los tres criados que se habían puesto a la disposición del Operador, llevó a indicación de la señora de Francis, un hermoso gato blanco de Angora, que tomó el faquir por el pescuezo y lo colocó sobre la mesa, no sin que la fierecilla, violenta, asustada y molesta, dejara de producir gruñidos enérgicos.

—Tráigame usted un sombrero; dijo el indio a otro criado; y éste volvió llevando un sorbete que ostentaba en la cinta un cartoncillo con el número 23.

—¡Hombre!, dije quedo a Loera cuando hube consultado la tarjeta que me habían dado en el guardarropa: ¡Mi sorbete...!

—No tengas cuidado, me contestó, dándome con el codo, fíjate no más en que el faquir solo se ha descalzado el guante de la mano izquierda; más tarde te diré por qué.

Mi flamante sombrero colocado sobre la mesa, despedía los hermosos reflejos de la seda, y el faquir, señalándolo al gato, le dijo:

—Ahí tienes una hermoso compañera que te quiere mucho; es preciso que la demuestres tu afecto.

Y como el animal mostrase indecisión, el indio tendió hacia él su índice desnudo, y repitió en tono enérgico:

YO QUIERO [y recalcó estas palabras] que la acaricies.

El felino levantó la hermosa y esponjada cola, frotó su cuerpo contra la copa de mi sombrero, comenzó a roncar del modo que lo hacen todos los gatos cuando quieren demostrar su afecto, y daba ligeros maullidos en prueba de su júbilo.

—Ahora, dijo el Bengalí; voy a sugestionar a este animal, de un modo completamente diverso.

Tendió hacia el cuadrúpedo no solo el índice, sino también el dedo del corazón, y le dijo señalándole igualmente mi sombrero:

—Ve ahí un horrible gato negro bravío, que pretende sacarte los ojos; yo digo que es un gato; YO QUIERO que lo ataques y lo venzas... ¡vamos...!

Todo lo simpático y hermoso que antes parecía el gato, se transformó en repugnante y terrible: con el espinazo enarcado, erizada la cola, despidiendo fuego por los ojos y alzado sobre sus cuatro pies como si apenas tocara la mesa, comenzó a dar feroces rugidos acercándose de lado y poco a poco a mi sombrero, y súbitamente cayó sobre él, hincándole con furor las garras y los dientes, apabullándolo y sacándole tiras.

—¡Hombre... mi sorbete!... exclamé; pero el General me hundió su codo en el vacío para imponerme silencio y me dijo:

—No tengas cuidado; fíjate ahora lo que va a pasar.

Y lo que pasó fue que la feroz alimaña hizo trizas mi bonito sombrero, ¡mi sombrero alto.. alto.. casi de tres piso, el segundo que me ponía desde los tiempos de González Ortega, cuando ya Manuel Loera usaba el suyo...!

El gato, como rendido por la fatiga y por la rabia, se quedó tirado, jadeante y moribundo, teniendo entre dientes y zarpas los restos de mi lujosa prenda.

En medio de la estupefacción y horror que causó la escena y aprovechando el silencio de los espectadores, dijo el Bengalí:

—Honorable concurrencia: los fenómenos de la sugestión se pueden combinar con los del magnetismo, y este fluido cuyo poder ejerzo en grado superior, lo comunico no solo a los seres vivientes sino también a los objetos inanimados, como voy a tener el gusto de patentizarlo: suplico se me faciliten unos bastones, unos pañuelos, una capa y un sombrero.

A su indicación acudió uno de los criados antes las damas y recogió los pañuelos, mientras otro de los fámulos fue al guardarropa y volvió llevando varios bastones, una capa española y un sombrero alto. Este, y la capa, ostentaban el número 24, y al verlo mi amigo Loera, me acarició con otro codazo diciéndome:

—¡Hombre, mi capa y mi sombrero...!

—No tengas cuidado, le respondí para imitar sus contestaciones, y para ejercer una pequeña venganza.

Mientras el faquir iba rompiendo los finos pañuelos en varias tiras, y causando probablemente a las propietarias el mismo desagrado que yo sufrí con la destrucción de mi sombrero dijo:

—Voy a magnetizar estos objetos y a confeccionar un maniquí: le daré animación como si fuera un ser viviente, y urdiré una pequeña fábula. Suponeos que vivo en el campo acompañado de una hija mía y lejos de todo lugar habitado: un enemigo mío muy rico y muy criminal, se ha enamorado brutalmente de la joven; se propone robarla y asesinarme si opongo resistencia: tengo aviso anónimo del proyecto; sorprendo al bandido; me ataca; me defiendo y lo destruyo. He aquí el sainete.

El general Loera, como he dicho, me traducía todas las palabras del indio: éste, comenzó a construir el muñeco en esta forma: dobló en arco dos de los bastones como si la madera hubiera tenido la ductilidad del plomo y la elasticidad de la goma: una de las curvas formó los hombros y la otra debía formar las caderas; para los brazos y los antebrazos

necesitó romper dos bastones por la mitad, figurando así dos escuadras que me recordaban los codos de mi vecina Miss Corner. La espina dorsal, hecha con bastón y medio para que sobrara lo que formaría el cuello y recibiría la cabeza, y por último, las dos piernas; en junto, siete y medio bastones, porque el medio bastón restante, debía fungir como puñal del asesino. Todo lo ató Kaolongouth con las tiras de los pañuelos rotos; de los que no lo estaban, formó una bola que constituyó la cabeza. [Para mayor claridad presento aquí un trasunto del armazón.]²⁵⁵

Cuando la tal armazón estuvo lista, se colocó el sombrero sobre la fingida cabeza y la capa sobre los hombros, embozada sobre el izquierdo, como se hace al ocultar el rostro cautelosamente.

Parecerá increíble como nos lo pareció a los que presenciamos aquellos actos, que unos delgados maderos débilmente sujetos por tiras de fino cambray o batista, pudieran soportar el peso de una capa tal como se supondrá la que necesita usar el General Loera para cubrir y abrigar su monumental corpulencia; pero lo más admirable fue (y aquí comenzó a revelarse la poderosa fuerza magnética del indio) que se descalzó el guante de la mano derecha, lo cual, sea dicho entre paréntesis, me valió nuevo codazo de mi amigo, que me arrojó sobre las bayonetas de la Miss, diciéndome:

—Fíjate ahora, en que se desnuda la mano derecha; más tarde te diré por qué.

Tendió el Bengalí hacia los espectadores sus manos desnudas, moviéndolas de la izquierda a derecha como en los pases de los hipnotizadores, aunque yo no sentí ningún efecto ni creo que lo sintió nadie. Ejecutó lo mismo dirigiéndose al maniquí que había estado

²⁵⁵ En el original no a pie: En este momento apareció dibujada sobre un lienzo, la figura a que alude este párrafo.

sostenido por dos criados; ordenó a éstos que lo soltaran, y con asombro general permaneció erguido el monigote, oscilando, únicamente, como la estatua del Comendador.

A pesar de la indiferencia yanqui, se produjo cierto murmullo de terror, ante la fantástica escena que describió: de mí sé decir, que ni sentía la catapulta del General, ni las lancetas de la Miss; me sentía muy desagradablemente impresionado.

Luego, ejecutó Kaolongouth la parte mímica, de acuerdo con la fábula que había inventado: fingido increpar al intruso, con ademanes enérgicos; el maniquí se movía con rapidez como si su maquina estuviese articulada en acero por un mecánico, y sin los puños de los bastones que hacían el papel de pies y asomaban por debajo de la capa, hubiéramos creído que se trataba de un verdadero ser viviente. Exaltados los animos al parecer, y amagado el indio por el imaginario puñal de su enemigo, desenvainó el espadín que también había pedido, lo hundió varias veces en el simulado cuerpo del contrario, y ante la violencia de sus tajos, mandobles y estocadas, volaron los fragmentos del sorbete y de la capa. —Véase cómo quedó el sombrero y la capa del general.²⁵⁶

—¡Hombre; mi capa de a cien pesos...! ¡mi sombrero de seda...! Me decía Manuel, rojo como amapola, por las diversas impresiones que recibía.

—No tengas cuidado, le contesté otra vez, y fue tal su enojo, que ante el empujón de su codo, por poco no me ensartó en las bayonetas de Miss Corner.

El maniquí, maltrecho y averiado, permaneció inmóvil contra la pared; a la indicación del faquir, se acercaron los mozos, desataron los bastones, recogieron las hilachas de los pañuelos y de la capa, los mutilados sombreros, y... ¡estupefacción general...! ¡aplausos frenéticos...! ¡hurras ensordecedores...! Volvió a tener Kaolongouth sus manos desnudas

²⁵⁶ En el original nota a pie: “Aquí apareció también la figura descrita en este párrafo.”

hacia la concurrencia que tenía fijas en él sus miradas, y cuando los mozos descendían de la plataforma conduciendo los objetos que sirvieron para el maniquí, tanto la capa y el sombrero del general Loera como mi sombrero, estaban intactos, e intactos también los pañuelos y los bastones.

—

Al día siguiente, fui a saludar, como de costumbre, a mi amigo Loera.

—¿Cómo amaneciste? Me preguntó.

—Muy mal, contesté; vengo a preguntar si hay por aquí cerca, una botica o farmacia donde vendan otate.

—¿Qué cosa? Preguntó a su vez, como si no comprendiera la palabra.

—O-TA-TE, repliqué, marcando las sílabas.

Pues qué, ¿vas a sacudir tu cuarto como lo hacen los criados de México, atando un plumero al extremo de varejón, o te propones dirigir la yunta?

—Hombre, no te burles; no quiero un otate completo, sino un canuto solamente, mira: un aguador de Zacatecas dio tanto palos a su burro, que por un tris no lo mató; pero le hizo beber una pócima de otate, y quedó bueno el animal.

—¿Y qué? Preguntó el General.

—Pues casi nada, lo respondí; sino que yo quiero beber un pócima de otate.

—Pues qué añadió mi amigo soltando la carcajada estrepitosamente: ¿algún aguador te...?

—Hombre, yo no soy burro, le interrumpí.

—Pero en resumidas cuentas, dijo algo violento, ¿por qué pretendes tomar la bendita pócima?

—Casi por nada, por una mera delicadeza, porque tengo averiado el costillar, en ambos hemisferios: el del Norte, por tu apreciable codo, y el del Sur, por las apreciables bayonetas de Miss Corner.

NOTA: —Por especial encargo del autor, agregamos lo siguiente:

- 1.- Que no ha estado nunca en San Luis Missouri.
- 2.- Que hace más de tres años, no ve al Señor General Loera.
- 3.- Que solo en su imaginación existieron Kaolongouth y Miss Corner.

Ramo de violetas²⁵⁷

En uno de los cuartos más pobres y tristes de una casa de vecindad, sobre un humilde techo de madera, se halla declinado un hombre anciano, de pálido rostro, de mirar lánguido y de enflaquecidos miembros.

Su aspecto doloroso y grave, su respiración cansada y sus movimientos débiles, demuestran que está enfermo; pero estas negras palabras: —¡prisión! —¡deshonra! —que con frecuencia brotan por sus labios, hacen comprender, que más que atormentado por dolores físicos, se abate al duro peso de un padecimiento moral.

En las manos tiene un pliego, mensajero, cruel, que le marca una sentencia que le exige oro para las arcas de un impío acreedor y que le dice: ¡paga o te pierdes!

Y penar sin poder combatir su desgracia, busca en su desmantelada habitación, con miradas de ansiedad y amargura, algo que entregar a su judío para calmarlo, diciéndole: — ¡toma... es lo único que tengo porque todo lo he perdido! —pero no encontrando lo que desea, porque a su alrededor, solo hay despojos y miserias, exhala un gemido doloroso, estruja entre sus manos el papel y doblgando su senil cabeza, permanece estático.

De su profundo abatimiento llega a sacarlo un joven como de veintitrés años, melancólico, de continente humilde, que penetra a la habitación y se le aproxima.

Este joven es su hijo, quien salió en busca de dinero para salvarlo; pero que después de algunas horas, vuelve decepcionado, triste y sin un céntimo.

Cuando el anciano lo contempla, se incorpora en el lecho y con ansiedad le pregunta:

—¿Qué traes?... ¿qué traes, hijo mío?

²⁵⁷ José Vázquez, “Ramo de violetas”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 10, 30 de agosto de 1905, pp. 123-129.

A lo que constes el joven con terrible desconsuelo:

—¡Nada padre!

—¡Nada! —repite el pobre anciano con su acento angustioso —y doblega nuevamente su cabeza, su cabeza venerable, blanca.

Luis —este es el nombre del joven— cae desfallecido en una silla...

Así permanecen largo tiempo, hasta que la voz débil del anciano pronuncia estas frases:

—Y sin embargo, es preciso luchar, es preciso apurar todos los medios y agotar todas las fuerzas; y después, si no es posible... ¡la deshonra!... la prisión...

—¡No! exclama Luis parándose violento —¿quién pudiera tanto, padre?... ¿quién se atrevería?

—Él —ya lo sabes— mi acreedor sin compasión, que confiando un día, en mi honradez y lealtad, me entregó un puñado de oro, un depósito sagrado que yo no respeté, porque en horas de miseria y desventura, para atender a tu madre enferma, para comprar después un sepulcro a su cadáver, dispuse de aquella suma, con mengua de mi honor, con peligro de mi libertad, que hoy, sin duda, ¡miraré perderse!

Y al hablar así, presenta a Luis el papel que tiene entre las manos.

Este lo toma ansioso; rápido lee su contenido, que ya conoce, pero que desea explicarse más, y murmura con dolor, soltando el pliego que rueda hacia sus pies:

—¡Veinte onzas!... ¡esta noche!... ¡a las nueve!...

—¿Lo ves?... ¿lo ves?... —dice el anciano entristecido, ¡y yo que en ti cifro mi esperanza!... Luis, no me desampares.

—¡Nunca, jamás! —afirma el joven, encaminándose a la puerta; pero el anciano lo detiene interrogándole:

—¿A dónde vas?

—A pedir.

—¿A pedir?

—Sí... a mendigar... ¡a robar si no me dan!

Y sale presuroso.

El anciano al escucharlo, no exhala ni un gemido, ni una queja; víctima de horrible sufrimiento, se rinde a los dolores, pierde el sentido...

Las sombras de la noche se extienden sobre la tierra

II

Cuando Luis se encuentra en la calle, cuando desesperado se agita en ella sin acertar a dónde ir, ve cruzar rápidamente ante su paso, en un magnífico carruaje, a un elegante joven, y con precipitación exclama:

—¡Manuel!... ¡Manuel!

Y corre tras el vehículo.

Los transeúntes lo ven pasar con extrañeza; unos le juzgan loco, y le conceden lástima; otros le llaman bárbaro, y con crueldad lo burlan; pero él corre, corre delirante sin que nada lo detenga, sin sentir más que la tempestad que ruge dentro de su alma.

Así pasa varias calles, hasta que por fin, jadeante y sudoroso, se para junto a la portezuela del coche que suspende su marcha frente a un suntuoso edificio; pero entonces la fuerza lo abandona, un vértigo lo ataca, y azota sobre el suelo.

El joven del carruaje, descendiendo en ese instante, lo mira caer, y se lanza presuroso a socorrerlo, repitiendo con asombro:

—¡Luis!... ¡Luis!... ¡pobre amigo mío!

Y lo introduce en la espléndida casa frente a la cual se detuvo el coche.

III

Dos horas después, al sonar en las torres de los templos las campanadas de las ocho, pálido y débil, pero gozoso, penetra Luis a la estancia de su padre.

Una pobre lámpara, colocada sobre una mesa, junto al lecho, alumbra escasamente aquel recinto.

El anciano parece sufrir mucho.

Al contemplarlo, Luis se estremece y se detiene; pero acercándosele luego, le dice con alegría:

—Míralas, padre... ¡míralas que bellas!

Y le presenta en sus manos veinte onzas de oro que brillan como una ascua.

El anciano se incorpora, y descargando sus miradas sobre el puñado de monedas, con precipitación exclama:

—Sí... sí son... ¡dámelas!... ¡yo las quiero!

Y extendiendo sus temblorosos brazos las recoge; pero apenas las toca, con desesperación las tira al suelo y aterrador pronuncia:

—¡Sangre!... ¡tienen sangre!... ¡son robadas!

—¡No! —protesta Luis, con asombro— y se dispone a recogerlas, pero el anciano le grita:

—¡Déjalas!... ¡No las quiero!... ¡están malditas!

Luis se detiene sintiendo reventársele el corazón, brotar llanto de sus ojos.

El anciano lo observa y le dice:

—¡Lloras!... te arrepientes... pero tu llanto no te salva... ¡la sangre que te mancha no se borra!... es el sello del crimen que condena... ladrón, no eres mi hijo.

Al oír tales palabras, Luis se aproxima y le grita sollozante:

—¡Callad, padre, callad!

Pero el anciano lo rechaza, y señalándole la puerta, le ordena con imperio:

—¡Márchate... sal donde te conozcan y te infamen... ¡donde te prendan y castiguen!

—¡No... soy inocente!

—¿Inocente?

—¡Sí!

—¿Y esas onzas?

—Me las dieron

—¿Y esa sangre?

—De aquí brota.

Y adelantándose hasta el lecho, señala el joven una herida en su cabeza, pero el anciano lo despide sin mirarlo, sin creer en lo que afirma.

—¡Ah! —exclama entonces Luis, retrocediendo— ¡me rechazas!... me despides cuando debieras estrecharme, ¡cuando debieras bendecirme!... Pues bien; iré a la calle, como mandas... me perderé en el mundo, desdichado, y dejaré que me traicione la calumnia; pero ¡Dios me hará justicia!

Y sin esperar respuesta, cruza sobre el oro que esparcido brilla en el suelo; y se encamina a la puerta; pero al llegar a ella se detiene viendo allí a Manuel que ha escuchado sus palabras y las del anciano, y que le dice:

—¿A dónde vas?

—¡A la calle!... ¡al abismo!... ¡donde va lo que se tira y lo que sobra!... ¡lo que infama y lo que afrenta!

Y luchando quiere salir; pero Manuel lo detiene exclamando.

—No, espera, ven.

Y lo acerca al anciano.

Éste fija su mirada en Manuel y le da a estrechar su mano; pero señalando luego a Luis, le dice con dureza:

—¡No quiero verte!... ¡aléjate!

Los dos jóvenes vacilan al oírlo; pero Manuel contesta:

—No... ¡jamás!

—¡Ah! —murmura con dolor el anciano— tú también, tú también me contrarías... ingrato, ¡injusto como todos!

Y exhala un gemido.

Luis se reclina en los brazos de su amigo y solloza estas palabras:

—Ya lo ves... ya lo ves... ¡y no he pecado!

Manuel lo estrecha con ternura y sintiéndole llorar, le responde con presteza:

—Firmeza, Luis; Dios me trae a tu lado para vindicarte.

—¿Qué dices?... ¿qué? —clama el anciano, al escucharlo; levantándose en el lecho y devorando al joven con sus miradas.

—¡Que no es ladrón... que es honrado como vos!

—¿No es ladrón?

—¡No!

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo he visto de rodillas implorarme protección, porque ese oro que lo infama y deshonra ante vos, yo lo puse en sus manos... porque esa sangre que lo mancha es la sangre de su cráneo que ha azotado contra el suelo, al correr él tras de mi coche.

—¡Júralo! —gime el anciano, delirante.

—Lo juro —dice Manuel con prontitud.

Y separando a Luis de su pecho, lo arroja al del anciano.

Este lo recibe en sus brazos temblorosos, y oprimiéndolo con fuerza, dice débilmente:

—¡Perdón!... ¡perdón, hijo mío!

—Luis se deja abrazar y vertiendo llanto.

Poco tiempo después los dos jóvenes salen de la habitación.

Manuel va en busca de un doctor; Luis corre a salvar la honra de su padre, a pagar lo que el anciano debe, llevando oprimidas fuertemente en una de sus manos, las veinte onzas que tanto le costaban en dolor y en sufrimientos.

IV

Al salir Manuel y Luis de la casa de vecindad, al separarse para ir cada cual a su destino, Manuel exclama con interés:

—Corre, Luis... sálvalo, evita su presencia ante los jueces.

Luis escucha conmovido tales palabras, y marcha presuroso, sintiendo que le duele el corazón, que algo extraordinario para por su ser; pero así avanza, camina infatigable, hasta que llegando frente a un hermoso teatro en cuya entrada se apiña una confusa multitud escuchando los ecos de una música que suena en el interior de aquel y viendo penetrar la elegante concurrencia que allí acude, se detiene impedido en su carrera, se ve obligado a

retroceder para buscar acceso; pero en el instante un regia victoria detiene ante su paso su tronco de frisones.

Entonces se para bruscamente y mirando hacia el carruaje, arroja un grito que se ahoga y se confunde con el ruido de la gente, de otros coches que se acercan y con los ecos de la música.

Y no se mueve ya.

Y entonces ya no busca lugar para su marcha

Su rostro se demuda intensamente, su cuerpo se estremece con violencia y sus labios temblorosos, pronuncia este nombre:

—¡Carmen!

Y estático, abismado, permanece apretándose el pecho con las manos.

Del carruaje descienden tres personas: dos varones y una joven.

Luis los ve primero a todos, después solo a la joven, que se presenta a sus ojos centellantes, hermosa y seductora como esas figuras de Mignon buscando el cielo, como esas creaciones esplendentes y dividas que Scheffer ha robado al paraíso de los sueños, como dice Antón Porras.

Y siente que su cerebro se trastorna, que una nube de sombras se extiende ante sus ojos, que le falta aire para sus pulmones y vida para su cuerpo; y mira a la joven, la devora con miradas asombrosas y exclama delirante:

—¡Carmen!... ¡la mujer que me amó cuando fui rico!

Y ríe, ríe convulsivo, con risa amarga, dolorosa; —¡ríe como loco!...

Carmen avanza altiva, arrolladora, ostentando majestuosa su hermosura y atavíos.

Los dos varones caminan a su lado.

Uno de ellos es su padre; el otro un primo suyo que la adora y la acorteja.

Luis la ve confundirse y perderse entre la turba de curiosos que se apiñan desde la calle al vestíbulo del teatro, y aterrador al punto, desesperado y loco camina en pos de ella, sin que ninguno lo detenga, sin que nada se lo impida... ¡El recuerdo de su padre se ha borrado de su memoria!

Todas las miradas las recibe Carmen.

Todos la saludan y se inclinan a su paso.

El fulgor que despide de sus ojos, emociona, la sonrisa de su boca estatifica.

Ninguno sabe que admirar mejor en ella, si la gracia, el encanto, la hermosura de su rostro, o la seda, los brillantes y las galas de su traje.

Sus ojos son negros como noches tempestuosas, sus labios rojos, frescos y aromados; su frente pálida, pura como las azucenas.

Su traje es blanco, como las espumas de los lagos.

¡El oro y los brillantes de sus joyas resplandecen como el sol!

Solo en Luis nadie repara, ninguno ve su flaco rostro ensombrecido, sus chispeadores ojos inyectados ni su vestido descompuesto y sucio.

Pero a él nada le importa esto; él camina transformado, delirante, abismándose entre sombras de locura y cediendo a su destino que lo arrastra y que lo pierde.

Así penetran al salón del regio teatro.

En este se celebra una quermés.

En él se confunde Carmen con una multitud de hermosas jóvenes.

En él se para Luis, se ciega y se trastorna con la luz y con el ruido.

¡Tanta flor... tanto perfume... tanta seda y tanto oro, le hacen daño, lo deslumbran y lo pasman!

¡La gente lo marea!

¡La música lo aturde!

Su corazón se hincha, se revienta... sus párpados se abren grandemente y sus miradas ávidas recorren con violencia cuanto encierra aquel lugar.

Las flores, los espejos, las estatuas y columnas, las alfombras y los cuadros, todo lo mira, lo contempla con asombro, con fijeza muy extraña...

Pero... ¿y Carmen?

¡Ya no se alía ante su paso... ya no la hallan sus miradas... ¡se ha perdido en el salón!

Entonces Luis vacila, se estremece y se confunde con los héroes de la fiesta, con los pollos opulentos y orgullosos que rescatan con su oro y sus cumplidos —los objetos que las lindas vendedoras les ofrecen.

¡Y qué contraste forma con ellos!

Su traje, su persona, movimientos y ademanes, ¡qué distintos!, ¡qué apartados del estudio y la elegancia!

Su rostro enflaquecido, su pelo sin arreglo y erizado y sus ojos brilladores lo tornan repugnante y pavoroso.

Las jóvenes lo miran con asombro y se le apartan.

Los hombres contemplan con enfado y lo desprecian.

Pero él no repara en esto; no busca los amigos de otros tiempos... él sigue a una mujer que lo atrae, que lo arrastra.

Así recorre el gran salón, hasta que llega a un crecido grupo de persona.

En este grupo se hala Carmen, contenta, charladora, recogiendo con sus manos pequeñas, delicadas, entre frases y sonrisas, mil monedas que le prodigan por las flores que conduce en una cesta.

Hasta ella llega Luis, precipitado.

La joven lo contempla sorprendida, lo reconoce, —y retrocede; pero luego transformada y venenosa, le presenta un bello ramo de violetas.

El joven se adelanta a recogerlo; pero ¡ay! la infame lo retira y con sarcasmo matador dice:

—¡No!... no tendríais con qué pagarlo!

Y dando un beso a las hermosas flores, las ofrece a un elegante; pero Luis se le arroja, le derrama entre la cesta el puñado de oro que conduce y le arrebató el ramo de violetas, levantándole luego en su diestra para azotarle con él el rostro; mas de súbito se detiene porque en el instante, lentas, compasadas, vibradoras, oye sonar las campanadas de las nueve, de la hora fatal para su padre, del momento terrible en que se debía pagar al acreedor aquel, para salvarlo; y recordando esto, lanza un grito estrepitoso, se oprime los oídos con las manos y arrollador y ciego se precipita hacia la calle llevándose el ramo de violetas...

Tal escena pasa rápida como el pensamiento, veloz como el huracán.

Al eco del grito lanzado por Luis, y extendido por los ámbitos del teatro, todo calla, todo queda en honda calma.

Los rostros se transforman, las palabras se apagan en los labios, los corazones laten con violencia y todos los concurrentes miran a Luis; pero ninguno al verlo correr precipitado, se levanta ante su paso, ninguno lo detiene en su carrera... ¡el huracán desenfrenado no se para!... ¡el torrente que desborda no cede!... Así que Luis desaparece, muchos ignorando el caso, dicen con desprecio:

—¡Es un loco!... es un ladrón de flores!

Un momento después, la fiesta se reanima y sigue esplendente.

Todo en ella vuelve a la dicha y al encanto

Solo Carmen ya no goza, la sorpresa, el asombro, el remordimiento, mil inexplicables sentimientos le ahogan el alma, se la oprimen bajo peso de gigante mole, de mole inmensa que la abruma, que la aplasta, que despeñada le ha caído allí en el alma...

V

Cuando Luis sale del teatro; cuando las sombras de la noche se presentan a sus ojos debilitadas por la luz de la luna que brilla en su plenitud, y los soplos de la brisa pasan sobre su frente abrasadora, siente que su pecho se ensancha, que un frío crudo le estremece el cuerpo y que una desesperación horrible lo domina; y convulso, delirante atraviesa la ciudad, extraviando su camino a cada paso y deteniéndose a la sombra de los edificios, cual fantasma.

Nadie que lo mira, alcanza a descubrir en su inquietud y agitaciones, la fuerza que lo arrastra...

De tal suerte, al día siguiente, cuando el sol brillante y puro llega la mitad de su carrera, Luis se detiene ante el vecindario donde habita.

Las grandes hojas del portón de entrada están abiertas.

Nada le impide el paso, pero él vacila en penetrar; lucha con el temor y la esperanza, mas al fin entra presuroso.

El viejo Esteban, guardián de la casa es el primero en mirarle y en decir:

—Voy a noticiarle... a informarle todo en un momento.

Luis en tanto, pálido y tembloroso, se dirige a su morada, hasta que ávido, jadeante, penetra al pobre cuarto, cuya puerta esta entorna; pero ¡ay! para este instante le está reservado todo lo cruel, todo lo atroz de su desgracia.

Sus ojos se abren con asombro... ¡sus pasos se detienen bruscamente!... el corazón le estalla dentro del pecho, y aterrador, demente, lanza un gemido que se extiende por el ámbito del cuarto levantando resonancias dolorosas.

Después sale de la habitación clamando entre sollozos:

—¡Padre!... ¡Padre!

¡El cuarto está desierto, el lecho abandonado!

En la mitad del patio se detiene.

El guardián de la casa se le acerca y le interroga; pero el sin contestarle le pregunta:

—¿Dónde está mi padre?... ¿dónde?

—En poder de la justicia!... en la cárcel, quizá, contesta aquel.

Algo como un rugido, como un clamor salvaje brota del pecho de Luis, al oírlo; y loco, arrebatado se precipita el infeliz joven en distintas direcciones, hasta que penetra en su morada.

El viejo Esteban se horroriza al contemplarlo y llama a los vecinos; pero en el momento en que varias personas parecen, en el cuarto de Luis se escucha un ¡ay! doloroso y prolongado, después un golpe seco y luego... ¡Nada!

Los vecinos que han acudido, se contemplan con extrañeza; pero cediendo luego a la curiosidad, se encaminan a la habitación del joven.

El cuadro que presencia es horrible... ¡Luis tendido en el suelo, decapitado casi y agitándose en violentas convulsiones!... una charca de sangre junto a él! ¡una navaja de afeitar ensangrentada y un ramo de violetas en medio de la charca!

Al ver esto los vecinos, se pasman de terror; pero ninguno pasa del dintel, ninguno llega hasta el suicida.

Así, en la puerta de la habitación, permanecen mudos de asombro, hasta que penetran tres personas al vecindario.

Son Manuel, un doctor y el mísero padre de Luis, que salvado por Manuel del poder de la Justicia y de la impiedad de su acreedor, vuelve trabajosamente a su morada.

El doctor y Manuel lo sostienen por los brazos, al marchar.

Los tres caminan con torpeza.

Lentamente atraviesan el zaguán y llegan hasta el patio.

Al verlos allí, los vecinos le gritan:

—¡Corred... venid, que se ha matado!

Al eco de ese grito, impulsivo, arrebatado, irresistible, como si el dolor le diera fuerza, se ve al anciano soltarse de las personas que lo sostienen y correr hacía la habitación de Luis.

El doctor y Manuel corren también; pero el anciano llega antes que ellos.

Los vecinos le abren paso, y aterrador, vehemente penetra al pobre cuarto; pero ¡ah! cuando se para ante el cuerpo ensangrentado de Luis, una exclamación de inmenso dolor brota por sus labios, el corazón le deja de latir violentamente, y azota sobre el suelo, desencajado, lívido, con las pupilas horrorosamente dilatadas.

Manuel y el doctor pretenden levantarlo; pero reparan en Luis, y se detienen, se espantan, retroceden hasta la puerta donde asoman y apiñan sus rostros asombrados los vecinos, y como éstos permanecen allí sin moverse...

¡Todo queda de pronto en silencio!

¡Ni un grito... ni una palabra!... nada más!

El anciano está sin sentido junto a Luis... Luis muerto hacia el anciano... Los dos tendidos en el suelo.

En pocas horas la población se entera de estas trágicas escenas y cada quien las juzga y las comenta a su manera. Por eso cuando al atardecer del día siguiente, humilde y silencioso atraviesa la ciudad el entierro de Luis, todos lo que lo encuentran a su paso se detienen y lo miran con fijeza, exclamando con dolor:

—¡Pobre joven!...

Entre los diez o doce acompañantes que forman el cortejo, va Manuel, callado, tristes, pensativo, con la vista fija en el suelo; pero al pasar por una calle dilatada y ancha, formada por suntuosos edificios, levanta con presteza sus miradas, al escuchar un angustioso grito que vibra en el espacio; y entonces exclama con acento de ira:

—¡Carmen!... ¡maldita sea!

El eco del grito llama la atención de cuantas personas lo escuchan, y todas éstas, como Manuel, violentamente vuelven la vista hacia arriba y ven a una hermosa joven que cierra precipitadamente los cristales de un balcón y desaparece tras ellos.

Esta joven lanzó el grito.

Esta joven es Carmen, cuyos ojos vieron el triste entierro y contemplaron sobre el ataúd de Luis, un ramo de violetas, marchito, ¡manchado con sangre!

Ninguno ignora la causa de aquel grito, todos hallan en el acento de él, la expresión de la conciencia conturbada de Carmen; y recordando el hecho acaecido en la quermés, también lanzan maldiciones a la joven, en tanto, ¡que contempla con ternura y con tristeza el féretro enlutado y el ramo de violetas que va sobre sus tablas...!

El caballo de pica²⁵⁸

Sobre la piedra que servía de tope, de guardacantón en una de las esquinas de la calle, de la avenida aquella por donde la multitud, alegre y presurosa dirgíase a la plaza de toros para presenciar la lidia de esa tarde, estaba sentado el infeliz mendigo, el viejo exmilitar de la pierna de palao, el que en otro tiempo combatió como un valiente por su patria, derramó su sangre por ella, conquistando la gloria, y que después, enfermo solo y misirable, vivía de la caridad, porque su patria y sus compañeros lo abandonaron.

Con las manos puestas en el bordón que le servía de apoyo, la cabeza cubierta con el sombrero de ancha ala y envuelto en su raído capote azul de botones de metal dorado, única prenda que revelaba su antiguo carácter, permanecía silencioso cuando me miró correr hacia el lugar de la fiesta y me dijo con voz débil:

—No vayais a la lidia, amigo mío.

—¿Por qué? —le pregunté, con extrañeza, deteniendo mi marcha.

—Porque esa fiesta es cruel; porque en ella hay sangre que horroriza, que brota de lucha del hombre con el bruto; porque allí se ofusca la razón, se embota el sentimiento y con placer innoble se goza en ver piachar, herir, matar a la res bravía, que aterradora ruge, al ser sacrificada ante un público que silba su desesperación y que su muerte aplaude!

—¡Ah! —exclamé al oír tales palabras —¿tanto reprobais el arte del toreo?

—¡Sí! —afirmó— y ojalá no hubiese visto nunca una de sus lidias; ojalá, al menos, no hubiese presenciado aquella en que lo miré, herido, destrozado, uerto por las astas de un toro, entre los ecos de la música, el choque de las palmas y el estruendo ensordecedor del

²⁵⁸ José Vázquez, “El caballo de pica”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 12, 31 de diciembre de 1905, pp. 149-151.

pueblo arrebatado, sin poderlo socorrer ni salvar, como él salvarme pudo algunas vez en el campo de la guerra.

—¿Quién? —pregunté con curiosidad— ¿algún pariente, algún amigo vuestro?

—¡No! —exclamó con dolor el pobre veterano.

—¿Entonces?

—Mi caballo de batalla... el arrogante y noble corcel negro que llevándome sobre su potente lomo a la hora del combate, al oír el trueno del cañón, al aspirar el olor de la pólvora y al escuchar el grito formidable de pelea, sentía, como yo, correr ardiente la sangre de sus venas, latirle acelerado el corazón; y sin miedo al peligro ni a la muerte, pasaba como huracán desenfrenado, sobre heridos, cadáveres, escollos y barreras, ayudándome a luchar, a combatir por mi ipatria y mi bandera... ¡por mi amada patria que al fin me abandonó!

—¿Y murió sacrificado por un toro?

—¡Sí!.. como caballo de pica!

—¿Pero por qué?

—Por infamias, por crueldades de la suerte; porque después de que pasó la guerra, de que las ingritas y la traiciones me abatieron, me quitaron posición, fortuna, honores, todo, ya no pude mantenerlo; y para que no penase, para que no tuviese hambre, lo presté a un amigo mío que me ofreció cuidarlo, asistirlo como yo lo hice.

—¿Y luego?

—Luego... mi amigo desapareció con él... y psaron muchos días, muchos meses, tal vez años; y yo dejé de verlo, por más que lo buscaba; hasta que una tarde como esta — ¡ah! No se me olvida!— desde el tendido de esa misma plaza de toros a donde vos correis ahora, a donde va esa multitud alegre; desde gradería aquella donde me encontraba yo entre un inmenso populacho inquieto, agitado, ensordecedor, que se movía imponente como un

oleaje de mar enfurecido, desvaneciendo y mareando con mucha inquietud, lo volví a mirar cuando se lidiaba el cuarto toro de la corrida, el más feroz, el más bravío, el más sanguinario, sin que de pronto pudiera reconocerlo, sin que llegara a suponer siquiera que allí se hallaba... ¿cómo iba a imaginar esto?... ¿cómo podía creer que aquel caballo flaco, miserable, envejecido, que con los ojos vendados apreció en el redondel, soportando, resisitendo apenas a un picador iracundo, inhumano, que lo espoleaba y lo azotaba fuertemente para hacerlo correr a ciegas, era el mío, era mi noble y arrogante corecel de campaña?... ¡no!... ¡jamás!... Así es que cuando se presentó a mi vista, cuando lo contemplé reducido a tal miseria, le tuve lástima por instante; pero luego deje de verlo, me olvidé de él, hasta el momento en que la terrible fiera de abiertas y puntales astas, de rizado y fuerte morrillo, que se golpeaba los flancos con la cola, que rugía desesperada y sembraba con terror inmenso al embestir a los lidiadores, lo atacó impetuosa, irresistible, lo levantó con la fina encornadura y lo dejó caer de golpe al suelo con todo y su jinete, arrancándole un relincho doloroso y prolongado que se extendió por el aire, que llegó a mis oídos haciéndome temblar, palidecer, ponerme de pie violentamente y clavar en él, en el infeliz caballo, una mirada tenaz, penetrante, llena de asombro y de sorpresa, para convencerme de que tan desventurado animal era mío, el mío, ¡sí!.. ¡Ah! No lo podía reconocer entonces... aquel relincho, aquel gemido, aquel lamento que exhaló, era el que lanzaba siempre a la hora del combate, el que había dejado escapar cuando en un ataque sangiento el casco de una metralla nos deribó a los dos; a mí arrancándome esta pierna; y a él causándole varias heridas que le dejaron huellas imborrables, cicatrices por las cuales yo podía identificarlo... Y cuando al fin lo hube reconocido, ciego, precipitado, sin respetar obstáculos, brinqué, atropellé a la multitud, me introduje en el ruedo y me arrojé sobre el infeliz corcel que yacía en tierra muriéndose jadeante, vertiendo gruesos borbotones de sangre por una profunda y palpitante herida que

tenía abierta en el encuentro; espirando sin que nadie lo protegiera, abandonado, solo enteramente, porque los lidiadores se le apartaron para acudir al extremo opuesto del anillo donde el toro buscaba nueva presa, lo cual permitió que yo pudiera por unos cuantos instantes y sin que nadie me lo vedara, levantarle la cabeza, quitarle la venda que le cubría sus ojos y buscar en ellos con avidez, con desesperación, ¡una mirada con la cual pudiera verme acompañándolo en el momento de su fin trágico!

Y lo conseguí; pero cuando apenas sus desmayados ojos se volvieron a los míos, cuando descubrí en ellos un débil rayo de luz con el cual creí que me decía él pobre moribundo: —¿por qué me abandonaste?... ¿por qué dejas que me sacrifiquen así?... ¡yo no te traicioné jamás!... —dos peones de la cuadrilla me separaron de él, sin darme tiempo a suplicar, a resistir, y casi a rastras me llevaron entre ellos, ¡creyéndome ebrio o loco!... pero no, ¡yo no estaba loco ni ébrio!... yo sentía un dolor terrible, un dolor que creció de una manera intensa cuando a pocos momentos vi, desde fuera de la valla, tras la cual me habían arrojado con brutal empuje para entregarme a los agentes del orden, que sacaron remolcado por tres mulas guarnecidas con arneses que tenían cascabeles, penachos y cintas de colores, el cadáver de mi pobre caballo, para tirarlo como un despojo, como un despreciable desperdicio de la ínfame lidia, en un corral lleno de escombros, de basura y de estiércol manchado con sangre; lugar de donde después, al día siguiente, lo arrojaron más lejos... al arroyo... al muladar... donde se tira lo que ya no sirve, lo que se desecha, para que vague, para que ruede, ¡para que desaparezca por siempre...!

Y al final desaparición, pues al correr los días, ni yo mismo supe qué fue de sus despojos... ¡en donde se extinguieron sus cenizas...!

—¡Ah!... ¡pobre animal! —exclamé al oír tal relación.

—Sí... ¡pobre! —afirmó el viejo soldado, enjugándose una lágrima que borrarón sus ya turbios y cansados ojos; lagrima que humedició su faz marchita por los años, curtida por el sol y por los vientos, sobre el campo del combate, en épocas de lucha por la patria — ¡pobres de los que como él han parecido y pobres de los que ahora van a ser inmolados de esa suerte!

—¡Es verdad! —murmuré.

—Pues por eso —afirmó— por eso y por las demás crueldades que se cometen en una corrida de otros, es por lo que os dije hace poco:

—No vayais a la lidia!... y ahora os lo repito.

—Tenéis razón —exclamé.

Y dando una moneda al pobre mutilado, volví sobre mi marcha, me alejé del lugar de la fiesta donde ya escuchábase los ecos de la música y los rumores del público; y caminé pensando en todo lo que acababa de oír de labios del mendigo, del viejo exmilitar de la pierna de palo, viendo con los ojos de la imaginación, pasar ante mí, una larga fila de caballos flacos, miserables, tristes... ¡Eran los que yo había mirado perecer en las plazas de toros; los que sirviendo de caballos de pica, habían sido sacrificados en mi presencia!... Y ante aquella desventura procesión de víctimas, sentí —lo confieso con lealtad— ¿por qué no? Sentí dolor, remordimiento de haber asistido repetidas veces, y con entusiasmo, a presenciar lides taurinas, espectáculos crueles donde el placer, la alegrías, el gozo, para crecer y desbordarse, necesitan sangre... vapor de sangre que los embriague... olor de de sangre que los trastorne...!

Zacatecas.

Serenata²⁵⁹

Es de noche. El jardín duerme, todo duerme... Apenas si turban el silencio, el canto melancólico de una fuente y el rumor misterioso de las frondas. En el estanque, de tranquilas aguas que semejan un espejo, la luna retrata su enorme disco de marfil.

Llegan Fausto y Mefistófeles.

Fausto. —Un goce inexplicable acelera los latidos de mi corazón, ¡Ah! podré estar con ella, pasearemos, solos, por estas callecillas enarenadas. De pensarlo, un estremecimiento recorre todo mi cuerpo. Nunca, en mi triste existencia de sabio, encerrado entre encorvadas retortas y polvosos libros, imaginé que pudiera haber ventura tanta en la tierra. ¡Oh, felicidad! ¿podré por fin asirte? Buscándote, he descendido en el mar de la existencia, pero ese mar es insondable, es abismo. ¡Naturaleza, si yo pudiese descifrar tu arcano! Si pudiese ir más allá de los sistemas planetarios, más allá de las estrellas conocidas, ¡de las soledades silentes y azules y apagar la sed que me devora en la fuente infinita de todos los misterios!

Mefistófeles (con ironía). —Señor filósofo, elocuente estáis. ¿Tan pronto habéis olvidado a que vinisteis? ¿No os mostrabais, pues, hace un momento, tan impaciente? Señor filósofo, mirad.

Fausto. · —¡Oh, sí! La casita blanca, entre los árboles, Hay luz en una ventada.

Mefistófeles. —Es que Margarita te espera.

Fausto. —Voy allá.

(Mefistófeles se oculta tras el tronco de un alto cedro)

²⁵⁹ Enrique Tenorio, "Serenata", en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, pp. 6-8.

El bandolín de Fausto vibra una serenata cuyas notas, claras y acariciantes, se esparcen a través de la noche en plenilunio.

Margarita se asoma a la ventana y Fausto, dejando de tocar, se encamina hacia ella.

¿Qué dijeron en su diálogo, en aquel diálogo suspendido, a veces, por amorosos silencios?

Lo que se dicen los amantes: ternuras que se lleva el viento, ensueños que jamás se realizan, por imposibles. Lo que dicen las manos trémulas y entrelazadas; Lo que dicen los ojos fijos en otros ojos, tan cerca, que los alientos de las bocas se confunden y los labios se juntan, con ansias enloquecedoras.

Ella desfallece de amor. Él le dice apasionadamente:

—Ven, Margarita, pasearemos por el jardín; ven.

Fausto triunfa.

Pasan junto a Mefistófeles. La hermosa apoya su dorada cabecita en el hombro de Fausto. Él le abraza el talle. Caminan lentamente.

Margarita. —Prométeme que nunca me olvidarás.

Fausto. —Nunca, mi bien.

Mefistófeles. (desde su escondite) La oveja camina al sacrificio. Fausto: he ahí lo que basta para que sacies tu infinita sed. Goza, goza, ja, ja... Yo, desde aquí, seré el espectador de tu fiesta.

Los amantes se pierden en la espesura. Poco a poco se va apagando el ruido de sus pasos, hasta que no se oye, en la calma nocturna, más que el canto melancólico de la fuente y el rumor misterioso de las frondas.

Al apuntar el alba, Fausto y Mefistófeles se alejan del jardín.

Margarita torna precipitadamente a su hogar, las mejillas encendidas y la cabellera desmelenada.

Una alondra gime entre el follaje un arrullo amoroso.

Margarita se detiene, escucha absorta unos instantes y se echa a llorar. Ocultando el rostro entre las manos llega a la casita. Con sigilo entra a su estancia y se sienta a la orilla de lecho, sollozando.

El recuerdo de su madre le viene a la memoria. ¡Oh, su madre morirá de dolor cuando sepa que la hija idolatrada ya no tiene honra!

Cae de rodillas y alzando los ojos llenos de lágrimas, tendiendo sus finas manos crispadas al Cristo ebúrneo enclavado en la cruz, le dice que le arranque la vida. ¿Para qué la quiere si ya todo ha de ser vergüenza y angustia y sombras?

Después... un breve silencio... un suspiro y se desmaya.

Por la ventana penetra un alegre rayo de sol. En el jardín, a la fresca caricia del viento madrugador, las frondas susurran suavemente.

Noche Buena²⁶⁰

Margarita era amable por temperamento; dócil, porque desde niña tuvo el hábito de la obediencia, y hacendosa, porque su madre también lo era y fue su ejemplo; pero el destino, ese adverso y cruel azote de la doliente humanidad, casi siempre descarga todo su rigor sobre el ser más débil e indefenso. Margarita, joven de veinte años, raquítica, enfermiza, pero graciosa, sin ser bonita, entregó su corazón y su mano al primer obrero que supo despertar en ella las dulces emociones del cariño; a Juan quien, a pesar de su pobreza, le ofrecía sin embargo, como garantía de un pacífico porvenir, la voluntad firme que por costumbre tenía para luchar por la vida, y la fuerza de sus toscos brazos avezados al trabajo. La madre de Margarita murió tranquila cuando se cercioró de que Juan era capaz de hacer la felicidad de su hija.

Sin embargo, la tranquilidad de aquel hogar duró poco. ¡Pobre Margarita! Su Juan, su buen Juan, el padre de su hija, de aquella niña que con tanto sacrificio alimentaba a sus pechos, ya no era el de antes.

Su carácter bondadoso y prudente habíase convertido en huraño e irascible; las malas compañías que comenzó a tener le hicieron frecuentar las tabernas y en poco tiempo su transformación fue espantosa. A las dulzuras de una vida pacífica y ejemplar sucedieron los altercados, luego los disgustos y finalmente las riñas, habiéndose dado el caso de que aquel hombre brutal descargara su pesada mano sobre la delicada espalda de la pobre enferma. Margarita manifestaba cada día más abatimiento porque, además de su desgraciado

²⁶⁰ Aurelio Elías, “Noche Buena”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 5, 16 de abril de 1910, pp. 50-53.

matrimonio, era víctima de esa enfermedad que no perdona: de la tuberculosis. Un médico que en esos días la había auscultado, le dijo que su estado era grave.

En la Noche Buena, una de las más frías que hubo en ese año de 1907, Margarita se sintió enferma en extremo. No le importaba abandonar este mundo miserable, donde tanto habría sufrido, pero... ¿Cómo dejar a su pequeñuela que apenas contaba seis meses de nacida, y que probablemente quedaría sola y abandonada? ¡Su Juan! ¡Ah! Su Juan se había entregado al vicio de la embriaguez y... todavía peor, pues alguien que merecía crédito había susurrado a sus oídos que Juan su marido frecuentaba las relaciones de una mujer de mala nota, y en ese caso ella estaba de más en el mundo; pero, ¿Y su hija? ¿Qué iba a ser de su hija, tan pequeñita, si ella se moría?

Margarita, alma cándida, acreedora a los halagos de la buena fortuna, esa noche era presa de amargos presentimientos y yacía sumida en profunda meditación cuando llegó Juan completamente ebrio, acompañado de una mujer, tal vez la misma cuyas relaciones frecuentaba.

—“¿Dónde estás eh?” —dijo con un tono brusco aquel hombre al pasar el umbral del cuarto

—“Aquí estoy, Juan; duermo a la niña.”

—“¿Y por qué tan oscuras?”

—“Voy a encender la vela; espera.”

—“¡Quita allá, perezosa!” —dijo empujándola con violencia.

—“¡Juan, por caridad, no me ultrajes!” —exclamó Margarita, y como vio que una mujer entraba en seguida, prosiguió con indignación:

—“¿Quién viene contigo? ¿por qué traes una mujer?”

— “¡Calla, y lárgate de aquí, lambrija!” —y así diciendo, encendido en cólera, la arrojó a la calle a empujones, sin consideración a la inocente criatura que dormía en los brazos maternos.

Eran las doce de aquella noche húmeda y destemplada de invierno cuando Margarita quedó de pie en medio de la calle, sola, herida en el alma, con su niña dormida en los brazos. ¿Qué haría a semejante hora? ¿A quién acudir implorando compasión para librarse de los horrores del abandono y del frío en aquella noche fatal, que por sarcasmo llamaban *Noche Buena*?

En aquel momento las campanas de un templo vecino sonaban la última llamada a la misa de gallo. Una idea salvadora pasó por la mente de Margarita. Allí en aquel templo se iba a festejar el nacimiento del Niño Dios, el único que podía consolarla en su aflicción y soledad, el único que podía darle alivio, o cuando menos fuerzas y resignación para poder soportar su inmensa desventura. Dirigióse al interior del templo cuya nave central estaba casi llena de feligreses, pero ella buscó un rincón hacia la izquierda, el más solo y apartado, y allí, de rodillas quiso balbucir una plegaria que su memoria no pudo recordar. Las fuerzas le faltaban, no pudo consigo misma y se dejó caer. Su hija seguía durmiendo.

El templo estaba profusamente iluminado; el incienso que se esparcía por todos sus ámbitos, cubría las luces de las arañas y los focos de luz incandescente que parecían estrellas envueltas en tenue grasa. Los penetrantes y trémulos silbatos de los *pitos de agua* que en semejante noche se acostumbraba a sonar, se mezclaban a la voz majestuosa y solemne del órgano que, por manos hábiles tocado, lanzaba sus cantos de *hossana* en alegres torrentes de armonía. Margarita quiso llorar, y no pudo: tan grande era su dolor; sentís que la muerte estaba allí

con ella, acechándola para quitarle el último aliento de vida. Se acurrucó en aquel rincón como pudo, porque se sintió desfallecer, y espero la muerte.

Concluyó la misa, cesó la música y la alegre algarabía de los pitos; los asistentes comenzaron a salir con alguna precipitación, y con el deseo de entregarse de nuevo al sueño reparador. El sacristán apagó las luces; enseguida con la llave en mano y a la luz de un farol que consigo llevaba, se dirigió a cerrar las puertas cuando al atravesar por una de las naves, vio en uno de los rincones una mujer al parecer dormida. Acercóse a ella.

“Vamos, mujer, que voy a cerrar” —dijo tocando el hombro de Margarita; pero está no respondió.

“Señora,” —repitió el sacristán, casi estrujándola para despertarla. Nada; ella seguía en profunda quietud. El sacristán levantó con alguna violencia el chal que la cubría y sorprendió a la niña que jugaba con el rosario de su madre que agarrado tenía una de sus manecitas y que pugnaba por metérselo a la boca. La niña suspendió su faena y se quedó quieta contemplando al sacristán con sonrisa y mirada angelicales.

¡Oh sorpresa! ¡A la mortecina luz del farol distinguió el sacristán que una palidez mortal cubría el rostro de aquella mujer, por cuya boca salían espumarajos de sangre! Le tocó la frente con su mano y la encontró yerta, no le sintió el aliento ni sintió los latidos del corazón.

“¡Dios mío!” —exclamó el sacristán —“esta mujer está muerta!” Y poseído del terror, aquel hombre se dirigió violentamente a la calle para dar parte a la autoridad.

¡Sí! ¡Allí sorprendió la muerta a Margarita! Acabó su jornada en aquel rincón del templo, ¡cuando la fe de los creyentes festejaba el recuerdo del nacimiento del Niño Dios!
¡Aquella fue su Noche Buena!

¡Pobre Margarita!

NOTAS BIOGRÁFICAS

Ausencia y presencia en los cánones literarios

La búsqueda de la biografía de los narradores zacatecanos que publicaron entre 1899 y 1910 en *Revista Zacatecana*, *El Renacimiento*, *La Revista Literaria* de Zacatecas comienza con su notoria ausencia de los cánones literarios, en su mayoría, la recopilación de nombres y obras y autores de Zacatecas en antologías, diccionario biográficos, o trabajos de investigación reafirman la deuda que existe con la historiografía literaria del canon regional y sobre todo de su narrativa.

Baste algunas menciones donde la falta de sus nombres es uno de tantos deberes por hacer en la investigación literaria e histórica, puesto que estos autores no sólo fueron partícipes del campo literario del momento sino también de la vida política en Zacatecas.

Flores Maciel Ignacio (1877-1922)²⁶¹

Nació en Guadalupe Zacatecas, el día 28 de enero de 1877 y murió en la Ciudad de México, en marzo de 1922. Fueron sus padres el señor Jesús Elíseo Flores y la señora María del Refugio Maciel²⁶².

Estudio la carrera de Tenedor de Libros y obtuvo su título a los 14 años de edad, viajó a Europa y Estados Unidos, donde asistió a varias exposiciones, que contribuyeron a desarrollare y robustecerle su natural temperamento artístico.

²⁶¹ Nota biográfica extraída de Salvador Vidal, *Antología de poetas Zacatecanos*, Sebastián Arciniega, Zacatecas, 1942, p. 64.

²⁶² «<https://gw.geneanet.org/marciaaidag?n=flores+maciel&oc=&p=ignacio>»

Fue poeta romántico. Todas sus composiciones tienen un exquisito fondo de sensibilidad y melancolía, encerradas en una forma correcta. En la páginas se registra su defunción en *familysearch* se registra el acta de defunción donde se anota la fecha del 1922²⁶³

Toro Carlos (1875-1914)

Nació en 1875 en la ciudad de Zacatecas. Hijo de don Bernardo Toro y de la señora doña Guadalupe Castro. Realizó estudios que no pudo concluir en la carrera de derecho del Instituto Científico de Zacatecas. Hermano del historiador Alfonso Toro. Autor de la novela *Fray Cándido*. Dirigió la *Revista Zacatecana* en 1898 y *La Unión Zacatecana* en 1900. También fue colaborador en el *Tribuno* y en *Arte*. En la ciudad de México trabajó en *El Universal*, *El tiempo*, *El imparcial* y *el País*. Falleció el 7 de agosto de 1914 en aquella misma ciudad de Zacatecas. Dos años después se publicó su novela póstuma *Vencedores y Vencidos* (1916). En un artículo de Jesús Villalpando que se publicó en *El Nacional* el 7 de julio de 1918 se dice que se encuentran inéditas su colección de cuentos, la novela *Horros del Presidio. (La Cárcel de Belén)*. *Novela de un perseguido* que publicada 1932 y *Pedruscos recogidos en la sombra* que tilda de “pensamientos tan férreos, intensos e irónicos como los de Nietzsche en *Humano, demasiado humano*”. Este libro vio la luz en la prensa en 1938 por la Editorial Polis.

²⁶³ «<https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33SQ-GR27-P2?i=5268&cc=1923424>» Defunciones vol. 1022-1034 1922, página 52, número de registro 163. 24 de noviembre de 1922.

Elías Gallegos Aurelio (1859-1933)²⁶⁴

Nació el 19 de octubre de 1859 en la Hacienda del refugio, propiedad de su familia, en el municipio de Ojocaliente, Zacatecas. Hijo de don Pedro Elías Maciel y de la señora Fernanda Gallegos. Curso en el Instituto Literario de García la carrera de médico. El maestro Fernando Villalpando le impartió clases de música. Tras la muerte de su padre regresó a la hacienda para atenderla, alternándola con el cultivo de la música. Sus parientes descendientes de Francisco García Salinas, al ver tanto empeño, lo enviaron a Italia para que perfeccionara sus dotes artísticas. En 1883 partió rumbo a Europa y radico en Florencia, donde recibió clases de violín de los maestros Faini y Luigi Chiostrì. De Italia se trasladó a Múnich para recibir por un año las enseñanzas del doctor Ludwig von Abel. Al concluir sus estudios recorrió Alemania, Austria y Francia en viajes de estudio. El 4 de Junio de 1888 estaba de regreso en México y se integró a la orquesta del Conservatorio Nacional que le ofreció el 5 de diciembre del mismo año un concierto a don Porfirio Díaz en el Teatro Nacional. En 1890 se encontraba en su estado natal donde participó en el concierto celebrado en el Instituto de Ciencias de Zacatecas el 20 de noviembre con el número de la *Fantasía* de Allard para violín sobre el *Rigoletto* de Verdi. Cuando se constituyó la Sociedad Científico y Artístico Literaria el maestro Elías fue el director de su revista *El Renacimiento*. Se desempeñó como maestro de música en Escuelas Normales para hombres y señoritas en el Hospicio de Guadalupe y en escuelas primarias; asimismo, impartió clases particulares de violín y armonía. En 1916, con motivo de la Revolución, se trasladó a Aguascalientes, donde se desempeñó como maestro y fundó el Sexteto Elías. En 1919 Radicaba en la ciudad de México, en donde ingresó a la

²⁶⁴ Nota biográfica extraída de Enciso Contreras, Enciso, *Diccionario biográfico universitario de Zacatecas (siglos XVIII-XXI)*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2010, pp. 125-126.

Orquesta de la Ópera y a la Orquesta Sinfónica Nacional. Algunas de sus obras de teatro más reconocidas fueron *Deuda atrasada* y *Almas enfermas*, ambas llevadas a escena en el Teatro Calderón de Zacatecas. Murió el 31 de diciembre de 1933 en la ciudad de México.

Miner Miner (1875-1910)²⁶⁵

Nació en la ciudad de Zacatecas en el año 1875, y murió víctima de pulmonía en esta misma ciudad, el día 8 de enero de 1910.

Recibió la instrucción primaria en el famoso Colegio del Señor Profesor Luis Galindo. Después ingresó en el Seminario de la propia ciudad de Zacatecas y allí permaneció cuatro años. En el año de 1908 le fue concedido el primer premio por su poesía “La mujer” en el concurso literario que abrió la Sociedad Científico-Artístico-Literaria de Zacatecas.

Ledesma Ledesma Luis G. (1847-1922)

Nació hacia 1847 en la ciudad de Fresnillo, Zacatecas. Hijo de don Rito Ledesma y de la señora Ramona Ledesma. Ingresó al Seminario Conciliar de Zacatecas y desertó poco después. En 1870 estudió Derecho en el Instituto de Ciencias de Zacatecas pero nunca se tituló. Fue escritor, miembro del grupo de intelectuales conocido como la *Sociedad Gris*. Usó primero el seudónimo *Samuel de Gis* y finalmente *Samuel*. Dirigió el periódico *El Filomático* en 1907. Fue jefe político de fresnillo en varias ocasiones. El arte de Ledesma consistía en que sus escritos, aparentemente inocentes, había mensajes maliciosos que hacían carcajear a

²⁶⁵ Nota biográfica extraída de Salvador Vidal, *Antología de poetas Zacatecanos*, Sebastián Arciniega, Zacatecas, 1942, p. 70.

quien los entendiera. Maestro del doble sentido. Escribió, entre otros textos, el libro denominado *La musa festiva*; el opúsculo *Soltero, casa y viudo* impreso en Zacatecas en 1878; y de *Amor y Locura*. Muere en 1922 en la ciudad de Aguascalientes. Sus restos descansan en el Mausoleo de los Hombres Ilustres de Zacatecas.

Vázquez José (¿?-1932)²⁶⁶

Nació en la Hacienda de Chichimequiello, Fresnillo, propiedad de su padre Don José María del propio apellido y Murió el 10 de enero de 1932 en la ciudad de México. Fue secretario del Instituto de Ciencias hacia 1910 y unos cuantos años después llegó a ser su director en 1926²⁶⁷

Cursó la instrucción secundaria en la capital de nuestro Estado, fue secretario de Gobierno en los años de 1908 a 1911 y la muerte le sorprendió cuando desempeñaba el puesto de Secretario de la Escuela Nacional Preparatoria en la capital de la República.

²⁶⁶ Nota biográfica extraída de Salvador Vidal, *Antología de poetas Zacatecanos*, Sebastián Arciniega, Zacatecas, 1942, p. 61.

²⁶⁷ Berenice Reyes Herrera, *De la tradición...op. cit.*, p. 124.

ÍNDICE DE *REVISTA ZACATECANA* (1899-1900)

Redactores	Programa		Núm. 1 (1 junio), pp. 1-2.
Ignacio Flores Maciel	“Cenizas”	cuento	Núm. 1 (1 junio), pp. 3-6.
Leopoldo Alas	“Castelar”	¿biografía?	Núm. 1 (1 junio), pp. 6-9.
J.C.T.	“De un álbum de viaje”	cuento	Núm. 1 (1 junio), pp. 9-13.
José Vázquez	“Ilusiones”	poema	Núm. 1 (1 junio), p. 14.
Fabricio Núñez	Obras nuevas	reseña	Núm. 1 (1 junio), pp. 14-16.
Carlos Toro	“Tradición”	cuento	Núm. 2 (1 julio), pp. 1-4.
Alfonso Toro	“Zacatecas y sus cercanías. El convento de S.	historiografía	Núm. 2 (1 julio), pp. 4-7.
Luis G. Acosta	“De la vida”	cuento	Núm. 2 (1 julio), pp. 7-10.
Ignacio Flores Maciel	“Me olvidarás”	poema	Núm. 2 (1 julio), pp. 10-11.
Fabricio Núñez	Obras nuevas	reseña	Núm. 2 (1 julio), pp. 11-14.
Extraído de <i>Vie Scientifique</i>	“¿Cómo leemos”	ensayo	Núm. 2 (1 julio), pp. 14-16.
Luis Garza	“Soneto”	poema	Núm. 2 (1 julio), p. 16.
Ignacio Flores Maciel	“El cristo de los Guerreros. (Tradición popular)”	poema	Núm. 3 (1 agosto), pp. 1-4
Félix Duquesnel	“Las Dos mil dos noches. El componedor de cerebros”	cuento	Núm. 3 (1 agosto), pp. 5-9.
José Vázquez	“Pecadora”	poema	Núm. 3 (1 agosto), p. 10.
José A. Castanedo y Alfonso Toro	Obras nuevas	reseña	Núm. 3 (1 agosto), pp. 11-12
Carlos Toro	“Byron en Venecia”	cuento	Núm. 3 (1 agosto), pp.12-16.

Redacción	“Correspondencia”	avisos	Núm. 3 (1 agosto), p. 16.
Carlos Toro	“Juan”	cuento	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 1-4.
Manuel Pastrana	“Recuerdos de un pintor	crónica	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 4-6.
Antonio Chávez Ramírez	“Crimen que honra”	cuento	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 6-11.
Alfonso Toro	“Reflexiones sobre arte”	ensayo literario	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 11-13.
Carlos Toro	“Introducción a un poema”	poema	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 13-14.
Carlos Toro	“Byron en Venecia”	cuento	Núm. 4 (1 septiembre), pp. 14-16
Jorge Drosinis	“El bordado de Anitza”	cuento	Núm. 5 (1 octubre), pp. 1-6.
Manuel Pastrana	“Recuerdos de un pintor II”	crónica	Núm. 5 (1 octubre), pp. 6-8.
Fabricio Núñez	“Hiel. (jaqueca literaria)”	cuento	Núm. 5 (1 octubre), pp. 8-13.
	“Elegía”	poema	Núm. 5 (1 octubre), pp. 13-15.
	“El cuerpo de Lorecenz en México 1862.”	historiografía	Núm. 5 (1 octubre), pp. 15-16.
Carlos Toro	Divagaciones. Una pensión para e doctor Agustín Rivera	crítica	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 1-5.
José A. Castanedo	“Algunas reflexiones relativa a una epidemia de difteria en Zacatecas”	ensayo científico	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 5-10.

Carlos Toro	“Botella de sidra”	cuento	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 10-11.
José Vázquez	“Una carta”	poema	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 11-12.
José M. Bustillos	“Fragmento”	poema	Núm. 6 (1 noviembre), p. 13.
	“El cuerpo de Lorecenz en México 1862.”	historiografía	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 13-16.
Juan Carlos Talancón	“Asunto nacional”	cuento	Núm. 7 (1 diciembre), pp. 1-6.
Ignacio Flores Maciel	“Embriaguez”	poema	Núm. 7 (1 diciembre), pp. 6-7.
Antonio Chávez Ramírez	“Historias que parecen cuento I. Por un chasco”	cuento	Núm. 7 (1 diciembre), pp. 8-12.
	“El cuerpo de Lorecenz en México 1862.”	historiografía	Núm. 7 (1 diciembre), pp. 12-16.
Agustín Rivera.	“Felicitación por el año nuevo de 1900. Las doctrina modernas”	ensayo literario	Núm. 8 (1 de enero), pp. 1-4.
Fabricio Núñez	“De Arte”	ensayo literario	Núm. 8 (1 de enero), pp. 5-6.
Ignacio Flores Maciel	“El aguinaldo de periquín”	cuento	Núm. 8 (1 de enero), pp. 7-9.
Carlos Toro	“El señor Cañedo”	cuento	Núm. 8 (1 de enero), pp. 9-12
	“Tlahuicole”	cuento	Núm. 8 (1 de enero), pp. 12-14.

	“El cuerpo de Lorecenz en México 1862.”	historiografía	Núm. 8 (1 de enero), pp. 14-16.
Luis G. Acosta	“El primer crimen”	cuento	Núm. 9 (1 febrero), pp. 1-2.
Jean Martel	“¿En primavera... o invierno? (cuentos sin pies ni cabeza)”	cuento	Núm. 9 (1 febrero), pp. 2-5.
Carlos Toro	“La espada de honor”	cuento	Núm. 9 (1 febrero), pp. 5-7.
Carlos Toro	“El rodeo”	poema	Núm. 9 (1 febrero), pp. 8-9.
Manuel G. Amador	“Notas sobre geología de Zacatecas”	ensayo científico	Núm. 9 (1 febrero), pp. 9-13.
Carlos Toro	“El hábito no hace al monje”	cuento	Núm. 9 (1 febrero), pp. 13-15.
Carlos Toro	“Brumas”	poema	Núm. 9 (1 febrero), p. 15.
	“Tlahuicole”	cuento	Núm. 9 (1 febrero), p. 16.
	“El Dr. Ignacio Hierro. (muerto el 25 de febrero de 1900)”	biografía	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 1-3.
Ignacio Flores Maciel	“Dorotea”	cuento	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 3-6.
Juan Carlos Talancón	“Diabólica”	cuento	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 6-9.
Carlos Toro	“Capricho”	cuento	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 9-12.
Ignacio Flores Maciel	“Decepción”	poema	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 12.
José Vázquez	“La vuelta de un soldado”	cuento	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 13-16.

Antonio Chávez Ramírez	“Hojas de álbum”	Dedicatorias	Núm. 10 (1 Marzo), pp. 16.
------------------------	------------------	--------------	----------------------------

ÍNDICE DE *EL RENACIMIENTO* (1904-1905)

Aurelio Elías	Programa		Núm. 1 (1 enero), p. 1.
Manuel Robleda Guerra	“Arquitectura”	ensayo científico	Núm. 1 (1 enero), pp. 2-5.
Rafael Ceniceros y Villareal	“Una corrida de aficionados”	poema	Núm. 1 (1 enero), pp. 5-7.
Aurelio Elías	“La florera. Tipo florentino”	cuento	Núm. 1 (1 enero), pp. 7-10.
José A. Castanedo	“Recuerdo de un viaje a México”	crónica	Núm. 1 (1 enero), pp. 10-12
María Sánchez Román de González Ortega.	“Apuntes sobre Educación”	ensayo	Núm. 2 (1 febrero), pp. 13-20.
Josefa Romo	“Huérfano”	poema	Núm. 2 (1 febrero), pp. 20-21.
Francisco Aguilar y Urizar	“Revista de la velada del 16 de enero de 1904.”	crónica	Núm. 2 (1 febrero), pp. 21-24.
Manuel I. Rodríguez	“Necesidad de higiene”	ensayo	Núm. 3 (15 marzo), pp. 25-30.
Aurelio Elías	“La Independencia de México. Ensayo poético”	poema	Núm. 3 (15 marzo), pp. 30-32.
Aurelio Elías	“Revista de la velada. (27 de febrero de 1904)”	crónica	Núm. 3 (15 marzo), pp. 32-33.
J. E. Pedrosa	“El sr. Profesor José de la Rosa Romo	biografía	Núm. 3 (15 marzo), pp. 34-36.
Ernestina Villaseñor	“Enseñanza de las industrias en la escuela primaria”	ensayo	Núm. 4 (15 mayo), pp. 37-41.

Ignacio Flores Maciel	“Adiós a mi bandera”	poema	Núm. 4 (15 mayo), pp. 41-42.
Aurelio Elías	“Revista de la velada. (7 de mayo de 1904)”	crónica	Núm. 4 (15 mayo), pp. 42-43.
Juan Carlos Talancón	“Un baile de Fantasía. Cuadro de costumbres	cuento	Núm. 4 (15 mayo), pp. 43-48.
Juan Carlos Talancón	“Un baile de Fantasía. Cuadro de costumbres	cuento	Núm. 5 (15 julio), pp. 49-52.
Eusebio Carrillo	“Soberanía Humana”	ensayo	Núm. 5 (15 julio), pp. 53-58.
Manuel Miner	“El poeta”	poema	Núm. 5 (15 julio), pp. 58.
Francisco Aguilar y Urizar	Revista de la velada. (9 de junio de 1904)	crónica	Núm. 5 (15 julio), pp. 59-60.
	Corte de caja. (30 de mayo 1902 al 15 julio de 1904)		Núm. 5 (15 julio), pp. 60.
Eusebio Carrillo	“Soberanía Humana”	ensayo	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 60-63.
Rafael Ceniceros y Villareal	“Comparsa de Pierrots”	poema	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 63-64.
Teódulo Ruíz	“La vista y su higiene	ensayo	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 65-68.
Josefa Romo	“Adiós... hasta el cielo”	poema	Núm. 6 (1 noviembre), p. 68.
Manuel Miner	Revista de la vela. (29 de octubre de 1904)	crónica	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 69-70.
Manuel Miner	“Contemplación. A ella”	cuento	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 70-71.
Rosa Elías	“Los tres sueños”	poema	Núm. 6 (1 noviembre), pp. 71-72.
	“A las Juntas Patrióticas establecida de la Nación”	ensayo	Núm. 6 (1 noviembre), p. 72.
Ambrosio Romo	“La materia, la fuerza y el movimiento”	ensayo	Núm. 7 (15 abril), pp. 73-78

Rafael Ceniceros y Villareal	“postales ilustradas”	poema	Núm. 7 (15 abril), pp. 79-81
José E. Pedrosa	“Oración fúnebre”	biografía	Núm. 7 (15 abril), pp. 81-83.
Aurelio Elías	Revista de la velada. (8 de marzo de 1905)	crónica	Núm. 7 (15 abril), p. 83.
Josefa Romo	“Luz de luna”	poema	Núm. 7 (15 abril), p. 84.
	“A nuestros suscritores”	aviso	Núm. 7 (15 abril), p. 84.
Soledad M. de Cardoso	“Conferencia sobre historia y geografía del país”	ensayo	Núm. 8 (31 mayo), pp. 85-90.
José Nicolás Orozco	“Era un ángel”	poema	Núm. 8 (31 mayo), pp. 90-92.
Ramiro Talancón	“Felicidad”	ensayo literario	Núm. 8 (31 mayo), pp. 92-96.
M. de la Revilla	“El resorte del juguete”	poema	Núm. 8 (31 mayo), p. 96.
Luis G. Ledesma	“Recuerdos de St. Louis Missouri. Un verdadero Faquir”	cuento	Núm. 9 (30 junio), pp. 97-103.
Aurelio Elías	“El amor de una ciega”	poema	Núm. 9 (30 junio), pp. 103-106.
Josefa de la Rosa Romo	“Breve reseña sobre Historia de la pedagogía”	reseña	Núm. 9 (30 junio), pp. 106-108.
José Echegaray	“Como hago mis dramas”	poema	Núm. 9 (30 junio), p. 108.

Manuel Prieto	“Evoluciones de contabilidad”	ensayo	Núm. 10 (30 agosto), pp. 119-123. (Hay una diferencia de diez páginas. El último número terminó en la página 108 y este número debiese comenzar en el 109 pero inicia su numeración desde la 119).
José Vázquez	“El ramo de violetas”	cuento	Núm. 10 (30 agosto), pp. 123-129.
José Vázquez	“Mi aldea”	poema	Núm. 10 (30 agosto), p. 129.
Aurelio Elías	Revista de la velada. (12 de agosto de 1905)	crónica	Núm. 10 (30 agosto), p. 130.
José Santos Chocano	“Desde la cumbre”	poema	Núm. 10 (30 agosto), p. 130.
Francisco Aguilar y Urizar	“Acústica”	ensayo	Núm. 11 (31 octubre), pp. 131-38.
Aurelio Elías	“El viento”	poema	Núm. 11 (31 octubre), pp. 138-140.
Beatriz González Ortega	“Comparación de la Ilíada con la Eneida”	ensayo literario	Núm. 11 (31 octubre), pp. 140-144.
Francisco Aguilar y Urizar	“Acústica”	ensayo	Núm. 12 (31 diciembre), pp.145-149.
José Vázquez	“El caballo de pica”	cuento	Núm. 12 (31 diciembre), pp. 149-151.
Beatriz González Ortega	“Comparación de la Ilíada con la Eneida”	ensayo literario	Núm. 12 (31 diciembre), pp. 152-153.

Enrique Álvarez Henao	“Los tres ladrones”	poema	Núm. 12 (31 diciembre), p. 153.
	“lista de socios. Hasta octubre de 1905”		Núm. 12 (31 diciembre), pp. 153-154.

ÍNDICE DE *REVISTA LITERARIA* (1910)

Carlos Toro	“Saludo”		Núm. 1 (19 febrero), pp. 1-2.
Severo Amador	“Esclavitud”	poema	Núm. 1 (19 febrero), p. 3.
Leopoldo Díaz	“Una mueca de Pierrot”	poema	Núm. 1 (19 febrero), p. 3.
José N. Orozco	“Niña de los ojos negros”		Núm. 1 (19 febrero), p. 4.
Leopoldo Moreno	“irresurrección”		Núm. 1 (19 febrero), pp. 5-6.
Enrique Tenorio	“Serenata”	cuento	Núm. 1 (19 febrero), pp. 6-8.
José Santos Chocano	“El lobo”	poema	Núm. 1 (19 febrero), pp. 9-10
Rurick	“Crónica teatral”	crónica	Núm. 1 (19 febrero), pp. 10-11.
Vargas Villa	“El hombre solo, es el más fuerte”	poema	Núm. 1 (19 febrero), p. 11.
	“plumadas y notas”	avisos/correspondencia	Núm. 1 (19 febrero), p. 12.
Rubén M. Campos	“Elogios a Chopin”	crónica	Núm. 2 (5 marzo), pp. 13-15.
Leopoldo Moreno	“Meteoro”	poema	Núm. 2 (5 marzo), pp. 15-17
Aurelio Elías	“Chopin”	biografía	Núm. 2 (5 marzo), pp. 17-18.
Genaro Valle y Muñoz	“A Wilhemina”	poema	Núm. 2 (5 marzo), pp. 19.
Amado Nervo	“Viejo Estribillo”	poema	Núm. 2 (5 marzo), p. 20.

Max Enrique Ureña	“Diálogo a la orilla del mar”	reseña	Núm. 2 (5 marzo), pp. 21-23.
	“Plumadas y notas”	avisos/correspondencia	Núm. 2 (5 marzo), pp. 23-24
La redacción	“Progedere”	crítica	Núm. 3 (19 marzo), p. 26.
José N. Orozco	“Alborada primaveral”	poema	Núm. 3 (19 marzo), p. 27-28.
Enrique Tenorio	“Reconquista. Por Federico Gamboa”	reseña	Núm. 3 (19 marzo), pp. 29-31.
Severo Amador	“El lago”	poema	Núm. 3 (19 marzo), p. 32.
N. N.	“La idea de la patria”	crítica	Núm. 3 (19 marzo), pp. 33-35.
Ricardo Wagner	“Música”	aforismo	Núm. 3 (19 marzo), p. 36.
	“Plumadas y notas”	avisos/correspondencia	Núm. 3 (19 marzo), p. 36.
José N. Orozco	Nebulosa	poema	Núm. 4 (2 abril), pp. 37-38.
R. T.	“Centenario”	opinión alusiva al centenario	Núm. 4 (2 abril), pp. 39-40.
Leopoldo Moreno	“Diafanidad”	poema	Núm. 4 (2 abril), pp. 40.
Enrique Tenorio	“Reconquista”	reseña	Núm. 4 (2 abril), pp. 41-42.
Jenaro Valle y Muñoz	“Levántate”	poema	Núm. 4 (2 abril), pp. 43.
Ismael Enrique Arciniegas	“El mejor canto”	poema	Núm. 4 (2 abril), p. 44.

Cayetano Rodríguez Beltrán	“Judas”	cuento	Núm. 4 (2 abril), pp. 44-46.
	“Dos de abril”	crónica	Núm. 4 (2 abril), pp. 46-48.
Severo Amador	“Versos de polvo”	poema	Núm. 5 (16 abril), pp. 49-50.
Aurelio Elías	“Noche buena”	cuento	Núm. 5 (16 abril), pp. 50-53.
José Vázquez	“En presidio. (Monólogo)”	teatro	Núm. 5 (16 abril), pp. 53-58.
Amado Nervo	“En defensa de la mentira”	cuento	Núm. 5 (16 abril), pp. 58-60.
Jenaro Valle y Muñoz	“Canto de la vida”	poema	Núm. 6 (7 mayo), pp. 61-62.
José N. Orozco	“Tenebrosa”	poema	Núm. 6 (7 mayo), p. 63.
Leopoldo Moreno	“Soy un alma alada”	poema	Núm. 6 (7 mayo), p. 64.
Severo Amador	“Balada rústica”	poema	Núm. 6 (7 mayo), p. 64-68.
Rubén Darío	“Sonatina”	poema	Núm. 6 (7 mayo), pp. 68-70.
Leopoldo Lugones	“El hijo del hombre”	cuento	Núm. 6 (7 mayo), pp. 70-71.
José Santos Chocano	“Nocturno”	poema	Núm. 6 (7 mayo), pp. 71-72.
Amado Nervo	“El modernismo. Una carta”		Núm. 7 (21 mayo), pp. 73-76.

Esther Fuentes	“Sideral”	poema	Núm. 7 (21 mayo), pp.76-77.
Aurelio Elías	“Amor de una ciega”	poema	Núm. 7 (21 mayo), pp. 78-82.
José Luis Velasco	“Tintas líricas”	ensayo	Núm. 7 (21 mayo), pp. 83-84.
Esther Fuentes	“Flor de caña”	poema	Núm. 8(18 junio), pp. 85-88.
Severo Amador	“La mortaja”	poema	Núm. 8(18 junio), pp. 88-89.
Jenaro Valle y Muñoz	“Boceto”	poema	Núm. 8(18 junio), pp. 89-90.
Aurelio Elías	“El viento”	poema	Núm. 8(18 junio), pp. 91-96.
	“Plumadas y notas”	avisos/correspondencia	Núm. 8(18 junio), p. 96.
Aurelio Elías	“Memorándum. (a Manuel Miner)”	ofrenda fúnebre	Núm. 9 (3 julio), pp.97-99.
Ramiro Talancón	“Voces internas”	poema	Núm. 9 (3 julio), pp. 99-101.
Salvador Díaz Mirón	“Adopción”	poema	Núm. 9 (3 julio), pp.102-103.
Leopoldo Moreno	“Llevo una pena densa”	poema	Núm. 9 (3 julio), p. 103.
Leopoldo Moreno	“Lethé”	poema	Núm. 9 (3 julio), p. 104.
L. G. Peredo	“Postal”	poema	Núm. 9 (3 julio), p. 104.
Víctor Hugo	“Dios”		Núm. 9 (3 julio), p. 105.
F. Rivas Frade	“Lágrimas”	poema	Núm. 9 (3 julio), p. 106.
Julio Flores	“La gran tristeza”	poema	Núm. 9 (3 julio), pp. 106-107.

Rubén Darío	“Croquis”	poema	Núm. 9 (3 julio), p. 108.
Redacción	“Notas”	aviso	Núm. 9 (3 julio), p. 108.
José N. Orozco	“La toma de la Bastilla”	poema	Núm. 10 (16 julio), pp.109—112.
Severo Amador	“Alborada”	poema	Núm. 10 (16 julio), pp. 112-115?
Amado Nervo	“Muerta”	poema	Núm. 10 (16 julio), pp. 116?-118.
Rafael Rodríguez A.	“La verdadera poesía		Núm. 10 (16 julio), pp.118-120.
La redacción	“Notas”	aviso	Núm. 10 (16 julio), p. 120.

Sabemos que la publicación de una revista literaria no es, entre nosotros, acontecimiento que despierte la atención, si ni siquiera la curiosidad, sino de muy contadas personas, y por esto pensamos que la nuestra no ha de correr mejor suerte. Sin embargo, y por esto mismo, nos juzgamos obligados a explicar lo que pretendemos cuáles son nuestros fines y los medios con que contamos para realizarlos.

Día por día, se nota el desdén con que se mira el cultivo del arte literario entre nosotros, desdén que no puede atribuirse a ignorancia; porque, la verdad sea dicha, el Estado de Zacatecas cuenta con personas capaces, no solo de sentir e interpretar la belleza, si que también de cosechar laureles en el campo de las letras. ¿por qué, aquellos a quienes tal cosa es posible, no escriben y en vez de trabajar activamente por el arte, en vez de ser los apóstoles de la belleza, que anuncien la buena nueva a las multitudes haciéndoselas sentir, prefieren vivir entregados al ocio muelle y permanecen oscuros? La respuesta es fácil: no hay estímulo. La prensa periódica, que es en nuestro país la única que refleja el movimiento intelectual, no existe en Zacatecas actualmente. Los pocos periódicos que de algún tiempo a esta parte se han publicado, consagrados casi por completo a cuestiones políticas y religiosas, apenas si han dejado un rincón para que en él se refugien las letras y no las nuestras, las más veces, sino las traducciones o reproducciones de autores extranjeros. Si a esto añadimos que casi todos esos periódicos no han sido solo de propaganda, sino las más veces de combate, nos explicaremos hasta cierto punto el retraimiento de nuestros literatos, temerosos de injustas críticas; ya que el conservador, por ejemplo, encontrará malo y despreciable cuanto escriban

²⁶⁸ Los Redactores, "Programa", en *Revista Zacatecana*, Zacatecas, número 1, 1 de junio de 1899, pp. 1-2.

los que no comulgan con sus ideas y estos harán otro tanto con aquel. De aquí resulta que las críticas, cuando se hacen, no son provechosas ni instructivas, sino que son, tan solo, verdaderas sátiras encarnizadas, hechas con más o menos talento; pero que no aprovechan por cierto al cultivo de las letras.

Por esto al fundar la Revista Zacatecana, nos hemos propuesto que sea un campo neutral, destinado a todos los que se dedican al arte por el arte; por lo que dejando a un lado las cuestiones políticas y religiosas haremos lo posible por formar un núcleo de amantes de la belleza que sirva para despertar el gusto por el estudio de las bellas artes, combatiendo las falsas teorías estéticas que actualmente están de moda y que privan tan solo por que algunos mal aconsejados escritores de la ciudad de México, que giran como satélites en torno de los literatos francés, sostienen teorías que no son ni nuevas ni buenas y que están produciendo la adulteración del idioma y el extravío de muchos jóvenes de talento capaces de producir obras con que alcanzarían honra y provecho. Combatiremos pues la mal llamada escuela decadentista, escuela ya abandonada y vieja en Francia misma a quien tanto admiran nuestros literatos *modernistas*, valga la palabreja, y que para nosotros no es más que un gongorismo de antaño, traducido al francés. Tiempo es ya de que los mexicanos abandonemos la servil imitación de los extraños, para producir algo netamente nacional y con caracteres distintivos. Los grandes hechos de nuestra historia, nuestras variadas costumbres, nuestros magníficos y espléndidos paisajes solo esperan la mano del artista que sepa interpretarlos trasladando ese magnífico conjunto a los lienzos y a los libros. Dejemos a los bardos del Rin cantar las góticas catedrales, dejemos que los habitantes estériles climas boreales nos pinten las crudezas de los inviernos, abandonaremos a los novelistas parisienses la tarea de describirnos una sociedad refinada y exquisita, mientras los rusos nos predicán una nueva reforma social; todo eso está bueno para aquellos que lo han estudiado, que lo han visto, en el natural; pero no caigamos

nosotros en el ridículo, hablando de lo que no sabemos y pintando sentimientos que ni conocemos, ni podemos apreciar y menos cuando aun no hemos sabido reproducir lo nuestro, ni tal vez comprenderlo.

Es también nuestro propósito agrupar a los escritores de los Estados, y en la medida que nuestras fuerzas lo permitan hacer que sean debidamente apreciados y conocidos, combatiendo la falsa idea de que solo en la capital de la República hay quien piense y escriba.

El cultivo del arte, creemos que en la actualidad no puede separarse del de la ciencia, y como queremos que nuestra publicación refleje el movimiento intelectual de Zacatecas en todos sentidos, de tarde en tarde intercaláremos estudios y crónicas científicas.

Vasto es el programa y tal vez demasiado difícil para nosotros el cumplirlo; otros con mejores títulos pudieran emprender semejante tarea, más ya que no hay quien la tome sobre sí, lo hacemos nosotros, confiando, no en nuestras fuerzas, sino en la ayuda que creemos nos prestarán todos los hombres de letras, por la nobleza del fin, siéndonos grato dese luego dar las gracias los que han aceptado nuestra invitación, para colaborar en este periódico.

Los Redactores.

EL RENACIMIENTO

PROGRAMA²⁶⁹

Próximamente hará dos años que, vencidas las dificultades inherentes a toda empresa difícil y después de algunos preliminares indispensables, se logró fundar en esta capital una sociedad cuyo principal objeto era impulsar a los socios por la senda bellísima de los trabajos científicos y literarios, que dan solaz al espíritu a la vez que ensanchan los conocimientos adquiridos y proporcionan ilustración a las inteligencias ávidas de todo progreso.

Las bases sobre que se fundó dicha Sociedad era las más apropiadas para que ésta prosperase, y así ha sucedido, en efecto, pues consta a todos los socios que las veladas establecidas periódicamente, para que en ellas fueran presentados los trabajos que se hicieran y conforme a un programa cuidadosamente organizado por la Junta, se han verificado con toda regularidad, y casi todas con éxito halagador.

En ellas hemos escuchado, sobre distintos ramos del saber humanos, conferencias verbales muy interesantes, dadas por personas que descuellan en nuestro medio intelectual.

Hemos oído interesantes trabajos científicos sobre diversas materias, así como también obras literarias tanto poéticas como prosaicas de verdadero mérito artístico.

¿Y por qué el resultado de esa actividad productora de un trabajo intelectual, de un número considerable de socios, ha de quedar ignorado para todos aquellos que no lo escuchan? ¿Por qué solamente el que asista a las veladas ha de saber lo que en ellas se hizo o se dijo?

²⁶⁹ Aurelio Elías, "Programa", en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 1, 1 de enero de 1904, p. 1.

¿No es justo y aun útil que el público conozca esos estudios que acusan la labor científica de todas aquellas voluntades que bregan en las pesquisas de la verdad en general?

Creemos deber estimular a los socios con esta publicación, en cuyas páginas verán la luz pública sus trabajos, por cuyo solo hecho pondrán más empeño y cuidado en sus producciones.

Otras consideraciones además de las enunciadas nos han sugerido la idea de fundar este periódico con el exclusivo objeto de publicar los trabajos presentados en la sesiones de la Sociedad.

Respeto de la parte artística procuraremos reseñar aquello que más agrade al auditorio ya sea en artículos cortos o mencionándolos en la crónica general de las veladas.

Nuestra publicación no tocará jamás el terreno de lo político ni el religioso, pues no tiene pretensiones, como no las tiene la Sociedad de que es órgano, y sólo presentará en sus columnas aquellos trabajos que sean dignos de ser conocidos por el público, siendo el autor el único responsable de lo que escriba.

Cordialmente saludamos a toda la prensa de la República e imploramos su benevolencia, suplicándole establezca el cambio acostumbrado.

El director.

Es este un periódico de jóvenes estudiantes, de hombres del futuro que —¡parece mentira!— en nuestra época de intereses groseros, de prosperidades materiales que se ven, se tocan y se palpan, se preocupan por algo más que por asegurar la pitanza del porvenir y piensan en otra cosa que procurarse la mayor suma de comodidades.

La noticia me ha sorprendido y me ha encantado ¿Con que la juventud seguirá siendo siempre la juventud a pesar de las declaraciones de los pedantes modernos y de las acciones vitandas de los mal intencionados que quisieran hacernos creer que ya no existen ni la Belleza, ni la Bondad, ni la Justicia? ¿Con que estos jóvenes nutridos en los austeros agares de la Ciencia, propenden a embellecer su vida con el penacho de un Ideal?

Efusivamente, desde el fondo de mi corazón, les digo: Bienvenidos, bienvenidos vosotros por el impulso nuevo y redentor que traéis en la corriente generosa de vuestras venas; bienvenidos vosotros que tenéis la confianza en la palabra del viejo monarca Hugo: “Lo que hace progresar a las Naciones, son las ideas, no las locomotoras;” bienvenidos vosotros porque, si sabéis perseverar, seréis redentores y precursores; bienvenidos vosotros porque a las satisfacciones reales que haya de proporcionaros el ruto de vuestra labor futura, añadiréis un poco de esa luz de Belleza y de Verdad que no se vende ni se compra y que es la única que da valor y realce y alta nobleza a las acciones humanas.

²⁷⁰ Carlos Toro, “Saludo”, en *Revista Literaria*, Zacatecas, número 1, 19 de febrero de 1910, pp. 1-2.

Bienvenidos vosotros que seréis hombres del presente por vuestro saber y vuestro esfuerzo y al mismo tiempo conservareis el valioso legado de las Virtudes y de las Bellezas que reverenciaron nuestros pasados.

El culto a la Belleza es privativo de las almas nobles. Por ignorar o desconocer esta verdad, nuestra época marcha a ciegas entre el rugido del vapor y los latigazos de la chispa eléctrica, sin saber dominar ni dirigir apenas esas fuerzas brutales, para otra cosa más que para oprimir y expoliar al desvalido.

Si en un futuro glorioso, por sobre los furores reprimidos de las fuerzas naturales domeñadas, brilla una sonrisa de bondad humana, el Ideal se habrá alcanzado y comenzará el reinado de la verdadera vida.

Vosotros queréis ser obreros de esa labor enorme; vosotros queréis colocar algunas piedras en ese formidable monumento. Bienvenidos, repito, bienvenidos; que vuestra labor se magna o humilde, no importa, lo que admiro y aplaudo es el impulso y a él van mi saludo y presagio de feliz realización.

Desde la obscuridad de mi rincón de trabajador, advierto la fiebre que viste los viejos troncos del huerto, en los que la savia nueva lucha por brotar en yemas y capullos que mañana serán follaje, flor y fruto y que por mi huraña soledad de solitario, cruza un albor en el que fulgura una audaz promesa:

¡Mañana!

Zacatecas, febrero de 1910.

Carlos Toro.

FRAGMENTOS DE LAS REVISTAS DONDE SE DESCRIBEN A LOS AUTORES Y TEXTOS QUE PARTICIPARON EN ELLAS.

[...] Vino después un artículo humorístico titulado “Recuerdos de un baile.” Compuesto y leído por el sr. Ernesto Barrios Collantes. Sólo otra vez antes de ésta había tenido yo el gusto de oír una lectura del sr. Barrios Collantes, pero esto era suficiente para formar una primera idea de sus composiciones, y en esta última vez confirmó las esperanzas que los que los conocíamos habíamos concebido, pues durante su lectura puede decirse que tuvo constantemente agitado por la risa a todo el auditorio, la cual es el mayor triunfo a que puede aspirar un autor humorístico, y esta circunstancia fue tanto más notable cuanto que contrastaba profundamente con la seriedad casi estoica del orador. No emito juicio de esta composición, pues se publicará en el periódico órgano de la Sociedad. [...] ²⁷¹

[...] Motivo de regocijada hilaridad fue para toda la concurrencia la lectura de la “Crónica Escandalosa” de Samuel, que recitó la Srita. Ana María Valle. Aun las mismas personas a quienes se hacía alusión y que estaban presentes, daban muestras no solo de que no les causaba pena verse expuestos a la expectación pública, sino de estar muy complacidos. El sr. Luis G. Ledesma no desmintió en esta vez su bien adquirida fama de poeta humorístico, y la Srita. Valle recitó de la manera que es bien conocida para el público de esta ciudad. [...] ²⁷²

[...] En seguida abordó la tribuna el poeta Ignacio Flores Maciel. Con buena entonación y con toda serenidad, nos refirió una página de su reciente viaje por Europa. Se ocupó de

²⁷¹ Francisco Aguilar y Urizar, “Revista de la velada del 16 de enero de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 2, 1 de enero de 1904, p. 23.

²⁷² *Ibid.*, p. 24.

Marsella- de la Antigua Massalia de los Fenicios, describiendo sus principales monumentos con apreciaciones bastante acertadas, y tocando discretamente puntos históricos-políticos de I mayor interés. Fue muy aplaudido. [...] ²⁷³

[...] El sr. Ing. Carlos Talancón leyó un trabajo literario, que sentí no haber oído bien, porque el orador habló en voz baja y yo estaba algo lejos, pero según las apreciaciones que después oí de dicho trabajo, éste no carece de mérito. Y así debía ser, pues el sr. Talancón goza de alguna fama entre los literatos de la Sociedad Científico-Artística. Lo felicitamos. [...] ²⁷⁴

[...] El sr. Lic. Rafael Ceniceros y Villareal, nos deleitó con su hermosa composición “comparsa de Pierrots,” en donde a la belleza de la forma se aduna no solo el pensamiento claro y elegante que expresa una idea filosófica, sino también la oportunidad de la alusión personal, pues el asunto de su trabajo fue sugerido por la *Comparsa de Pierrots* que durante el carnaval pasado formaron varios jóvenes de la Sociedad y que obtuvo un éxito brillante en todos los salones donde se presentó. La poesía del sr. Lic. Ceniceros fue calurosamente aplaudida, viéndose obligado el autor a presentar por dos veces en el escenario a manifestar s agradecimiento por la ovación que se le tributaba. Reciba el Lic. Ceniceros nuestra sincera felicitación. [...] ²⁷⁵

[...] Siguió la lectura del cuento titulado: “Mi amigo Luis,” del cual sólo diré que es obra mía..., y mereció aplausos que agradezco. [...] ²⁷⁶

²⁷³ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 27 de febrero de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 3, 15 de marzo de 1904, p. 33.

²⁷⁴ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 7 de mayo de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 4, 15 de mayo de 1904, p. 42.

²⁷⁵ *Ibid.*, pp. 42-43.

²⁷⁶ Francisco Aguilar y Urizar, “Revista de la velada del 9 de junio de 1904”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 5, 15 de julio de 1904, p. 60.

[...]En la segunda parte nos deleitaron los versos titulados “Postales Ilustradas” del Sr. Licenciado Rafael Ceniceros Y Villareal. Fue una verdadera ovación la que obtuvo el Licenciado Ceniceros por su oportuna y bellísima poesía. En las columnas de este mismo número verán nuestros lectores las composición “Postales Ilustradas[...]²⁷⁷

[...] Siguió otro coro y la lectura por la Srita. Ana María Valle, de una “Carta Literaria” del poeta Luis G. Ledesma. El público gozó a todo su sabor la lectura de esta humorística y bella carta literaria; pues bien sabido que el sr. Ledesma está considera como uno de los poetas festivos más prominentes de la República. Esperemos que las columnas de nuestro humilde periódico se honrarán con la publicación del trabajo literario del señor Ledesma. [...] ²⁷⁸

[...] El sr. José Vázquez leyó con buena entonación su bellissimo cuento *Caballo de Pica*, y obtuvo una entusiasta ovación, viéndose obligado a presentarse en escena varias veces a manifestar su agradecimiento en medio de un aplauso general y prolongado. Todos los números del programa tuvieron buena aceptación, sobresaliendo los ya mencionados, así como la polémica literaria de los Sres. Francisco Linares y el Lic. Lauro Castanedo, que leyeron la Srita. Guadalupe Fernández y el inspirado poeta José N. Orozco.

No concluiremos sin dar nuestro elogio a los Sres. Aguilar y Urizar y Francisco Cisterna que desempeñaron a conciencia su cometido, y recibieron atronadores aplausos a la conclusión de sus trabajos”²⁷⁹

²⁷⁷ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 8 de marzo de 1905”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 8, 15 de abril de 1905, p. 83.

²⁷⁸ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 8 de marzo de 1905”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 8, 15 de abril de 1905, p. 83.

²⁷⁹ Aurelio Elías Gallegos, “Revista de la velada del 12 de agosto de 1905”, en *El Renacimiento*, Zacatecas, número 10, 30 de agosto de 1905, p. 130.